

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

OBRAS COMPLETAS

1 | Teatro | Poesía
Narrativa

MIGUEL D. MENA
COMPILADOR | EDITOR

PLAN DE LAS OBRAS COMPLETAS

1. Teatro, poesía, narrativa
2. 1899-1910, I: *Ensayos críticos*
Horas de estudio
3. 1899-1910, II: Memorias. Crónicas
4. 1911-1920, I: *La poesía castellana de versos fluctuantes*
5. 1911-1920, II: Crónicas periodísticas
6. 1911-1920, III: *La Universidad*
Tablas cronológicas
7. 1921-1928, I: *En la orilla: mi España*
La utopía de América
Seis ensayos en busca de nuestra expresión
8. 1921-1928, II: *Apuntes sobre la novela en América*
Política-Literatura-México
9. 1929-1935: *Observaciones sobre el español en América*
Críticas y estudios
10. 1936-1940, I: *El español en Santo Domingo*
La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo
11. 1936-1940, II: *Plenitud de España*
Temas hispanoamericanos
12. 1936-1940, III: *El español en México, los Estados Unidos y la América Central*
Para la historia de los indigenismos
Introducciones y críticas literarias
13. 1941-1946, I: *Las corrientes literarias en la América hispánica*
Historia de la cultura en la América hispánica
14. 1941-1946, II: Historia y literatura.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
OBRAS COMPLETAS
1. Teatro – Poesía – Narrativa

Miguel D. Mena
EDITOR

Editora Nacional
Santo Domingo, República Dominicana
2013

Ministerio de Cultura de la República Dominicana
Ministro: José Antonio Rodríguez Duvergé

Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña
Tomo 1: Teatro – Poesía – Narrativa
Compilador | Editor: Miguel D. Mena

Diseño y Arte Final: Aurelio Ross
Portada: Edson Amín Toribio
Coordinación General de la Edición: Luis O. Brea Franco
Corrección de Pruebas: Armando Almánzar Botello / Editora Nacional
© Editora Nacional, abril, 2013.
Ministerio de Cultura de la República Dominicana
Todos los derechos reservados para esta edición.

ISBN OBRAS COMPLETAS: 978-9945-492-15-6
ISBN para este tomo: 978-9945-492-16-3

EDITORA NACIONAL
Oficina de la Feria del Libro
Plaza de la Cultura “Juan Pablo Duarte”
Ave. Máximo Gómez con Ave. México,
Santo Domingo, D. N.
Tel. (809) 221-0736
www.cultura.gob.do
Impreso y hecho en República Dominicana
Printed and bound in the Dominican Republic

ÍNDICE

Presentación, 7.

Introducción, 11.

TEATRO

POESÍA

El nacimiento de Dionisos, 21

Nostalgia, 47

A Josefa Perdomo, 48

A Colón, 49

Tristezas, 51

Entre niños, 54

A Cuba, 55

Leyenda indígena. El diluvio, 57

¡Incendiada!, 60

Al autor del primer himno, 62

Rima negra, 64

Las trágicas. Rebeca, 66

Otoñal, 69

Flores de otoño, 71

Ensueño, 73

Mariposas negras, 75

En la cumbre, 77

Tropical, 79

En el álbum de la Srta. Aida Pujols, 80

Postales, 81

Íntima, 112

Frente a la “Palisades” del Hudson, 115

Escorzos, 116

Todo lo que pasa es bello, 119

Máximo Gómez, 121

La serpentina, 123

Lux, 125

Hacia la luz, 133

El pinar, 139

Rafael López. “Flor de infamia”, 140

Alfonso Reyes. “Invitación pastoral”, 141

Luis G. Urbina. “Ingenua”, 142

A un vencido, 143

	A un poeta muerto, 145
	Imitación D'annunziana, 147
	Despertar, 149
	El niño (idea de Tagore), 150
NARRATIVA	La canción fugitiva, 151
	Ríe, payaso, 155
	Éramos cuatro, 159
	El hombre que era perro, 165
	El peso falso, 170
	La sombra, 174
CUENTOS DE LA NANA LUPE	En los volcanes, 179
	En Jauja, 186
	Con las brujas, 213
	Con las hormigas y la cigarra, 222
	Con el cuervo y el coyote, 225
	Con las ranas, 227
	Con el león, 232
	Con el camello, 241
	Con el perro, 247
	Con el corderito, 249
	Con el gallo y las gallinas, 251
	Con el zorro azul, 253
	Con la cigüeña, 261
	Con el burro, 273
	Con el burro y el ratón, 279
TRADUCCIONES	La mariposa (P. Bunyegas), 285
	Aquí abajo (S. Prud'homme), 286
	El mundo de las almas (S. Prud'homme), 287
	El ideal (S. Prud'homme), 289
	La belleza (C. Baudelaire), 290
	Fiez-vous (O. Durand), 291
	Ante el mar (A. Rives), 292
	Sueños (O. Schreiner), 294
	La Nave de (G. D'Annunzio), 299
	Cenizas de vida (E. Vincent Millay), 303
	Danza de los rayos del sol (B. Carman), 306
	El verdadero Ibsen (W. Archer), 308
	Juan Gabriel Borkman (H. Ibsen), 311
	Cuando despertemos (H. Ibsen), 318
	La España negra (R. Maizeroy), 323
	La Gioconda (W. Pater), 327
	De la belleza y la gracia (G. Leopardi), 330

PRESENTACIÓN

Es con gran alegría que en mi condición de ministro de Cultura de la República Dominicana, presento a la nación y al mundo, la nueva edición dominicana de las *Obras Completas* del más insigne hombre de letras y educador de nuestro país, Pedro Henríquez Ureña.

Esta compilación y edición es fruto de la dedicación, el tesón y la persistencia del destacado estudioso dominicano Miguel D. Mena, sociólogo por la Universidad Autónoma de Santo Domingo y Doctor en Filosofía de la Universidad Libre de Berlín, quien ha realizado una esencial y minuciosa investigación durante más de diez largos años de búsqueda en diferentes bibliotecas del continente americano y de Europa.

Son significativos los aportes y descubrimientos que trae esta nueva edición, como el de incluir textos que hasta el momento habían permanecido inéditos y trabajos que en anteriores ediciones no se recogieron o no estuvieron adecuadamente documentados.

Igualmente se establece en este trabajo, que en una considerable cantidad de estudios breves, publicados en diarios y revistas, el maestro dominicano recurría a elaborar variaciones, nuevas formulaciones, supresiones o adiciones respecto a los textos publicados originalmente.

La obra que presentamos constituye la aproximación más actualizada del empeño que tenemos los dominicanos de abrazar en una sola colección la producción completa de nuestro autor.

Pedro Henríquez Ureña fue un hombre cuya singular vida estuvo marcada por una azarosa errancia. Múltiples razones hubo, entre ellas, una de gran peso, la persistente situación histórica negativa que le impedía instalarse en su tierra natal, en su patria.

Para poder sobrevivir espiritualmente y suplir las necesidades concretas de su familia, tuvo que emigrar en múltiples ocasiones de un país a otro dentro del continente, circunstancia que propició la dispersión de su obra.

La tarea de elaborar una edición crítica de la obra de Henríquez Ureña

debe verse, por tales razones, como un proceso abierto, un devenir, una especie de recopilación en la que se adelanta como una obra en continua progresión.

En esta carrera por recomponer la totalidad de los escritos del maestro dominicano, podemos situar, como el trabajo más importante realizado hasta el momento, la edición en diez tomos de Juan Jacobo de Lara, publicada por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en los años comprendidos entre 1976 y 1980.

La edición que nos ocupa ahora, la primera del siglo XXI de las *Obras Completas* de Pedro Henríquez Ureña, dadas sus características, sería la única que en la actualidad podría aspirar a presentarse como la recopilación más completa.

El inventario y recolección de Juan Jacobo de Lara abarca alrededor de tres mil páginas, mientras que la presente consta de más de cinco mil páginas.

Si hay un dominicano presente en las agendas de la imaginación y el pensamiento iberoamericanos, ese es Pedro Henríquez Ureña. Al adentrarnos en su vida y obra, notamos la manera prodigiosa en que abarcó tantos ámbitos y esferas diferentes del conocimiento lingüístico y artístico en el orbe americano.

Hay que imaginarse a un niño por cuya casa transitaban figuras como las de José Martí o Eugenio María de Hostos. Luego, la de aquel joven que, sin llegar a los veinte años de edad, ya vivía y trabajaba en Nueva York. O aquel autor que a los veinte y uno publicaba, en La Habana, su primer libro, *Ensayos críticos*.

Entonces, vendría ese largo peregrinar por México, los Estados Unidos, España, Argentina. Al final, México le agradecería su participación dentro de las revoluciones intelectuales que acontecieron en medio de la Revolución Mexicana; así como la influencia que ejerció en instituciones tan variadas como la Universidad de México, el Fondo de Cultura Económica y el Colegio de México, sin olvidar el Ateneo de la Juventud.

Argentina, por igual, apreció su carrera como docente, editor y maestro de generaciones. Demás está hablar de su amistad con Borges y la manera en que éste lo inmortalizó en *El sueño de Pedro Henríquez Ureña*. En tiempos más recientes, Mario Vargas Llosa también lo ha incluido como personaje en *La fiesta del chivo*.

Nosotros, los comprometidos con la cultura dominicana, ahora tratamos de saldar una vieja deuda, compilando sus obras definitivamente completas.

Esperamos que con esta publicación no solo hagamos justicia a un legado, poniéndolo a disposición del más amplio público. También queremos contribuir al debate, siempre abierto, en relación a temas tan amplios como nuestros orígenes históricos, el alcance de nuestras creaciones y, aún más, a la consideración de los países latinoamericanos —sin olvidar a España— como la *Magna Patria*.

El nombre de Pedro Henríquez Ureña nos vincula con muchos países, con un pasado pletórico de ideas y voluntades, y con un presente donde nuestro reto, siguiendo aquella frase de Martí, no será más que *el mejoramiento humano*, que en la pluma de nuestro autor se transformó en *anhelo de perfección* y en *ansia de justicia*, pues como señala en su magistral ensayo *Patria de la Justicia: El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual (...)* Ahora, *no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o de dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.*

Desde la presidencia de la República Dominicana y el Ministerio de Cultura, nos sentimos jubilosos de colaborar y ser instrumentos para que los lectores de nuestra época, sobre todo los más jóvenes, disfruten, estudien y aprendan del genio alado de nuestro hermano más universal.

Estas páginas atesoran los más altos y auténticos valores de la humanidad creados en la historia. Para que, conducidos por la creatividad y el conocimiento de Don Pedro, podamos afianzar la esencia de la dominicanidad y renovar siempre nuestro orgullo de ser dominicanos.

José Antonio Rodríguez Duvergé
Ministro de Cultura

INTRODUCCIÓN

Para un joven de finales del siglo XIX en una sociedad como la dominicana, la poesía era una especie de *primera escritura*, un ejercicio de socialización, una prueba de adultez.

En la escuela se enseñaba su escritura, en las reuniones sociales era el medio por el que se evaluaba la sensibilidad y la visión de lo social del individuo. Era la vía más expedita en los caminos de los afectos. En caso de que en el seno familiar la poesía fuese un oficio, entonces podríamos decir que Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) estaba programado para ser un “gran poeta”.

Su ambiente familiar era ideal: su madre, Salomé Ureña (1850-1897), era no sólo educadora, sino también la poeta de mayor reconocimiento nacional. Poetas afamados habían sido su abuelo materno, Nicolás Ureña de Mendoza, y su tío paterno, Federico Henríquez y Carvajal. Al joven Pedro Nicolás, sin embargo, se le dificultó la vía creativa. Tal vez hubo muchas informaciones, emociones, una lucha abierta entre el saber, el sentir y el expresarse. No tuvo por lo demás el apoyo de su padre, Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935). El reconocido médico estaba más cerca de las ciencias naturales y matemáticas, como confiesa nuestro autor en sus *Memorias*: “pero mi padre estaba siempre ocupado, y las horas que dedicaba a nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retrainamiento y mi afición exclusivamente literaria”.¹

Si ubicamos esta esfera familiar dentro de ese último decenio del siglo XIX, observaremos los efectos de la dictadura de Ulises Heureaux (1890-1899), quien conduciría a la familia a un profundo desgarramiento. Primero fueron las posibilidades brindadas al padre para que se especializara en la carrera médica en París, entre 1887-1891, es decir, entre los tres y los siete años del niño Pedro Nicolás. Luego, se

¹ Pedro Henríquez Ureña: *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Edición y notas de Enrique Zuleta Álvarez. México: Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 49.

produjeron limitaciones laborales, tensiones políticas con el orden dominante y la enfermedad de la madre, marca fatal de su vida. Mientras parte de los hijos y el padre marchan a una variable de exilio en Cabo Haitiano, el económico, Salomé busca reposo en Puerto Plata para curarse de una enfermedad entonces mortal, la tuberculosis. Morirá en 1897, dejando en la orfandad a cuatro hijos: Francisco –de 15 años–, Pedro con 13, Max con 12 y Camila, con apenas tres años.

En ese contexto, la reacción de aquel niño es la dedicación al estudio de la poesía. En octubre de 1897 traduce al castellano el poema *Icibas*, del francés Sully Prud'Homme (1839-1907), que se publica en la revista *Letras y Ciencias* (núm. 138, 19 de febrero de 1898, p. 2). La prensa de Santo Domingo y Puerto Rico elogia tan tempranos comienzos. Rememorando aquellos tiempos en sus *Memorias*, nos enteramos, además, que comenzó a escribir “entre diciembre de 1897 y enero de 1898, una *Introducción* a la historia de la poesía dominicana, considerando los aspectos que presentaba en los diversos géneros de la clasificación hermosillesca”.²

Estamos ante un detalle curioso de su vida: en vez de lanzarse a la poesía, como sería lo esperable en un joven que sufre semejantes ausencias, prefiere concentrarse en el estudio de la poética. El pensamiento domina la fantasía. Si bien luego hará sus escauceos poéticos, habrá en su escritura cierta emoción contenida, primero la intención de dominar la técnica y luego el comedimiento de la expresión.³

Desde sus poemas primeros –que datan de 1895–, hasta la nueva etapa que se inicia con su traslado a Nueva York en 1901, se aprecia el peso de la poética de su madre: los temas históricos de la Isla, el recuento de las heroicidades nacionales, que era a la vez un canto a los amigos más cercanos, porque en aquella República todo estaba a la mano: pasado, presente, actores y/o héroes.

Con su llegada a la urbe neoyorkina en 1901 su mundo se trastoca.

² *Ibid.*, p. 48.

³ Alfredo Roggiano ha escrito dos ensayos bastante esclarecedores sobre la relación de Pedro Henríquez Ureña con la poesía: 1958. “Pedro Henríquez Ureña y la poesía”, México, 1958: *Armas y letras*, época 2, año 1, núm. 3, pp. 5-21; “Las prosas poemáticas y una traducción de Pedro Henríquez Ureña”, Washington, 1959: *Revista Interamericana de Bibliografía*. 47, enero-junio de 1959, pp. 357-362.

Todo es nuevo: el inglés, las variaciones climáticas, las lecturas, los ritmos vitales, los nuevos sentidos de la responsabilidad. A la ínsula lejana, que cada vez más se irá desdibujando en su memoria, se le agrega el pragmatismo y la celeridad que asimila del mundo anglosajón.

Sus producciones poéticas serán conocidas y celebradas en Santo Domingo, a través de sus colaboraciones con las publicaciones nacionales. Sus fuentes serán cada vez más variadas, ya que, en esos tres años en Nueva York, al francés y al inglés se agregará el italiano. Frente a la supremacía de los decires romanticistas y modernistas, Pedro Henríquez Ureña descubrirá fuentes cada vez más amplias. Será difícil adscribirlo a una de las escuelas dominantes en el ámbito hispanohablante, como el influjo de D'Annunzio, por ejemplo. Lo deseable hubiese sido un diálogo con la expresión más revolucionaria de su momento —la encabezada por Ruben Darío y los modernistas—, pero al parecer las aspiraciones del dominicano no fueron tan amplias.

Después de tres años de estancia neoyorkina, a la limitación de recursos económicos se unen cansancio y enfermedades. Marcha a La Habana en 1904. Su permanencia allí se prolongará por dos años.

En ese primer lustro del siglo se irá concentrando en los estudios filosóficos. El resultado se da a conocer en 1905, cuando edita su primera obra, *Ensayos críticos*, una recopilación de sus artículos publicados en la prensa cubana y dominicana. Prontamente será celebrado por grandes figuras de la literatura iberoamericana, como Marcelino Menéndez Pelayo y José Enrique Rodó.

En 1906 marcha a Veracruz, convencido por el periodista cubano Arturo Carricarte de que en esa ciudad mexicana podrá darle rienda suelta a sus viejas ideas editoriales. El proyecto tomará cuerpo con el lanzamiento de la *Revista Crítica*. Después de dos números, la pluma de Henríquez Ureña se detiene. Veracruz se empequeñece de repente. Pronto se traslada a la capital mexicana, iniciándose así su definitivo despegue intelectual.

Mientras tanto, la poesía, hasta 1910, se ha ido reduciendo considerablemente, a casi un poema por año. Después, sólo conoceremos dos textos: *El niño, idea de Tagore* (1916), y *La canción fugitiva* (1924), este último un poema en prosa “para el libro de Delia Weber de Coiscou”, como reza en su subtítulo.

Si bien la poesía se diluye en su obra, la traducción, como comple-

mento de la creación, lo acompañará para siempre.

En 1908 la *Revista Moderna de México* comenzará a publicar por entregas su traducción de *Estudios griegos*, del inglés Walter Pater, una de las lecturas más reveladoras del grupo de jóvenes que se forma a su alrededor, y que posteriormente fundarán el célebre *Ateneo*. En 1909, en esta revista, dará a conocer su estudio dramático *El nacimiento de Dionisos*, reafirmación de su gran interés por los mitos griegos.

Más que un explorador de formas, podría asegurarse que Henríquez Ureña estaba más interesado en el estudio de temas. Poesía, narrativa, prosa, todo parecía conducir a la consideración de los sentidos del sujeto en la sociedad contemporánea, atenazada por un rápido industrialismo y por la supervivencia de formas coloniales en los discursos y la vida cotidiana.

En cuanto al Pedro Henríquez Ureña narrador, se podría decir que aparte de exigua, su labor fue puntual: escribió pensando en el público infantil.

El primer cuento de Henríquez Ureña, “Ríe, payaso”, fue publicado el 27-28 de enero de 1906, en el periódico veracruzano *El Dictamen*, pero luego renegaría de él. En una nota manuscrita en el ejemplar de este texto que se conserva en su Archivo, depositado en el Colegio de México, leemos: “En este cuento solamente la firma y la idea son de P.H.U.; la factura y el estilo son de Arturo R. Carricarte”.

En su última etapa mexicana (1921-1924) se gestará el grueso de su producción narrativa. En ese significativo año de 1923 se ha casado y ha nacido la primera hija –Natacha–. También se ha integrado al proceso de reorganización de la educación mexicana desde su puesto de Director General de Enseñanza Pública en el Estado de Puebla. Discute intensamente con su superior –y viejo colega del *Ateneo*– José Vasconcelos, sobre los contenidos de la educación, la inversión en los Estudios Superiores y el combate contra el analfabetismo. A la vez que labora en estas prácticas de gestión y de crítica, escribirá una serie de cuentos que publicará el diario *El Mundo*, entre septiembre y noviembre de 1923. Aparte del público infantil, también piensa en aquellos que recientemente han accedido al mundo de la lectura.

Junto al escenario familiar que se formaba a su alrededor en ese año – con mujer e hija –, estaban unos aires revolucionarios aún respirables, en los que sentía ganas de hablar sobre luchas, optimismos, bondades.

De ahí el espíritu de esas narraciones, con su tono moralizante en el sentido clásico, pero también con la intención de brindar una mirada sobre la situación social y política en un paisaje de revoluciones. Estos textos se recogieron bajo el título *Los cuentos de la Nana Lupe*, editados por su hija, Sonia Henríquez viuda de Hlito, y por el autor guatemalteco Augusto Monterroso.⁴

En 1924, las intrigas políticas y disensiones en torno al manejo de la Educación lo llevaron a renunciar al puesto en Educación y poner la proa en dirección a Buenos Aires.

Poco después de su traslado a la capital argentina, en 1925, da a conocer dos cuentos más, *Éramos cuatro* y *El hombre que era perro*, en la revista *Caras y Caretas* (núm. 1401, 8 de agosto, y 19 de septiembre, núm. 1407, respectivamente). Su periplo narrativo concluirá con otros dos textos: *El peso falso* (revista *Bahoruco*, núm. 263, Santo Domingo 7 de septiembre de 1935) y *La sombra* (periódico *La Nación*, 30 de agosto de 1936, Buenos Aires).

Pedro Henríquez Ureña nunca le concedió papel central a su obra de ficción. Más bien la consideraba como *divertimento*, obra de ocasión, como refiere en algunos pasajes de sus *Memorias*. Tal vez su temprana conciencia crítica, privilegiando la precisión en lo expresivo y no las aventuras de las imágenes, le creó un dique a su faceta de creador.

En lo narrativo, su modelo evidente fue el José Martí de *La Edad de Oro*. Pensaba superar los topos de la literatura infantil, heredados tanto del fabulario de Esopo como de los hermanos Grimm, planteándose la necesidad de llevar al lector a cierto potenciamiento de la conciencia social. En lugar de fantasear con mundos ideales, escribía sobre el valor del dinero y la sociedad de mercado, haciendo una fina crítica al capitalismo. Hablaba incluso –dicho ahora en un lenguaje *contemporáneo*– de ecología y nuevas formas de comunitarismo, al margen de la vorágine de la sociedad de consumo. Tal vez podrían rastrearse en sus fuentes narrativas otras presencias –aparte de las de Martí y Eugenio María de Hostos–, como las de sus amados autores

⁴ La Universidad Nacional de México los publicó en 1966, con motivo del 20 aniversario del fallecimiento de Henríquez Ureña. En relación a la cuentística de nuestro autor, ver el enjundioso ensayo de Griselda Navas, “Pedro Henríquez Ureña, el cuentista”, *Voz y Escritura*. Mérida, 1993: *Revista de Estudios Literarios*, núms. 04-05, diciembre, pp. 247-261.

realistas rusos, desde León Tolstoi hasta Máximo Gorki.

Al crítico le tocará juzgar el alcance de estos textos de ficción. Por ahora sólo hemos querido mostrar algunos planos en los que se podría comprender el paisaje histórico de esta obra, que no por ser mínima, deja de ser significativa.

Ubicada dentro de su *Obra Completa*, la ficción de Pedro Henríquez Ureña nos confirma la constante humanística de su autor, su insistencia en el mejoramiento de la sociedad humana y el deseo de que se establezca una efectiva justicia social, para todos.

CRITERIOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

La recopilación de la obra literaria de Pedro Henríquez Ureña comenzó con la publicación en 1949 de *Poesías juveniles*, compilada por Emilio Rodríguez Demorizi⁵. En ese libro se reunieron 22 poemas, abarcando el período desde 1897 hasta 1911. Al parecer se le puso ese título para respetar la memoria del Maestro dominicano, recientemente fallecido, no adjudicándole a esta obra poética una mayor ambición.

En 1966, como vimos, se compiló en un volumen la mayoría de sus textos narrativos, bajo el título *Cuentos de la Nana Lupe*.

La compilación de Rodríguez Demorizi fue integrada en el primer tomo de las *Obras Completas*⁶ de Pedro Henríquez Ureña, que apareció en 10 volúmenes, entre 1976-1980, en edición de Juan Jacobo de Lara. La única novedad en esta nueva publicación fue la agregación de dos poemas.

En el 2003 hubo un nuevo intento de recopilación de la *Obra* del maestro dominicano, por parte de la entonces Secretaría de Cultura, pero el intento sólo llegó a cinco volúmenes. El primer tomo, editado por Diógenes Céspedes, trató de recopilar la obra literaria bajo el título de *Ficción*.⁷ Por primera vez se veía en conjunto el ensayo dramático, la poesía y la narrativa del dominicano. Quedaron huecos sensibles, tanto en narrativa y poesía, que ahora hemos tratado de llenar.

La entrega del Archivo de Pedro Henríquez Ureña en el 2008 al

⁵ Bogotá: Ediciones Espiral, 1949.

⁶ Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976.

⁷ Santo Domingo: Secretaría de Estado de Cultura, Editora Nacional, 2003.

Colegio de México, por parte de su hija Sonia Henríquez vda. Hlito, marcó un giro radical en la recepción de su obra. El crítico Néstor E. Rodríguez recuperó de entre esos papeles, un cuaderno con sus poemas, titulado *Versos*.⁸ Era su poesía, agrupada temáticamente, en su mayoría previamente publicada por Emilio Rodríguez Demorizi en 1949 bajo el título de *Poesías juveniles*.⁹ El libro fue lanzado por la Universidad Iberoamericana de Santo Domingo en el 2008, siendo reeditado por el Ministerio de Cultura cuatro años después.

En noviembre de 2011 accedimos a ese valioso Archivo de Pedro Henríquez Ureña. No localizamos todos los poemas registrados por el autor en una lista con que se iniciaba el álbum de versos¹⁰. Sin embargo, recuperamos otros hasta ahora desconocidos, como su primer poema, que curiosamente pasó desapercibido para la editora Speratti de Piñero. Por lo demás, localizamos otros textos, hasta ahora desconocidos, como los cuentos *Ríe, payaso* y *Éramos cuatro*.

Como última novedad, presentamos un conjunto de sus traducciones breves, entendiendo que para él traducir era *re-crear* el texto, es decir, otra manera de imaginar.

Hemos actualizado la ortografía. Otra novedad es la recuperación de la primera versión (1909) de la introducción a *El nacimiento de Dionisos*, junto a su versión final de 1916.

La lista de las personas que han posibilitado este libro es larga y por razones de espacio, breve. Al principio de este trabajo, en Santo Domingo, el apoyo del historiador Salvador Alfau y el sacerdote Jesús Hernández, de Biblioteca Antillense Salesiana, ha sido fundamental. Igualmente agradezco al Presidente del Colegio de México, Dr. Javier Garcíadiego Dantán, a la maestra Micaela Chávez Villa, directora de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas y al Archivo Histórico, bajo la dirección de Citlalítl Nares, por las facilidades y el soporte brindados. Aunque sea el lugar más común de un prólogo, no puedo menos que repetir que sin tal cooperación, no hubiera sido posible el presente libro.

En Ciudad México quiero recordar también a Adolfo Castañón, tal

⁸ Santo Domingo: Universidad Iberoamericana, 2008.

⁹ Bogotá: Ediciones Espiral, 62 páginas.

¹⁰ Esa lista fue insertada en la *Crono-bibliografía* de Susana Speratti de Piñero, aunque de algunos de esos poemas no se tengan más referencias.

vez uno de los últimos *ateneístas*, por las puertas que me abrió. También tengo deudas con Liliana Weinberg y Rafael Mondragón, por tantas ideas que surgieron en el seminario en la UNAM.

A Odilón Almánzar, mi primer asistente en estas investigaciones, le agradezco su apoyo esencial.

El trabajo de compilación de estas *Obras completas* se inició en el 2002, como iniciativa privada. El Instituto Iberoamericano de Berlín se convirtió en mi centro de trabajo. A su personal le estoy también sumamente agradecido. En el 2010, obtuve de parte del Lcdo. José Rafael Lantigua, entonces Ministro de Cultura, el patrocinio final que me permitió realizar este viejo sueño. A él quiero agradecer el haber creído en este proyecto. También quiero reconocer al actual Ministro de Cultura dominicano, José Antonio Rodríguez Duvergé, por darle especial continuidad al viejo plan, ampliándolo, brindándome todas las facilidades. Gracias a su empeño y desvelos, el equipo de trabajo se amplió y consolidó, arribando a ciertas costas felices. Deseo, además, expresar mis deudas con el Dr. Luis O. Brea Franco, viejo amigo y estudioso de la filosofía, por su estímulo constante y su pericia para que estas *Obras* de Pedro Henríquez Ureña alcanzaran estas alturas. También quiero reconocer al poeta y ensayista Armando Almánzar Botello, no sólo por su atenta lectura sino también por sus sabias sugerencias, que han posibilitado mejoras más que sustanciales en este proyecto.

Cuando iniciamos este proyecto de recopilación, una voz desde Buenos Aires se convirtió en referente esencial. No sólo era el permiso correspondiente que necesitábamos para emprender la empresa, sino también el concepto oportuno ante algunas inquietudes. Ella es doña Sonia Henríquez Lombardo vda. Hlito, a quien le agradecemos muy especialmente su tiempo, su paciencia, sus encantos.

Esperamos que con esta edición de sus *Obras Completas*, la estrella de Pedro Henríquez Ureña siga siendo parte de nuestros referentes humanísticos más sentidos.

Miguel D. Mena

Berlín, 26 de enero de 2013.

TEATRO

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

**EL NACIMIENTO
DE
DIONISOS**

NUEVA YORK
Imp. de LAS NOVEDADES
225 Oeste Calle 39
1916

EL NACIMIENTO DE DIONISOS ESBOZO TRÁGICO A LA MANERA ANTIGUA

JUSTIFICACIÓN

En este ensayo de tragedia antigua se ha tratado de imitar la forma trágica en uso durante el período inmediatamente anterior a Esquilo: la forma que, según las noticias imperfectas llegadas a nosotros, empleó el poeta Frínico, y cuyas características son el predominio absoluto del coro y la intervención de un solo actor en cada episodio. No se ha omitido ninguna de las partes esenciales de la tragedia griega: el Parodos, la entrada del coro; los Episodios, que contienen la acción (forma primitiva de los *Actos*); los Stasima, cantos del coro que separan los episodios; en cuanto al Éxodo, el final, he adoptado, no la forma en uso desde Esquilo, en la que se desechaba generalmente la forma lírica en favor de la dialogada, sino una de las formas primitivas, que subsiste todavía, por ejemplo, en *Los Persas* del mismo Esquilo: las voces alternas del coro y el actor. (En *Las Suplicantes*, considerada como la obra más antigua entre las que de Esquilo conservamos, el éxodo es lírico y está encomendado exclusivamente al coro). He usado también el Commos, lamento alternado del coro y el actor, parte no imprescindible, pero sí tan usual, que bien puede llamársela característica de la tragedia griega.

En dos puntos de otro orden creo deber justificarme. Si mi ensayo de tragedia no corresponde a la concepción moderna del conflicto trágico, pues el desenlace es triunfal, no altera esencialmente la concepción griega; en punto de desenlaces sin desastre, recuérdense *Las Suplicantes* y *Las Euménides* de Esquilo, el *Edipo en Colona* y el *Filoctetes* de Sófocles, el *Ion*, la *Helena*, la *Ifigenia en Táurida* y la *Alceste* de Eurípides. El desenlace de muchas tragedias griegas era el establecimiento de un culto; el de las Euménides en Atenas, por ejemplo. Lo terrible de la tragedia griega no culminaba necesariamente en el desenlace; bastaba que en la obra hubiese conflicto.

Además, si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso, se debe a la dificultad para mí todavía insuperable de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos. No niego que un conocimiento profundo de la materia pueda llevar a encontrar formas poéticas adecuadas a tal fin, máxime ahora que el *vers libre* está universalmente admitido; pero hasta hoy los exámetros y pentámetros ensayados por tantos grandes poetas, desde Tennyson a Rubén Darío, no han resuelto el problema. Emplear el endecasílabo ítalo-castellano, con su fijeza silábica, para dar idea del libre movimiento de la antigua poesía trágica, me parece tan absurdo como emplear el alejandrino francés; y no hablo de otras clases de versos aceptados por la métrica ortodoxa, porque todos padecen, aun más que el endecasílabo, del mal de la fijeza, y resultan (salvo los de arte menor en el romance) extremadamente monótonos a la larga. Claro está que en una imitación de tragedia griega deberían alternar metros diversos; y esto, desde luego, complica todavía más el problema. En presencia de tales dificultades, he preferido la prosa, como lo han hecho en la traducción de las tragedias griegas los eruditos contemporáneos: el resultado está a la vista. En Francia no se leen los poetas griegos sino traducidos en prosa; uno de los primeros a poner en práctica esta lógica decisión, fue el jefe de los poetas parnasianos, Leconte de Lisle, cuyas traducciones de épicos, líricos, trágicos y bucólicos suman ocho volúmenes compactos. En nuestro idioma, cuando se nos cae de las manos la *Iliada* de Hermosilla o la traducción en verso del *Prometeo y Los siete sobre Tebas*, error juvenil de Menéndez y Pelayo, volvemos con placer al Esquilo de Brieva Salvatierra y al Aristófanes de Baráibar. Si, pues, las tragedias griegas se leen traducidas en prosa, ¿qué mucho que en prosa esté también una imitación? En cuanto a las indicaciones de Estrofas, Antistrofas y Épodos, debo recordar, a quienes juzguen absurdo ver *estrofas* en prosa, que estas palabras significaban originariamente los movimientos del coro. Los épodos, como se verá, van aquí intercalados *ad libitum*, lo mismo que en las tragedias griegas.

En el lenguaje, he tratado de seguir principalmente las formas de los trágicos, calcando a veces frases enteras (sobre todo de *Las Bacanales* de Eurípides), y conservando, entre otros detalles, el uso variable (arbitrario en apariencia, pero psicológico en realidad) de singular y plural en el coro. He tomado también expresiones de los poemas e

himnos homéricos, de los poemas hesiódicos y de los himnos órficos, y hacia el final he introducido reminiscencias de Nietzsche y de Walter Pater, modernos exégetas de Dionisos, y vagas reminiscencias cristianas, por la semejanza del mito de Dionisos con ciertos elementos legendarios de la vida y el culto de Jesús, tratando de traducirlas en lenguaje que no disonara del resto.

Sobre la aparición de Dionisos niño y ya discurriendo tan largamente, me contentaré con invocar el ejemplo de los himnos homéricos a Hermes y Apolo; y en cuanto a la rápida sucesión de los hechos, no creo necesario a estas horas demostrar la libertad absoluta del teatro griego.

No desconozco la excesiva imperfección del resultado, dada mi ignorancia en tan ardua materia; pero creo que es medio de acercarse a la comprensión de la antigüedad, el ensayar personalmente sus formas artísticas, tratando de colocarse en el punto de vista antiguo; y nadie habrá que niegue el derecho de querer comprender.

► *Revista Moderna de México*, enero de 1909, pp. 259-269.

EL NACIMIENTO DE DIONISOS¹

JUSTIFICACIÓN

En este ensayo de tragedia antigua se ha tratado de imitar la forma trágica en uso durante el periodo inmediatamente anterior a Esquilo: la forma que, según las noticias llegadas hasta nosotros, empleó el poeta Frínico, y cuyas características son el predominio absoluto del coro y la intervención de un solo actor en cada episodio. No se ha omitido ninguna de las partes esenciales de la tragedia griega: el PARODOS, la entrada del coro; los EPISODIOS, que contienen la acción (forma primitiva de nuestros *Actos*); los STASIMA, cantos del coro que separan los episodios; en cuanto al ÉXODO, el final, he adoptado, no la forma en uso desde Esquilo, en la que se desechaba generalmente la forma lírica en favor de la dialogada, sino una de las formas primitivas, que subsiste todavía, por ejemplo, en *Los Persas* del propio Esquilo: las voces alternas del coro y el actor. He introducido también el COM-MOS, lamento alternado del coro y el actor, parte no imprescindible, pero sí tan usual que cabe llamarla característica de la tragedia griega.

Si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso, débese a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos. He preferido la prosa, ateniéndome al ejemplo de muchos insignes traductores de las tragedias clásicas, uno de ellos no menor poeta que Leconte de Lisle. Con relación a las estrofas, antistrofas y epodos, debo recordar, a quienes juzguen absurdas las *estrofas* en prosa, que estas palabras significaban originariamente los movimientos del coro. En el lenguaje, he tratado de seguir principalmente las formas de los trágicos, conservando, entre otros detalles, el uso variable (arbitrario en apariencia, pero psicológico en realidad) de singular y plural en el coro.

¹ Esta es la versión final, publicada en *Las Novedades* de Nueva York en 1916. N.d.e.

Si mi ensayo de tragedia no corresponde a la concepción moderna del conflicto trágico, no altera la concepción griega: como desenlaces sin desastre, y a veces jubilosos, recuérdense los de *Las suplicantes* y *Las Enménides* de Esquilo, el *Edipo en Colona* y el *Filoctetes* de Sófocles, el *Ion*, la *Helena*, la *Ifigenia en Táurida* y la *Alcestes* de Eurípides. El desenlace de muchas tragedias griegas era el establecimiento de un culto: el de las Euménides en Atenas, por ejemplo.

PERSONAJES:

Coro de mujeres de Tebas.

Semele.

Hermes.

Cadmo.

Iris.

Dionisos.

PARODOS

CORO

Aquí llegamos las mujeres de Tebas ante las puertas del palacio de Cadmo, solícitas en nuestro amor a esta raza ilustre. Nuestro corazón está lleno de gratitud para Cadmo, cuya sabiduría es hija de Gea, venerable nutriz del don profético, y cuyo valor alcanza la protección de Palas, la virgen de fuerte lanza; Cadmo matador del dragón, inventor de los gráficos signos, fundador de Tebas la de las siete puertas, maestro de las artes pacíficas y las industrias de la guerra. Pues desde que él hizo nacer de la tierra cosecha de caballeros armados, Tebas rica en guerreros es temida entre las ciudades; y él hace fructificar sobre el suelo la magnanimidad de su poder, como el trigo maduro lleno de espigas de oro.

Pero he aquí que graves desazones afligen a la raza cadmea. La discordia divide a las hijas de Cadmo y Harmonía. Semele, la de espesa cabellera, ha sido amada por el poderoso Zeus, y espera como fruto de su vientre nuevo dios que sea protección y honor de Tebas; pero sus hermanas, Ino y Agave y Autonoe, la acusan de sacrílego engaño. Mi corazón se contrista al considerar esta disensión lastimosa en familia egregia; vacilo entre el temor de ofender la majestad olímpica de Zeus Cronida y el deseo de que la ciudad posea un dios tutelar, y ansiosa espero el día en que se ostenten claros los designios divinos.

Estrofa.—Entretanto, quiero recordar la esforzada virtud del monarca venerable y los hechos famosos que ilustran los orígenes de mi ciudad nativa. Los dioses me inspiran para que elogie el esfuerzo tenaz que levantó los muros tebanos, sobre el suelo escogido por la bestia apolínea, a la orilla del Ismeno impetuoso, y el valor osado que dio muerte al dragón de roja cresta.

Antistrofa.—Los dientes del dragón devorador de hombres hicieron nacer, sembrados en el polvo, la raza de mis antecesores, guerreros de bronceína armadura resplandeciente. Y Atenea, protectora de las ciudades, dio al héroe poder sobre esta fértil tierra oscura, pródiga en claras fuentes; y él la hizo rica por sus labores, y la fama de Tebas próspera y aguerrida se extendió por toda la Hélade.

Estrofa.—Ni olvido el don de Zeus omnipotente. Fuiste tú, brillante Harmonía, fiel e irreprochable, hija de Ares invicto y de Afrodita áurea, la esposa destinada por el soberano inmortal a compartir el lecho de Cadmo y el trono de Tebas.

Antistrofa.—Y fueron tus nupcias esplendor y orgullo de la tierra, abrumada de gozo por la presencia de los olímpicos, que para honor de los desposados ilustres descendieron de sus moradas inquebrantables.

Estrofa.—Pero a vosotras, hijas felices de la pareja favorecida por los dioses, los augurios os declaran madres de héroes. La suerte de los héroes es siempre triunfo y sacrificio. Cantemos Ailino, Ailino, pero que venza al fin la buena fortuna.

Antistrofa.—Semejantes a las plantas que se coronan de hojas verdes en la margen de los ríos, generosos padres de la vida lozana, habéis vivido junto a la próspera virtud paterna. Os agitan ahora vientos que son amenaza de destrucción y promesa de vigor. Cantemos Ailino, Ailino, pero que venza al fin la buena fortuna.

Epodo.—Más que ninguna consagrada a las Moiras por los presagios, Semele anuncia el nacimiento del dios epónimo de Tebas, hijo de Zeus tonante. Hay sombras y luces en los presagios. Ante su misterio cantemos Ailino, Ailino, pero que venza al fin la buena fortuna.

Estrofa.—Zeus Cronida, cuyo cetro sostiene la excelsitud de Olimpo, tuya es la cólera resonante del trueno y tuya la gloria refulgente del relámpago, tirano de los ojos mortales.

Antistrofa.—Tuya es también la sonrisa del cielo abierto, luz apacible, blancura de nubes, serenidad infinita, deleite de los humanos ojos.

Estrofa.—Impenetrables son los designios de Zeus y oscuros los sueños y los augurios de las aves. No aspiro a conocer el arcano terrible; acato la ley de la Voluntad suprema y temo a sus cóleras ardientes.

Antistrofa.—Pero la clemencia de Zeus se ostenta en la clara serenidad del cielo; Iris, la virgen alada de clámide polícroma, es la portadora de los mensajes de paz. Sea siempre benévolo el poder de Zeus.

EPISODIO I

SEMELE

Vengo, mujeres de Tebas, del palacio en donde fui otro tiempo hija dilecta y soy ahora recibida con ceño adusto. Mis padres me acogen en silencio y oyen con tristeza mis palabras. Mis hermanas son mis enemigas, porque la envidia fácilmente se apodera del² corazón femenino. El poderoso Zeus, que rige el Olimpo e impera sobre los inmortales y sobre los mortales, ha deseado conceder a Tebas el ser cuna de nuevo dios portador de bienes innúmeros para campos y ciudades, y ha escogido entre todas las mujeres a esta hija de Cadmo y Harmonía, para ser la madre de su hijo divino.

Pero ved que mis hermanas me acusan de sacrílego engaño y me imputan ofensa a la majestad de Zeus. A vosotras acudo, a vuestros jóvenes pechos maternos, pues no ignoro vuestra fidelidad a los designios de los uránidas y a las acciones ilustres de los héroes, para que encendáis en vuestro corazón la llama viva del amor que debe acoger al dios amable. Por mí se dirá que en Tebas las mujeres mortales tienen hijos inmortales. Tened fe y esperanza, mujeres de Tebas.

CORO

Mi corazón se regocija con tus palabras, pero teme ofender.

SEMELE

¿Por qué alimentas temores?

CORO

Ignoro los designios divinos.

SEMELE

¿No ves clara la voluntad de Zeus?

² En la primera versión, de la *Revista Moderna de México*, “señorea el” en lugar de “se apodera del”. N.d.e.

CORO

Temo me engañe la esperanza.

SEMELE

Confía en la verdad que te diga tu corazón.

CORO

Mi corazón presente a un tiempo mismo dichas y males.

SEMELE

Aleja de tí los pensamientos negros.

CORO

Quisiera fundar la fe en la certeza.

SEMELE

El nacimiento, ya no lejano, del dios que alienta en mis entrañas, disipará tus dudas. Todo será esplendor y contento de la tierra en el fausto día. Pero he ansiado dar a vosotras, y a mis padres contristados, y a mis hermanas envidiosas, y a toda la ciudad de Cadmo, clara muestra del favor que me otorga el augusto Zeus. Él penetra en mi morada bajo la apariencia de simple mortal, y así me ama. Día por día ruégole, sin alcanzarlo aún, me conceda verle circundado de la majestad con que se presenta a su divina esposa Hera. Pero ha jurado, derramando en el polvo sitibundo agua de la Estigia incorruptible, acceder a todas mis súplicas. Le rogaré de nuevo y confío ¡oh mujeres de Tebas! en que descienda circuido de esplendor olímpico para dar testimonio del favor que ha prometido a esta tierra. (*Exit*).

STASIMON I

CORO

Estrofa.—¡Ay me! ¡Que presiento desgracia! No es dado a los mortales contemplar la forma divina sin deslumbrarse, ni la presencia terrible de Zeus sin perder la vida. Temo que los deseos ambiciosos de esta hija de Cadmo la lleven a perecer y perezca con ella la carga divina de sus entrañas.

Antistrofa.—¡Ay me! ¡Qué de males se avecinan! Ciegos están quienes pretenden alcanzar esplendor de dioses. Presiento la tempestad que ha de abatirse sobre la casa del hijo de Agenor y el duelo que ha de afligir al heroico anciano en su vejez.

EPISODIO II

CORO

¡Dioses inmortales! ¡Qué espectáculo contemplan mis ojos! ¡Qué espanto cae sobre la tierra! El rayo desciende, más que nunca ingente y airado, sobre la morada de Semele. Mi vista se ciega y no puede resistir tanta luz. ¡Ay! ¡Ay! La tierra se estremece y llena los aires estrépito fragoroso. Caigo prosternada en el polvo. Acorredme, dioses inmortales. Sé clemente, Zeus Cronida.

Ha cesado ya el fragor terrífico. Trémula todavía por el espanto tiendo la mirada para conocer el desastre. He aquí que la morada de Semele es consumida por el fuego y la hija de Cadmo no se levanta de entre los escombros. La piedad señorea mi alma, pero temo acercarme a la mansión herida por el rayo. Suplícote, Zeus omnipotente, salves al dios próximo a nacer. A tí acudo también, Peán protector.

Pero ved que Hermes llega rápido hacia aquí. Aunque asume forma de mortal, por su casco alado le reconozco, y por sus insignias de heraldo. La presencia del dios prudente sosiega mi ánimo, y confío en que traiga del Olimpo palabras de esperanza.

HERMES.

Tranquilizaos, mujeres de Tebas, que os traigo palabras de consuelo. Semele ha perecido, frágil forma humana devorada por el fuego de la divina presencia, pero Zeus no quiere que perezca el fruto de su vientre, el dios prometido a la ciudad de Cadmo.

CORO

Tu llegada calma mi ansiedad, pero mi corazón se desgarrar ante la certidumbre de la muerte de Semele.

HERMES

Bien está que llores a la hija de tus príncipes, pero no olvides que Zeus es clemente para tu ciudad.

CORO

¿No perecerá el nuevo dios?

HERMES

Zeus me envía a salvarlo del incendio.

CORO

Y ¿cómo podrá vivir, si no era llegada aún la hora de su nacimiento?

HERMES

Zeus lo guardará dentro de su propia carne, cerrándola con áureos broches, para que se nutra con sangre olímpica, mientras las Moiras terminan la obra comenzada.

CORO

¿Y cuándo verá la luz este dios prematuramente huérfano?

HERMES

Cuando llegue el día en que debió nacer del vientre de Semele; así nacerá dos veces.

CORO

¡Suerte excepcional, feliz y a la par desgraciada!

HERMES

Guardad en vuestro corazón la memoria de Semele, pues como ella sois jóvenes y sois madres. El dios que Zeus ofrece a Tebas tendrá para la madre tristemente muerta, muerta sin conocer la gloria de su hijo, la más piadosa recordación: santuario de ternura será su alma. Conservad vuestros corazones como urnas perfumadas de piedad para ser gratas al dios epónimo de la ciudad cadmea. (*Exit*).

STASIMON II

CORO

Preludio.—Las palabras del mensajero olímpico me inundaron de amor para el dios cuya gloria presiento; pero todavía me agobia con pesadumbre de montaña el fin pavoroso de Semele.

Estrofa.—Cae sobre mí el dolor como lluvia lenta, y mis ojos dan salida a los raudales de mi corazón lleno de amargura. Lamento con gemidos la suerte de la que no logró ver el nacimiento del hijo ansiado. ¡Ay! ¡Ay! ¡Madre sin ventura!

Antistrofa.—El dolor me abrasa el pecho como fuego inclemente y sale fuera en llamas rojas. Alzo clamor ante la suerte de Semele, descendida al oscuro Hades cuando su cuerpo florecía de juventud como el jacinto en primavera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Juventud desgraciada!

Estrofa.—¡Lamentable hija de Cadmo! Martirio fue para tí concebir un dios; sola y desdeñada viviste, y al fin te consumió el fuego de tu divino amor, la presencia radiosa del amado inmortal. Atrozmente expían los mortales el deseo de igualar a los dioses.

Antistrofa.—¡Raza lamentable de Cadmo! Ilustre y dichosa hasta ayer, privilegiada en el favor de los soberanos poderes del Olimpo, duélome presintiendo larga serie de males que afligirán de hoy más tu casa. La balanza de la Moira es fiel, y para vencer la fuerza de los dones gloriosos, comienzan a caer a la opuesta parte gérmenes de calamidad perdurable.

EPISODIO III

CADMO

Yacía en mi palacio bajo el ala de la sombra, porque presentí que descendería sobre mi raza el primer golpe de Atropos, la Moira implacable. Oí las palabras orgullosas de Semele, sin que logran libramme de la duda que me laceraba como herida que sangra interiormente; pero el brillo y el fragor del rayo me hicieron comprender la verdad de sus palabras y la tremenda realización de sus deseos. El terror me aprisionó, ató mis manos y nubló mi cabeza. Pero escuchando ahora vuestros lamentos y clamores, salgo a dar cuenta del suceso fatal. Tú, que sin duda lo contemplaste, dime si Semele ha muerto.

CORO

Bien te dijo tu corazón: tu hija pereció abrumada por la divina presencia. Contempla los escombros humeantes de su morada. Pero sabe que Hermes vino a salvar del desastre al hijo de Semele, y ascendió al Olimpo llevándolo consigo para entregarlo a Zeus, en cuyo cuerpo quedará encerrado hasta la hora del nacimiento.

COMMOS

CADMO

Estrofa.—Como príncipe de esta ciudad ilustre, tributo mi gratitud a Zeus; pero mi corazón de padre está desolado por la muerte de la hija dilecta.

CORO

Lamenta, rey de Tebas, el destino tremendo de tu hija; lamenta los males que caen sobre tu raza gloriosa.

CADMO

Antistrofa.—Con golpes hiero mi pecho, meso con desesperación mis cabellos; el dolor me acosa como hambriento lobo.

CORO

Uno mis lamentos a los tuyos; no ignoro cuán duro trance es la eterna partida de los bienamados.

CADMO

Estrofa.—¡Ay! ¡Ay! ¡Hija sin ventura! ¿Por qué no tuve fe en tus palabras? Trajiste gloria a tu raza, y tu raza se apartó de ti; no supo escuchar el divino mensaje.

CORO

¡Ay suerte lamentable! El amor de Zeus es justo motivo de orgullo; pero el esplendor olímpico no es para los ojos mortales.

CADMO

Antistrofa.—¡Ay! ¡Ay! ¡Madre sin ventura! No conocerás la gloria prometida a tu hijo; al abrasarse tu cuerpo, sin duda creció tu angustia pensando que contigo perecía el fruto de tus entrañas.

CORO

¡Ay memorias dolientes! La muerte de las madres jóvenes es duelo de la tierra, y es recuerdo piadoso para los hijos.

CADMO

Estrofa.—Dolorosa será mi vejez, huérfana de tu amor; y mi morada, llena de tus memorias, será muda evocadora de perennes tristezas.

CORO

Profundo es tu mal ¡oh anciano heroico! y duélome por tu corazón herido.

CADMO

Antistrofa.—Si mi voz puede llegar a tu morada sombría, oye los clamores paternos; acepta el amor que te fue esquivo en tus días supremos.

CORO

Yo también deploro el desastre; lloro a los muertos y honro sus tumbas; me inclino ante los golpes de la Moira.

CADMO

Epodo.—Fuentes de lágrimas eternas son mis ojos: ellas regarán tu sepulcro y caerán sobre el fuego que te consume.

CORO

Llevaré mis ofrendas a la tumba de Semele, para que Hades devorador sea propicio a sus manes. Acato reverente los designios de la Voluntad augusta.

CORO

Pero no echéis en olvido ¡oh Cadmo! los dones de Zeus; álzate con fortaleza y ordena los tributos que deben ofrecerse al dios epónimo.

CADMO

Cuerdamente hablas. Reprimo la corriente de mis lágrimas y atiendo a mis deberes de príncipe. De hoy más será lugar santo la mansión herida por el rayo; allí fue concebido el dios, y allí descendió la majestad de Zeus. Cerca de las fuentes se edificará el templo del dios pirogénito; y el fresco rumor de las aguas hará grato el ambiente. Acoged vosotras con regocijo su fausto advenimiento. Yo retorno a mi palacio a refugiarme bajo el ala de la sombra. (*Exit*).

STASIMON III

CORO

Estrofa.—Se ha calmado la tempestad cuyas alas coléricas azotaron mi frente. Descansa en paz, hija desgraciada y gloriosa de Cadmo, que no faltarán a tu sepulcro los ritos y las ofrendas venerables. Entretanto, me dispongo a recibirte, hijo de Zeus, honor de Tebas, gloria de la tierra. ¿Cómo te llamaré? ¿Con qué nombre habré de invocarte?

Antistrofa.—Invade mi ánimo quietud serena. Se acerca ya la hora feliz en que ha de nacer de nuevo, desprendido de la carne inmortal del padre Zeus, el hijo de Semele. La paz de los cielos se refleja en mi pensamiento. ¿No veo lucir el signo de la gracia? ¿No es Iris la que desciende rápida?

EPISODIO IV

IRIS

Devorando el espacio con vuelo de paloma silvestre llego a vosotras, fieles mujeres de Tebas; os traigo palabras aladas del padre Zeus. Llegó la hora fausta del nacimiento de vuestro dios epónimo, y el soberano de los inmortales, abriendo su carne sagrada, lo ha dado a la vida. Las ninfas, vírgenes ligeras y alegres, coronadas de flores nuevas, bañan en las aguas cristalinas de la fuente Dircea el cuerpo glorioso del recién nacido, cuya blancura brilla bajo los rayos benéficos de Helios. Junto a la fuente ha brotado la planta simbólica: la vid que acendra energía y dulzura en su fruto de oscura corteza; ved ahora cómo surge de entre las ruinas de la mansión azotada por el rayo de Zeus, cobijándola con sus sombras verdes y purpúreas. Ha invadido también las laderas del monte Nisa, en cuyas cavernas, llenas de grato frescor, florecerán los primeros años del hijo de Semele, al cuidado del astuto Sileno. Pronto llegará hacia aquí el dios niño, vestido de blanco y oro, a anunciaros su poder.

CORO

Mi corazón está lleno de júbilo, júbilo que anhela saltar como chorro de manantial borbotante. ¿Cómo llamaré al dios? ¿Con qué nombre le invocaré?

IRIS

Le llamarás Dionisos, porque su ser participará de la brillantez del cielo y de la humedad de la tierra. Le invocarás con muchos nombres: Ditirambo, Baco, Lisio, Leneo, Basáreo, Eleuterio, Evio, Bromio, Zagreo; y así conmemorarás su doble nacimiento, y el don que hará a los mortales, y el entusiasmo de su culto, y los trances de su vida heroica. Porque él dará a los humanos nueva riqueza, causa a la vez de gozo y de mal: el jugo de la vid de purpúreos racimos. Él será libertador de los corazones, animador de los labios, generador de los pensamientos elocuentes, inspirador de pasiones ardorosas y de iras horrendas. Tendrá poder gemelo al de la venerable Deméter, como sobre terrestre Olim-

po; su espíritu, formado de fuego y de rocío, presidirá a la germinación bullente de la savia; en su cortejo formarán las ninfas de las fuentes y los árboles, las Dríadas que vuelan entre las frondas y las Hiadas que recorren los caminos líquidos; y se unirán también Pan arcádico, con sus rústicos hijos, y los sátiros alegres y veloces. Apolo, señor de la lira mirífica, le dará, para que en ella reine, una de las dos cumbres del Parnaso; desde allí regirá la música de las flautas, y nadie que le desconozca podrá entonar hermosos cánticos. Él presidirá a los más ardientes y graves misterios; reinará por fin en las fiestas de las ciudades, y su nombre será inseparable de las glorias de la Hélade.

CORO

Gracias te doy por tus palabras aladas, hija de Taumas, y me regocijo con tu mensaje.

IRIS

Disponte, pues, a recibir a Dionisos, que presto vendrá hacia aquí. Recíbele con voz de entusiasmo. (*Exit*).

STASIMON IV

CORO

Estrofa.—Late con ritmo acelerado mi corazón y me impulsa a danzar de alegría. ¡Bienaventurado hijo de Zeus, opulento Dionisos! ¿Cómo te honraré? ¿Qué tributos te ofreceré que más gratos te sean?

Antistrofa.—Quiero entregarme al culto entusiasta, quiero celebrar a Dionisos inspirador. ¡Dios tutelar de mi patria, Evío portador de la buena nueva! ¿Qué himnos te cantaré? ¿Qué fiestas serán más dignas de ti?

EPISODIO V

(APARICIÓN DE DIONISOS)

CORO

¡Llega, dios niño, dios virginal, coronado de yedra, coronado de pámpanos, coronado de serpientes; Dionisos fructuoso, lleno de aromas, portador de mieles, amigo de Deméter, maestro de las Gracias; Bromio deleitable, Evio inspirador, Baco benévolo, Leneo resonante, Zagreo rugiente, Eleuterio, libertador de corazones, libertador de espíritus! Inspíranos para que dignamente celebremos tus ritos; inícianos en tus misterios sagrados; aquí tendrás tu templo, caben las fuentes gratas.

DIONISOS

Vengo tan sólo a anunciaros mi reinado; Tebas, patria de mi madre muerta, será la primera ciudad helena que conozca mi culto; así está prometido. Pero aún no ha llegado la hora. Antes iré al monte Nisa, donde me espera, afable y prudente, el maestro Sileno; y cuando transcurra mi infancia, rápida y floreciente como conviene a un dios, iré a llevar mis dones a los pueblos lejanos, recorreré el Oriente, venerable dominio del culto de la madre Rea, que guarda la clave de los ritos de la naturaleza; moraré en las selvas índicas, y atravesaré los llanos ardientes de la Persia, y la Arabia feliz, y el Asia menor bañada por el mar sedoso; y me detendré en la Lidia rica en oro y en la Frigia famosa por sus corceles; y tornaré por fin a esta ciudad ilustre, para darle la flor de mi sabiduría. Yo traeré nuevas virtudes a la Hélade; no lucharé con los olímpicos, reinaré sobre la tierra, a los humanos daré mi sangre, y prestaré esplendor al culto imperecedero de Zeus omnipotente, porque los dioses nuevos no vienen a luchar con los antiguos, sino a acrecer el sentido religioso de la tierra. Mientras tanto, conservad en vuestro corazón el entusiasmo que debe acoger mi culto; venerad la mansión herida por el rayo, donde crecen ya mis vides sagradas; regocijaos por la ciudad de Tebas, regocijaos también por Semele, a quien libertaré del Hades sombrío, llevándola a las moradas inmortales, y por Cadmo, que a su vejez, convertido en serpiente sutil, morará en la vecindad maternal de Gea; regocijaos por la alegría que llega a la tierra, y no lamentéis los males que mis dones causen, porque el delirio dioni-

síaco será la obra de las ocultas voluntades ascendentes y elevará a los mortales por sobre el dolor hacia la vida plena. Esperad mi retorno triunfal; las mujeres de Tebas serán las primeras bacantes de la Hélade.

CORO

Esperaremos, niño divino, tu madurez y tu regreso. Entretanto, no olvidaremos los ritos debidos a la tumba de tu madre ilustre, y alimentaremos en nuestro corazón los gérmenes de entusiasmo y esperanza. Aprenderé a invocarte, dios juvenil, dios virginal, dios doloroso y heroico, gozoso y triunfante. ¡Salve, Dionisos, Baco, Evio!

ÉXODO

DIONISOS

Preludio.—¡Cantad Io Peán, Io Peán!

CORO

¡Io Peán, Io Peán!

DIONISOS

¡Cantad Evohé, Evohé!

CORO

¡Evohé, Evohé!

DIONISOS

Estrofa.—¡Io! Preparad los tirsos y las coronas de yedra y las pieles de ciervo; disponed las ramas de pino que deben arder esplendorosamente y las ramas de laurel que deben agitar el aire; aprestad al sacrificio cabras y ovejas.

CORO

Ya ansío purificarme para ser iniciada en tus misterios, y ornarme con tus galas espléndidas, y portar las insignias de tu culto.

DIONISOS

Antistrofa.—¡Io! Preparad las flautas armoniosas y los resonantes tambores; disponed el culto en las montañas, y ensayad los juegos brillantes, y los cantos de los viñedos, y las danzas ardorosas.

CORO

Quiero recorrer las florestas, entregándome a los ritos jocundos, y sentirme transportada con las alas que darás a los que sigan tus giros veloces.

DIONISOS

Epodo.— ¡Io! ¡Io! Yo os guiaré a los bosques sacros, poblados de espíritus amables, vida del mundo verde; respiraréis los hondos aromas, y domaréis los seres salvajes, y yo os daré el agua de mis fuentes y la miel de mis panales y la sangre de mi cuerpo.

CORO

Te cantaré siempre, me uniré a tus cortejos, y me poseerá tu delirio, dios de mil nombres, dios de mil coronas. A Dionisos los himnos exaltados, las antorchas fulgurantes. ¡Io Peán, Io Peán! A Dionisos los sacrificios ardientes, las danzas vertiginosas. ¡Evohé, Evohé!

POESÍA

NOSTALGIA

¡Ah! Cuántas reminiscencias surgen hoy en mi mente evocadas “al conjuro del recuerdo”, hoy que de mi ciudad estoy ausente!...

Todo está claro ante mí, cual si en ella estuviera; hay veces en que creo estar allí, en que las voces que oigo parécenme las mismas que allí oía, en que el cielo azul que miro es el mismo que allí contemplaba. ¡Ah! Cuánto goza la mente con esas plácidas quimeras. Y luego... la realidad...

Parécenme ver sus casas, atravesar sus calles y entrar en sus iglesias y en ellas oír la música del órgano que suena gravemente, ver sus luces esplendorosas y surgir como por encanto, las nocturnas procesiones de la Semana Santa que tanto me halagaron en mi primera niñez.

Y me parece volver a ver a los que allí dejé y entre ellos a la buena anciana... ¡Ay! ¡No recordando en mi sueño que durante la ausencia ella rindió su larga jornada!...

Y pasa veloz el tiempo; y siempre renacen en mí los recuerdos de mi ciudad.

¡Ay! Es que algo me falta, que nada basta a calmar la nostalgia.

Acércanse ya los últimos días del año en que el alma se alegra, se expande.

¡Ah, si estaré en mi ciudad cuando lleguen esos días!

¿Cuándo será que pueda divisar desde el mar sus casas, ver entrar en el Ozama turbio al bajel que me conduzca y pisar al fin la tierra que guarda los recuerdos íntimos del alma...?

PEDRO N. HENRÍQUEZ UREÑA

Pto Plata Dbre 3 /1895

A JOSEFA A. PERDOMO

—En su muerte—

¡Duerme, poetisa! Pues que aquí en el suelo
sólo llanto y dolores encontrabas,
y “mi única esperanza está en el cielo”,
¡ay! en tu lira armónica cantabas,

mejor era volar a esas regiones
do todo es esplendor, luz, armonía,
do puedes elevar dulces canciones,
do de la Eternidad ves la luz fría.

¡Duerme! Que tu memoria aquí te evoca,
que tus cánticos dulces recordamos.
¡Duerme! Que no seremos cual la roca.
Tus virtudes felices veneramos.

Cabo Haitiano, agosto de 1896.

A COLÓN

(EN EL 404º. ANIVERSARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA)

*iAy del piloto! La airada turba
con fiero amago blande el puñal,
preso al piloto nada conturba
fijo en la imaginación de su ideal.
Salomé Ureña de Henríquez.*

¿Qué resta de las grandes,
las gloriosas naciones del pasado?
Y su arte, que gigante
bajo todas sus formas, fue admirado
por las épocas todas ¿dónde ha huido?
Su esplendor y su gloria han perecido.

Todo pasa. Mas ¡ah! que aquellas obras
que en su inmortal anhelo
dan genios inmortales a la historia,
eternas vivirán en la memoria
mientras vuela su alma al alto cielo.

Así Colón. Heroico, despreciando
la inconstante fortuna,
vagaba entre las sombras, mendigando
de avaros reyes a su empresa ayuda.
Mas al fin, tras la noche de la duda,
Isabel aparece en su camino;
y puede ya lanzarse al océano
para cumplir su divinal destino.

Y por el mar avanzan;
pero cansada al fin de ver los días
uno tras otro transcurrir, la turba

se rebela. Mas ¡ah! nada conturba
aquella alma tranquila, y le responde:
“Esperad a que el sol se hunda de nuevo”.
Y se hunde el sol, y tras el mar se esconde.

Colón, en cruel desvelo
pasa la noche, y cuando ya la aurora
a alumbrar viene el mar, cual luz del cielo
imira surgir la tierra salvadora!

Puerto Plata, octubre 1896.

TRISTEZAS

(A la memoria de mis muertas)

Muere la tarde. Tras el verde monte
se oculta el Sol; sus moribundos rayos
en el espacio aún la luz difunden.
Presto la noche tenderá su manto,
dará su tenue claridad la Luna,
brillarán las estrellas, ...y yo en tanto
tan sólo tengo el pensamiento fijo
en mi hermosa visión, la tierra que amo.

Ausente estoy de mi ciudad bendita,
sólo en ella pensando
bajo estos lares. Mis suspiros todos
hacia ella van desde este suelo extraño.
Y empiezan a cruzar por mi agitada
mente, en febril engaño,
los mil recuerdos del hogar nativo
donde los restos de mis muertas guardo.

¡Oh mis muertas queridas! La primera:
la que en mi ausencia triste —iya hace un año!—
se marchó para siempre.
¡Al volver luego de mi viaje aciago
hallé el hogar vacío
que había la buena anciana abandonado!

¡Ay! Yo quise regar de acerbos lágrimas
su venerable tumba, y con mi llanto
pude sobre esta tierra
que sus pobres despojos ha encerrado
sembrar algunos bienolientes lirios

y colocar la cruz que abre sus brazos
piadosa y solitaria
sobre el lugar de su memoria guardo.

¿Y tan sólo eso fue? No, que más tarde
otro nuevo dolor hirió las fibras
de mi más acendrado sentimiento,
y moriste ¡moriste! madre mía!

Yo no lo sé explicar, pero yo siento
dentro de mi alma tibia
dolor extraño al repetir tal frase,
me parece escuchar una mentira;
torno a reflexionar, y al fin comprendo
la horrible realidad, y en mi agonía
las lágrimas se agolpan en mis ojos
y surcan a millares mis mejillas.

Vivo en eso pensando. Y a la hora
en la cual el silencio nos convida
a la meditación, aquella idea
viene y trastorna y mi cerebro agita,
sostengo en mi interior terribles luchas,
mi corazón con inquietud palpita,
y al fin cansados de llorar mis ojos
se rinden al dolor y la fatiga.

Todo lo veo en sueños como era;
recuerdo la hora de dolor sombría
en la cual ¡yo no sé lo que sintiera!
y tu imagen ¡oh madre! miro pía.
Todo así por mí pasa y me tortura
y quisiera morir porque algún día
pudiese contemplar tu alma figura
y escuchar tus palabras ¡madre mía!

¡Bien hiciste en morir en esas horas!
¡En esas, y otras no! Podido hubieran

en tu vida lucir nuevas auroras
y tus fuerzas heridas sucumbieran.
Heridas, sí, por un dolor agudo.
¡Ay! que aquella que amaste como hija
a buscar tu regazo, huyendo al ruido,
frío de helada región, la mente fija
en su tierra natal, ya regresaba;
y ¡oh dolor! en mitad del océano
furiosa tempestad se desataba
y el bajel zozobró ¡tremendo arcano!

Aún quedamos nosotros en la vida
para llorar a nuestra amada hermana.
¡Oh muertas de mi amor, madre querida!
¡Reposad en la tumba! ¡Hasta mañana!

Cabo Haitiano, setiembre 1897.

ENTRE NIÑOS
(SUCEDIDO)

En conversación ayer
Flérida a Carlos decía:
—Cuando un año yo tenía
tú no soñabas nacer.
—Pero si yo no dormía.

Cabo Haitiano, octubre 1897.

A CUBA
(EN LA MUERTE DE FRANCISCO GONZALO MARÍN¹)

Virgen americana, mártir bella,
triste Cuba infeliz, jardín de flores,
tu luminosa solitaria estrella
iluminando va sangre y horrores.

En pos de libertad audaz te lanzas,
perla brillante de la indiana zona,
y en la contienda la victoria alcanzas;
mas ciñes del martirio la corona.

Ostentas en la frente inmaculada
la corona de espinas punzadoras,
y aunque para la lid estás armada,
para vencer, tus muertos hijos lloras.

Ante una tumba hoy con dolor te inclinas;
yace en ella un poeta y un patriota
que cruzó por tus llanos y colinas
luchando hasta exhalar su última nota.

Para cantar, de bronce fue su lira,
Y fue para lidiar viril su pluma;
siempre un grande ideal su mente inspira,
bellezas siempre su pincel esfuma.

¹ Francisco Gonzalo Marín (1863-1897), poeta y patriota puertorriqueño, mejor conocido como Pachín Marín. Diseñó la bandera puertorriqueña y se destacó como luchador por la independencia cubana, por la que ofrendó su vida.

A Borinquen cantó, su patrio suelo,
de Bolívar, de Washington, de Duarte
en las tierras se vio, mas fue un anhelo
tu independencia ¡oh Cuba, hija de Marte!

Y el romancero de la hercúlea lira,
el escritor de bullidora idea,
el periodista de la santa ira,
fue por tu libertad a la pelea.

¡Y hoy ya no existe! Al despertar ibero
combatiendo murió. Mas tu poesía
¡cantor del Veintisiete de Febrero!
no morirá, no muere la armonía.

.....

¡Cuba, indómita antilla, tierra brava!
¡Patria de Heredia, de Martí y Zenea!
¡Rompe cadenas y no estés esclava!
¡Gloria tu nombre el Nuevo Mundo sea!

Y mientras a la lucha te apercibes
y marchas decidida a la victoria,
llora a ese muerto, cuyo amor recibes,
y vuela luego a conquistar la gloria!

Cabo Haitiano, octubre 1897.

CONCORDANZIA

*¿Por qué los pueblos que aberrojó el tirano
también no aprenden a morir de rabia?*

F. G. Marín, El ruiseñor.

LEYENDA INDÍGENA

EL DILUVIO

(TRADICIÓN DE LA ISLA DE HAITÍ.)

I

Haití, vasta región, de cuyas grutas
salieron en cohortes las estrellas,
Nonúm y Elím, para poblar el cielo,
y los humanos a poblar la tierra,
fue patria de un cacique poderoso
a quien todos sus súbditos respetan.

Feliz vivía en medio de su tribu,
entregada a las rústicas faenas;
no les faltaba su sustento diario,
ni fatal inquietud turbó sus fiestas,
ni el buitío jamás profetizaba
al cacique o al pueblo suerte adversa.
Pero así como nubes repentinas
del cielo oculta la brillante hoguera,
así turbó de pronto la desgracia
la dulce placidez de su existencia.

Sólo en su amada esposa un hijo tiene,
que es de los padres la esperanza bella;
pero ruin ambición el pecho enciende
del hijo amado, que pensó en la guerra
cual medio de usurpar el poderío
que el cacique su padre allí ejerciera.

Mas la conspiración supo el monarca,
y, como después Bruto en Roma egregia,
la muerte dio a su hijo, a quien amaba,
más que nunca a la Patria prefiriera.

Y según la costumbre de la tribu,
cuando su tumba solitaria y tétrica
alumbró muchas veces clara luna,
el cacique ordenó que fuese abierta;
y luego recogieron y guardaron
dentro la calabaza de una higüera
los huesos de aquel hijo, mientras su alma
expiaba en Coibai sus culpas negras.

II

Años después, un día los esposos
la rara urna funeraria abrieron
que del hijo guardaba los despojos,
y causoles al par sorpresa y miedo
ver que de la redonda calabaza
salieron peces grandes y pequeños,
voladores y hermosos cual los cría
nuestro salado mar crujiente y bello.

Cerraron los esposos con presteza
la urna y colocáronla en el techo
de su palacio indígena, el bohío
mayor entre los muchos de aquel pueblo.

Pero el cacique entonces —¡puede tanto
la vanidad en los humanos pechos!—
díjole a sus amigos que tenía
encerrado en la urna un gran océano
y que era rey de los cerúleos mares
que mandaba y regía a su deseo.

Nadie tocar osó la calabaza,
del (...)² la cólera temiendo;
pero una vez, cuando se hallaba ausente
subieron del bohío sobre el techo
cuatro hermanos mellizos y curiosos
y la urna con valor cogieron.
Mas ¡oh descuidos de la humana especie
aun en el triunfo ansiado y placentero!
La urna escapóse a aquél que la llevaba
y en mil pedazos se partió en el suelo.

III

¡La Atlántida se hundió! De la urna rota
salió un torrente bullidor bramando
poblado en peces, que inundó las tierras,
corrió por las praderas y los llanos,
y dejando tan sólo descubiertas
las verdes cumbres de los montes altos,
formó el mar que rodea el Nuevo Mundo
y formó el archipiélago antillano.

Santo Domingo, agosto 1898.

² Ilegible en el original.

¡INCENDIADA!

En la plácida aldea,
—punto visible³ en el abierto valle—
la casita azulada es el detalle
que más la vista al viajador recrea.

En su frente, de azul engalanado,
resalta como en mar la nívica espuma,
de las puertas el blanco nacarado;
y la tornan extraña y peregrina
los adornos moriscos y persianos,
como velo de bruma,
de finas alambreras el cercado,
y el jardín ¡qué jardín! “Ni en la vecina
cultiva ciudad hay otro de su grado”,
dicen a única voz los aldeanos.

Allí florecen lirios y azucenas,
esplende la gardenia delicada,
se irgue la corola oriflamada
de la caña de India; de miel llenas
se abren las rosas que la brisa mece;
el olor de jazmines adormece;
de arbusto generoso
fantásticas orquídeas beben vida,
y enrédase en las ramas amoroso...
el convólvulo oculto, y sonreída
la blanca stephanotis florecida.

³ Dice “invisible” en la primera versión, publicada en la revista *Letras y Ciencias*, aunque después aparece corregida en *Poesías juveniles*, de Emilio Rodríguez Demorizi [a partir de ahora ERD].

Pero no es el jardín, no es el persiano
adorno, ni el color que cabrillea,
lo más bello en lo bello de la aldea:
la casita gentil, cual del milano
esconde a la paloma
su apacible morada,
encierra flor de virginal aroma
y de blanca corola inmaculada.

La niña que sin padre vio su aurora,
libre de afán, bajo maternas alas
creció; la juventud arrobadora
la ornó con todas sus radiantes galas;
y hoy, aunque no ha visto veinte mayos,
en medio de sus flores escondida,
es orgullo del pueblo donde anida.
¿Amará? ¡Quién lo sabe! Entre sus rayos
la envuelve sol de maternal ternura,
y ve correr su placentera vida
como de suave arroyo linfa pura.

Mas ¿quién vaticinar puede el mañana
y del futuro mal hallar la fuente?
¿Dónde nació la chispa incendiadora
que prende en la casita, y descolora
el azul que engalana,
destruye el arabesco y la persiana,
la pulida madera carboniza
y mustia tanta flor esplendorosa?

¿Qué será de la madre casi anciana
y la niña gentil en quien hechiza
la dulce juventud color de rosa?

...¡Sólo escombros y pálida ceniza
ilumina la luna misteriosa!

Santo Domingo, marzo 1899.

► *Letras y Ciencias*, núm. 168, 20 de junio, 1899, pp. 447-448.

AL AUTOR DEL PRIMER HIMNO⁴

*(En memoria del decano de la poesía
patria Félix María Delmonte.)*

Ayer, cuando el impulso de su anhelo
de Patria y Libertad glorioso y vivo,
la noble juventud dominicana
dio de Separación el grito altivo,
cuando agrupada en inmortal baluarte
lanzó su reto al tiranismo haitiano,
de uno de aquellos inflamados pechos⁵
brotó el himno de guerra quisqueyano
a cuyo acento bélico al combate
la falange voló libertadora,
armada de valor y enardecida,
¡y volvió del combate vencedora!

Después aquel poeta, cuyo canto
fuera el himno vibrante de un Tirteo,⁶
cantó la Patria: su tenaz memoria⁷
en la ausencia, y el único deseo
que al desterrado alienta; cuando esclava
la vio vendida por traición impía
lloró su postración; y de su historia
sacó raudales de viril poesía.

⁴ En la edición de ERD, el título correspondiente es: “En memoria del decano de la poesía patria”.

⁵ ERD: 17, “de uno de aquellos juveniles pechos”.

⁶ ERD: 17, “Después aquella lira prepotente | que vibró con los tonos de Tirteo”.

⁷ ERD: 17, “su tenaz recuerdo”.

Hoy desciende a la tumba el vate anciano
que en su himno lanzara a la victoria⁸
las guerreras legiones quisqueyanas.
¡Mas guardará la Patria su memoria!⁹

Santo Domingo, mayo 1899.

CONCORDANZIA

*Sepa el mundo que a nombres odiosos
acreedores jamás nos hicimos
y que siempre que gloria quisimos
nuestro carro la gloria arrastró.*

F. M. Delmonte, *Himno*, 27 de Febrero de 1844

⁸ ERD: 18, “Hoy ya no late el pecho que alzó un día / el himno que lanzara a la victoria”.

⁹ En ERD (p.18) aparece la fecha del 30 de abril de 1899.

RIMA NEGRA

Vosotros, los dichosos en el mundo,
que la vista no alzáis de lo terreno,
si nunca habéis sufrido esos dolores
que Dante conoció —los de su infierno—;
si nunca habéis sentido ansias inmensas
atados al peñón de Prometeo,
si nunca habéis lanzado, solitarios,
cual los de Job desgarrador lamento,
¡callad! ¡Compadeced las almas tristes,
las que sofocan su inmortal deseo,
las acosadas por visiones grandes,
las que padecen sin igual tormento!

No hiráis con vuestra risa despiadada
esas almas ansiosas de lo eterno.
No hiráis, que sus visiones son grandiosas
y acaso en sus visiones flota el genio;
no hiráis, que ellas padecen cruel martirio
y nadie habrá sentido su tormento.

¡Ah! ¡Si hubiéseis sentido esos dolores!
¡Ah! ¡Si hubiéseis sentido esos deseos!
Entonces sin piedad no destruiríais
de esas almas altivas el ensueño;
tal vez buscaríais dulce lenitivo
que aplacara su mal (...) ¹⁰ y acerbo.

¡Ese inmortal dolor, ese suplicio,
no lo igualó jamás algún destierro,
ninguna llaga, quemadora, horrible,

¹⁰ Ilegible en el original.

ni imaginaria pena de un infierno,
ni venganza de númenes aislados
ni de bárbaros déspotas soberbios!

¡Mas sois vosotras almas soñadoras
que os sentís desterradas en el suelo,
que al eterno ideal tendéis las alas
y que las alas os deshace el cierzo,
que amor y bien buscáis entre los hombres
y os estrelláis en su egoísmo terco.

¡Huid la sociedad! Entre sus redes
siéntese el triste corazón enfermo.
¡Huid! ¡Huid! En el revuelto mundo
faltan la luz y el aire a los deseos;
no encuentra la verdad, la soberana,
para libre brillar el campo extenso;
no tiene la justicia, la suprema,
su luminoso, inmarcesible templo,
ni difunde doquier sus armonías
el arte ensoñador, el arte excelso!

¡Huid la sociedad! O si en sus redes
queréis vivir en paz, guardad secreto
el anhelo divino que os consume,
vuestro dulce raudal de sentimiento,
porque la humana estupidez proscribe
el más hermoso luminar, ¡el genio!

Santo Domingo, 1900.

LAS TRÁGICAS

REBECA

(Del *Rosmersholm*, de Ibsen)

Vino del Setentrión, lejano y frío.
Hija del pueblo, fuerte cual su raza,
en Rosmersholm, la noble casa antigua,
sintió ferviente amor, apasionada.

De la vieja mansión el heredero
unió a las de ella sus ideas, su espíritu.
Pero su raza palpitaba en ella:
brotó en su pecho la pasión terrible,
sorda pasión por el ajeno esposo
que para los amores no era libre.

—Ya el amor de aquel hombre no era suyo—,
tal a la triste esposa ella decía.
Y entre las ondas del veloz torrente
arrójase la esposa enloquecida.

¡Oh! ¿Qué fatal impulso la arrastraba
que no miraba su infernal mentira?
¡Era tan sólo la pasión! En ella
estalló cual los gases en la mina.

¡Libre estaba ahora él! De las ideas,
del progreso a las luchas, a la vida,
se abriría su espíritu encerrado
en el hogar de la mansión antigua.
De esa herencia letal que le abrumaba
ella el último resto destruiría.

Pero ¡qué triste el señorial dominio!
¡Qué triste la mansión! Allí —decían—
nadie en los niños vió jamás el llanto
ni en la faz de los hombres la sonrisa;
y cuando amenazaba la desgracia,
en la noche sin luz aparecía
grupo siniestro de caballos blancos,
precursores de muerte, luto y ruina.

¡Ahí! que murieron en el pecho de ella,
junto con la pasión, las alegorías.
Esa de Rosmersholm era la obra:
ennoblecere, pero matar la dicha.

Y al fin llegó la hora de la lucha;
lanzóse él a la contienda brava,
y en el primer embate cayó a tierra
herido por las voces de la infamia.

Fue en busca de refugio al alma de ella,
y supo que en el fondo de su alma
bajo del casto amor de los espíritus
había vivido la pasión callada.

¡Duda tan cruel! ¿Pasión vulgar, innoble,
acaso aún su corazón guardaba?
¿Estaba muerto el germen para siempre
o acaso todavía dormitara?
¿Su espíritu estaría ennoblecido
o acaso por el cieno se arrastraba?

¡Oh, qué horrible tortura, qué martirio,
ver que de sus palabras él dudara!

Y los dos en el rápido tormento,
donde un día la esposa se arrojara,
lanzáronse a buscar la fe en sí mismos.

¡Y en la noche sin luz, negra, enlutada,
aparecieron los caballos blancos,
precursores de muerte y de desgracia!

Sto. Dgo., diciembre 1900.

OTOÑAL

The sky is gray with rain that will not fall.
Israel Zangwill¹¹

En el cielo,
sobre el fondo gris y opaco,
brilla el sol lánguidamente, sin fulgores.
Y su lumbre desmayada, cual de pálido crepúsculo,
es oscuro polvo de oro.
Pardas nubes
en el cielo.

En la tierra
todo duerme, no hay latidos.
Ya no brota de su seno vaporoso
el aliento de la vida.
La quietud mortal futura presintiendo,
todo duerme
en la tierra.

En el viento
ya preludian los sollozos invernales,
los arpegios de las ráfagas
y las fugas tempestuosas.
Ya las alas del verano quemadoras no se agitan
en el viento.

¹¹ Israel Zangwill (1864-1923), poeta y humorista inglés. Este verso es el primer verso de su poema "At the Zoo", incluido en libro *Blind Children*, New York: Funk & Wagnalis Company, 1903, p. 92.

En el bosque
surge el tono amarillento sobre el verde.
Desaparece de las flores el arcoiris espléndido.
Y las hojas en el suelo se amontonan,
en el aire arremolínanse.
Y los árboles presienten
de las nieves el callado beso frío.
Y dispérsanse las aves.
Los gorriones solos quedan
en el bosque.

Nueva York, octubre 1901.

► *Ideal*, 18 de noviembre, 1901; *La Vanguardia*, Puerto Plata, noviembre, 1901.

FLORES DE OTOÑO

Crisantemos,
crisantemos como el oro,
crisantemos cual la nieve,
desplegad vuestras corolas,
las corolas como el sol de mediodía,
las corolas como mármol inmortal.

¡Qué lucientes¹²
en el rico invernadero
o tras los cristales límpidos,¹³
entre rosas como auroras,
entre vívidos claveles como sangre,
entre tímidas violetas como el mar!

¿Es que sueñan,
en atávicos ensueños,
en olímpicas nostalgias,
con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango, el lejanísimo Japón?

Desterradas,
sólo nacen con las nieblas,
sólo viven en otoño.
¡Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado entre esplendores el estío,
ya es la hora, desplegad vuestro botón!

¹² En la primera versión: “¡Cómo esplenden!”.

¹³ ERD: 22, “o tras límpidas vidrieras”; en la copia corregida por el autor, “bruñidos”.

Nueva York, octubre 1901.

► *Ideal*, 4 de noviembre, 1901; *Cuba y América*, La Habana, 2 de julio, 1905; *Por esos mundos*, Madrid, octubre, 1905; *Diario de la Marina*, La Habana, 17 de noviembre, 1905.

ENSUEÑO

*Slumber, spent Earth! and dream of flowers
Till springtime bid you wake.
Thomas Bailey Aldrich¹⁴*

Es regio palacio de sueños
 el bosque.
 Los árboles, tristes,
se rinden a suave letargo,
 que el invierno llega
mecido en las ráfagas
de los tormentosos vientos boreales.

El regio palacio,
 el bosque,
se adorna de varios matices,
 de rojos purpúreos,
 de sangrientos rojos,
de rojos que tienen fulgores de incendio,
 de pálido rosa,
del más moribundo amarillo.
Y danle los pinos su verde,
 su verde triunfante.

Cual lamento vago,
como lento arrullo,
de las hojas secas el caer se escucha.

¹⁴ Thomas Bailey Aldrich (1836-1907). El poema parafraseado por P.H.U. se titula *Resurgam*, y fue incluido en el *The poems of Thomas Bailey Aldrich in two volumes*, Houghton, Mifflin and Company, 1901: "All silently, and soft as sleep, / The snow fell, flake on flake. / Slumber, spent Earth! and dream of flowers / Till springtime bid you wake. / Again the deadened bough shall bend / With blooms of sweetest breath. / Miracle of miracles, / This Life that follows Death!"

¡Oh las hojas muertas,
oriental alfombra
del regio palacio de sueños!

Invierno ceñudo,
con gélido soplo deshace
el regio palacio de sueños,
levanta el palacio imperial de la muerte,
de alfombras muy blancas,
de escuetas columnas,
de cielos muy grises.

En tanto los árboles sueñan.
Ensueños de vida, de savia brillante,
de ramas profusas,
de frescas y vívidas flores,
Y de brisas cálidas,
de fecundo riego,
¡de aves amorosas, de cantos, de nidos!

Nueva York, diciembre 1901.¹⁵

► *Cuna de América*, núm. 48, 29 de mayo, 1904 [aquí sale fechada en la Habana]; *Cuba y América*, La Habana, 13 de agosto, 1905.

¹⁵ ERD: 36, "Nueva York, 1904".

MARIPOSAS NEGRAS
(REMINISCENCIAS DE *LAS MARIPOSAS NEGRAS* DE SCHUMANN)

*In me misero fan tumulto forte
gli interni sogni, e con dolor novello
dell'un vago desio l'altro risorge.*
Gabriel D'Annunzio¹⁶

Cual esas tristes notas doloridas,
tal son mis pensamientos,
mariposas nocturnas
que se agitan con lúgubre aleteo
en la prisión oscura de mi espíritu.

Es allí donde ruge el sentimiento,
náufrago de la vida,
do el insaciable anhelo
entre sus ligaduras se debate
en infructuoso empeño,
se alza tenaz el indomable orgullo,
vibra sus rudos yambos el despecho,
y extiende el desengaño
enemiga de luz, su ala de cuervo.

Mariposas sombrías de la noche,
vagan los pensamientos
en la cárcel oscura en que se agitan
esos torvos, vencidos prisioneros
que guarda y atormenta,

¹⁶ Primera estrofa de la tercera parte del poema *Tristeza d'una Notte di Primavera*, publicado en *Poesia di Gabriele D'Annunzio. L'Isottò, La Chimera* (1885-1888), Milano: Fratelli Treves, Editori, quinta edición, 1906, p. 265. Curiosamente, el último verso lo encontramos en el cuarto verso de la segunda estrofa del *Sonetto CLVI* de Petrarca.

implacable, el recuerdo.

¡Oh notas doloridas!
¡Oh tristes pensamientos!
Cesad, cesad, no sea, mariposas,
vuestro pausado y rítmico aleteo
quien despierte en su cárcel
a los pálidos, torvos prisioneros.

Nueva York, octubre 1901.

► *Cuna de América*, núm. 2, 8 de marzo, 1903; *El Fígaro*, La Habana, 28 de junio, 1903.

EN LA CUMBRE

A Mercedes Mota

Por encima del bien y del mal.
Nietzsche

Elsa que imploras con clamor ferviente
ante la muda inmensidad del cielo
y aún aguardas que acuda en tu defensa
el armado, invencible caballero;
¿ves surgir en el pálido horizonte
dulce esperanza de solar destello
o se acerca fatídica y silente
la noche en que se apagan los luceros?
Como el árbol que roto y desolado
tenaz retoña y resistir intenta
contra el soplo letal de los inviernos
que el fuego vivo de la savia hielan;
el hombre en las batallas de la vida
arranca al seno de la madre tierra,
cuando le postra enfurecido embate.
Mas la débil mujer, la débil planta
que el leve soplo de la brisa quiebra
¿cómo podrá vivir cuando la azotan
las alas de dragón de la tormenta?
¿Cómo gallarda se alzaré, esparciendo
el casto aroma de su gracia excelsa,
si la mata el aliento ponzoñoso
de una egoísta sociedad enferma?

¡Si la sociedad que, envilecida,¹⁷
 no alza a reinar, hierática y suprema,
 a la mujer, vestal incorruptible
 que el templo augusto del hogar sustenta!
 ¡Sí, si niega, sarcástica, homenaje¹⁸
 al genio, a la virtud, a la belleza,
 —los únicos blasones de la raza
 en que su fe del porvenir se alienta—,
 y pone en su camino, no las palmas,
 ni glorioso laurel, ni flor risueña,
 sino el lodo de escarnios y calumnias
 y el lazo infame de la envidia artera!
 Son sus mismas indómitas pasiones
 la llama que consume su existencia,
 y la imperiosa mano del destino
 a servidumbre o muerte la condena.
 ¡Almas que al bien y a la verdad dais culto
 en una triste sociedad enferma,
 haced de la altivez vuestra alma blanca¹⁹
 y portad como escudo la conciencia!

Elsa que imploras con clamor ferviente
 ante la muda inmensidad del cielo,
 y esperas que ilumine el horizonte
 la argentina armadura del guerrero,
 el cielo no responde; está vacío;
 pasó la edad del noble caballero.
 ¡Sea tu paladín en la batalla
 el sol de tu radioso pensamiento!

Nueva York, agosto 1902.

▶ *Listín Diario*, 25 de septiembre, 1902; *El Civismo*, Puerto Plata, septiembre; *Azul y Rojo*, La Habana, 31 de marzo, 1903.

¹⁷ ERD: 25, “Ay de la sociedad que envilecida”.

¹⁸ ERD: 25, “¡Ay si niega, sarcástica, homenaje”.

¹⁹ ERD: 25, “haced de la altivez vuestra arma blanca”.

TROPICAL
EN EL ÁLBUM DE LA CUBANA MARGARITA RODRÍGUEZ

Hay en tus castos ojos soñadores
luz como del trópico esplendente
que esparce con sus rayos bienhechores
vida y placeres y alegría ardiente.

Y, cual flotante y mística aureola,
los rizos de tu oscura cabellera
tu faz gentil circundan, que arrebola
la luz de un alma virginal, sincera.

En tu gracioso andar, vive y palpita
el ritmo de las danzas de tu tierra,
el ritmo de la palma que se agita
mecida por el viento de la sierra.

Si pasas, piensa que ideal floresta
te brinda tiernas y fragantes flores,
y una invisible y encantada orquesta
preludia la canción de los amores.

N. Y., agosto 12, 1902.

EN EL ÁLBUM DE LA SRTA. AIDA PUJOLS
(SANTIAGO DE CUBA)

Entras sonriendo al campo de la vida;
te saludan las flores tus hermanas;
la luz del sol te besa; y a tu paso
¡Salve, Regina, el soñador esclavo!

Habana, nov. 8 de 1902?

POSTALES

I

A LA SRTA. DOLORES J. DUJARRIC, SANTO DOMINGO

(Postal representando una niña disfrazada de Urania)

A la helénica musa remedando,
esta infantil Urania aquí alardea.
Tú no remedas, te proclaman diosa
a par la juventud y la belleza,
y eres, altiva en pedestal de gracia,
la musa inspiradora del poeta!

N. Y., julio 1903.

II

A LA SRTA. CELINA AMÉRICA PÉREZ, SANTO DOMINGO

(Cuatro postales representando un idilio sideral)

1

Amor que todo lo imposible vence,
ha puesto hasta la luna una escalera.
¡Qué sorprendida la señora Luna!
Nunca su amado el Sol llegó tan cerca.

2

Sentados en la barba de la Luna,
a la esquiva el galán de amor requiebra.
La Luna les observa tolerante,
como señora ducha en la materia.

3

La esquiva cede, y con amor palpita
cuando besa el galán su mano trémula.
La Luna se sonríe, no pensando
que mucho el par sobre su barba pesa.

4

Se ha partido la barba de la Luna.
Por los espacios el amante rueda.
Llora la Luna. ¿Llora por el joven,
o es su barba no más lo que le apena?

N. Y., setiembre, 1903.

III

A LA SRTA. ALTAGRACIA B. PEGUERO, SANTO DOMINGO

(Postal representando una niña con flores)

¡Oh cándida niñez arrobadora,
entras sonriendo al campo de la vida,
y contemplas las galas de la aurora
que rompe en la pradera florecida!

N. Y., setiembre, 1903.

IV

A LA SRTA. SARA LÓPEZ DE RIERA PALMER, MAYAGÜEZ,
PUERTO RICO

Es, señora, la humana simpatía
 golondrina viajera
que, huyendo de las nieves y las brumas,
salva el piélago azul, monte de espumas,
en busca de la mágica pradera
donde halago es la luz y amor el día.
 Debe la poesía
a vos, alma gentil de primavera,
el eco de mi ardiente simpatía.

N. Y., setiembre 1903.

V

A LA SRTA. STELLA DE CASTRO, SANTO DOMINGO

(Escena explicada)

Mientras duerme soñando la belleza,
no sabe que en el bosque se levantan
turbios vapores, agoreras aves,
sátiros que contéplanla con ansia.
¡Ay! si despierta del dorado sueño
iverá que el bosque es una peña árida,
que no hay principios bellos y arrogantes
sino lascivos faunos que le aguardan!

N. Y., octubre, 1903.

VI

A LA SRTA. CONSUELO DE CASTRO, SANTO DOMINGO
(MÚSICA MODERNA)

El alma triste, cual corriente oculta
de muertas aguas, gime entre las sombras:
su incógnito dolor canta en el blando
Nocturno de Chopin, vibra en la Erótica
de Grieg, sueña a Brahms²⁰ en el Adagio,
o a la noche con Schumann interroga.

El alma pasional, violento río,
en luminosos campos se desborda:
ruge celosa con Otelo, ríe
con el payaso, mata con la Tosca,
con Isolda y Tristán de amor se embriaga,
i con la Valkiria espléndida se inmola!

N. Y., octubre, 1903.²¹

La Cuna de América, Santo Domingo, núm. 44,1 de mayo, 1904.

²⁰ En la versión de *La Cuna*, “sueña de Brahms”

²¹ ERD: 32, “Nueva York, 1904”.

VII
A ENRIQUETA ELENA ELLIS, SANTO DOMINGO

(Ante la Beatriz de Rossetti)

¡Oh celeste Beatriz! Dante suspira
contemplando en la sombra su belleza,
la luz paradisiaca la ilumina,
idealizando su inmortal tristeza;
y de los soñadores la plegaria
a ella va, cual tributo a su pureza.

N. Y., diciembre, 1903.

VIII

A LA SRTA. EDELMIRA POU, SANTO DOMINGO

Aunque bravo y audaz el hombre sea,
en materias de amor se siente chico,
y contempla a la dama en las alturas,
pendiente del girar de su abanico.

IX

A LA SRTA. JULIA CARIDAD POU, SANTO DOMINGO

Es la belleza flor fragante y rica
que ostenta sus espléndidos colores
a la lumbre del sol, y mientras dura!
emula sus excelsos resplandores.

N. Y., diciembre, 1903.

X

A LA SRTA. GLORIA RICART Y PIERRET, NEW YORK

(Postal representando dos vírgenes griegas)

Como la vida de la griega virgen,
entre jardines bajo azules cielos,
deslícese tu vida placentera,
en el jardín celeste del ensueño.

Habana, marzo 22, 1904.

XI
A LA SRTA. AIMÉE LEÓN, SANTO DOMINGO

¡Oh grácil princesita de la gracia,
no hay panal cual tus lindos labios rojos,
no hay luz de esplendorosa poesía
que no fulgure en tus divinos ojos!

Habana, abril 9, 1904.

XII

A MI HERMANA CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA, SANTO
DOMINGO, AL CUMPLIR DIEZ AÑOS

(Postal representando una flor)

Desde extranjera playa, hoy en tu día
te mando flor simbólica y radiante:
su brillo inmarcesible, hermana mía,
es como mi cariño fiel, constante.

Habana, abril 9, 1904.

XIII

A LA SRTA. OLIVETA CALERO, SANTO DOMINGO

La inquieta, soñadora fantasía,
vuela como incansable procelaria
que busca en la extensión del océano
la tierra prometida y deseada.
Mas cuando la obstinada viajadora
la ribera tocó ¿con qué soñaba?

Habana, abril 25, 1904.

XIV

A LA SRTA. DILIA M. PITTALUGA, SANTO DOMINGO

La juventud es virgen heroína
segura de vencer en la batalla,
porque lleva cual arma el entusiasmo
y en provisión perpetua, la esperanza.

Habana, abril 25, 1904.

XV
A LA SRTA. ANGÉLICA LIMA,
SAN ANTONIO DE LOS BAÑOS, CUBA

Diosa, al mármóreo templo en que fulguras
aporta cada soñador su ofrenda:
nuestro culto es ferviente simpatía,
tu atributo divino la belleza.

Habana, abril 26, 1904.

XVI

A LA SRTA. BLANCA HIERRO, HABANA

¡Oh princesa! En mi mágico sueño
te había visto: eras rosa de luz
en el áureo jardín del ensueño,
alba rosa de cáliz risueño
bajo el cielo glorioso de azul.

Soñadora: en el alba brillante
te soñé, mariposa de amor,
—niveas alas de seda joyante,—
mensajera gozosa y radiante
de los regios amores del sol.

Habana, abril 20, 1904.

XVII
(PAISAJE CREPUSCULAR)

A la Señorita Clemencia Gómez Toro, Habana.

Hora sublime, el nocturnal crepúsculo,
llena de extraña y funeral belleza,
en que la mente soñadora fíngese
declinar con la gran naturaleza.

Habana, abril 21, 1904.

XVIII

A LA SRTA. ALTAGRACIA GARCÍA SAVIÑÓN, NEW YORK

(Postal de marionetas)

En la comedia humana
somos cual marionetas:
una invisible mano nos empuja
y no sabemos ¡ay! adonde nos llevas.

Habana, abril 29, 1904.

XIX

A LA SRTA. ELPIDIA GARCÍA SAVIÑÓN, NEW YORK

*(Postal representando una virgen griega
mirándose en un espejo)*

¿Qué mira en el espejo
la inocente doncella?
Al contemplar sus gracias juveniles
le asombra el gran misterio, la belleza.

Habana, abril 29, 1904.

XX

A MI PRIMO ENRIQUE AP. HENRÍQUEZ, SANTO DOMINGO

(La obertura de Iris de Mascagni)

El lejano horizonte palidece
con las caricias del albor primero:
crece la luz: las sombras de la noche
huyen fugaces: en el claro cielo
brilla el azul tenuísimo: el oriente
prende en llamas rojizas vasto incendio
que avívase en instantes: la campiña
despierta y canta: círculo de fuego,
el sol sobre las nubes se dibuja;
alza la tierra en regocijo espléndido
himno de gloria, y majestuoso el astro
ientra triunfante en su eternal imperio!

Habana, mayo 3, 1904.

XXI

A LA SRTA. CRISTIANA ROMERO, AZUA

Mis saludos en sus alas la poesía
lleve hasta ti, gentil inspiradora,
que irradias como el sol del mediodía
que fulgura en tu silla encantadora.

Habana, junio 20, 1904.

XXII

A LA SRTA. MARGARITA GÓMEZ TORO, HABANA

(En su cumpleaños)

Como reina de bandada bulliciosa
yo te he visto, derramando gentileza,
como alada, como inquieta mariposa
de un enjambre de mirífica belleza.

Vive siempre, con la gloria de tus sueños,
aspirando la fragancia de las rosas,
como reina, en el jardín de los ensueños,
de la turba de ideales mariposas.

Habana, junio 10, 1904.

XXIII

A LA SRTA. MARÍA LUISA KIDD, MACORÍS DEL ESTE

A tu sonriente y vívida hermosura
todo en admiración le brinda flores:
el bosque te tributa blancos lirios,
la juventud sus prístinos amores.

Habana, julio 10, 1904.

XXIV

A LA SRTA. ANA ELPIDIA BATISTA, AZUA

Reina de la danza,
tus gracias son lumbre del sol de tu tierra,
emula tu cuerpo
la gallarda, la airosa palmera
que en el monte se mece muy lánguida
a los besos del aura ligera.

Habana, julio 12, 1904.

XXV
(CONTESTACIÓN A OTRA POSTAL)

No intentes con tu pérfido sarcasmo
el fuego de mis ansias apagar,
que mi amor, como el fénix legendario,
se alza de sus cenizas más vivaz.

Habana, octubre 7, 1904.

XXVI

A LA SRTA. ALTAGRACIA STURLA, SANTO DOMINGO

(Interpretando una postal)

Niña hermosa de lánguidos ojos
que sonríen en plácido ensueño
¿ves quizás a tu amante soñado
que se acerca en esquife ligero?

Habana, noviembre 3, 1904.

XXVII

A LA SRTA. BERTINA STURLA, SANTO DOMINGO

Vuestra es la juventud, que es luz y gracia,
ensueños, risas, cánticos, poesía...
¿Qué más ansiar, si en perlas coronada
reináis en floreciente monarquía?

Habana, noviembre 8, 1904.

XXVIII

A LA SRTA. FLORA MARTÍNEZ (SANTO DOMINGO),
EN SANTIAGO DE CUBA

La cándida virgen de cándidos velos
se mece soñando. ¿Son sueños de amor?
Cual a ella, se arrullen ¡oh niño! tus sueños,
sus velos te ciña la casta ilusión.

Habana, noviembre 8, 1904.

XXIX

A LA SRTA. MARÍA GONZÁLEZ, SANTO DOMINGO

Cuando la humana estolidez nos hiere,
cuando destroza nuestro frágil sueño
con la acerada punta de sus dardos,
¡quién pudiera velar los tristes ojos
y refugiarse en silencioso olvido
en un bosque de adelfas y de nardos!

Habana, abril 5, 1905.

XXX

A LA SRTA. ANGELINA CAVAIANI BIANCHI,
CORRIENTES, REP. ARGENTINA

¡Quién, surcando los piélagos ignotos,
viese huir, con la estela, sus dolores,
y hallara en nuevo clima otras mujeres
“otra patria, otro cielo y otros hombres”!

Habana, mayo 26, 1905.

XXXI

A LA SRTA. MARÍA LÓPEZ GOLDARÁS, HABANA

*(Postal en versos ingleses para una dama
norteamericana, amiga de D. Francisco Sellén.)*

Niña: al cruzar las sendas juveniles
nos fascina la magia del Ensueño.
¡Pero feliz quien hasta el fin escucha
su misterioso cántico hechicero!

Habana, oct. 3, 1905.

ÍNTIMA

A mi tía Ramona Ureña

Desde el solar nativo
 —el nido de los pálidos recuerdos—,
 la casa palpitante de memorias
 que viven y se agitan como espectros;
 me llega tu palabra,
 henchida de miríficos consuelos,²²
 mensajera piadosa del terruño,
 hasta el extraño techo,
 el techo que indolente me cobija,
 mudo y escueto,
 intacto por los fuegos de mis luchas,
 intacto por las alas de mi²³ ensueño.

¡En la vida, en la lucha,
 cual sangra el corazón, cual gime²⁴ el pecho!
 ¿Qué mucho que el postrado combatiente
 destierre el sentimiento,
 vulnerable talón que el dardo hiera,
 y haga del estoicismo su remedio?

¡En la vida, en la lucha,
 cuán temprano sentí, lloré cuán presto!
 ¡cuánto de penas supe!
 Solitario me encuentro,

²² En la copia de este poema en el Archivo de PHU: se tacha “magníficos” y se sustituye por “miríficos”; en ERD: 29, “henchida de magníficos consuelos”.

²³ *Ibid.*, tacha “del” y sustituye por “mi”.

²⁴ *Ibid.*, sustituye “llora” por “gime”.

sin patria, sin hogar, sin ilusiones,
—todas volaron con volar ligero—;
busco para las penas interiores
las aguas del Leteo,
y tiendo del espíritu las alas
al país irreal de invicto ensueño.

Todo cuanto fue amores,
luz de la edad y juveniles sueños,
yace entre los escombros del pasado,
apenas en las lindes del recuerdo.
Sobre esas ruinas la vista tiendo
con muda indiferencia.
No renace el extinto sentimiento
cual si el ansia de dulces efusiones
fuese muerta en el pecho.

El fatigado espíritu
no se enciende en la llama del deseo,
y contempla a través de las edades
como un campo vastísimo de hielo.

¡Ah! que cuando resuena tu palabra
del letargo despierto,
y la nostalgia del amor antiguo
dentro del alma siento.

¡Oh tú, la soñadora, la constante!
¡Oh tú, sacerdotisa del ensueño!

¿No sientes, bajo el cielo de la Patria
del ruiñeñor parlero
cual se ha trocado el himno de esperanzas
por la canción macábrica de un cuervo?

¿No sientes que las vivas ilusiones,
la vieja tradición, el dulce ensueño,
vuelan en el confuso torbellino

que azota el patrio suelo,
y hechos jirones en la hoguera caen,
perecen de la patria en el incendio?

¡Que con tu fe radiante,
que con tu amor perpetuo,
reconstruyes las muertas ilusiones
y guardas el altar de los recuerdos,
y en las frágiles notas de tus cartas
el alma envías del terruño entero!

En mi noche de amargo pesimismo
el instante aún espero
en que escuche, soñando,
tus palabras de nuevo,
sobre las ruinas de la triste patria,
“sobre las ruinas del hogar deshecho”.

Nueva York, diciembre, 1903.²⁵

► *Cuna de América*, núm. 63, 11 de septiembre, 1904. Aparece firmado “Nueva York, 1904.”

²⁵ ERD: 31, Nueva York, 1904.

FRENTE A LAS “PALISADES” DEL HUDSON

El cielo de otoño, do van confundidos
el gris de las nieblas y el diáfano azul,
palidece apenas en vago crepúsculo,
del sol decadente a la mustia luz.

La tarde está pálida. El viento muy leve
apenas agita el paisaje otoñal:
en una ribera, los verdes peñascos,
en otra, callada, la inmensa ciudad.

Las aguas tranquilas del río reflejan
azules y pálidas el cielo otoñal;
y viajan muy lentas entre ambas orillas
las velas blanquísimas del sportivo yacht.

El viento dormita. El yacht se detiene:
sus velas reciben del astro la luz.
Delante del barco la lumbre riela:
un surco de oro en campo de azul.

Nueva York, octubre, 1903.²⁶

► *Cuba literaria*, Santiago de Cuba, 14 de junio, 1904.

²⁶ ERD: 34: “Nueva York, 1904”.

ESCORZOS

A Enrique A. Henríquez

I
ADELINA PATTI

Como vive en los siglos la leyenda
del arte griego, la perenne magia
que aún en sus rotas, desoladas ruinas
suspende el pensamiento y le entusiasma,

tal viaja por los años tu grandeza,²⁷
diosa del canto y de la escena maga,
y corren los asombros de tus triunfos
en el carro fulgente de la fama.

Tal se finge la absorta fantasía
tu voz, —diamante, lirio, seda, nácar—,
tus glorias de Rosina y de Violeta.

Mas hoy, si a ti se acerca, toda en ansias,
llora la admiración al contemplarte,
¡triste ruina, doliente, desolada...!

► *Adelina Patti* se publicó equivocadamente en *The Monterrey News* (1908) con la firma Gastón F. Deligne [Nota de Susanna Speratti en la Crono-bibliografía de PHU]; *La Cuna de América*, núm. 76, 11 diciembre, 1904.

²⁷ ERD: 37, “tal viaja por los años tu leyenda”.

II
MARCELLA SEMBRICH

Es el triunfo sonoro de tus arias
rival de la melódica floresta
donde impera en su trono de esmeralda,
monarca de los trinos, Filomela.

A la gracia vivaz y luminosa
con que animas la clásica comedia
¡oh compatriota de Chopin! adunas
dulces melancolías de Bohemia.

La cascada de perlas de tus trinos,
tus cavatinas lánguidas y lentas,
rememoran antiguos esplendores,

glorias fugaces de lejana época:
¡el genio de Mozart canta en tu canto
sus divinales notas postrimeras!

► *La Propaganda Ilustrada*, Nueva York, febrero, 1906.

III
LILLIAN NORDICA

En la gloria divina de tu canto
palpita un alma melodiosa y tierna:
el alma, toda luces y dulzuras,
del arte ensoñador de Italia y Grecia.

En la urna radiante de tu pecho
prende su sacro fuego la tragedia:
la llama de heroísmos y de amores
de la magna teutónica leyenda.

Cuando encarnas de Wagner las creaciones
en gracia y en pasión, sobre la escena,
de tu genio evocadas al conjuro,

miríficas se abrazan y conciertan
la sublime alma trágica del Norte
y el alma soñadora de la Grecia.

Habana, 1904.

► *Cuba Musical*, 15 de noviembre, 1904; *Cuna de América*, 11 diciembre, 1904.

TODO LO QUE PASA ES BELLO

Un resplandor de aurora te anunciaba.
Y en el trino del ave Poesía
un júbilo mirífico estallaba:
la aparición del astro predecía.

Y fue un meridional deslumbramiento.
Toda se conmovió la selva agreste.
Sonar el alma absorta oyó en el viento
una cantiga lírica y celeste.

Recogida en fervor, y temerosa,
osó mirar al cielo el alma mía.
¡Oh visión inmortal de oro y de rosa,
nunca soñada por la fantasía!

Sí, sobre el sol hermosa, rara estrella:
toda la luz del sol, más dulce y pura.
Era, al pasar, su esplendorosa huella
florescencia de rosas en la altura.

¡Ay! Cuando más absorta se extasiaba,
sintió mi alma ensombrecerse el cielo.
Raudo, fugaz, el astro se alejaba.
Reinó la noche: el insondable duelo.

¿Fuiste un astro fugaz? ¿Una quimera?
Con la mirada en el confín distante,
tímida suplicando mi alma espera
que surja una vez más el astro errante.

► Poesía fechada el 24 de octubre, 1905; *Letras*, La Habana, 15 de diciembre, 1905; *El Dictamen*, 30-31 de diciembre, 1905; *Mundo Ilustrado*, 1906; *Revista Contemporánea*, Monterrey, 1909; *Osiris*, núm. 5, 15 de enero, 1910.

MÁXIMO GÓMEZ

Fue... Sobre el campo, tenebroso y yermo
bajo la tempestad embravecida,
acosada en la furia de los odios,
el alma de la tierra perecía...

Hondos clamores de infinitos duelos,
sordos gritos de cóleras altivas,
eran voz de las ansias inmortales
del alma de la tierra dolorida.

Surgió... Postrero paladín gallardo
de la heroica legión de almas lumínicas,
¡fue roja llama de volcán que ruge
con la explosión de seculares iras!

¡La roja llama enardeció los campos,
de uno en otro confín corrió bravía,
cual sacro fuego redentor que infunde
al alma de la tierra nueva vida!

¡Era del legendario Hatuey hercúleo
el fiero orgullo, la pujanza invicta,
resurgiendo, en la noche tempestuosa,
albor triunfal del esperado día!

¡Era la fe del genio de los Andes,
su alta visión profética cumplida!
¡La centuria de magnas epopeyas
todo un mundo, una raza redimía!

¡Hijo postrero de la heroica estirpe,
último paladín de alma lumínica,
hoy te besa, al sentirte en su regazo,
el alma de la tierra estremecida!

Habana, junio 18, 1905.

▶ *Discusión*, 25 de junio, 1905; *Cuba Literaria*, 28 de junio, 1905.

LA SERPENTINA

Gira, corre, flota, vuela, canta, ríe...
 la bullente serpentina,
 en las ondas del espacio polícroma se deslíe,
 grácil, rápida, divina.
 Cuando suena sus plateados cascabeles.

Carnaval,
 ella surge como reina de los gozosos tropeles,
 como sílfide en farándula triunfal.
 Es entonces suave y leve.
 Tal se escapa de una mano —mano tersa como flor—,
 con ritmo lento se mueve,
 y se enrosca sobre un cuello tentador.
 En la luz que incendia el aire,
 bajo el regio palio azul,
 su donaire
 es ligero, vaporoso como el tul.
 Ya sus vuelos apresura.
 Ya domina.
 Es señora de la altura
 la bullente serpentina.
 ¡Cuál se agita! Centellea,
 todo lo cubre y enflora,
 como espuma de una rápida marea,
 cual diluvio de los tintes de la aurora.
 Teje lazos, velos, mallas...
 es Proteo: brota y salta por doquier.
 La enloquecen, cual si fuera el clamor de las batallas,
 el *taf taf* del automóvil y la trompeta del *break*.
 Es vértigo su carrera
 Ya es la reina del turbión.
 Es de víboras su larga cabellera.

Es su ritmo como un ritmo de Aquilón.
Mas a poco, dulcifica los ardores de su frente
 una lánguida caricia
 del fulgor opalescente
 que en el ocaso se inicia.
Y termina, fatigada, su carrera
 en un largo disminuyendo...
 cuando emergen de la azul cóncava esfera
 las estrellas maliciosas sonriendo.
Y es marchita, muelle alfombra cual de follaje otoñal,
 y en los árboles, fantástica cortina,
 cuando cesa su farándula triunfal
 la bullente serpentina.

Habana, abril de 1905.

► *Cuba Musical*, 1 de mayo, 1905; *El Español*, 17 de diciembre, 1905; *El Dictamen*, 14 de enero, 1906; *Cuna de América*, núm. 60, 23 de febrero, 1908.

LUX²⁸

(Inspirado en el dibujo *Lo inasequible*
del pintor inglés Patten Wilson)²⁹

Fue en tiempos lejanos: cuando florecía
la raza de héroes bella y varonil;³⁰
cuando el milenario su sombra extendía,
cuando fe sincera las almas prendía,
y Amadises hubo, y hubo un Lohengrín.

Fue en tierras extrañas: reinos que se ignoran,
que en trágicos sueños puebla Maeterlinck
de bosques y alcázares do vírgenes moran
esbeltas y magras cual las de Puvís.³¹

Era un caballero. Tan joven:³² su frente
aún tiñe un destello de gracia infantil;
en su ser la vida es ritmo potente,

²⁸ “(Leído en el Ateneo de la Juventud en 1910)”, anota su autor en el ejemplar de este poema, conservado en el Archivo Henríquez Ureña del Colegio de México. Utilizamos la primera versión, aparecida en *Cuba Literaria*, señalando en las notas subsiguientes las variaciones que presenta la segunda versión, publicada en la revista *Don Quijote*, de Puebla.

²⁹ Patten Wilson (1868-1928), pintor e ilustrador inglés, célebre por sus ilustraciones de la *Odisea* y a los poemas de Coleridge. El dibujo “Lo inasequible” (*The unattainable*) a que P.H.U. hace referencia, apareció en el artículo de Walter Shaw Sparrow, *Some Drawings by Patten Wilson*, en *The Studio*, vol. 23, núm. 101, agosto de 1901, p. 186.

³⁰ Según la versión de *Don Quijote* (DQ) “la legión de héroes gallarda y viril”

³¹ En DQ:

selvas que de sueños puebla Maeterlinck;
alcázares donde pensativas moran
vírgenes esbeltas cual las de Puvís.

³² “¡Cuán joven!”

y un ciclo de ensueños se anima en su mente,
que en sus vivas ansias se juzga feliz.

Si joven, anhela emular los nobles³³
rudos caballeros de fazañas mil,
que ha fuerza en su pecho cual de recios robles
y es diestro en las armas cual un Belianís.

Las historias cuéntanle³⁴ las magnas proezas,
las dulces victorias tras la brava lid:
cuáles por amores, cuáles por riquezas,
cuáles en defensa del patrio país.

El mundo a sus ojos magnífico extiende
campo de heroísmos, de lucha viril,
do triunfa el que osado su espíritu enciende³⁵
en el noble culto de un excelso fin.

A él seduce aquesta sublime armonía,
soñada en visiones de austero ideal:
la cumbre do esplenden,³⁶ en perpetuo día,
la inmortal Belleza, la suma Verdad.

Nunca oyó en las trovas de tal maravilla,
concepto más santo que el Santo Grial;
fue en libros vedados a gente sencilla,
cual pasto de herejes y origen de mal.³⁷

³³ “anhela brillar cual los nobles”

³⁴ “dícenle” en lugar de “cuentánle”

³⁵ “donde logra triunfos quien el alma enciende”

³⁶ “irradian” en lugar de “esplenden”

³⁷ “No en trovas oyera de tal maravilla,
conceto más santo que el Santo Grial;
fueen libros ignotos a gente sencilla;
de algún bizantino los hubo quizás.”

Libros en que el griego Platón discurría
sobre la potencia fecunda, esencial
que anima del mundo la inmensa armonía,
cuya ley suprema descubrir ansía
afanoso, el hombre, con empeño audaz.³⁸

En nocturnos sueños vislumbró distante
un templo marmóreo, de blancura astral,
donde custodiaba querube radiante
el alto misterio: la Luz inmortal.³⁹

La Luz, fuente prístina de toda la ciencia,
fuente de la hermosa, perfecta Verdad.
Un solo destello más rara excelencia
dará a nuestra vida...
Firme en su creencia
el templo soñado partióse a buscar.

A través de tierras, feudos y ducados,
visitó castillos, donde gran señor
era el que, pirata de tiempos pasados,
expoliaba ahora en nombre de Dios.

Vio los caballeros de fama⁴⁰ pomposa⁴¹
armados y prestos a lucha feroz
por ofensa nimia, por ruín quisicosa
que desdén inspira cuando burla no.

³⁸ “Libros donde el griego Platón discurría
sobre la potencia fecunda, esencial,
que anima del mundo la inmensa armonía,
y cómo hacia ella sube el alma audaz.”

³⁹ “En ardientes sueños columbró distante
un templo marmóreo, de blancura astral,
donde custodiaba querube radiante
el Sacro misterio: la Luz inmortal.”

⁴⁰ En la copia impresa aparece “forma”, pero se sustituye por “fama”.

⁴¹ “A los caballeros de fama pomposa vio”

Miró las princesas, gentiles y blondas,
servir de botines al más luchador;
ilas pálidas vírgenes, de ojeras muy hondas,
en celdas sombrías soñando de amor!⁴²

Habló con los sabios, frailes y doctores,
de filosofía, saber superior,
mas no de sus labios escuchó loores
de las aromosas, de las ricas flores
del pensar amable, sutil de Platón.

A cuantos propicios su plática oían
la ruta del templo preguntó con fe;
e inquirió de todos qué fin perseguían,
qué empeño juzgaban más digno de prez.

Dijéronle muchos: el sacro tesoro,
la tumba de Cristo, salva⁴³ del infiel.
En España: hidalgo, lucha contra el moro;
un sabio alquimista: de crear el oro
indaga do existe, oculto, el poder.

Contóle un trovero que en valles perdidos
se hallaba la fuente de eterno placer,
el edén pagano de amores prohibidos,
el ansiado, espléndido, róseo Venus-berg.

Díjole el piadoso, venerable anciano
Gurnemanz: si aspiras al supremo bien,
si eres fuerte y puro, sin mancha, si ufano
renuncias los goces de tu ser mundano,
la gloria inefable del Grial te daré.

⁴² “Vio cómo princesas gentiles y blondas
de botín servían al más luchador;
cómo las doncellas de miradas hondas
en celdas oscuras soñaban de amor”.

⁴³ “libra” en lugar de “salva”.

Mas nadie escancióle de la ciencia el vino
que dulcificara su ardorosa sed;
ilusión llamaron su templo divino,
y negaron, ciegos, la luz de su fe.

Al palor violáceo de lento crepúsculo
llamó en apartada, severa mansión
que poblaba en casto y sereno júbilo
de una nueva Hipatia⁴⁴ el semblante fúlgido,
del genio y la gracia mirífica unión.

Escuchó la dama sus cuitas, y dijo:
—Sé extraños secretos de ciencia y dolor.
El templo que buscas con afán prolijo⁴⁵
existe... mas nadie sus puertas franqueó.

—Quizás un valiente de esforzada mano.
—Jamás: será víctima del fiero dragón.
—Yo habré de vencerle. —Tu empeño es en vano.
—¡Soy el destinado a triunfar!
Partió.

Fue larga la ruta... Montañas bravías
do rugen locuras en rudo aquilón;
abismo de bocas siniestras, sombrías,
donde en ígneos vórtices gira la pasión.⁴⁶

Desiertos de mustias, estériles vidas
que consume el ansia de un mundo mejor;
jardines do extiende sus ramas floridas⁴⁷
el árbol maléfico de la Tentación.

⁴⁴ *Diótima* en lugar de *Hipatia*.

⁴⁵ “El templo que busca tu empeño prolijo”.

⁴⁶ “donde la locura es recio aquilón;
abismos de fauces siniestras, sombrías,
donde en Ígneos vórtices gira la pasión.”

⁴⁷ “jardines donde alza sus ramas floridas”.

Aurora irisaba el ⁴⁸cristal sidéreo
cuando, cual contraste de más puro albor,
rasgando de nieblas el cendal etéreo,
a su vista el templo soñado surgió.

Mientras anhelante, rápido marchaba,
mil huellas extrañas a trechos notó:
rotas armaduras que el tiempo oxidaba,
cascos, esqueletos... ¡Ay de quien osaba
hollar del Misterio la austera región!

Cercano, extasióle tan alta armonía:⁴⁹
¡nunca tan radiosa, la que en sueños vio!
En el manso ambiente su gloria esparcía
el inmarcesible, divino Esplendor.

De los sauces glaucos surgía en la fronda
de mármol y acero firme torreón;
brillaba en su altura, cual regio Golconda,
premio ansiado, el ánfora de níveo licor.⁵⁰

Pero allí, extendidas las alas ingentes,
vigilaba el ángel exterminador;
y a sus pies abría sus fauces rugientes
el hambriento Enigma, el voraz dragón.

Y endriagos perversos,⁵¹ junto de los fosos,
con fuerza indomable y astuta traición,
ataban con férreos lazos espantosos
al irreverente que avanzar osó.

¡Próximo su triunfo! El doncel avanza,
recoge el aliento con viva ansiedad;
embraza su escudo y enristra su lanza.

⁴⁸ El artículo "el" fue agregado a mano.

⁴⁹ "Ya cerca, extasióle, tan alta armonía."

⁵⁰ "¡premio ansiado! el ánfora de níveo licor".

⁵¹ "maléficos" en lugar de "perversos".

¡Mil otros peligros venció su pujanza:
ríndansele ahora los genios del mal!

Mas cuando llegaba frontero del pórtico,
invisible mano le ató sin piedad.
Agitó los sauces un rumor insólito
e hirió los espacios cual ¡ay! melancólico
de blancas palomas el vuelo fugaz.

¿Ansió un imposible? ¿Sus fuertes cadenas
romperá? No gime ni jura el audaz:
imitigando el torvo⁵² negror de sus penas,
emerge el destello que en ondas serenas
en torno difunde la Luz inmortal!

Habana, 1905

► *Cuba Literaria*, 28 de abril, 1905; *Quijote*, Puebla, t. 4, núm. 7, febrero, 1911.

⁵² “hondo” por “negror”.



(By permission of G. P. Norton, Esq.)

“THE UNATTAINABLE,”
FROM A DRAWING BY
PATTEN WILSON

HACIA LA LUZ

I

(BYRON)

Agreste felino que airado destroza
de su cárcel estrecha las barras,
terror de las turbas,
el poeta de Albión se levanta,
desnuda les muestra su pasión rugiente,
y sus duelos profundos esconde
en la selva reclusa y callada.

(LEOPARDI)

Pensativo, observa
el bardo de Italia
el mar de la vida, cuya amarga onda
cada nuevo río torna más amarga.
“¡Cuál te lanzas en sirte de engaños,
triste raza humana,
y anhelando la dicha imposible
olvidas tu sino de eterna desgracia!”

(POE)

Sobre el fondo oscuro del ala de un cuervo
la noble cabeza de un bardo se alza:
la azotaron las rudas tormentas
y la asedia legión de fantasmas:
en el trágico horror de sus sueños
ve pasar la muerte con su roja máscara.

(BAUDELAIRE)

“Muerte”, —clama un triste—,
 “vieja capitana,
 acude, ya es tiempo,
 llevemos el ancla.”
 Su lamento crece: “Tu piedad imploro,
 mi única amada,
 desde el golfo profundo y sombrío
 do cayó mi alma.”

(SCHOPENHAUER)

Pensador que en el mundo descubres
 una ley dolorosa y tiránica
 que las floraciones de la eterna Vida
 hacia el fin supremo —Destrucción— arrastra:
 como hallazgo feliz de tu ciencia
 inos muestras las ondas del letal Nirvana!

(NIETZSCHE)

Tú, burlesco y feroz Zarathustra,
 sorprendiste la música extraña
 de la fuerza indomable que aspira
 a esplendor más gigante y más alta:
 al sentir que el titánico esfuerzo,
 vencido, a la nota primera tornaba,
 con satánico gozo exclamaste:
 ¡Recomience la danza macabra!

(HEINE)

Soñador que del Rhin a la orilla
 evocaste la lírica hada:
 deshacerse viste tus visiones frágiles,
 muertos tus amores, pequeña tu patria.
 Y cuentas: en trance
 penoso me hallaba.
 Pedí auxilio. Sólo me auxilió un valiente:
 fui yo mismo. A nadie le debo las gracias.

(VERLAINE)

¡Oh cantor de tus íntimas luchas,
 carnales deseos y místicas ansias!
 Enemiga nube oculta a tus ojos
 el sonriente cielo, la gloria del alba.
 Y dices: tan sólo una risa hallo justa:
 de las calaveras la risa nevada.

(CASAL)

Y tú, sollozante poeta del trópico,
 a quien fueron odiosas y vanas
 la armonía del fiero Caribe,
 la grácil euritmia de la verde palma:
 cuando en regios alardes tu tierra
 de la luz al beso gozosa cantaba
 de tu Dios, silencioso, inquirías:
 ¿Por qué has hecho tan triste mi alma?

¡Oh profetas de duelo y angustia!
 Vuestra voz desciende, silbadora ráfaga,
 desde un polo de nieves perpetuas
 a la zona de luz y esperanza,
 y marchita en los tórridos campos
 la flor de alegría fecunda y lozana!

(HUGO)

Poeta ciclópeo
 que un siglo quisiste llevar a la espalda,
 y ser voz de la enorme leyenda,
 himno de la historia, clarín de batalla:
 leyendo el gran libro
 aprendiste una augusta enseñanza:
 ¡la piedad suprema, el amor inmenso,
 elevan y salvan!

(SHELLEY)

Joven portalira,
que en viril entusiasmo cantabas
el poema triunfal de la vida
cuando en mar traidora zozobró tu barca:
¡Prometeo en tu canto revive
y la diosa Tierra su genio proclama!

(CARLYLE)

Pensador austero
que exultaste la estirpe gallarda
de los héroes que alumbran y guían
el incierto impulso de la especie humana:
predicaste la fe y el esfuerzo,
noble acción y sincera palabra.

(RUSKIN)

Dulce evangelista
cuya frente serena tocaba
la Reina del aire con su lanza de oro:
en montes y lagos, en lienzos y estatuas,
admirabas la eterna armonía,
¡la belleza ideal, soberana!

(WALT WHITMAN)

Viejo bardo de blanca melena
y de luenga barba:
en el mudo existir de las cosas
la madre natura con vigor te habla:
el astro y la célula,
el hombre y el bruto, la roca y la planta,
lo pequeño y lo grande y lo ingente,
¡todo es uno, y hermoso, y lo amas!

(GUYAU)

Juvenil maestro
que bebiste en las límpidas aguas
de la ciencia mirífica y pura,

rica fuente y mansa:
 A su ocaso descienden, dijiste,
 las creencias un tiempo sagradas.
 ¿Qué ideal nos guiará? Laboremos:
 en el fértil surco de tierra labrada
 brotará, como flor de victoria,
 ¡el supremo ideal del mañana!

(HOSTOS)

Apóstol severo
 a quien no arredraron las flechas insanas
 de procaz Envidia,
 de ruin Ignorancia,
 de seres salvajes que en los bosques moran
 de esta América niña e incauta:
 “¡Destruíd, —les retabas—, el mundo:
 yo lo reconstruyo: la verdad me basta!”

(MARTÍ)

¡Oh bardo y guerrero,
 que morir supiste, “frente al Sol la cara”!
 Tu fecundo soñar de profeta
 contempló redimida tu patria,
 y a los pueblos, activos y libres,
 marchar al progreso cantando un hosanna!

(IBSEN)

“Astro rojo del Norte lejano”
 que invencible irradias,
 creador simbólico:
 Voluntad es tu héroe, y ensaya
 levantar la magnífica torre,
 libertar el oro que en las minas canta,
 abrir a la huraña y oscura conciencia
 la senda de vida más fuerte y más alta:

si no triunfa, ¡qué importa! flotando
quedará la Idea, su invicto oriflama!⁵³

Alma heroica, fecunda, potente,
que vives y obras, que sueñas y cantas,
que al abismo siniestro no temes,
y vas a la cumbre radiosa y gallarda,
 ¿qué a ti las heridas,
 qué las malandanzas?
¡Milagrosa, tu fe te reanima!
¡Soñadora, tu ensueño te salva!
¡Y entonces, siguiendo tu segura vía,
el himno jocundo de eterna esperanza!

► *Letras*, La Habana, 15 de noviembre, 1905. La primera parte del texto dedicado a Ibsen fue publicada como poema independiente en la *Revista Moderna de México*, junio, 1906, p. 218, y en el *Anti-reeleccionista*, 20 de septiembre, 1909.

⁵³ En la primera versión, publicada en la *Revista Moderna de México*, en vez de “invicto oriflama”, escribió “rojo oriflama”.

EL PINAR

Para *La Cuna de América*

En el pinar, detiéndose callada
la mirífica luz frente a lo austero
de la violada sombra; abajo, el río
corre en sordo rumor, profundo y lento;
entre las oquedades del peñasco
temerosos refúgianse los ecos;
no se advierte un camino
abierto al día, en la región del sueño.
¡Ah! Brillando en la ignota lejanía,
cual presagio fugaz, surgió un destello.

México, 1907.

► *La Cuna de América*, núm. 42, 20 de octubre, 1907, p. 5.

RAFAEL LÓPEZ⁵⁴
“FLOR DE INFAMIA”

Muestras tus neurastenias de satiresa
y la subyugadora virtud del mal,
y del combate erótico surges ilesa
mostrando tu desnudo torso triunfal.

Por las venas te corre sutil veneno,
y tienes en los ojos signo fatal,
y vences con las mieles que hay en tu seno
y la subyugadora virtud del mal.

Cual Deyanira ofreces al que te besa
en sangre de centauro tinto el brial,
y cuando de la lucha surges ilesa,
muestras tus neurastenias de satiresa
y la subyugadora virtud del mal.

⁵⁴ En una nota manuscrita a estos poemas mecanografiados, PHU señala: “Estas imitaciones de poetas jóvenes y de escritores consagrados de México, fueron escritos, por diversión, por Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, y publicadas anónimamente —(como fueron enviadas)— en el *Tilín-Tilín*, semanario satírico de México”. Los tres poemas siguientes (“Rafael López”, “Alfonso Reyes” y “Luis G. Urbina”) fueron escritos por Henríquez Ureña. Se publicaron sin referencia de autor, el 22 de noviembre de 1908 los dos primeros, y el último el 6 de diciembre, en la revista *Tilín*, de México.

ALFONSO REYES
“INVITACIÓN PASTORAL”

Al son de las zampoñas pastoriles,
en medio de las rústicas cabañas,
donde el aire jugando con las cañas
llena el ambiente de rumor de abriles,

cuando, pastora, tu ganado esquiles,
te cantaré mis músicas extrañas
que aprendí en el rumor de las montañas
y perfumé con ansias infantiles.

Y así por todo el valle y la espesura,
mientras me oyes ansiosa y con encanto,
resonará el cantar; y así la oscura
noche nos ha de sorprender; y en tanto
yo adornaré tu rústica hermosura
con las agrestes flores de mi canto.

LUIS G. URBINA
“*INGENUA*”

Miro en tus ojos húmedos la triste
doliente caravana de mis cuitas;
y es que tu suave languidez reviste
el color de mis ansias infinitas.

¡Oh, tus húmedos ojos! ¡Tu mirada
de pasión, tu sonrisa blanda y buena!
Son cual ánfora mística colmada
de incienso y de perfume de azucena.

Adivino los actos de tu drama:
conozco tus tragedias interiores;
la vida con ardor te dijo: ¡Alma!
y cediste al imán de los amores.

Yo también estoy triste; que en mi pecho
marchítanse las flores estivales;
y el corazón por la inquietud deshecho
se acoge a tus caricias ideales.

Ven y calma mi ardor, celeste hada,
con tus melancolías de azucena.
¡Oh, tus húmedos ojos, tu mirada
de pasión, tu sonrisa blanda y buena!

A UN VENCIDO

Para *La Cuna de América*

¿Caíste? Di: ¿deshecha la coraza,
libre tu pecho al enemigo dardo?
¿La fuerte lanza, rota
rodó a tus pies acaso?

¡Ah no! Soñaste con supremas lides:
el duelo del Peleida y el troyano;
Ares bronco vencido por Diomedes...
Y viste, con angustia y con espanto,
héroes y triunfadores,
a Tersites y a Pándaro.

¡Y esquivaste la liza!
Tornaste, sin heridas y sin lauros,
al hogar silencioso,
al fiel terruño patrio
donde, pensando en los que lejos luchan,
cantan su triste coro los ancianos.
¡Ah! ¡Tornaste sin gloria!
¡Sin herida y sin lauro!
¡Mas qué! ¿Sólo vileza hallaste? ¿Nunca
viste flotar sobre el ardido campo,
envolviéndolo en luces diamantinas,
la veste de la diosa de ojos claros?
¿Dónde tu fe, tu esperanzado brío,
dónde el arresto y la virtud del brazo?
¡Y si un blasón al menos
llevaras a tu albergue solitario!
¡Si en tu cuerpo, una herida
nutriera el germen de los odios santos!

¡Ah! Vencido sin lucha,
porque no viste en liza a los gallardos,
porque mancharon, al pasar, de lodo
tu escudo refulgente los enanos;
te doblega el primero
juvenil desencanto,
y las armas guerreras
intactas vuelves a los lares patrios.

Pero no sabes, pálido vencido,
vivir feliz en el hogar lejano,
indiferente al estridor de guerra;
y no podrás, con tu dolor amargo
y tu anhelo marchito,
vivir seguro como el persa bardo
en la gran soledad de sus ensueños,
en el sonoro orgullo de sus cantos.

México, 1909.

► *La Cuna de América*, núm. 140, 3 de octubre, 1909.

A UN POETA MUERTO

En memoria de René López⁵⁵

¡Caíste! Van de púrpuras vestidas,
tu ocaso a acompañar, las nubes lentas;
y muere en el confín póstumo rayo,
última luz de tu fugaz promesa.

¡Quién vio la aurora prístina, radiosa!
¡Quién oyó el canto, al despertar la selva!
Mientras emerge el sol con lumbre flava,
tu voz en trino inacabable suena...

¡Y las arpas del bosque!
¡Y la mañana espléndida!
Tu voz, diáfana y pura,
es todo el canto de la primavera.

¡Yo no sé cuál maléfico Faetonte
del gran carro del sol asió las riendas!
Súbito es un delirio la mañana
con el furor de la solar carrera.

Se torna aciago el día.
Arde y abrasa, o ya se nubla y vela.
Vientos asoladores
azotan por el valle y la eminencia,
y en pávidos clamores se convierten
las voces seculares de la selva.

⁵⁵ René López (1884-1909), poeta cubano. Su temprana adición a la morfina marcaron su vida y obra. Tanto Pedro como su hermano Max trataron de estimular su producción poética, editando sus versos.

Te arrastra el torbellino.
Torvo rumor se eleva;
y en medio del horror que te circunda
y el bárbaro fragor que ruge y truena,
tu voz en gritos estridentes rompe
como la del alción en la tormenta
pero a veces, venciendo el rudo estrago,
vuelve a sus notas límpidas, gorjea,
y entona, con arpegios cristalinos,
el dulce canto de la primavera...

Y allá vas, con la racha tormentosa,
lanzando, en gritos de tu voz enferma,
notas de plata entre clamores roncocos...
Con el furor de la solar carrera,
es un vértigo el día,
y el ocaso está cerca...

Y llega al fin. ¡Cuán presto!
Ya la noche comienza...

¡Oh cantor sin ventura y sin reposo!
Tu vida breve me arranca una queja,
porque tuviste la virtud del canto
y fuiste inada más! una promesa.

México, 1909.

► *Blanco y Negro*, Santo Domingo, núm. 66, 19 de diciembre, 1909.

IMITACIÓN D'ANNUNZIANA

Quando nella mia casa, hospite caro...

*A Alfonso Reyes, orillas del lago de Chapala,
enviándole una ofrecida disertación platónica.*

Cuando en mi humilde casa, huésped caro,
te torne a ver, si Cronos es propicio,
verás cómo el mundano maleficio,
ahuyenta de mi espíritu, con raro,

sutil influjo y paternal amparo,
el sereno Platón. Tú, que el bullicio
urbano esquivas (irústico Salicio
anhelas ser!) y bajo el cielo claro

junto a la clara onda, plena aspiras
la paz rural ¡presientes, manso y quieto,
este *hortus deliciarum* de la idea?

Dime, ¿sorprendes música de liras
del lago y frondas en el gran secreto?
Va el tributo amistoso: ¡grato sea!

*“La Mariscala” (México),
15 de septiembre de 1911.*

► *Osiris*, año 1, núm. 10, 31 de marzo, 1910.

IMITACIÓN D'ANNUNZIANA
[VERSIÓN MANUSCRITA]⁵⁶

*A Alfonso Reyes, en el lago de Chapala,
enviándole "Genus Platonis".*

*Quando nella mia casa, hospite caro...
D'Annunzio
(al poeta Cellini)*

Cuando en mi humilde casa, huésped caro,
te torne a ver, si Cronos es propicio,
verás cómo el mundano maleficio,
ahuyenta de mi espíritu, con raro,

sutil influjo y paternal amparo,
el sereno Platón. Tú, que el bullicio
urbano esquivas (irústico Salicio
anhelas ser!) y bajo el cielo claro,

junto a la clara onda, plena aspiras
la paz rural, ¿presientes, manso y quieto,
este *hortus deliciarum* de la Idea?

Va el tributo amisto: igrato sea!
Tú, di: ¿sorprendes, en el gran secreto
de lago y frondas, músicas de liras?

*Hacienda "La Mariscal",
Estado de México, 15 de septiembre de 1907.*

⁵⁶ El original de esta versión se encuentra en el Archivo de Pedro Henríquez Ureña, en el Colegio de México.

DESPERTAR

¡Esplendor del libérrimo día!
Tras el sueño y la noche falaz,
el tropel fugitivo de sombras
ante el brusco y veloz despertar...

A la absorta mirada se ofrece
el camino de sol y de paz.
Mas no el cielo de albas se cubre
ni seduce miraje ideal:
es la luz que ilumina las sendas
roja luz de la muda verdad.

A lo lejos en niebla se esfuma
cuanto fue deleitoso y vivaz,
y en color y sonidos mentía
el portento de un mundo inmortal.

¿Volverán las miríficas formas
la fantástica noche a poblar:
las marmóreas columnas del templo:
bajo el pórtico, lucha y solaz;
sombra amiga del plátano agreste,
del Iliso en la margen feraz?

¡Ay, si el sueño me asalta en la ruta
sin que el término logre alcanzar...!
¡Oh visiones! Dejad que camine
en mi senda de sol y de paz.

México, 1910.

► *Las Novedades*, 30 de septiembre, 1915.

EL NIÑO

Idea de Rabindranath Tagore

—¿De dónde vine, madre?
¿De dónde vine a ti?
—Viniste de mis sueños,
de cuanto amé y sentí.

Cual temeroso pájaro
que espera el nuevo sol,
estabas escondido
aquí en mi corazón.

Estabas en los juegos
de mi niñez feliz;
y sobre los altares,
como deidad te vi.

¡Oh misterioso encanto!
¡Prodigio del amor
tener entre mis brazos
el tesoro mejor!

► *Las Novedades*, 9 de diciembre, 1915, p. 9; *Renacimiento*, núm. 21, 1 de enero, 1916, p. 6; *El Fígaro*, La Habana, 13 de enero, 1918, p. 37.

LA CANCIÓN FUGITIVA

*Para el libro de Delia Weber de Coiscou.**

Pasa, rápida, junto a nosotros, la canción fugitiva, saeta voladora, flecha de anhelo. Nuestra lanceada atención se despierta, escuchamos con interés... y en breves momentos la canción expira. Creemos que la retendrá nuestra memoria. ¡Quién sabe! Otra canción cruzará en vuelo, y no sabemos cuál de las fugitivas hemos de apresar. Pasan, unas tras otras, como aves viajeras. Días después, descubrimos que una de ellas se detuvo en los mástiles de nuestro navío.

Canción fugitiva es el poema breve —en verso o en prosa, poco importa— en que ahora se expresan tantos anhelos, tantas visiones. Inquieta, ávida de ensayos, la juventud ama estos poemas; si el de hoy no tornó cristal puro la emoción, lo hará el de mañana.... De sus canciones fugitivas, una habrá, siquiera, que venza la fortuna efímera.

* *Encuentro* (Poemas).

► *Panfília*, año II, núm. 10, 30 de noviembre, 1924, p.2.

CUENTOS

RÍE, PAYASO¹.

Era en una reunión de alegres mozos, y a todos nos había mantenido en constante hilaridad la charla de Enrique, uno de esos seres que, después de extinguida la especie de los bufones de cortes, se han dedicado a divertir al eterno tirano: la sociedad frívola y egoísta. Súbitamente, todo aquel infatigable humorismo de nuestro camarada me pareció grotesco, y en un momento en que las carcajadas generales coreaban una de aquellas irresistibles bufonadas que parecían patrimonio de Enrique, exclamé irreflexivo e ingenuo:

—*iRide, pagliaccio!*

Mi amigo palideció; siguió bromeando y riendo, pero su risa era forzada; casi dolorosa, como si aquella frase involuntaria que habían dejado escapar mis labios hubiera respondido a una secreta amargura que torturaba su espíritu, inquietante y tenaz.

La reunión disolvióse a poco y Enrique partió conmigo; marchaba a mi lado en silencio, caviloso: singular estado de ánimo en quien siempre hizo gala de una jocosidad inextinguible.

Viejo amigo de la niñez, mi ahora taciturno compañero carecía de secretos para mí; en nuestra infancia juntos habíamos comenzado la ardua carrera de la vida y aunque separados más tarde por los caprichos de la varia fortuna, nunca divorcié mi afecto de aquel buen mozo, ligero, afectuoso, amable, que cifraba su orgullo en conocer el primero en la ciudad natal el *couplet* de moda en el *Café-Concert*, la zarzuela del día, y en hacer las delicias del “salón” entonando con su hermosa voz de tenor aires de *Bohemia* o de *Cavalleria*.

¹ Al final del recorte de periódico de este cuento, que está depositado en el Archivo de PHU, en el Colegio de México, aparece la siguiente nota manuscrita: “En este cuento solamente la firma y la idea son de Pedro Henríquez Ureña; la factura y el estilo son de Arturo R. Carricarte”. N.d.e.

Parecía nacido para la risa, pero no la risa cáustica del pensador que cristaliza en una frase mordaz la filosofía, dolorosamente adquirida, de una debilidad humana, o de un egoísmo, sino esa risa insustancial que hace mover las quijadas con espasmos de epiléptico, sin llevar al cerebro la sensación de burla, y que pasada la hilaridad nos hace pensar si reímos, *con* o *del* bromista.

Tanto empeño puso Enrique en lograr ese *efímero* triunfo del convidado alegre, que al cabo llegó a ser su nombre símbolo de broma y risa, y nadie pensaba en él sin sentir cosquillear en los labios el esguince de una sonrisa, como si fuese en él vinculado la hegemonía de lo cómico.

Probablemente mi antiguo compañero había avanzado más de lo que se había propuesto en esa senda, si acaso florida, no ciertamente encaminada a grandes montañas de luz: una flecha sutil del dios Cupido, y en estos tiempos de prosa no estará mal lamentarlo, había herido profundamente su corazón, que podría creerse invulnerable contra esos dardos mitológicos.

Amaba Enrique, y sus galanterías eran acogidas con alegres muestras de satisfacción, como una broma más, sin concebir aquella que era objeto de un culto real y profundo, que aquel hombre, perenne burlador insustancial y frívolo, pudiera pensar en algo más que en ser el héroe de una fiesta o el histrión de un concierto.

Y Enrique amaba, amaba sinceramente, porque en aquel arcano, en apariencia todo gasa, todo luz, había resquicios que muy pocos penetraban, quizás yo el único, pero en aquel rincón secreto anidaban fibras de inmensa ternura, apasionamientos intensos que en la dualidad perenne de la vida colocaba junto al payaso el sensitivo. Yo sabía, aquella secreta cuita; no ignoraba, tampoco, que Enrique esperaba ser comprendido, y que en la aceptación de su cariño había puesto toda su ilusión y concentrado todos sus deseos.

Al verle junto a mí ensimismado y serio, sin que modulase una frase o hiciera un gesto, comprendí que mis palabras habían llegado muy hondo en su pobre alma, y pensé distraer su embarazo; iba a hablarle, cuando él se adelantó y dijo sin mirarme:

—Has dicho una frase que hace tiempo me repito a mí mismo, a solas, cuando nadie me oye ni me ve: “¡Ride, pagliaccio...!” Tienes razón: debo reír porque entré en la vida riendo a carcajadas y la risa es el

complemento de mi ser. No se concibe a Enrique Hildera sin que ría y haga reír... Y bien lejos estoy de la alegría.

Tracé por un necio capricho sobre mi propia frente el signo que ahora me condena, ya he dejado de ser el compañero alegre con quien se ríe y se habla, ahora soy el bufón a quien se busca para que nos haga reír... Y es ahora cuando necesito que se vea que soy un hombre igual a los demás, capaz de amar y de sentir y de pensar. De amar, de amar sobre todo, porque bien a mi pesar veo que amo, sí, amo para mi tormento y mi angustia, porque amo en vano: pensé que bastaba tener alma y saber querer para que se borrara en un instante la aureola de *Punchinello* que me hostiga, que un tiempo fue mi necio orgullo. He tratado de hacer llegar a Luisa la verdad de mi cariño; he querido probarle que no amaba *en broma*, sino seriamente; demasiado seriamente... Y mis palabras han sido inexorablemente recibidas con risas histéricas, y yo también he reído... Aún tenía esperanza, pero anoche sorprendí de sus propios labios la sentencia sin haberme visto; yo estaba a su espalda, respondía a una amiga que le hablaba de mí:

—¿Quién, Enrique? Sí, es un muchacho muy divertido, pero qué voy a hacerle caso, ¿tú no comprendes que me pondría en ridículo? ¡Si es un payaso!... Oí esa frase totalmente cruel que creí se desgarraba mi corazón, torturado, destrozado; me contuve y salí. Esta noche has repetido, sin pensarlo, la misma frase y no puedo quejarme: tenéis razón. ¿Qué he de hacerle? Yo mismo lo quise, pero cuando se erró la ruta y resuena la voz en ese Damasco terrífico de la pasión, es preciso morir; sí, Luis, me dijo —apretando con fuerza entre las suyas mi mano izquierda—, es preciso morir...

Su voz tenía un acento tan intenso, revelaba una desesperación tan honda, que presentí algo siniestro. Quise alejar aquella idea torva de su mente y dije:

—Vamos, te gustan los extremos, mi querido Enrique. No seas niño; hay que buscar el término medio. Si has sufrido un desengaño, originado por tu ligereza, aléjate de este país, viaja algún tiempo, y a tu regreso podrás reconquistar lo perdido y ser, ya que aún es tiempo, y así lo quieres, todo *un hombre serio*.

—¡Es tarde! ¡Demasiado tarde! ...

La herida es mortal, Luis. Pero... no pensemos en ello. ¿Quieres beber? Vamos al Café, ven...

Rehusé la invitación y traté de disuadirlo; se empeñó en marchar al Café y a los pocos pasos nos separamos. Aquella misma noche se abrió el cráneo de un pistoletazo.

La triste noticia me produjo verdadero dolor; acompañé sus pobres despojos al cementerio, y cuando el fúnebre cortejo desfilaba a mi frente, alguien dijo con voz sinceramente apenada:

—¡Qué lástima! ¡Era tan divertido!

Veracruz, enero 18 de 1906.

► *El Dictamen*, 27-28 de enero de 1906.

ÉRAMOS CUATRO

Viajo en la diligencia–automóvil que atraviesa *el país de Ramona*, el Sur de la Alta California, entre San Diego y Los Angeles. Mi vecino de asiento, fuerte mozo de la Nueva Inglaterra, me habla de su vida de estudiante en Yale: le he informado de mis dedicaciones universitarias, y ha encontrado rico asunto de conversación en sus recuerdos. Como a buen norteamericano, todo lo que le falte en ideas le sobra en temas recogidos de la experiencia personal. Y se ve que para él la experiencia ha sido dura, trágica tal vez; todavía no alcanza los veinte y cinco años y su expresión y sus palabras revelan al hombre que ha vivido mucho, muchísimo, más de lo usual.

En los instantes en que callamos, miro con curiosidad a los dos viajeros que ocupan el otro asiento de la diligencia. Son labradores de la región, descendientes de los indios que las evangélicas misiones del siglo XVIII ganaron al cristianismo. El uno, viejo vigoroso, cuya faz surcada de arrugas es como tronco de encina, da explicaciones al otro, joven y sumiso. Son ciudadanos de los Estados Unidos (como el mozo universitario de Nueva Inglaterra!), pero hablan castellano, con voz lenta, de timbre en sordina.

—Buen trabajo hay ahora –dice el viejo–, y bien pagado.

—¿Y las horas?

—Pues las de siempre; pero si hay trabajo extraordinario lo pagan aparte. A mí me han pagado siempre aparte la pelea de las lumbres.

—¿La pagan aparte?

—¡Ya lo creo!

Y la experiencia del viejo quiere explayarse,

—Eso de pelear las lumbres no es así como quiera. En el lugar de donde ahora vengo, tuvimos bastante que hacer con ellas.

A mi vecino, que ha escuchado como yo, se le despierta la curiosidad, y me pregunta en inglés:

—¿Qué lumbres son esas de que hablan? Mi conocimiento del español no llega a tanto.

—Supongo que son incendios de los campos. Veamos.

Y me dirijo al viejo fuerte y afable.

—Sí —me contesta—, hay por aquí, los veranos, muchos fuegos. ¡Como que la tierra es seca, y si tantas cosas se hacen en California es por el riego, por los canales y los pozos! Le contaba yo *al señor* (infalible cortesía la del indio!) que buen quehacer he tenido con las lumbres, días atrás.

Los ojos grises de mi vecino despiden brillo extraño.

—¿Y no corrió usted mucho peligro con las lumbres? —pregunta.

—No, señor, no. Todo es tener cuidado, y no dejar que corran.

—Pero..., pero... (como si el asombro no lo dejara comprender)... ¿cómo lo impiden ustedes? ¿No serán bosques los que arden?

—¡Oh no, señor! No. Es la yerba. Y lo que hay que impedir es que la lumbre se coma las siembras. Para eso hay que ir cortando de trecho en trecho. En el lugar de donde yo vengo, el dueño creía que había que pelearlas de noche, no más que porque entonces se ven mejor. Pero no.

De noche hay que estar despierto, para saber por dónde vienen, pero la mejor hora para hacer los cortes es la madrugada.

El joven de la Nueva Inglaterra, exclama con alivio:

—¡Dichosos los californianos, si no pasan de allí los incendios de sus campos!

—Donde ahora vivo —tercio yo—, los incendios ocurren en los bosques, y son terribles.

—¿Los ha visto usted?— inquiera mi vecino, con interés.

—No; ocurren lejos de las ciudades. ¿Por qué le interesan tanto?

—Porque los he visto de cerca, en el Oeste del Canadá. No son, como aquí, incendios de pastos, lentos, inofensivos. Son conflagraciones violentas, enormes; devoran florestas, arrasan pueblos...

Lo observo. Habla con intensidad, y de pronto calla. Al fin, como vencido por la pesadumbre de evocaciones terribles, me dice con acento sordo:

—Por esos incendios me vine hasta California.

—¿Lo arruinarían, de seguro?

—Peor. Habíamos ido al Canadá cuatro amigos, y sólo quedo yo... Eramos todos de la Nueva Inglaterra; nos conocimos en Yale, en el primer curso del bachillerato, y fuimos miembros de una misma *fraternity*, lazo que tanto liga a nuestros muchachos. Uno de ellos, Bob Dale, era mi amigo de todas las horas. Nuestras familias se conocían. Hasta nos unía el querer a una misma muchacha... Estas cosas, ya lo sabrá usted, son a veces muy especiales entre nosotros. Los dos fuimos amigos de Ruth, durante el último año de estudios, y poco a poco nos fuimos enamorando de ella. Pero nunca hablamos de eso; ninguno llegó a declararse, y menos hablamos de hacer de aquello una rivalidad. Creo que ella hubiera preferido a Bob... ¡Y él era el que menos se atrevía a nada! Muy callado, taciturno, romántico a su modo, como solemos serlo en nuestra parte del país... Acabamos nuestros cuatro años de bachillerato en la Universidad y pensamos en ganarnos la vida: soñábamos en acometer empresas de gran esfuerzo y de amplia recompensa. Los cuatro amigos estábamos en situación semejante: ninguno pensaba seguir carrera universitaria; nuestras familias gozan de posición desahogada, y querían ayudarnos a encontrar nuestro camino, pero no iban a mantenernos, puesto que ya éramos jóvenes de veinte y dos años.

Y por vía de explicación apologética me dice:

—Creo que entre los latinos eso no se vería mal, pero entre nosotros a ningún padre le gustan los hijos ociosos. Cuando mucho, uno que otro millonario los tolera.

—Bien lo sé. Y me imagino que usted y sus compañeros se acordaron del consejo antiguo: "Irse al Oeste"

—Justo. Pero no sé si usted se da cuenta de que, en los estados de la Nueva Inglaterra, cuando no hemos viajado, tenemos ideas muy vagas sobre el Oeste. Y más los muchachos como nosotros. Desde luego, todo lo que hay más allá del Niágara se les figura Oeste. Sabemos que hay grandes ciudades, donde todo deberá estar explotado y sometido al dominio de los grandes capitales, como en Nueva York o Boston, y, sin embargo, creemos que las oportunidades de buenos negocios se dan allí como plantas silvestres: en eso no comprendemos bien la diferencia que hay entre Chicago y las praderas de las Dakotas, entre San Francisco y los desiertos de Arizona. Así es que nos dirigimos a

Chicago como el inmigrante que espera, al bajar en Nueva York, recibir diez dólares en pago de cualquier acto insignificante y pronto descubre que ese sería el precio de una semana de duro trabajo... A los quince días de estar allí comprendimos que aquél no era el lugar donde íbamos a abrirnos paso en poco tiempo, ya que no teníamos ni los recursos necesarios para una empresa de gran ciudad ni ninguna “idea luminosa” de esas que hacen ricos a ciertos hombres de la noche a la mañana. Decidimos entonces recoger noticias sobre los lugares que ofrecieran mejores perspectivas cuando se cuenta con poco capital y mucha energía; y después de vacilar entre diversas actividades que tentaban nuestro espíritu aventurero, nos sedujeron las minas: supimos que el Canadá occidental era uno de los centros de atracción, donde se estaban improvisando grandes fortunas, y allá nos fuimos a buscar “terrenos que prometiesen”.

El sitio a donde nos dirigimos era extraordinario. A veinte millas del pueblecito donde nos dejó el ferrocarril había unas cuantas casas, a la orilla de uno de los lagos más maravillosos que he visto nunca. ¿Conocerá usted esos, pequeños y medianos, que existen en el norte de los Estados Unidos cerca de los Cinco Grandes Lagos?

—Sí, son maravillas.

—Así era el nuestro: rodeado de bosques espesos, de pinos, robles y hayas; sobre él se desplegaban largos crepúsculos en granada y naranja. En invierno, nos dijeron, el frío es pavoroso. Pero nosotros llegamos en primavera: todo reventaba de fuerza, de vigor natural. A las pocas semanas sufrimos días calurosísimos. Hay gentes que atribuyen a esos calores los incendios de bosques, frecuentes en aquella parte del país; no es así: el calor y la sequedad preparan el terreno, pero la causa es siempre algún descuido humano.

Aquellos lugares prometían mucho, según la opinión de sus escasos habitantes. Cerca se habían iniciado ya explotaciones productivas... Recorríamos nosotros la región, observándola para nuestros propósitos, y hasta pensábamos cómo a orillas del lago podía surgir una ciudad. Muy a menudo subíamos a una de las puras colinas que por allí había, y desde ella estudiábamos el paisaje, trazando planes. Escogíamos el mejor sitio para los socavones, si al fin hubiera metal, como todo parecía indicarlo, las tierras en que deberían conservarse los árboles, las que podían desmontarse y dedicarse a la agricultura... Una tar-

de, después de almorzar, habíamos subido a la colina los cuatro amigos, discutiendo proyectos, calculando perspectivas, pero al poco rato se me ocurrió llamar aparte a Bob y llevármelo hacia el lago. Desde días antes, tenía la preocupación de hablarle de Ruth, quería convencerlo de que él era el preferido, y no sabía cómo empezar; cosa peor: no sabía cómo, después de empezar, había de seguir. Ya usted nos conoce...

—Algo, sí.

—Comencé hablándole de las visitas que haríamos a nuestros hogares cuando tuviéramos decidido lo que íbamos a emprender en el Canadá, para concertar con nuestros padres la ayuda que recibiríamos. Hablé de los amigos a quienes tendríamos que ver. ¿Cómo no ir a New Haven? Veríamos a Ruth...

Así iba yo, penosamente, atando una frase con otra, y en media hora no habíamos dicho nada. Comencé a sentir calor, calor extraño, calor extraordinario. Lo atribuí a mi torpeza, a mi preocupación, que me sonrojaba. Pero advertí que soplaba viento fuerte, y que, en vez de ser fresco, me quemaba la cara en oleadas de fuego.

—¡Bob! ¡Qué cosa más rara!

—Sí, realmente.

Con movimiento instintivo volvimos la cara hacia atrás. Nos sorprendió el resplandor de la hoguera, coronado de humaredas enormes. ¡El bosque ardía! Toda la masa que teníamos en frente estaba en llamas, y las llamas corrían, corrían hacia nosotros, empujadas por el viento hacia el lago. Era como un huracán de fuego,

El terror nos hizo huir hacia la orilla. Recordamos lo que nos habían dicho las gentes del lugar: en casos de incendio, si no hay tiempo de salvarse corriendo, el agua es la única salvación. Comenzamos a desvestirnos, pero la llama no nos dio tiempo para terminar: ya llegaba, sofocándonos, hasta la orilla. Con parte de la ropa nos lanzamos al agua, y echamos a nadar lago adentro. La llama seguía corriendo, con velocidad de automóvil, apoderándose de todas las masas de bosque y rodeando el lago: nos iba envolviendo en cortinajes de fuego. Para escapar de ella, para no perecer asfixiados, nadábamos, nadábamos fatigosamente.

Así pasó media hora, tres cuartos, una hora, hora y media... Cuando todos los bosques de las orillas ardían, y el aire era apenas respirable, y

no había hacia dónde dirigirse, Bob vio en el agua una tabla, y se apoderó de ella para ayudarse a flotar. Yo lo vi con envidia: a mí me iban fallando las fuerzas. Minutos después, no lograba sostenerme, ni siquiera flotando de espaldas. Bob lo vio, y me gritó:

—Oye, yo tengo fuerzas todavía. Toma la tabla. Me acogí a aquella última esperanza. Pero Bob, cuyas palabras no me habían inspirado sospecha, dijo en seguida, cuando me vio a salvo:

—Yo tampoco tengo fuerzas. Adiós, dale mi adiós a mis padres. Cástate con Ruth.

Solté el madero de salvación, para que él lo tomara, grité, grité: Fue inútil. Lo vi hundirse ante mi impotencia...

Asido a la tabla me recogieron media hora después unos vecinos que se habían salvado en el lago, en botes, huyendo de sus casas, devoradas ahora por el fuego.

Anocheciendo volvimos a la orilla, cuando el incendio había seguido su curso hacia adelante, empujado por el viento, devorándolo todo a su paso. Al pisar tierra, recordé a mis dos compañeros, pero no tenía fuerzas para ir a buscarlos; los vecinos tampoco. Y además, todo estaba en brasas; era imposible andar. Nos tendimos en la arena a esperar el día siguiente...

Al salir el sol, medio apagadas ya las brasas de la noche, me eché en busca de mis compañeros a través de los bosques hechos cenizas. Busqué en los barrancos, en los arroyos: nada. Recordé que los había dejado en la colina cercana, cuando en unión de Bob me dirigí al lago; de aquella parte, precisamente, vimos correr hacia nosotros al incendio. Hacía allá me encaminé, con escalofríos de terror...

Sobre la colina encontré los restos carbonizados de mis compañeros, unidos en abrazo de angustia.

► *Caras y Caretas*, núm. 1401, Buenos Aires, agosto, 1925; *Patria*, 20 de febrero y 6 de marzo, 1926.

EL HOMBRE QUE ERA PERRO

En uno de mis eternos viajes —me refería el señor Garduño— oí una de las “historias extraordinarias” cuyo misterio me ha hecho cavilar más... aunque, como es de suponer, nunca lo he descifrado. ¡Ni nunca espero descifrarlo!

A bordo del barco donde navegaba, en la ocasión, iban mexicanos: uno, el que me contó la historia, era original como pocos. ¡Ya es decir! No olvide cómo abundan en México las figuras originales: lo son en todos los sentidos posibles, mejores y peores... Pues este mexicano, joven todavía, de nombre raro que sonaba a japonés, había llevado una vida de peripecias curiosísimas. Naturalmente, había sido oficial en una revolución. Pero tenía poco del tipo en que personificamos nuestra noción del militar de revoluciones. Era leído y curioso: la historia extraordinaria me la contó planteándome el problema extraño que implica.

—Sabrá usted —me dijo—, que en México tenemos brujos indios a quienes el pueblo da el nombre de *nabuales*, el nombre que en otro tiempo designaba a los ciudadanos del Imperio Azteca! ¿Cree usted en los fakires?

—Francamente —le dije—, no estoy convencido de su poder. Las hazañas maravillosas que de ellos se cuentan no me han sido demostradas. Y son siempre unas mismas: desde que los ingleses llegaron a la India se repiten dos o tres fábulas, con ligeras variaciones. El último retoque, según parece, es afirmar que mientras los espectadores dominados por el fakir contemplan escenas terribles, una cámara fotográfica retrata al dominador cruzado de brazos, imperturbable. Su compatriota Amado Nervo es el de los que repiten la conseja.

—Muy bien: mientras menos crea usted en estas cosas, mejor me aclarará la verdad de lo que voy a relatarle. ¿Qué diría usted si conociera a uno de los nahuales nuestros? Ha de saber que se transforman en animales...

—No creería nada.

—Muy fácil. Pero ¿qué diría usted si tres o cuatro personas le aseguraran tener delante de sus ojos a un animal que usted no ve?

—Me figuraría que padecen una alucinación colectiva..., aunque no sé a punto fijo cómo ocurren esas cosas ¡si es que ocurren!

—¿Y si de pronto también usted viera el animal?

—¡Amigo mío! Es demasiado suponer.

—Pero supóngalo usted. ¡A mí, precisamente, eso me ha sucedido!

—Creería que acabaron por contagiarme con su alucinación.

—¿Y no creería que el animal existe?

—No lo creería.

—Pero *si el animal existiera*, si usted hubiera de convencerse de que existe ¿qué diría?

—Diría que estuve alucinado *cuando no lo veía*.

—Y si, ya convencido de que vio al animal, descubriera que realmente *era un hombre quien tomaba aquella figura*, ¿qué diría? Si el hecho resultara innegable —supongamos—, ¿cómo lo explicaría?

—Puesto a explicar, obligado a explicar, en la situación que suponemos, nunca creería que el hombre se transformó en animal: acudiría a la explicación que corre por ahí sobre los fakires, y diría que aquel hombre, por sugestión, compele a los demás a verlo bajo formas extrañas, sin que le sea necesario ini posible! asumirlas en realidad. Pero narre su caso: para suposiciones y concesiones, ya le hice demasiadas: vamos al hecho.

—Ya lo verá. Durante una revuelta, me tocó estar con una pequeña guarnición en un pueblo de la altiplanicie de Méjico. Allí no pasaba nada; nos aburríamos. ¡No había enemigos en muchas leguas! Una de las pocas cosas que allí me entretuvieron fue conocer las supersticiones del lugar: descubrí que para aquellos campesinos era artículo de fe el poder sobrenatural de los nahuales. En el pueblo vivía uno, justamente: se llamaba Catarino, —entre nuestros indios es común inventar formas masculinas de los nombres de mujer—, y le gustaba transformarse en perro para robar. Lo conocí: en su apariencia, nada de extraordinario. Hay muchos indios como Catarino... Pero cuando menos esperaba yo que aquel personaje tuviera que mezclarse conmigo, comenzaron los soldados a murmurar que Catarino se robaba armas de

nuestra guarnición, convirtiéndose en perro. Todas las noches rondaba nuestro improvisado cuartel un perro desconocido, al que nadie vio nunca de día. Apenas ocurría un descuido, se perdía un rifle, y ya no se veía al perro.

Ordené vigilancia, y yo en persona me puse en acecho durante tres noches: no hubo nada; el perro no apareció más; las armas permanecían intactas y completas.

Decidí entonces retirarme de la guardia nocturna... Días después me avisaron que recomenzaban los robos y corrían rumores de que Catarino, el nahual, a escondidas se llevaba del pueblo los rifles para venderlos en lugares cercanos.

—¡Imbéciles! —reñí a los pobres Juanes de la guarnición—. ¡Por creer en esas estupideces se dejan robar las armas! Se asustan de cualquier perro y ¡claro! Catarino, o quien sea, se aprovecha cuando los ve atontados y se mete a robar.

Dejé pasar unos días, en que los supersticiosos soldados no atinaran a impedir nuevos hurtos, y una noche, cuando no me aguardaban, me presenté en el cuartel. Serían las nueve.

—¿No se ha aparecido el nahual?— pregunté a los soldados.

—No, jefe, pero a esta hora más o menos es cuando viene. Vea: por aquel caminito es por donde se aparece.

Y me mostraron el sendero, blanco de luna.

No pasó largo rato sin que uno de los Juanes exclamara:

—¡Ahí viene!

Los otros miraron hacia el camino blanco, y dijeron con la voz tranquila de nuestros indios, como si nada los conturbase:

—Sí, ahí viene.

—¿Dónde? —interrogué.

—Allí. ¿No lo ve, jefe, *mero* en medio del camino?... ¿No ve el perro?

—No veo ningún perro.

—Pero sí, vea, jefe, ahí viene, viene para acá.

—¡Están locos! —les grité.

—Mírelo: ahora se paró debajo de aquel pino grande. Ahí se para siempre.

—¡Qué locura más extraña! ¿Y si lo ven, por qué no lo matan?

Todos bajaron los ojos: no se atrevían a intentar nada contra el nahual. Comprendiéndolo, les pregunté:

—Si yo le tiro desde aquí, ¿lo alcanzo?

—Como alcanzar...

Nadie dejó escapar la idea que en todos estaba: o el nahual era invulnerable, o, de no serlo, su venganza sería pavorosa y extraña.

—Bueno —insistí, y preparé mi rifle—, voy a apuntarle, y ustedes me dirán si apunto bien. A ver, tú —al soldado más práctico en manejo de armas—, dime si estoy apuntando bien a la cabeza del endiablado perro.

Me hizo el soldado las indicaciones que le pedí, y por fin me dijo:

—Está apuntando bien, jefe.

—¿Cree que lo mato?

—Puede, jefe.

—¿No se ha ido el perro?

—Se está quieto, jefe.

Hice el disparo. El murmullo de mis indios ¡siempre discreto! me indicó que algo sucedía.

—¿Qué ha pasado?

—Cayó, jefe.

Miré hacia el camino, hacia el árbol: ¡nada! Decidí aproximarme.

—Vamos a ver si se ha muerto el perro —dije a los soldados —o a que ustedes lo vean: yo no me figuro que veré nada.

Pero no fue así: al llegar cerca del pino, me esperaba la más rara de las sorpresas. Vi claramente a un perro tendido al pie del árbol, un perro vulgar, mediano, ni grande ni pequeño, como los que abundan en nuestros campos y aldeas. Me acerqué: tenía una herida, que le sangraba, detrás de la oreja izquierda...

Me fui a acostar.

Al amanecer, la mujer que me preparaba la comida acudió a despertarme, alarmada.

—¡Señor! ¡Señor! Que mataron al nahual...

—¿A Catarino?

—Sí, señor... Y dicen que usted lo mató.

—¿Yo? Yo sólo he matado un perro.

—Pero ya sabe... Anoche, después que usted le tiró desde el cuartel, llegó herido a su casa, y a poco murió.

—¡Vaya! ¡Qué ocurrencia! Voy a ver qué es eso.

—¡Ay, no! No vaya, señor, porque la mujer del nahual dice que ha de vengarse, y que ha de hacer que a usted lo maten, y que...

Apresurado me vestí y llegué hasta la casa del brujo. La mujer, rodeada de otras que plañían con ella, al verme se desató en gritos y amenazas: sus palabras me convencieron de que me echaban encima aquella muerte y no me la perdonarían, sino me harían víctima de una venganza misteriosa. Decidí alejarme de aquel pueblo sin tardanza. Pero antes, entre la gritería de las mujeres, penetré violentamente hasta la humilde cámara mortuoria: Catarino estaba tendido, y en la cabeza tenía una herida, detrás de la oreja izquierda...

► *Caras y Caretas*, núm. 1407, Buenos Aires, 19 septiembre de 1925; *Repertorio Americano*, XI, 1925.

EL PESO FALSO

¿Por qué llora la Isabelitica? Estaba en la puerta de su casa de la sierra, con su muñeca del Día de los Reyes Magos. Su casa de la sierra, en el pueblo donde su papá tiene la mina, es la que le gusta más entre todas sus casas. La de la capital es muy grande, y tiene muchos criados, y tres automóviles; pero la mamá se pierde en ella, y a veces sale a la calle sin avisar, y cuando Isabelitica la busca y no la encuentra, cae enferma, y la mamá tiene que pasarse la noche junto a su cama. ¡Y luego tantas salas donde no la dejan entrar! La casa del lago es muy bonita, y hay botes; pero está muy sola, hay muy pocos vecinos y no se halla nada que hacer sino pasear en bote o montar en burro. Y la casa del mar, muy chiquita: es alegre bañarse en el mar y salir en el yate del papá; pero el puerto ¡qué feo, con tantas aves negras! No, ninguna casa como la casa de la sierra. Allí pasan la Navidad y el Año Nuevo, y esperan a los Reyes Magos.

Ahora los Reyes le trajeron esta muñeca preciosa: del mismo tamaño que Isabelitica, pero no morena, sino rubia, con los ojos azules; y acostándola cierra los ojos, y si la inclinan hacia adelante llora, y si le aprietan el estómago dice inaturalmente! “papá”, y si le aprietan el corazón dice inaturalmente! “mamá”, y si le dan cuerda echa a andar; eso sí, hay que enderezarla bien para que al andar no se caiga.

Es muy divertido estar en la puerta de la casa, porque se ven muchas cosas. Se ve la niebla fina que flota y sube y baja entre los pinos de la montaña. Se ve la nieve de las alturas, cambiando de color con el sol y con las nubes. ¡Qué tonto Martincito, el primo, creyendo que la nieve unas veces sería de fresa y otras veces sería de limón! Pero Isabelitica sabe cómo es la nieve, porque ha subido a la montaña: a veces, cuando su papá y sus dos hermanos grandes salen de caza, las llevan, a ella y a sus dos hermanas mayores, Natalia y Sofía, hasta una parte del camino. Y van con perros muy delgados, que dan aullidos muy largos. ¡Y el día que Isabelitica soltó los perros, y se fueron solos a la montaña, y ella les corría detrás, queriendo detenerlos! Todo el pueblo le llamaba:

¡Isabelitica! Los perros no le hacían caso: tuvieron que ir a traerlos los monteros del papá, tocando sus cuernos de caza, y de lejos no se distinguía cuándo tocaban ellos el cuerno y cuándo los perros ladraban.

Por delante de la casa se ve pasar mucha gente, y todas con cosas curiosas. Ahí va ese hombre con ese animal que tiene largas las patas de atrás y cortas las de delante, y lleva cinco animalitos en la bolsa del vientre. ¡Qué cosa más rara! Da un poco de miedo. Pero los animalitos son muy graciosos.

—¿No me regala uno de sus animalitos?

—No puedo, porque se moriría. ¿No ves que todavía están mamando?

Aquí viene Magdalena, la hija del carnicero. Es muy burlona. Pero ahora está muy sorprendida de ver la muñeca. Isabelitica se la muestra, y la hace hablar, y la hace andar. Y cuenta que a Natalia, su hermana rubia, le trajeron los Magos una muñeca de pelo castaño y ojos grises, con traje verde, y a Sofía, su hermana de pelo castaño, una muñeca de pelo y ojos negros, con traje rojo.

—¿Todo cambiado? —ríe Magdalena.

—Sí, así tiene más gracia —le contesta Isabelitica. Pero le queda la inquietud de que a ella, secretamente, le gusta la muñeca de ojos grises más que la suya de ojos azules.

Magdalena mira y toca el traje azul celeste de la muñeca rubia, y el sombrero, y las mediecitas, y los zapatitos. Y de pronto sale huyendo con uno de los zapatitos.

Isabelitica quiere ir detrás de Magdalena; pero entre que Magdalena salió huyendo muy de prisa y que no es fácil correr con una muñeca tan grande, al fin se queda en la puerta, pensando en ir a contarle a la mamá aquella maldad, para que hablen a la carnicería y devuelvan el zapatito. Pero ahí viene una mujer con unas guitarritas pintadas de muchos colores. ¡Qué lindas! Isabelitica quiere una, naturalmente; la mujer le dice que todas las tiene comprometidas, que las lleva a casa del ingeniero inglés, porque en la tarde las niñas inglesas tienen baile de muñecas, y esas son las guitarras para los músicos de la orquesta, que son muñecos con trajes típicos. Isabelitica va a la fiesta de las niñas inglesas. Pero quiere guitarritas para sí, y la mujer se las promete para mañana.

Hay que hablarle al papá, porque con este trajín del Día de Reyes, y con la novedad de la muñeca, no se ha acordado de pedir dinero. ¡Y en estos días hay tantas cosas que comprar! En eso, ahí viene por la calle una niña que Isabelitica no conoce, una niña campesina, que viene jugando con un peso, tirándolo sobre el empedrado y recogéndolo cuando rueda. A veces se mete entre dos piedras, da trabajo sacarlo, pero al fin lo saca, divertidísima.

—¡Qué lindo tu peso!

—Sí, es muy lindo. A cada rato parece que se me va a perder, pero siempre lo encuentro.

—¿No me lo das?

—¡Ay, no!

—Mira: te doy este zapatito de mi muñeca.

—¡Ay, qué muñeca!

Y aquí de mirar y tocar y examinar la muñeca, y de averiguar cómo anda, y cómo habla, y cómo llora, y cómo duerme.

—¿Pero qué hago yo con un zapatito?

—Te doy las medicitas también.

Y para adentro: la muñeca trajo doble de todo.

—¿Pero para qué las quiero?

—Te doy el traje.

—Pero ese traje cuesta caro. Y mi peso es falso. ¿No oyes cómo sueña?

—¡Pero yo lo quiero!

—¿Pero qué hago yo con el traje si yo no tengo muñecas de ese tamaño?

—Te doy la muñeca por el peso.

Brillaron los ojos de la campesinita. Débilmente dijo:

—Pero el peso es falso...

—No importa: yo lo quiero.

La campesinita desaparece con la muñeca, a todo correr, volviendo la cabeza de cuando en cuando. Isabelitica se queda jugando con el peso.

A los pocos minutos suspira por la muñeca. Al fin, entra en la casa llorando.

¿Por qué llora la Isabelitica?

—¿Qué niña esta! ¡A quién se le ocurre! Corran a ver si descubren a la chica del peso falso. ¿Cómo era? ¿Para dónde iba?

Isabelitica está enferma de llorar. No puede ir a la fiesta de las amiguitas inglesas; Natalia y Sofía se irán solas, porque la mamá se queda en casa, inventando maneras de calmar a la pequeña. Al fin, la fatiga y las promesas vencen el llanto de Isabelitica: se telegrafiará pidiendo otra muñeca igual, si no aparece la del trueque. Y hay que telegrafiar, en efecto, porque los criados vienen diciendo que anduvieron por todas partes y pudieron saber que por el camino de Chinaulingo pasó una niña campesina con una muñeca grande, pero en Chinaulingo nadie da razón de ella y nadie ha visto la muñeca.

► *Baboruco*, Santo Domingo, 7 septiembre de 1935, núm. 263; *La Nación*, Buenos Aires, 12 julio de 1936.

LA SOMBRA

En la tarde, al llegar a mi nueva casa cerca del mar, sentí la fruición de las cosas bien logradas: el jardín, que recibimos en desorden salvaje, iba definiendo formas; las enredaderas iban subiendo decididas; los rosales habían encogido su exuberancia de ramas dispares; en los naranjos se afianzaban las orquídeas familiares de las Antillas, la mariposa y la flor de lazo, que allí no se siente vanidosa y envanecedora como en climas extraños.

Pero en la galería encontré al perro desconocido. Echado, en actitud vigilante. Me miró; lo miré; no se inmutó. Mediano de tamaño; afilado de hocico; piel negra con manchas claras. Nada extraño que hubiera atravesado el jardín y se hubiera plantado en la galería: en la feliz confianza de las tierras tropicales no hay verjas cerradas. En otro tiempo, ni siquiera puertas cerradas. Pero ahora las puertas se cierran y yo cerraré la mía.

Por la noche, a altas horas, llamaron en la casa. Abrí una ventana de la galería, y mi cara estuvo a punto de chocar con otra cara, grande, envejecida, de cochero.

—Aquí traigo al señor.

—¿A qué señor?

—Al inglés que vive aquí.

—Aquí no vive ningún inglés.

—Pero si yo lo he traído muchas veces...

—Habrá vivido aquí antes que nosotros.

—¿Y no sabe dónde vive ahora? Ha bebido mucho y no le entiendo lo que dice.

—No lo conozco y no sé dónde vive. Lo siento mucho.

—¡Adónde lo llevaré!

Al dormirme, en la flojedad aprensiva de la somnolencia, sentía deshecha la felicidad de la tarde y envuelta la casa en aura de persecución: perros desconocidos... ingleses ebrios...

Al día siguiente, al caer la tarde, el perro estaba de nuevo echado en la galería. Me miró: lo miré; se levantó del suelo, con los ojos fijos en mí. Entré, cerré la puerta, y no hubo más.

A la tercera tarde, el perro estaba allí otra vez. Al verme, se levantó del suelo gruñendo. Lo amenacé con el bastón y huyó.

No volvió a echarse en la galería. Pero noches después divisé en la calle la sombra negra con manchas claras. Se lo mostré a mis hijos, salieron a mirarlo, y hablaron de él con niños del vecindario: supieron que había vivido en la casa y que su amo era inglés; al inglés lo pintaban ebrio, rojo, malhumorado.

—¿No será que el amo lo trata mal y que quiere venir a vivir aquí? ¿Quieres que lo dejemos? Estará mejor que con el inglés.

Sí quisiera... Pero de seguro está enojado porque vivimos en esta casa: él cree que es suya. Si volviera y no nos amenazara...

El animal volvió, pero en actitud de amenaza. No entró en la galería delantera, como antes: se escurrió por el camino lateral hacia la cochera, en el fondo del terreno, y se instaló en la cocina, separada del cuerpo principal de la casa. Allí, al caer la tarde, recibió con gruñidos a la cocinera. La excelente Celicia (¡qué tortugas! ¡qué langostas! ¡qué camiguamas!) no tuvo valor para afrontarlo y me pidió socorro. Afortunadamente, la cocina tenía ventanas, y amenazando al perro desde una de ellas, bastón en mano, pude hacerlo huir. Se escapó, con ladridos cortos de despecho, de rabia contra los intrusos que le vedaban su hogar.

Semanas después, cuando íbamos olvidándonos de él, lo encontramos inesperadamente en una confitería vecina, adonde acompañé a mis hijos en busca de caramelos y piñonates. Me miró fijamente, con ojos de conocido, sin aire de rencor.

—Lo conozco bien—me dijo el dueño de la confitería—. Sus amos vivían donde viven ustedes ahora. Ahí murió su ama, que era inglesa; el inglés se mudó en seguida.

—¡Ah! ¿Pero la señora murió ahí? No sabíamos.

—Sí. Se ve que el perro no sabe qué hacerse sin ella: al caer la tarde viene siempre a este barrio y ronda la casa.

—Entonces... tendrá ganas de irse con nosotros. Si quiere, nos lo llevaremos.

Miré al animal: me devolvió la mirada sin temor y sin ira. Lo llamé y se acercó, manso, amistoso: al fin comprendíamos sus deseos. Le hicimos señas para que nos acompañara y se puso en camino con nosotros. Mis hijos iban delante saltando.

—¡Qué bueno! ¿No se peleará con el gatito?

—Verás que no: él es grande ya: el gato es muy chico; yo creo que le hará gracia.

Apenas abrimos la puerta de la casa, el perro corrió ansioso al aposento principal. Allí observó, buscó, olfateó... De cuando en cuando nos miraba: vimos al fin en sus ojos el desconsuelo del vacío. Después, pausadamente, como quien cumple el deber sin la urgencia de la esperanza, recorrió todas las demás habitaciones. Y entonces, cabizbajo, sin mirarnos siquiera, salió de la casa, y nunca lo volvimos a ver.

► *La Nación*, Buenos Aires, 30 de agosto de 1936; *Listín Diario*, 25 de octubre de 1936.

CUENTOS DE LA NANA LUPE

EN LOS VOLCANES

Había una vez, en un pueblecito no lejos de México, un matrimonio que tenía dos niños. El papá se llamaba Don Nacho; la mamá se llamaba María. De los niños, uno era hombrecito, tenía nueve años, y se llamaba Nachito; le decían “El Pelón” porque el pelo se le caía sobre la frente y había que cortárselo a cada rato. La mujercita tenía ocho años, se llamaba como su mamá, y le decían Mariquita, y también “La Chachalaca”, porque hablaba mucho y metía mucho ruido.

Los papás no eran ricos, pero tenían una buena huerta y vivían muy a gusto. En la huerta había muchas cosas buenas para comer y para vender; pero a Nachito y Mariquita les gustaban los dulces que les traían de la capital más que las frutas de su huerta.

Hasta les gustaban más los dulces que hacían los indios del pueblecito. Los papás tenían que impedirles que comieran demasiados dulces, porque a veces se enfermaban del estómago y había que tenerlos tres días en cama y darles medicinas amargas; pero a ellos se les olvidaban las enfermedades antes de que pasara un mes.

También les gustaba irse a pasear lejos de la casa, aunque los papás les habían dicho que podían perderse y encontrarse con brujas. Ellos decían que nunca habían visto una bruja; pero los papás les contaban que las brujas eran unas viejecitas jorobadas, con la barba y la nariz muy grandes, que andaban a caballo en palos de escoba y se robaban a los niños para hacerlos trabajar.

En sus paseos, Nachito y Mariquita no habían encontrado a ninguna bruja; pero sí a otro ser extraño que no les hizo nada malo, sino que, al contrario, se hizo muy amigo de ellos. Un día que trataban de coger unas tunas sin espinarse, oyeron una carcajada que venía de adentro del nopal, y de pronto vieron caer a su lado dos tunas bien maduras. Nachito y Mariquita bien hubieran querido coger las tunas de una vez y comérselas, pero les entraron ganas de saber cómo había sucedido aquello. Se pusieron a mirar bien al nopal y de pronto vieron una cosa que nunca habían visto antes.

Nachito “El Pelón” y Mariquita “La Chachalaca” estaban azorados de ver que del nopal caían las tunas sin que ellos las hubieran tocado. Y lo que vieron fue la figura pequeñita de un duende que se movía entre el nopal sin espinarse.

Al ver a los hermanitos azorados, el duende saltó de entre el nopal riéndose con una risa que sonaba como cuando se toca un vaso de vidrio fino con el filo de un cuchillo. Era un hombrecito no más alto que un gallo; con una barba blanca que le llegaba hasta la cintura, pero con la cara rosada y fresca, los ojos azules, y todo él muy rápido de movimientos. Iba vestido de blanco, con un capuchón en la cabeza.

—¿No querían tunas? ¡Pues ahí tienen todas las que quieran! —les dijo a los niños, clavados en el suelo por el azoramiento; con una varita tocó el nopal y cayeron como cincuenta tunas rojas. Era el mes de septiembre, y los nopales reventaban de tunas maduras; se veían la mitad verdes y la mitad rojos.

—¿Quién es usted?—, preguntó al fin “La Chachalaca”.

—Yo soy yo.

—¿Y no tiene nombre?

—¿Yo? Me llamo Don Yo de Córdoba.

—Pero yo he oído a mi papá decir que él se llama así también.

—¡Cuentos! Tu papá se llama Don Nacho.

—¡Ay, es verdad! Así le dice la gente.

—Ya ves.

—Bueno, pero yo lo he oído responder: “Don Yo de Córdoba”.

—Haciéndose el chistoso, hijita. No hay más Don Yo de Córdoba que Don Yo de Córdoba.

—¿Y por qué es usted tan chiquito y tan viejo?

—Porque quiero. Cuando quiero soy grande.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Pero deja que hable “El Pelón”; no hables tanto tú; por eso te dicen “Chachalaca”.

—¿Y usted cómo lo sabe, si nunca nos había visto?

—¿Tú qué sabes? Pero no te azores: Don Yo de Córdoba lo sabe todo. Entonces habló “El Pelón” y le preguntó:

—Si usted lo sabe todo, ¿sabe cómo se va a la montaña de nieve, donde

se puede tomar nieve sin pagar?

El duende se quiso morir de risa. Nachito y Mariquita no comprendían por qué.

Al fin les dijo:

—¡Cómo no he de saber! Vamos allá.

El duendecito con cara fresca y barba de viejo, cuando Nachito y Mariquita le preguntaron por la montaña de nieve donde se toma nieve sin pagar, les dijo:

—Sígueme.

Y echó a andar por la carretera amarilla; era tan pequeñito que se perdía en el suelo y a veces los dos niños no podían verlo.

Mientras iban andando, Mariquita no paraba de hacerle preguntas:

—¿Y cómo es que usted nos puede llevar a la montaña de nieve, y mi papá dice que está muy lejos y que para ir allá hay que tomar el tren, uno de los trenes que echan humo, y que después hay que andar a caballo y después a pie, y apenas entonces se llega a donde está la nieve?

—¡Chachalaca tan habladora! Ya verás, ya verás...

—Pues la verdad es que así, andando a pie, yo no creo que llegemos nunca, porque de aquí ni siquiera vemos la montaña. Y eso que son dos, que no es una sola la que tiene nieve, y de mi casa se ven cuando no hay muchas nubes, y unas veces tienen nieve de limón y otras veces tienen nieve de fresa, cuando ya va a ser de noche.

El duendecito se rió con tanta fuerza y de manera tan extraña que parecía como si se cayeran y se rompieran una docena de vasos.

Nachito dijo:

—Yo creo que esta Chachalaca se equivoca, y que la nieve de las montañas no es de limón ni de fresa, y que no se come. Eso me dijo mi papá, y él sabe lo que dice.

—¡Cállate, Pelón! —dijo Mariquita enojada—. Eso lo dice mi papá porque no quiere que nos vayamos tan lejos; cree que nos perderíamos. Y de que es lejos, es lejos; yo no sé cómo vamos a llegar. Este Don Yo de Cordobán...

—De Córdoba, de Córdoba, hijita.

—Pues como sea; yo digo...

—Oye —la interrumpió el duendecillo—, ¿tú no quisieras tener que caminar mucho?

—Claro que no; figúrese no más que...

—Bueno, bueno, aquí tienen ustedes estos anillitos con ópalos; cada uno de ustedes se pone uno, así como yo (y él tenía otro anillo chiquito), y cierra los ojos y piensa en que quiere llegar a donde se toma nieve sin pagar.

Así lo hicieron, y no abrieron los ojos hasta que Don Yo de Córdoba les dijo:

—¡Ya!

Y entonces vieron delante de sí dos montañitas de nieve de muchos colores, parecidas a los dos volcanes que se ven de México, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl; sólo que, con el asombro que tuvieron, no se dieron cuenta de que éstas que tenían delante eran muy pequeñas, y no como los volcanes. Le preguntaron al duendecito, muy contentos, si podían comer de aquella nieve, y él contestó:

—Vamos a ver.

Nachito y Mariquita estaban encantados frente a las montañitas de nieve adonde los había llevado el duendecito.

—¡Mira, mira —gritaba Mariquita—, hay nieve de fresa! Yo voy a tomar... Pero ¿con qué? No tenemos cucharas, ni barquillos, y si la cojo con los dedos se me enfrían demasiado, y además mi mamá dice que no se debe comer nada con los dedos.

—Vamos a ver si encontramos barquillos siquiera —dijo Don Yo el duende.

—¿Qué te parecen los de este arbolito?

Nachito y Mariquita se volvieron hacia donde les indicaba el duende, y vieron un arbolito verde, parecido a los de Nochebuena, que tenía barquillos en las puntas de las ramas. Los hermanitos se pusieron a palmotear y a bailar de gusto, y Mariquita fue la primera que cogió barquillos y se acercó a la nieve para llenarlos.

—¡Mira nieve azul! ¿De qué será? —gritó Nachito.

—¡Ay, qué bonita, Pelón! —dijo “La Chachalaca”.

—Tú sabes, mi papá dice que él ha comido nieve azul en la tierra de los gringos...

—Sí, pero acuérdate que mi papá dice que no debemos decirles así, que es feo y ellos se enojan.

—Bueno, pues los americanos. Dicen que hacen nieve azul y que sabe a almendra.

—¡Ay, qué bueno! Vamos a probarla.

—De pistacho le llaman a ésa —les dijo el duende.

—¡Está rebuena! Pero mira, allí hay verde.

—¡Ay, está más fría que la otra!

—Como que es de menta —les explicó el duendecillo.

—¿Y esa de color de mango? —preguntó Nachito.

—Pues de mango es.

—¡Aquélla sí es fea! Parece sucia —dijo “La Chachalaca”.

—Pues es de mamey.

—Pues aunque sea fea —dijo Nachito— a mí me gusta mucho el mamey.

—Bueno, chicos, no comer más que hace daño. Si fueran a probar de todas, no acababan. Hay hasta de frutas que ustedes no conocen: gua-nábana, marañón, níspero...

—¡Pero yo quiero más! —pateó Mariquita—. ¡Yo quiero más!

Nachito, razonable, le decía: “Mejor vámonos, Chachalaca”; pero ella no quería oír razones.

—Si no fuera porque tienen esos anillitos de ópalo en los dedos... —dijo Don Yo de Córdoba—. Porque mientras los tengan se les cumplen todos los deseos...

—¡Ya ves! Ahora me quedo aquí, y pruebo de todas las nieves.

—Pero nos podríamos ir a otras montañas más grandes, donde hay más nieve —propuso el duende.

—Así sí. Vamos, vamos —gritaba “La Chachalaca” muy contenta y hasta Nachito dijo que sí.

—Bueno, a cerrar los ojos y a pensar que quieren ir.

Nachito y Mariquita no sintieron, frente a estas grandes masas de nieve, una alegría como la que tuvieron al ver las montañitas de nieve de muchos colores. Aquello les parecía extraño...

—No sé, pero aquí no me dan ganas de tomar nieve —dijo Mariquita.

—¿No será que ya tomaste mucha? —preguntó el duende riéndose.

—Yo tampoco tengo ganas —dijo Nachito—. No sé por qué me parece que ésta no se come.

—Ahora sí atinaste —le contestó el duende—. Esta es la verdadera nieve de las montañas, que es blanca y no es buena para tomar, porque no sabe más que a agua; además, que nadie la hace sino que cae del cielo como lluvia. La otra, la que se hace para tomar, ni siquiera le llaman nieve en muchas partes.

—Entonces tenía razón mi papá... Pero de allá de mi casa yo veo estas montañas, y unas veces la nieve se ve blanca, y otras veces se ve rosada, y hasta azul la he visto yo.

—La nieve es blanca aquí arriba, pero de lejos cambia de color con la luz del sol. Pero vamos a acercarnos, para que la prueben.

—¡No, que está muy fea! —dijo Mariquita.

—Pues ¿cómo esta nieve no es buena para tomar y la de las montañas chiquitas sí? —preguntó “La Chachalaca”.

—Porque estas son montañas de verdad y aquellas montañitas son de juguete, apenas como del alto de una casa —explicó Don Yo el duende—, y yo las tengo para invitar a mis amigos.

—¿Y tiene usted muchas cosas buenas así? —preguntó Nachito abriendo tamaños ojos.

—Ya veremos... Ya veremos... Pero ahora, vengan por acá y miren.

Se llegaron a una peña muy grande, y desde allí miraron para abajo. Se veía un gran valle, en que había tierra de distintos colores: unas veces era amarilla, otras veces roja, otras veces negra, otras veces blanca. Se veían muchas verdes donde había árboles o sembrados; a veces se veían casas, y Don Yo de Córdoba les enseñó una gran mancha polvorienta, diciéndoles:

—Allí es México.

—¡Ay, qué raro, qué raro! —gritaba Mariquita.

—¿Y mi casa por dónde queda? —preguntó Nachito.

—Por allí, a la izquierda —explicó Don Yo el duende.

—¡Pero no se ve nada! —dijo Nachito.

—Yo quiero ver bien mi casa —dijo Mariquita—. ¿Si quiero la veo con ayuda de mi anillito?

—¡Claro! Cierra los ojos, piensa y verás.

Y era verdad. Los dos niños hicieron lo que les aconsejó el duende y cuando abrieron los ojos vieron todo el interior de su casa, aunque estaba muy lejos. El papá acababa de llegar a la casa, y la mamá le decía que estaba muy enojada porque los niños se habían ido hacía mucho rato y no aparecían.

—¡Ay, vámonos, Chachalaca! —dijo Nachito asustado.

—¡Ay, sí, sí, Pelón! —decía Mariquita llorando.

—Bueno, bueno, váyanse, ya saben cómo —les dijo el duende—. Mañana nos vemos.

—¡Qué bueno! —respondieron los dos hermanitos—. Queremos que nos enseñe otras cosas como hoy.

EN JAUJA

Al día siguiente de haber conocido al duende Don Yo de Córdoba, Nachito y Mariquita no pensaban más que en volverlo a ver. Nachito quería contárselo todo a su mamá, pero “La Chachalaca” decía que no, porque iban a querer estorbarles que se vieran con el duendecito, creyendo que podía hacerles algún mal.

—Ya ves —decía Mariquita—, mi papá nunca nos quería llevar a las montañas de nieve, y para Don Yo ¡ya ves qué fácil!

—Sí —contestó Nachito—, pero mi papá tenía razón; que esa nieve no sirve para tomar y allá arriba hace mucho frío y es muy lejos.

—Sí, pero el duende sí tiene montañas de nieve dulce.

—Bueno, pero ésas son de él.

—Y figúrate que dice que tiene otras cosas buenas. Vámonos a buscarlo...

—Mejor sería —dijo Nachito, siempre razonable— ir primero a la escuela.

—¡No, qué escuela! ¡Este Pelón con su escuela!

—Pues no, yo voy primero a la escuela, porque si no la maestra se queja con mis papás, y a mí, como soy hombre, me castigan más que a ti.

—Eso crees tú, pero hay veces que mi papá dice que “por un gustazo un trancazo” y mi mamá canta aquello de “aunque me espine la mano me he de comer esa tuna”.

—No, pues yo no —insistió “El Pelón”—; yo primero voy a la escuela. Si tú quieres ver al duende, vete sola, que quién sabe cómo te vaya sin mí.

Mariquita, que nunca se había visto sola sin su hermanito en ninguna aventura, se quedó callada, pensando, y al fin dijo:

—Bueno, pues iremos a la escuela, pero en seguidita que acabe vamos a buscar a Don Yo.

Y así fue. Ya a las doce, al salir de la escuela, se apartaron de sus compañeros, cerraron los ojos y pensaron en que querían encontrarse con el duende. Al rato se hallaban frente a los nopales, como el día anterior, y de entre las tunas saltó Don Yo de Córdoba riéndose con su risa como de cristal fino.

—¿Qué quieren hoy los señores? —preguntó a los niños pasándose la mano por la barba.

—Yo quiero ir donde hubiera automóviles —dijo Nachito— y quiero uno para mí.

—¡Poca cosa pides!

—Pues yo no —dijo Mariquita—, yo no quiero automóviles, yo quiero ir donde haya muchos dulces.

—¡Qué dulces ni qué nada! —dijo enojado Nachito.

—Pues yo sí quiero dulces —pateó Mariquita.

—Bueno, bueno, quietos —dijo el duende—, vamos primero a una parte y luego a otra. ¿Qué tal?

—Así sí... —contestó Mariquita ya contenta—. Pero que no estemos mucho rato con los automóviles.

—Vámonos, vámonos, ya saben cómo —dijo Don Yo. Y pronto se encontraron frente a un pequeño palacio de cristal, donde había muchos automóviles, pequeños también.

—Supongo que no querías automóviles grandes, sino como para ti, para tu tamaño —le dijo el duende a Nachito.

—Sí, pero no de juguete —contestó el niño—. Yo los quiero de verdad.

—Estos son de verdad, aunque chiquitos. ¿Y cuál quieres, uno europeo o uno americano?

—Uno americano, claro.

—Bueno, te durará menos; pero de todos modos no te había de durar mucho ninguno, porque los has de maltratar.

—Que no, que yo ya sé manejar, porque Carlitos es hijo del señor que tiene el único automóvil del pueblo, y como él ya tiene catorce años lo dejan manejar, y él me ha enseñado un poquito.

El duendecito sacó el automóvil del palacio de cristal al campo, y se lo entregó a Nachito. El niño comenzó a darle, pero se equivocaba; Don Yo el duende le daba consejos con mucha paciencia, cosa que muy

pocas veces tienen los que enseñan a sus amigos a manejar automóviles; pero la que perdía la paciencia era Mariquita. Al fin el automóvil echó a andar por la carretera, pero se echaba unas veces demasiado hacia la izquierda, otras veces demasiado hacia la derecha.

Mariquita seguía enojada:

—Ya ves: ¡si tú ni sabes! Así nada más vamos a perder el tiempo, y hasta nos vamos a caer a algún barranco, y nunca vamos a llegar a... adonde yo quiero.

—¿A Jauja? —le preguntó Don Yo de Córdoba.

—¡Ay, de veras! Allá todo es de dulce.

—Sí, lo mejor será que vayamos en este mismo automóvil.

Dando saltos, y tropezando con piedras, y desviándose a cada rato, iba el automóvil guiado por Nachito, con gran disgusto de “La Chachalaca” y gran diversión de Don Yo de Córdoba el duende. “El Pelón” sudaba y sudaba, pero iba contento porque aprendía a manejar y el automóvil era suyo.

—¿Por qué mejor no dejamos este Fotingo y nos vamos a Jauja con los anillitos de ópalo? —dijo al fin Mariquita.

—¡Que no es Fotingo! —gritó Nachito, y por atender a contestarle a “La Chachalaca”, por poco se mete dentro de unos nopales; pero el duendecito, metiéndole mano a la dirección, logró sacarlo del peligro y enderezarlo.

—Bueno, lo que sea, bien chiquito es —contestó con enojo la niña.

—No, hijita, es coche de buena marca —le dijo Don Yo— y es chiquito para que lo pueda manejar tu hermano. Ya te imaginas cómo le iría con uno de esos coches grandes. Y si no te divierte el auto, diviértete mirando el camino.

—¿Qué le voy a ver al camino? Puros magueyes y nopales; y las montañas ya me las sé de memoria. Por eso quiero que ya lleguemos a Jauja, porque si no llegamos allá pronto no nos alcanzará el día.

—¡Ay, y la escuela! Hay que comer, y hay que volver a las tres, y en casa nos estarán esperando —dijo Nachito.

—Yo no sé ni para qué te acuerdas de eso —dijo Mariquita—; lo mejor es divertirnos y después veremos cómo nos las arreglamos.

—Tiene razón tu hermano —le explicó el duende—. Hay que ver cómo vuelven ustedes temprano a su casa, para que no los castiguen.

Dirán que se estuvieron una hora más en la escuela porque les dieron trabajo que hacer, y que como era “dibujo mexicano” del que inventó el señor Best, y ustedes no tienen en su casa muchos lápices de colores, se quedaron allá.

—¿Y usted, no puede hacer que el tiempo no pase, y que lleguemos a casa como si no nos hubiéramos escapado a pasear? —preguntó “La Chachalaca”.

—No, hijita, todavía no he aprendido. Antes se decía que eso no se podía hacer. Ahora, quién sabe. Uno de estos días me voy a hablar con el sabio alemán que entiende de eso.

—¡Ay, qué bueno sería! Pues ahora lo mejor será que nos vayamos prontito a Jauja, para poder volver a casa.

Don Yo el duende estuvo de acuerdo, cerraron los ojos, apretaron los anillitos de ópalo y sintieron que el automóvil volaba por los aires. Cuando el duende les dijo: “Ya”, se encontraron frente a una ciudad que parecía hecha de vidrios de todos los colores. Mariquita palmo-teaba de gusto, y Nachito le dio con tanta fuerza al automóvil, que tropezaron con la primera casa y se les vino encima toda una pared de merengue, y salió muy enojada la dueña, que era una mujercita hecha toda de yema de huevo.

Nachito había dado tanta velocidad a su pequeño automóvil, y con tan poco tino, al entrar a Jauja, que había chocado con una de las primeras casas y se le vino encima una pared de merengue. Don Yo de Córdoba, el duende, al vérsela venir encima, se había escondido en uno de los repliegues del coche y había lanzado tales carcajadas que parecía como si se hubiera venido abajo toda la vajilla de una casa: Nachito creyó que le habría roto una pared del comedor a la dueña de la casa de merengue. Mariquita, que no pudo esconderse, quedó toda envuelta en la masa blanca y muy asustada.

La dueña de la casa, la mujercita hecha de yema de huevo, salió enseguida, amarilla de rabia, más amarilla que de costumbre y les dijo:

—¿No saben que aquí están prohibidos los automóviles? ¡A quién se le ocurre venir a Jauja en armatostes de hierro! Aquí no se permite nada de hierro. Van a tener que pagar una buena multa y además componerme la casa.

Los niños, con el susto, no atinaban a responder nada. El duendecito habló:

—No se preocupe, señora, ahora mismo vamos a componer su casa. A ver, chamacos, toquen los anillos de ópalo, cierren los ojos y piensen en que quieren que vengan a componer la casa de la señora.

Así lo hicieron, y en seguida se presentaron unos hombres pequeñitos, muy blancos, como si ellos también fueran de merengue, y se pusieron a componer la casa. Traían masas de merengue cortadas como adobes y las ponían unas sobre otras; a los pocos momentos se veía que la casa quedaría compuesta muy pronto.

La mujercita de yema miraba aquello con asombro y decía a su marido, hecho de yema también, que salió poco después:

—Yo no sé quiénes serán estas gentes que con tanta facilidad hacen componer lo que rompen. Se ve que son gente decente. Porque a cada rato vienen a Jauja extranjeros que no nos hacen ninguna gracia, sobre todo esas brujas que nos roban todo lo que pueden para llevárselo y hacer casas de dulce donde puedan coger a los niños.

Y dirigiéndose a los del automóvil:

—Miren, como veo que son ustedes personas decentes, no le diré nada a la policía. Eso sí, les aconsejo que se lleven de aquí el automóvil antes de que se entere todo el pueblo, para que no les pongan multa.

—¡Ya ves —dijo Mariquita, recobrando al fin el habla—, ya ves para qué nos sirve el automóvil! Y ahora tenemos que quitarnos todo el merengue de encima.

—Y eso es un poco difícil, porque yo no tengo agua; aquí nos lavamos con jarabe —dijo la señora.

—¡Ay, y ahora qué hacemos! —decía Mariquita queriendo llorar—. Voy a tener que andar sucia hasta que llegue a mi casa.

—Yo creo que les pueden dar agua en Las Fábricas Centrales de Jauja. Allí tienen un pozo, el único de la ciudad, y hacen todo el jarabe que se consume y nos lo mandan por tubería a las casas. Aquí nunca dejamos que llueva, porque se nos disolverían los edificios, y hemos suprimido el agua en las casas particulares porque a veces cualquiera se descuidaba y con que se derramara una poca se venía abajo todo y ocurrían desgracias. Pero allá en Las Fábricas Centrales cuidan científicamente el uso del agua.

—Bueno —dijo el duende—, vamos a despachar el automóvil. A ver, Pelón, tú mándalo que salga en seguida de Jauja y se vaya a esconder detrás de unos nopales.

Nachito bajó del automóvil, le dio las órdenes necesarias con su anillo de ópalo, y los dos hermanitos y el duende echaron a andar a pie por las calles de Jauja, buscando el edificio de Las Fábricas Centrales.

A medida que Nachito y Mariquita, en compañía del duende Don Yo de Córdoba, atravesaban las calles de Jauja, iban descubriendo cosas interesantes. Había casas de todos colores: blancas de merengue, y las gentes que había adentro eran como hechas de yema de huevo, según habían visto con los que vivían en la casa con que chocó el automóvil de Nachito; amarillas de yema, y las gentes que había adentro eran como hechas de merengue; rojas, verdes, azules, moradas, rosadas, de caramelo en su mayor parte y las gentes que había adentro eran de colores que formaban contraste con los de la casa. Los árboles eran, como habían oído contar, de caramelo verde. El piso de la calle era de turrón.

Mariquita hubiera querido pararse a probar de todo lo que veía, pero, como estaba toda untada del merengue de la pared que les había caído encima con el choque del automóvil, prefería llegar pronto a Las Fábricas Centrales de Jauja a ver si les daban agua para lavarse, ya que en ningún otro lugar del pueblo tenían agua pura, sino jarabe. Nachito, por su parte, tenía también prisa por llegar, porque apenas podía ver con tanto merengue que tenía pegado en la cara.

Apretando el paso, pues, llegaron a una plaza, donde había palacios muy hermosos, grandes en comparación con las casitas que formaban la ciudad. No se detuvieron a mirarlos, por la prisa, y quedaron en volver allí apenas estuvieran lavados y limpios, porque había muchas cosas que ver. Por fin, detrás del palacio que les pareció sería el de gobierno, encontraron un edificio grande, de madera, y no de dulce como los demás.

—¿Y por qué esta casa es de madera, y no de dulce como las otras? — preguntó Nachito.

—Porque aquí hay que usar mucha agua, y ya ves lo que pasaba en las casas cuando les dejaban llegar agua, que en cualquier descuido en que se saliera el agua se venía abajo una pared. Así es que decidieron hacer de madera este edificio para que no hubiera percances.

—¿Y qué fabrican aquí?

—Pues aquí se fabrica todo lo que necesita la ciudad: se hace el jarabe que corre por las tuberías; se hace todo el dulce que sirve para compo-

ner las casas, como pasó con la que ayer rompió Nachito; se hacen muebles, se hacen objetos de comedor y de cocina... Pero vamos para adentro a pedir agua.

El duendecito fue a saludar al jefe de las fábricas, uno de los hombres más altos de Jauja: era como del alto de uno de nuestros muchachos de nueve o diez años, como Nachito precisamente, pero tenía grandes bigotes como de cocinero francés. Se veía que era muy fuerte, muy recio, porque estaba hecho de turrón apretado, como el de almendras que hacen en Alicante. Todo él iba vestido de cuero, con gran mandil y con guantes; en la cabeza llevaba también gorro de cuero, y de él colgaba una visera con que podía taparse toda la cara, dejando sólo huecos con vidrios para los ojos.

—Buenos días, señor Don Yo de Córdoba —dijo con muy buen humor el jefe—. Mucho gusto de tenerlo por acá. Ya sabe que sus visitas son siempre agradables; no es usted de los visitantes que traen molestias, como muchos otros que vienen a Jauja.

—Muy buenos días, don Escarragut de Narbona —contestó el duende, con no menos buen humor—. Ya sabe que la discreción es la mejor virtud de los duendes y que cuando molestamos a los demás es porque ya nos tienen muy cargados. Pues aquí vengo de paseo con dos amiguitos.

—Mucho gusto, mucho gusto —dijo sonriendo don Escarragut—, pero parece que los amiguitos se acercaron demasiado a una pared fresca. ¡Cómo vienen! Pero siempre sucede así a los que vienen a visitarnos.

—No fue precisamente como usted supone. Yo no recordaba que aquí estaban prohibidos los automóviles y no se lo dije a tiempo a estos amigos, así es que este joven venía manejando su auto y tropezó con una casa de merengue a la entrada de la ciudad.

—¡Malo, malo! —dijo don Escarragut, frunciendo el ceño—. ¿Y qué han hecho para componerla?

—Oh, por eso no se preocupe. Traemos anillos de virtud, y todo se compuso. Ahora necesitan agua.

—Bueno, bueno —y don Escarragut desarrugó el ceño—, voy a llamar al jefe de pozos.

Tocó entonces cuatro llamadas en un timbre, y se apareció otro hombre recio, hecho de naranja cristalina, y vestido de cuero más fuerte

que el que llevaba don Escarragut. Después de las presentaciones obligadas (en Jauja son todos muy corteses), dijo:

—Don Aurancio, lleve a estos amigos a que se laven. Y tenga cuidado no vayan a hervir, como les pasó a aquellos otros...

Nachito y Mariquita se miraron asustados; pero el jefe de las fábricas les dijo, mirándolos maliciosamente:

—No tengan miedo; les irá bien si lo hacen todo con cuidado y no como cuando embistieron la casa de merengue.

Don Aurancio, el jefe de pozos de Las Fábricas Centrales de Jauja, llevó a Nachito y a Mariquita a las calderas para que allí se quitaran el merengue que se les había pegado a la ropa. Mariquita, que era muy amiga de hablar y discutir, pero muy cariñosa y muy trabajadora, comenzó por lavar la ropa de Nachito; después lavó la suya, que estaba menos sucia. Mientras la ropa se secaba, les prestaron unos overalls de hule. Mariquita, además, viendo que Nachito tenía las manos sucias, tanto del merengue como de haber manejado el automóvil, se las lavó con agua bien caliente.

Mientras le lavaba las manos, observó el anillito de ópalo que le había regalado el duende Don Yo, y al acabar, se lo pidió prestado para compararlo con el suyo.

—¡Ay, mira! El tuyo se ve a veces como si fuera azul y el mío como si fuera rojo. ¿Cómo será el de Don Yo?

En esto, Don Yo llegaba a ver cómo les iba; Mariquita le pidió su anillito, y se puso a jugar con los tres.

—La piedrecita de éste es como verdosa. ¡Qué bonito! Yo quisiera tener muchos diferentes. ¿Y usted no puede regalarme muchos?

—Ya veremos... Primero hay que portarse bien, y que se vea que haces buen uso de tu anillito.

En esto Mariquita decidió volver a lavarse las manos, y dejó los tres anillitos en uno de los lavaderos. Estaba muy divertida en Jauja, con tantas cosas nuevas como veía, y no pensaba en otra cosa; pero Nachito sí se acordaba de su casa y de su escuela, y dijo:

—Si nos pudieran prestar otra ropa, y mañana volvíamos a buscar ésta, que todavía no está seca...

—Pues no se puede —les dijo don Aurancio— porque aquí la ropa es de dulce, como todo, y ustedes no se la pueden poner; apenas los que

trabajamos en Las Fábricas Centrales tenemos estas ropas de cuero y de hule para que no se nos meta el agua; pero sería muy raro que llegaran ustedes a su casa y sobre todo Mariquita, vestida de hule.

—Pronto ha de estar seca la ropa, no se apuren —dijo Don Yo de Córdoba—. Anda a ver, Chachalaca.

Y Mariquita vio que ya estaban secas y se vistieron los dos niños, y Nachito insistió en que ya debían irse, porque habían perdido mucho tiempo. El duende dijo que Nachito tenía razón, que lo mejor sería volver al día siguiente, y que entre tanto sus buenos amigos de Las Fábricas les regalarían unas cajitas de dulce.

—¡Qué bueno, qué bueno! —palmoteaba Mariquita—. Yo quiero una de chocolates, y otra de cerezas cristalizadas, y otra de peras y otra de confites, y otra de guayabate, y otra de jalea de membrillo, y otra de quesadillas de coco...

—¡Qué manera de pedir! —dijo Nachito.

Al fin le dieron a Mariquita diez cajitas, cada una diferente; las cajitas eran de caramelo de distintos colores, muy pintadas y adornadas con moñitos de dulce, y las metieron en una cesta hecha de naranjas cristalizadas.

—La cesta es recuerdo mío —les dijo don Aurancio—, porque yo soy de naranja, del barrio de los naranjales en Jauja.

—Muchas gracias —contestó Mariquita, feliz como nadie—. Tú la llevarás, Pelón. Adiós, adiós, vámonos.

Pero cuando se disponían a irse vieron que les faltaban sus anillos.

—¡Ay, se quedaron en el lavadero!

Corrió Mariquita para adentro, en busca de sus anillitos de virtud, pero cuando llegó al lavadero no encontró nada.

—Deben de haberse caído en el agua —les explicó don Aurancio— y se habrán ido por las tuberías, y a estas horas correrán en el jarabe del drenaje.

Don Yo de Córdoba se puso muy serio, y los dos hermanitos se quedaron mirándolo asustados. Al fin Nachito preguntó:

—¿Y no nos podemos ir?

—Claro que no. Ni a pie, porque ni siquiera estamos en América. Jauja está en el océano Pacífico, y si ustedes no vieron que pasábamos el mar es porque yo tengo buen cuidado de que cierren siempre los ojos

cuando vamos de un lugar a otro para que no se asusten de verse volar por el aire. Así es que por ahora nos quedaremos en Jauja viviendo de puro azúcar hasta que la suerte nos saque de aquí.

Nachito y Mariquita se quedaron azorados al comprender que tenían que quedarse en Jauja, sin saber cuándo podrían regresar al valle de México, donde vivían sus padres. Lo peor del caso era que el duendecito Don Yo de Córdoba había perdido su anillo de virtud, por el descuido de Mariquita, y no tenía manera de moverse de allí.

Como Nachito era muy amigo de conocer todas las máquinas y los inventos, y decía que cuando fuera grande iba a dedicarse a inventor, pensó en comunicarse con sus papás por telégrafo, y así se lo dijo a don Escarragut de Narbona, el director de Las Fábricas Centrales de Jauja.

—No podemos comunicarnos con México —le contestó el jefe—, Jauja se fundó para no tener comunicación con el mundo de los hombres, que hacen vida desgraciada por sus ambiciones de poder y de dinero, mientras nosotros sólo aspiramos a una vida dulce.

El duendecillo sonrió al oír a don Escarragut hablar de “vida dulce”.

—¿Por eso todo es aquí de dulce?

—Precisamente; el dulce de que estamos hechos aquí nosotros y todas nuestras cosas, no es más que la representación material de nuestros deseos de vivir en paz y alegría. Si dejáramos venir aquí a los hombres de carne y hueso, o si estuviéramos en comunicación con ellos, pudiera suceder que les tomáramos sus ideas y nos volviéramos desgraciados, o a ellos se les ocurriera venir a conquistarnos y acabar con nosotros. Hasta aquí sólo pueden llegar personas con recursos extraordinarios, como los anillos de virtud que ustedes traían, pero de nada sirven los vapores ni las locomotoras ni los aeroplanos ni los telégrafos con hilos o sin hilos...

—Pues si ustedes son felices —dijo Nachito, que todo lo oía con mucho interés—, ¿por qué tienen policía? A mí me parece que donde hay policía es porque la gente no es buena ni feliz.

—¡Ah! —explicó don Escarragut—. La policía no es para nosotros; es para los que vienen de fuera y no saben conducirse. No hemos podido evitar que vengan las brujas a Jauja, con su manía de robar, dulce. Pero las brujas hacen mucho menos daño del que nos harían los hombres. Dicen que en otro tiempo las brujas eran muy malas; yo no sé si es

verdad. Ahora tienen muy poco poder, sólo que pueden viajar por el mundo entero montadas en su palo de escoba, y como no les gusta trabajar se roban lo que pueden para comer y se roban también a los chicos para que trabajen por ellas.

—Pero a mí me han dicho que se comen a los niños —interrumpió Mariquita.

—No, hijita, las brujas de ahora, por lo menos, no sé yo que se los coman. Sólo sé que los hacen trabajar como esclavos, lo cual ya es bastante malo. ¿Verdad que a ti no te gustaría que te tuvieran trabajando todo el día, cargando leña, y haciendo carbón, cocinando, y lavando?

—No, claro, a mí me gusta todo eso, pero hacerlo de juego, por gusto.

—Ya decía yo... Bueno, ahora necesitan ustedes instalarse; pero como aquí no tenemos casas vacías, será necesario que les hagan una, y a ver cómo se acostumbran a vivir en una casa de dulce.

Tocó don Escarragut el timbre seis veces, y vino un señor todo de dulce de pina. Era el jefe de construcciones.

—Don Atanasio, a ver si les construimos una casa a estos amigos. Y que sea del dulce menos pegajoso, turrón como el mío, por ejemplo. Y cubrir las paredes con obleas. Vayan, pues, y ayuden al señor diciéndole todo lo que crean necesario para que la casa quede a su gusto. Para la noche ha de estar acabada.

Nachito, Mariquita y el duende Don Yo de Córdoba fueron con don Atanasio, el hombre hecho de dulce de pina, jefe de construcciones de Jauja, a escoger los materiales para su casa. El jefe de Las Fábricas Centrales les había aconsejado de turrón estilo de Alicante, por duro, y el tapiz de obleas para cubrir las paredes de manera que no se pegaran ellos en el dulce. Los niños estuvieron mirando con cuidado todas las clases de ladrillos de dulce, que se hacían en Las Fábricas Centrales: les enseñaron muchas muestras distintas; había unas gentes que querían casas sólidas, hechas de frutas duras “cubiertas”, de turrones, cocadas y alfajores, y había otras gentes que preferían casas ligeras, de fantasía, hechas de merengue o de yemas o de miel hilada. Las gentes de menos pretensiones se contentaban con casas de caramelo que era el ladrillo más fácil de hacer.

A Mariquita todo le divertía. Nachito estudiaba seriamente las cosas y de pronto se le ocurrió una idea:

—Bueno, ustedes no dejan correr el agua en su ciudad para que no se

les deshagan las casas; pero, ¿y cuando llueve?

—Aquí no llueve —les explicó don Atanasio—. Esas nubes que ves las ponemos en el cielo, porque adornan y además son útiles; tapan el sol a mediodía. Pero esas nubes no son de agua, sino de algodón de azúcar. Cuando se fundó Jauja, se hicieron arreglos con los poderes del cielo para que no lloviera nunca.

Al fin Nachito pensó que los ladrillos más sólidos eran los que les habían aconsejado, y convenció a Mariquita, demostrándole que así la casa parecería de piedra de cantera, sobre todo si se fabricaban trozos grandes para ponerlos en la fachada. Pero “La Chachalaca” quiso que pusieran adornos de otros dulces, con colores diferentes, como si fuesen azulejos, y así se hizo. El duendecito los dejaba hacer: se veía que estaba a disgusto con la idea de tenerse que quedar en Jauja, hasta quién sabe cuándo, por el descuido de Mariquita con los anillos.

Pero había que hacer el plan de la casa, de acuerdo con las necesidades de los que iban a vivir en ella, y escoger el estilo de construcción. Les enseñaron modelos, y escogieron uno de dos pisos de altura, el más grande que se podía hacer en Jauja, pues Nachito y Mariquita eran del tamaño de las personas más altas de la ciudad. Como estilo, dijo Nachito que él prefería el mexicano colonial, pero le dijeron que no lo conocían. Entonces “El Pelón” se ofreció a explicarles cómo era, dándose mucha importancia, y les contó que había una piedra llamada “tezontle” y otra llamada “chiluca”, y que a él le gustaba más la “chiluca”, y que era gris clara, mientras que el “tezontle” era roja oscura. Hicieron, pues, una casa que pareciera de chiluca con azulejos y en estilo mexicano.

Mientras los albañiles de Jauja construían la casa de estilo colonial mexicano en que debían vivir Nachito y Mariquita con Don Yo, los hermanitos, aconsejados por el duende, se dedicaron a buscar muebles y objetos de uso diario. Mariquita estaba encantada con la idea de que iba a tener muebles hechos de dulce, pero el duende se reía de ella, y le decía que iba a resultar muy gracioso verla sentada en una silla de caramelo sin poderse levantar de ella porque se le había pegado la ropa.

Lo malo era que, como en la ciudad no se fabricaban sino cosas dulces, la situación era muy apurada. El duendecito aconsejó que los muebles que debían ser fuertes se hicieran de caramelo y se cubrieran con obleas, y que los muebles blandos, como los sofás, se hicieran de pan.

Pero había una dificultad seria: el cuarto de baño. Se necesitaba agua, y se necesitaban muebles que el agua no deshiciera.

¡Y en Jauja no había otra agua que la de los pozos de Las Fábricas Centrales, ni tubería para llevarla hasta las casas! El duende podía pasárselo sin agua, si quería, porque como no era de carne y hueso sino en la apariencia, no tenía necesidades parecidas a las de los hombres. ¡Pero los dos muchachos! Nachito se acordó de que había oído decir que en otro tiempo sí se mandaba agua hasta las casas, porque le llamaban la atención toda clase de trabajos y de cosas mecánicas, y preguntó si no quedarían por ahí restos de aquellas tuberías. Don Escarragut, el jefe de las fábricas, hizo que lo llevaran al último patio, al cobertizo donde se guardaban cosas viejas, y allí encontraron tuberías antiguas. Nachito en persona se puso a trabajar con los obreros para hacer pasar aquella tubería por debajo del piso de la calle y hacerla llegar hasta la casa nueva, que quedaba bastante lejos, porque en Jauja no hay lugares vacíos en medio de la ciudad y no se puede construir una casa nueva sino en los extremos. A veces parecía que la tubería aquella no iba a alcanzar, porque había muchos pedazos maltratados e inútiles, pero juntando unos con otros se pudo hacerla llegar hasta la casa.

Faltaba todavía la instalación del cuarto de baño, y les dijeron que no era posible hacerla de metal ni de porcelana, en Jauja se admitían muy pocas cosas de metal, y se trataban con mucha prudencia, porque, el menor golpe que con él recibiera uno de los habitantes podía causarle la muerte o romperle una pierna o un brazo; y en Las Fábricas Centrales tenían unos objetos de porcelana, pero habían obligado a las brujas y a los trasgos a traerlos a cambio de dulce.

—Ni aun los objetos de madera los hacemos nosotros —explicó don Escarragut—, porque es necesario derribar árboles y cortarlos, cosas que nosotros, hechos de materiales dulces, no podemos hacer, porque nos partiríamos en pedazos. Cortar los árboles y trabajar la madera son los castigos que imponemos a las personas que vienen de fuera y no se conducen bien; por eso podemos tener siempre madera en nuestros depósitos, y con ella trabajan esos extranjeros que cometen delitos.

Nachito ofreció hacer él mismo, con la ayuda que pudiera darle Mariquita, y hasta el duende si quería, los objetos que necesitaba para el cuarto de baño. Se puso, pues, a trabajar, y a eso de las ocho de la noche los tenía hechos, aunque no muy buenos que digamos. Trabajó

tanto durante todo el día, que apenas se sentó en uno de los sofás hechos de pan se quedó dormido sin cenar, hasta el día siguiente.

Al día siguiente de su llegada a Jauja, Nachito y Mariquita se despertaron muy sorprendidos de no hallarse en su casa. Recordaron entonces todo lo que les había sucedido, y eran tantas cosas que les parecía como si hubieran estado años lejos de sus papás.

Fueron a lavarse y les dio mucha risa tener que hacerlo en lavamanos de madera. Apenas lavados, se fijaron en que no tenían toallas, y Nachito salió inmediatamente a ver al director de Las Fábricas Centrales. Don Escarragut le dijo que de tela era imposible dárselas, porque no había; que de oblea, con la cual se hacían las toallas para los habitantes de Jauja, tampoco era conveniente para ellos, pero que se las mandaría hacer de papel. Nachito pidió de una vez que se les hicieran sábanas, porque también se les habían olvidado; Mariquita se había quedado dormida en el primer sofá en que se sentó, lo mismo que su hermano, y no se habían fijado en todo lo que les faltaba.

Después, a la hora del desayuno, pensaron que no habían hecho provisiones de ninguna clase, y no sabían qué se podía hacer para comer todos los días en Jauja; el día anterior se habían contentado con los dulces que les regalaron, y no se les había ocurrido pensar si diariamente iban a comer dulce y nada más. Cuando comenzaban a discutir el problema de la comida, llamaron a la puerta: era uno de los repartidores de Las Fábricas Centrales, que llegaba a ofrecerles la comida del día.

—Pues, ¿cómo es eso? —dijo Mariquita—. ¿Aquí no tenemos que ir al mercado a comprar la comida?

—No —le respondió el repartidor, que era un hombrecito de aspecto sencillo, hecho de caramelo rojo—; aquí no se compra ni se vende.

Mariquita se quedó azorada. Nachito, a quien le gustaba oír las conversaciones serias de las personas mayores, se acordó de una que había oído a su papá:

—Entonces ustedes son como los bolcheviques.

—No sé qué será eso —dijo el repartidor.

—Pues dicen que en Rusia gobiernan los bolcheviques, y que ni compran ni venden, ni dejan que nadie sea dueño de nada, sino que quieren que todo sea de todos y que todos trabajen para todos. Y como dicen que quieren hacer al mundo entero como ellos, creí que de eso les

habría venido a ustedes la idea de arreglar así las cosas.

—No, aquí no tenemos nada que ver con las gentes de carne y hueso, y cuando algunas llegan hasta aquí es porque las acompaña algún duende, como a ustedes; y como los que vienen son siempre niños, no es mucho lo que cuentan de cómo se gobiernan los hombres...

—Pero aquí vienen también brujas —interrumpió Mariquita— y las brujas son de carne y hueso.

—Eso si no sé. Lo parecen. Pero unos dicen que las brujas son mujeres de carne y hueso que se han puesto muy viejas, y otros dicen que nada más tienen la apariencia, pero que no son seres humanos. Lo que sí sé es que no están hechas como nosotros, y no tienen gran dificultad en trabajar con la madera cuando las castigamos por algún daño que hayan hecho, mientras que para nosotros la madera resulta demasiado dura...

—¿Y cómo es que, estando ustedes hechos de dulce, y pudiendo quebrarse con facilidad, no les hacen nada las brujas y las obligan a trabajar?

—Porque hemos inventado una red para coger en ella a todo el que venga de fuera y quiera hacernos daño. Todos nuestros gendarmes llevan una de esas redes, y todos los habitantes sabemos silbar de manera que inmediatamente, en dos o tres segundos, llegan los gendarmes y cogen al que quiera hacernos daño. Pero no puedo decirles más, porque está prohibido contarles a los extranjeros el secreto de las redes de defensa, y luego, aunque yo quisiera, sé muy poco de cómo están hechas... Y... bueno, díganme qué quieren que les deje de comida, porque ya tengo que irme.

—Déjenos leche, y café, y pan —dijo “La Chachalaca”— y para el mediodía...

—Pues... —dijo el repartidor, rascándose la cabeza— pan sí traigo, pero de café sólo jarabe y de leche sólo cajeta.

Mariquita, azorada, no atinó sino a pedir que le dejaran de lo que hubiera, escogido lo que más se parecía a su comida de costumbre.

—¿Y usted qué querrá, Don Yo? —le preguntó al duende.

—Yo, nada, Chachalaca, con irme de paseo por el bosque tengo todo lo que necesito. Por suerte hay bosques aquí en la isla y no son de dulce los árboles. Pero ya verás tú, que tanto querías venir a Jauja, a qué sabe vivir en una ciudad toda hecha de dulce, cuando uno no está

hecho de dulce también.

Durante todo el día, el primero que pasaban en aquella casa nueva, mexicana por el estilo, pero toda de dulce como las demás de Jauja, Nachito y Mariquita pasaron el tiempo descubriendo dificultades que no se esperaban. Mariquita era quien las descubría: que no podían limpiarse los dientes con los cepillos que usaban los habitantes de Jauja; que les hacían falta peines aunque fuera de madera; que los trastos se rompían fácilmente... “El Pelón” se pasó el día corriendo a Las Fábricas Centrales para reponer lo que se rompía o para hacer las cosas nuevas que les faltaban.

—Ya ves —decía cuando acababa de hacer dos peines—, yo hago todas estas cosas, porque me fijo cómo trabajan los hombres, y tú, Chachalaca, que siempre estás diciendo que soy demasiado serio, no hubieras sabido arreglártelas aquí.

—Sí —contestaba Mariquita enojada— crees que es la gran cosa haber hecho dos peines, que quién sabe cómo estarán; a lo mejor me van a arrancar los cabellos. Pero cepillos de dientes no has podido hacer.

—Eso no, porque es más difícil, y además, aquí no hay con qué hacerlos. Nos contentaremos con unos palitos, y pasarnos la toalla muy fuerte sobre los dientes después.

—Sí, sólo nos faltaba limpiarnos los dientes con los dedos. Pero, ya que te fijas en tantas cosas, ¿a que no has pensado en que se nos van a acabar aquí estos trajes que traemos puestos, si no nos vamos pronto?

—¡Ay, es verdad! ¡Cómo nos haremos! Le preguntaremos a Don Yo de Córdoba.

—¿Don Yo? Don Yo se fue de muy mal humor, y le pregunté si no quería nada, y me dijo que no, que se iba al bosque y que no le veríamos la cara en mucho tiempo. Yo me puse a llorar entonces y me dijo que si lo necesitábamos lo llamáramos cantando una canción. Me la enseñó; se llama *El rey de los Elfos*; dice que dondequiera que se cante él la oye y si comprende que la cantan para llamarlo viene lo más pronto que puede. Es muy bonita pero triste. Te la enseñaré.

—Bueno, pero, ¿y nuestros trajes? ¡Ah, ya sé! Aquí nos hacemos unos de papel, y guardamos éstos hasta el día en que podamos irnos.

—¡De veras, qué bueno!

Mariquita saltaba de gusto, y Nachito salió otra vez corriendo a Las Fábricas Centrales a pedir que se les hiciera la ropa de papel.

Cuando ya se acercaba la noche, recibieron una visita que no esperaban. Era el jefe de policía de Jauja, hombre recio, hecho de cocada, con grandes bigotes y cejas espesas. Mariquita se asustó, Nachito abrió los ojos muy grandes.

—No se asusten —les dijo el jefe, que se llamaba don Cocayo—, no les va a pasar nada malo; como ustedes están ya viviendo aquí, y no es probable que se puedan ir muy pronto, vengo para que arreglemos las cosas de la manera que aquí se acostumbra. Aquí la policía tiene muy poco que hacer, del que dicen que tiene entre los hombres de carne y hueso; quiero decir que aquí no suceden cosas malas sino cuando las hacen gentes que vienen de fuera, y la ocupación principal de la policía es distribuir el trabajo de los habitantes.

Mariquita respiró fuerte, ya tranquila, y Nachito miró con interés.

—Y, ¿a nosotros nos tocará trabajo que hacer?

—Sí, pero no mucho. Una hora o dos horas al día. Aquí todos trabajamos, pero nunca mucho. Los hombres y las mujeres trabajamos de tres a cuatro horas cada día, en Las Fábricas Centrales o en nuestras casas o en los bosques. Los niños, desde que tienen siete años, trabajan también, pero nunca más de una hora al día. A ustedes les pedimos que trabajen un poco más algunos días, porque son más fuertes que nuestros niños y pueden hacer cosas que nosotros no podemos hacer y que nos hacen falta.

—Muy bien —dijo Nachito, poniendo cara muy razonable— pero, ¿no tienen escuelas ustedes para sus niños?

—Sí tenemos, pero duran dos o tres horas cada día. Dicen que entre las gentes de carne y hueso la escuela dura muchas horas; entre nosotros, no, porque no enseñamos cosas inútiles. Cosas que allá sirven para la vida, pero que resultarían inútiles.

—Bueno, ¿y cómo pagan ustedes el trabajo?

—No pagamos; creí que ustedes sabrían que aquí ni se compra ni se vende ni hay dinero. Todos trabajamos para todos, y todos tenemos lo que necesitamos: en los almacenes hay de sobra... Así es que ustedes pueden pedir todo lo que quieran, no como obsequio, que es como se los hemos dado hasta ahora, sino porque tienen derecho a todo desde que trabajan.

—¿Y la escuela será muy aburrida? —preguntó Mariquita.

—Yo creo que no. Es una escuela en que los niños preguntan al

maestro lo que quieren saber; no es el maestro quien les pregunta lo que han leído en libros.

—¡Ay, qué raro! —dijo Mariquita.

—¿Entonces aquí no hay libros? —preguntó Nachito.

—Sí, pero no se usan en la escuela; sólo son para gusto de los que quieren leerlos. Y todos leemos porque nos gusta.

Quedaron convenidos, pues, en cómo trabajarían desde el día siguiente, y don Cocayo se despidió muy amable.

Durante varios días, Nachito y Mariquita estuvieron a gusto en Jauja, asistiendo a la escuela y trabajando; y como la escuela y el trabajo les quitaban muy poco tiempo, les quedaba mucho para jugar y divertirse.

Al principio, Mariquita encontraba muy raro tener que jugar con niños tan pequeñitos de tamaño como eran los de Jauja, aunque tenían la misma edad que ella; se figuraba que tenía que tratarlos como una mamá; pero como eran muy inteligentes, y sabían muchos juegos bonitos, estaba muy contenta con ellos. En lo que sí tuvo que poner cuidado fue en no tocarlos con demasiada violencia, porque se quebraban: el primer día le rompió un brazo a una niña, que era de caramelo, y mandó que le aplicaran untura de jarabe cada hora y la pusieran al sol: al otro día estaba buena.

Entre cinco y seis de la tarde se abrían los cinematógrafos y los teatros. Como no se pagaba, cada quien iba a lo que prefería. Cuando el cinematógrafo era cosa nueva, les contaron a Nachito y Mariquita, muchos habitantes de Jauja iban a ver películas en que se representaban dramas y comedias; pero después pensaron que todo eso era mejor verlo en teatros, con gentes como ellos mismos, cuya voz se pudiera oír. Sabían que entre las gentes de carne y hueso muchas iban al cinematógrafo y no al teatro, porque de los dos el cine era el más barato, y se podían ver buenos artistas, mientras que en el teatro, aunque era más caro, no había siempre artistas buenos. Nada de eso sucede aquí en Jauja, decían, porque como ni el cinematógrafo ni el teatro cuestan dinero, nadie tiene que pensar en hacer economía; y en el teatro no trabajan sino los artistas que han demostrado mucho talento. Por eso el cinematógrafo se usa sólo para escenas de la naturaleza, para lecciones científicas y para guardar el recuerdo de las cosas que suceden: toda la historia de Jauja, desde que había cinematógrafo, se conservaba así, y de cuando en cuando se exhibían

partes interesantes de ella. Desde luego, el cinematógrafo registraba siempre la visita de personas extrañas a la ciudad, y muy pronto Nachito y Mariquita pudieron verse en película, acompañados del duende Don Yo, visitando Las Fábricas Centrales. Como Nachito quería conocer los principales sucesos de la historia de Jauja, les dieron una fiesta especial en que pudieron ver cosas muy curiosas, como la gran procesión de homenaje al inventor de las redes de defensa cuando cumplió cien años de edad; la gran invasión de brujas europeas que vinieron a robar dulce durante la Guerra Grande (dicen que entonces faltaba mucho el azúcar en Europa); la llegada de las focas que se salieron del mar a quererse comer las casas de chocolate; los enjambres de abejas que a veces se les escapaban a los cuidadores (porque en Jauja tenían muchas) y después de volar como nubes negras sobre la ciudad se amontonaban sobre las paredes de las casas... Pero siempre los habitantes de Jauja se libraban de estos peligros, porque inventaban muy buenos medios de defensa.

Durante unos diez días, Nachito y Mariquita estuvieron muy contentos en Jauja, enterándose de cómo vivían los habitantes, de lo que hacían y de cómo se divertían, todo ello muy distinto de lo que sucede en el mundo de las gentes de carne y hueso. Mariquita, sobre todo, era feliz probando cada día dulces distintos, no solamente los que ya les gustaban en México, sino muchos más que nunca habían conocido. Como en Jauja no se hacía otra cosa que dulces, eran capaces de hacer todos los que existen en el mundo de los hombres y además otros muchos que los hombres nunca habían imaginado.

Pero a los diez días comenzaron los niños a ver que no se sentían bien. Estaban muy pálidos los dos, y Nachito tenía náuseas. Fueron a ver al médico principal, y él les dijo que no sabía curar a las gentes de carne y hueso sino a las gentes de Jauja, hechas de dulce, pero que se figuraba lo que les sucedía: el alimentarse de dulces no era conveniente para ellos, y se estaban enfermando. La cosa había ocurrido ya a otros visitantes que se habían quedado algún tiempo en Jauja. Les recomendó, pues, que se fueran al bosque y se alimentaran de frutas; además, les dio una orden escrita para el jefe de los establos, con el fin de que todos los días les dieran leche para tomar.

Los dos hermanitos se fueron inmediatamente a los establos, que quedaban en las afueras de Jauja. Allí tenían unas vaquitas, como de la mitad de tamaño de las que existen entre los hombres de carne y

hueso; había también cabras y burritas. Cerca de los establos estaba el campo, con mucho pasto verde, adonde se sacaba a los animales a pastar.

Nachito le presentó la orden del médico al jefe de los establos. Don Lactio de Ítaca, hombre muy blanco, hecho de dulce de leche claro. Era tan amable como todos los habitantes de Jauja, y les ofreció darles leche inmediatamente y les preguntó si querían tomarla al pie de la vaca. Los niños dijeron que sí, y don Lactio los acompañó a uno de los establos, llevando consigo dos perros muy pacíficos. Cuando llegaron al establo, los dos perros ordeñaron a las vaquitas, y la leche caía en jarras que ellos mismos habían puesto debajo.

Muy azorada, Mariquita preguntó por qué eran los perros, y no las gentes, quienes ordeñaban a las vacas. Don Lactio les explicó que resultaba peligroso que las gentes de Jauja ordeñaran, porque, como las vacas eran más fuertes que ellos, en cualquier movimiento les hacían daño. En los primeros tiempos de Jauja, las vacas, si se enojaban, mataban fácilmente a los vaqueros; y hasta cuando no se enojaban, cualquier movimiento brusco le rompía el brazo al ordeñador. Discurrieron entonces enseñar a los perros a ordeñarlas, y los perros habían aprendido con mucha facilidad, y de ellos nunca había nada que temer, porque eran muy tranquilos, querían mucho a los amos y nunca les hacían daño, ni por descuido; al contrario, tenían siempre mucho cuidado para evitarles cualquier golpe o tropiezo. Ahora ellos se encargaban de todo el cuidado de los demás animales, y entendían muy bien las órdenes que se les daban: ellos sacaban al campo y volvían a traer a los establos las vacas, las cabras y las burras; ellos las ponían en orden y las obligaban a tranquilizarse si se ponían inquietas. Cuidaban también de los animales machos, que eran menos, y estaban encerrados en otros establos; los perros eran también los que los sacaban al campo, y después los separaban de las hembras y se los llevaban; los hombres de Jauja encargados de los establos iban junto a ellos, diciéndoles lo que tenían que hacer.

Acabadas de ordeñar las vacas, los perros quitaron del suelo las jarras, tomándolas por el asa con los dientes. Los niños veían aquello con asombro, y esperaban que en cualquier momento se les iban a caer las jarras o se iban a derramar, pero los perros, con mucha habilidad, las trajeron hasta ellos y las pusieron en sus manos. Nachito y Mariquita se tomaron cada uno una jarra, y después de tantos días de no tomarla,

les pareció la leche mejor que todos los dulces.

Cuando Nachito y Mariquita hubieron tomado su leche en los establos de las afueras de Jauja, saludaron a don Lactio, se despidieron y se fueron al bosque. A poca distancia de donde terminaba el pasto de las vacas, comenzaban los grandes árboles. Allí encontraron los dos hermanitos muchas plantas de tierra caliente, que ellos no habían visto nunca, aunque conocían las frutas: mangos, guayabas, cocoteros, bananos, piñas... Encontraron después otros de los que no conocían ni las frutas, y preguntaron sus nombres al joven habitante de Jauja que mandaron con ellos para acompañarlos. Se llamaba Citronio de Almería, y estaba hecho de dulce de limón, dulce que los hermanitos nunca habían comido antes de venir a Jauja. Él les explicaba:

—Éste se llama marañón... Éste hicaco... Éste guanábana... Éste es hobo...

Probaban las frutas nuevas; a Mariquita le gustaban unas, pero otras no.

—¡Ay, ésta agarra la garganta!

—¡Ay, ésta parece hecha de algodón!

—¡Ay, ésta sí es buena, huele a rosa!

—¡Ay, ésta parece de madera! ¡Qué dura!

—¡Ay, ésta tiene muy buena pulpa!

Nachito le decía que no llamara malas las frutas tan pronto:

—Hay que probar más de una vez, y no todas juntas tampoco, hasta hacer que le gusten a uno todas.

—¿Y para qué quiero yo que me gusten todas? Con comer de las que me gustan nada más...

—Es que así no sabes por qué les gustan las otras a los demás.

—¿Y a mí qué?

—Pues cuando estés donde no haya más que de las que no te gusten, ¿qué haces?

—Es verdad... Pero ya veremos. ¡Ahora hay tantas de todas!

Nachito le preguntó a Citronio:

—¿Y dónde hay plantas de las frutas que nosotros conocemos más, manzanas, y peras y duraznos, y fresas?

—Ésas las tenemos en lugar especial, porque en Jauja estamos en tierra caliente y no se dan bien.

—¡Ah, será como en esas casas de vidrio en que tienen flores en México! Dicen que en otras partes, donde hace mucho frío, tienen muchas casas así, para flores de tierra caliente...

—Sí, pero fíjate que aquí no hace frío nunca...

—Pues entonces es al revés. ¿Y cómo hacen ustedes para que crezcan esos árboles de tierra fría?

—Ahora lo verás.

Siguieron andando por el bosque, y durante media hora vieron árboles que no conocían, y helechos grandes como árboles... Y vieron dos montañas, y entre ellas una barranca grande oscura, y de la barranca subían los árboles por las pendientes. Antes de entrar a la barranca se veía bien la figura de los árboles: todos iban a terminar a la altura de la montaña, las copas se juntaban como formando techo, de manera que los árboles que nacían en la pendiente, y los que estaban ya muy bajos, eran tan altos como la montaña.

Y vieron orquídeas de todas las formas y de todos los colores. Mariquita vio unas mariposas posadas sobre los árboles, y quiso acercarse a verlas:

—Cógelas —le dijo Citronio.

—Pero si no tengo con qué... Si las quiero coger con la mano, se me van.

Mariquita entonces extendió la mano, y cogió una mariposa amarilla salpicada de puntos rojos. La mariposa no se movió. Entonces Citronio la arrancó por fuerza.

—¡Ay, qué extraño! ¿Por qué no quería despegarse?

—Porque no es mariposa: es una flor, es una orquídea.

—¡Ay, qué lindo! Yo quiero muchas.

Y se puso a arrancar un manojito de mariposas blancas y amarillas para llevárselo.

Mariquita iba muy contenta por el bosque, en compañía de su hermano y de Citronio de Almería, llevando en la mano sus flores en forma de mariposas. Citronio le enseñó otras orquídeas extrañas, en forma de picos de ave, en forma de lazo; pero ella no encontraba ninguna como sus mariposas.

Nachito, curioso siempre para las cosas serias, dijo que quería ver dónde crecían los manzanos, los perales. Citronio les dijo que había que atravesar la barranca de los árboles muy altos, y fueron hacia ella.

—¿Y por qué —preguntó Nachito— estos árboles crecen así, y van haciéndose más chiquitos mientras más arriba nacen en la montaña, y todos tienen las copas a un mismo nivel?

—Porque todos buscan el sol, todos quieren que les dé mucha luz y calor en las hojas, y cuando llegan a la altura en que les da todo el sol que necesitan, ya no crecen más; pero los de abajo crecen y crecen hasta que encuentran la luz.

Atravesaron la barranca, y los niños se asombraban de ver qué largos eran los troncos de los árboles que nacían en el fondo; nunca se habían figurado que hubiera árboles tan altos. Nachito, sin embargo, recordó:

—Dice mi papá que él ha visto árboles muy altos en California. Y dice que los hay muy anchotes, y que en uno han abierto los americanos un túnel para que los coches pasen por adentro.

—¡Ah, qué gringos! —dijo Mariquita.

—Esta Chachalaca...

—No sé bien de qué hablan ustedes —dijo Citronio.

Nachito le explicó quiénes eran los “gringos”; Citronio sabía que existían, pero no que los llamaran así.

Al acabar la barranca, llegaron a otros bosques, y estaba oscuro.

—¿Por qué está tan oscuro, si todavía es temprano? —preguntó Mariquita.

—Porque este bosque lo tenemos cubierto para que no haga calor.

—¡Ay, de veras, que hace frío!

—¿Y con qué lo tienen cubierto? —preguntó Nachito.

—Con nubes de las que hacemos de algodón dulce. Como estos árboles crecen donde hace frío, y esta es tierra caliente, hay que tener frío este bosque durante una parte del año. En verano, que es cuando dan flores y frutos, quitamos las nubes; ahora, que ya va entrando el otoño, ponemos unas pocas nubes que tapen el sol; cuando llega el mes de diciembre, ponemos nubes muy espesas, y en abril, quitamos unas pocas, y para mayo las quitamos todas.

—¿Y cuando llueve no se derriten las nubes?

—No, acuérdense de que en Jauja tenemos hechos arreglos con los

poderes del cielo. En la ciudad nunca llueve. En los campos donde crecen las plantas de tierra caliente sí llueve siempre que queremos. Y en este bosque solamente llueve durante el verano, precisamente en la época en que quitamos las nubes de algodón.

—¡Qué bueno sería que donde nosotros vivimos lloviera nada más cuando quisiéramos! ¿Por qué no se hará?

—Porque dicen que las gentes de carne y hueso todo lo enredan, y nunca se ponen de acuerdo.

Cuando Nachito y Mariquita iban a salir del bosque de árboles de tierra fría para regresar a la ciudad de Jauja, oyeron una voz que los saludaba de entre los manzanos y reconocieron al duende Don Yo de Córdoba que estaba metido en una flor.

—Muy bien, hijos míos, veo que ya se convencieron de que no es posible vivir sólo de dulce. No sólo de dulce vive el niño.

—Pues sí —dijo Mariquita— nos estábamos enfermado ya, pero hemos ido al establo a tomar leche y luego venimos a los bosques a comer fruta.

Y se puso a contar su excursión con toda clase de pormenores, lo cual divertía mucho al duende.

—Bien, chamacos, voy a acompañarlos hasta Jauja. Las frutas son mejores que los dulces, pero estoy aburriéndome después de tantos días aquí. O tal vez no me aburro de estar aquí, sino de saber que no puedo irme.

—¡Ay, cuánto lo siento! ¡Y pensar que si no me descuido con los anillos de virtud no nos hubiéramos tenido que quedar en esta isla!

—Bueno, hija, no te apures ya, pero ten cuidado en otra ocasión. Yo he querido inventar algún modo de salir de esta isla de Jauja; pero los primeros días que vine a pasear a estos bosques me interesaba tanto todo lo nuevo que iba encontrando, que no pensaba en otra cosa, y ayer y hoy, que ya comencé a aburrirme, no se me ha ocurrido nada. ¡Si siquiera viniesen otros seres de fuera que nos ayudaran! Parece que vienen ahora pocos visitantes a Jauja...

—Sí —dijo Citronio de Almería—, vienen pocos, porque molestaban mucho y hemos procurado estorbarles la venida, sobre todo a las brujas. Pero siempre recibimos dos o tres visitas cada mes.

—Pues que sirvan para algo los que vengan ahora.

Así iban conversando, andando por el bosque, y el duende saltando de árbol en árbol. Nachito y Mariquita comenzaban a cansarse, pues llevaban más de dos horas de paseo, cuando vieron las primeras casas de Jauja a la distancia; apretaron el paso, y cuando ya estaban muy cerca llegaron dos señoras, una de merengue y otra de azúcar cande, vestidas de fantasía, con trajes de oblea color violeta, y les dieron la noticia de que en Las Fábricas Centrales se habían encontrado uno de los anillos de ópalo.

Apretaron otra vez el paso, y llegaron a las fábricas, donde don Escarragut de Narbona, el jefe, les tenía guardado el anillo. ¡Era el pequeñito del duende!

—¿Y cómo lo encontraron? —preguntaba Mariquita.

—Pues barriendo, en un rincón, entre la basura.

—¿Y no aparecieron los otros?

—No; buscamos con mucho cuidado en todos los rincones, cosa que no se nos había ocurrido hacer, porque estábamos seguros de que los tres anillitos se habían ido por el lavadero; pero no se encontró ningún otro anillo.

—Muy bien —dijo el duende—, con éste yo me voy, y volveré a buscarlos.

—¡Qué bueno, qué bueno! —gritaban los dos niños.

—¿De manera que se alegran de irse de Jauja? —les preguntó maliciosamente don Escarragut.

—No es eso, es que mis papás... —dijo Mariquita.

—No pensabas mucho en tus papás cuando te empeñaste en venir a la ciudad de dulce...

—Bueno —dijo el duende—, yo me voy en seguida. No hay que perder tiempo.

—¡Adiós, adiós! Vuelva pronto a buscarnos.

Nachito y Mariquita estaban contentísimos de que el duende, Don Yo de Córdoba, hubiera encontrado su anillo de virtud, y de que se hubiera ido de Jauja, ofreciéndoles volver a buscarlos, para que regresaran a México. Se fueron a su casa, a prepararse, y se cambiaron de ropa, quitándose la de papel que les habían hecho en Jauja y volviendo a ponerse la de tela con que habían llegado. Aunque los dulces les habían hecho daño, por ser lo único que habían comido en diez días,

Mariquita no se olvidó de su deseo de llevar dulces de Jauja para su casa, y pidió a Las Fábricas Centrales que le regalaran una docena de cajas de los mejores, escogiendo muchos de los más raros, para dejar azorados a su papá y su mamá, que no los conocerían. Ahora no le parecían mal las frutas extrañas, que encontraba feas en el bosque, y sólo pensaba en la extrañeza de sus papás.

—Y no creo que sea demasiado pedir —decía Mariquita—, porque todos los días les hemos trabajado, no diré que hasta cansarnos, pero sí haciéndoles cosas útiles.

—No, hija mía —le había contestado don Escarragut—, se han portado ustedes bien aquí en Jauja, y de todos modos aquí hay derecho de pedir todo lo que uno quiera, porque para todos hay de sobra: aquí no hay pobres ni ricos, todo el mundo tiene lo que quiere, y tanto como quiera y a nadie puede metérsele en la cabeza el ridículo orgullo de decir: “Yo tengo más que mi vecino.” Sólo al que no trabajara tendríamos que cortarle las raciones diarias; pero aquí a nadie se le ocurre no trabajar, y a los que vienen de fuera, si son molestos, los obligamos a someterse.

—Bueno —preguntó Mariquita—, si ustedes tienen esos bosques tan hermosos, con tantos árboles frutales, ¿por qué yo nunca veo que coman fruta?

—Porque nosotros no nos alimentamos de frutas, sino de dulces, que es de lo que estamos hechos.

—Entonces, ¿para qué tienen esos bosques?

—Para hacer dulces con las frutas, así como tenemos establos para hacer dulce de leche...

—Y el azúcar, ¿de dónde lo sacan?

—De unas minas.

Nachito se quedó sorprendido: él había oído decir que el azúcar se fabricaba en grandes máquinas, con jugo de plantas como la caña y la remolacha; y había oído decir que la sal se podía sacar de las minas, pero el azúcar no.

—Eso es entre la gente de carne y hueso —le explicó don Escarragut—, pero precisamente Jauja se estableció en una isla que tenía minas de azúcar. El día que se enteraran las grandes naciones, ya las veía yo mandar barcos a conquistarnos; pero nunca podrán saber dónde queda nuestra isla.

Entretanto se hizo de noche, y Nachito y Mariquita, en su casa, esperaban el regreso de Don Yo con gran inquietud, haciendo muchos planes sobre todas las cosas que iban a contar en su casa y en la escuela. Pero pasaba el tiempo, y Don Yo no venía. Los habitantes de Jauja se acostaron, y en todas las casas se apagaron las luces.

Ya cerca de medianoche, oyeron los hermanitos ruido, y corrieron a la puerta, creyendo que tal vez había llegado el duende. Pero al abrir vieron que el ruido lo hacían cuatro brujas que estaban arrancándole pedazos a la casa. Como era la primera vez que veían brujas, se quedaron mirándolas fijamente; las pudieron reconocer, porque eran como siempre les habían dicho: muy viejas, encorvadas, con la nariz y la barba muy grandes. Las brujas los vieron, y se les echaron encima: dos cogieron a Nachito y dos a Mariquita y los montaron en grandes palos de escoba y los ataron. Los hermanitos gritaron, pero en seguida les taparon la boca y se la ataron con pañuelos. Se acordaron de que los habitantes de Jauja atrapaban a las brujas con redes, pero ellos no tenían redes de aquéllas ni sabían manejarlas.

Los gritos de los niños fueron oídos en Jauja, pero demasiado tarde; cuando los que los oyeron salieron de sus casas, con redes en las manos, a ver de qué se trataba, los niños iban ya con las brujas por los aires en sus palos de escoba.

CON LAS BRUJAS

Las cuatro brujas se llevaron a Nachito y Mariquita volando sobre sus palos de escoba por los aires en medio de la noche, hasta sus casas, que estaban en medio de un bosque oscuro. A la entrada del bosque tenían una casita a medio construir, hecha de dulce; cada vez que podían iban a Jauja a robar dulce y lo agregaban a la casita, para atraer a los niños. Al llegar con Nachito y Mariquita, se detuvieron a la entrada del bosque, agregaron a la casita los pedazos de dulce que habían desprendido de la casa de los dos hermanitos en Jauja, y después echaron a andar hasta llegar a las casas en que vivían.

Ya en sus casas, dos brujas se llevaron a Nachito y dos a Mariquita, y los ataron con cadenas al pie de sus camas, y los hicieron dormir en el suelo. Los dos hermanitos estaban muy tristes, pero pensaban que quince días antes se hubieran asustado mucho más, porque todavía estaban en duda de si las brujas se comían o no a los niños, pero ahora sabían que sólo los hacían trabajar.

—Imagínate, Anabolena, qué suerte habernos encontrado a estos chicos. Ya estábamos cansadas de tanto trabajar. Como el último chico se nos escapó hace tanto tiempo, y...

—Cállate, Lucreciaborgia, mira que esta chica oye lo que decimos, y no vayas a contar cómo se escapó el otro. Los chicos son el diablo.

—La verdad es que dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo; pero los muchachos, con ser muchachos, le ganan.

Mariquita, oyendo esto, pensaba que los niños habían de escaparse con facilidad del poder de las brujas, y que Nachito, que estaba siempre estudiando todo lo que veía y le gustaban las cosas mecánicas y los inventos, de seguro pensaría en el modo de escapárseles. Se acostó, pues, en el suelo quitándose antes el vestido, y las brujas no le dieron ni almohada ni estera, ni frazada, así es que durmió con mucho frío, cubriéndose con su trajecito echado encima.

Al día siguiente se levantaron cansados, pero no mucho, porque los niños resisten bien las molestias cuando están sanos. A Mariquita se le ocurrió una buena idea: hacerse la enferma. Dijo que le dolía la cabeza y el cuerpo todo, y que sentía la nariz tupida, y que se figuraba que tendría gripe. Las brujas se alarmaron.

—Ya ves, Lucreciaborgia, no podemos tratar a los chicos con tanta dureza. Más vale que pasemos a esta chica a la cama en que dormía Cataderrusia, y que se abrigue, porque si se nos muere es igual que si no la hubiéramos encontrado.

La pasaron, pues, a una cama vieja y medio rota, pero de todos modos mejor que el suelo, y la arroparon bien. Ella se hacía cada vez más enferma, y le trajeron café con leche bien caliente, con buen pan, y medicina amarga, que Mariquita fingió tomar sin disgusto, pero escupió del otro lado de la cama en cuanto salieron. La bruja a quien le decían Anabolena discutía enojada con la otra:

Ahora estamos peor que si no hubiéramos cargado con esta muchacha, porque tenemos que trabajar para nosotras y para ella. Y todo porque tú te empeñas en que hay que tratarlos a la baqueta. Si han de trabajar para una, pues más vale que estén fuertes y sanos; si no, es como matar la gallina de los huevos de oro.

—Es que también tú los consientes demasiado, y nunca vigilas, y yo muchas veces los he encontrado, cuando a ti te tocaba ver qué hacían, jugando con las yerbitas del campo, y todo porque tú les habías ido dizque a buscar plantas de virtud secreta.

—Será como sea, pero lo que sé es que a mí me da mejor resultado mi modo de tratarlos que a ti el tuyo. Y si se van, no es por mí...

—Pues por mí no será...

Y así estuvieron discutiendo toda la mañana.

Mientras tanto, a Nachito lo habían puesto las otras dos brujas, Dubarrina y Juliaragona, a cortar leña en el bosque. Se le ocurría hacer una trampa en que cayeran, pero temía que, si atrapaba a una sola, las demás, sabiendo que él lo había hecho, lo azotarían. Decidió, pues, seguir pensando hasta dar con algún plan que no tuviera inconvenientes serios.

Mientras Mariquita se pasaba el día en la cama, engañando a las brujas y haciéndolas creer que estaba enferma; Nachito trabajaba cortando leña en el bosque. Pensaba qué haría para fabricar una trampa en que

cayeran las brujas, pero el plan se le complicaba mucho, porque podía caer en la trampa una bruja sola, y después venir otra de ellas, y soltarla, y maltratarlo a él si comprendía que él lo había hecho. Y, además, las brujas no lo dejaban solo sino muy poco rato, y él estaba atado con cadena, y la cadena tenía candados, uno que se cerraba sobre sus pies y otro que se cerraba en el lugar donde estuviera atada la cadena.

Pasó, pues, todo el día sin poder atinar qué haría para librarse de las brujas. Apenas se alejaba una, venía la otra a ver cómo trabajaba, y a veces se peleaban:

—Mira, Juliaragona, que por no estar cuidando a este chico no va a hacer nada, y tenemos mucho trabajo atrasado.

—Siempre has de reclamar, Dubarrina, cuando no te toca. Más lo cuido yo que tú, que cuando te pones a pensar en la corte de los reyes de Francia te quedas como ida y no ves lo que pasa cerca de ti.

—Pues peor te pones tú cuando te acuerdas de Italia, y que si los duques, y que si los cardenales... Y total, pueblos viejos que no se pueden comparar con París.

Nachito se asombraba de aquellas discusiones que no entendía: comprendió solamente que hablaban de sus tiempos pasados, pero las cosas que decían eran muy extrañas, porque hablaban de reyes de Francia y él había oído decir que ya se habían acabado. Como siempre que tenía ganas de saber, quiso preguntarles a las brujas, y les habló, pero aserrando madera con todas sus fuerzas para que no creyeran que por conversar dejaba el trabajo:

—¿Y cómo es eso de los reyes de Francia, si dicen que no los hay ya?

Juliaragona, enojada contra su compañera, le respondió inmediatamente:

—Claro que no los hay, y que cuando los hubo no valieron nada, sino que ésta se figura que los conoció, y que vivió en la corte de Luis Quince...

—Pues sí que viví —contestó la otra.

—Y te figuras que fuiste mujer célebre, y por eso te dicen Dubarrina, que ni se sabe cómo te llamabas de veras. Pero la mujer que tú pretendes que eres murió, y bien muerta, porque le cortaron la cabeza en la guillotina, y de eso hace bastante más de cien años.

—Edad no me vengas a sacar, porque si yo tengo más de doscientos años, tú tienes más de cuatrocientos. Digo, si va uno a creer que eras quien pretendes, porque la Julia que tú dices que eres murió creo que de la peste, porque en tu famosa Italia había pestes a cada rato.

—¡Bueno! Y que en París nunca se moría nadie. Digo, si tu famoso rey Luis Quince...

Nachito se quedó sin enterarse de gran cosa, porque las dos brujas, que realmente parecían tener centenares de años, se enredaban en mil pormenores; sólo pudo sacar en claro que se figuraban haber sido mujeres famosas, pero lo que cada una creía la otra se lo negaba.

Por la noche, las brujas dejaron suelto a Nachito dos o tres veces, y él pudo darse cuenta de que tenían unos frascos con substancias raras; se acercó a leer los nombres que tenían, como en las boticas, y vio que había venenos. En pedazos de papel echó buena cantidad de polvo de tres o cuatro venenos de aquéllos, e hizo el plan de echarlos en la comida que tenía que ayudar a las brujas a preparar al día siguiente.

Nachito se acostó pensando en qué haría al día siguiente para envenenar a las brujas con los venenos que había encontrado en la casa; pero se le presentaba una nueva dificultad: si él envenenaba a Dubarrina y Juliaragona, las otras dos brujas, Anabolena y Lucrecia-borgia, que tenían presa a Mariquita, lo descubrirían, y todo se quedaría en nada. Cansado de hacer planes, se durmió al fin, en el cuartito donde lo metieron las brujas, porque, habiendo visto que Mariquita se enfermó (así creían) por dormir en el suelo, creyeron que era lo mejor darle comodidades a Nachito, que así podría trabajarles y no enfermarse.

Las brujas se habían acostado temprano, poco después de anochecer, y Nachito también; pero a las doce de la noche sonó el reloj, muy fuerte, y Nachito despertó oyendo ruido en la casa, y, aunque no pudo salir de su cuartito por la cadena que lo ataba a la cama, llegó hasta la puerta y vio que las brujas se preparaban a salir, montadas en sus palos de escoba. Al poco rato salieron, y las oyó conversar con las dos vecinas, y luego las cuatro se fueron agitando el aire. En las dos casas se habían quedado solos Nachito y Mariquita, pero no podían comunicarse... Nachito pensó:

—¡Qué buena ocasión para intentar huir, o cualquier otra cosa que nos salvara de esta situación!

En eso recordó al duende Don Yo de Córdoba, y pensó que de seguro habría ido a Jauja a buscarlos y no los había encontrado.

—¡Si pudiera venir!

Así pensaba, cuando oyó una risa de cristal que conocía muy bien. ¡Don Yo de Córdoba había llegado!

—¡Ay, qué bueno! —exclamó Nachito—. Y yo que pensaba que no iba usted a venir. ¿Cómo vino hasta acá?

—Queriendo. ¿No recuerdas que con los anillos de virtud se va a cualquier parte?

—De veras. ¿Y nos fue a buscar a Jauja?

—Precisamente. Anoche llegué, y vi que habían desaparecido ustedes. Esperé a la mañana, y los vecinos me contaron que las brujas se los habían robado; que cuando ellos salieron a ver qué pasaba, porque oyeron los gritos, ya iban muy lejos, y no pudieron echarles las redes a las brujas.

—¿Y cómo no vino en seguida a buscarnos?

—Porque lo mejor era esperar a las doce de la noche, cuando las brujas salen a recorrer el mundo en sus palos de escoba. Así no hay necesidad de pelear con ellas. Me fui, pues, de Jauja, a arreglar muchos asuntos, y ya cuando fueron las doce vine para acá.

—¿Y nos podrá sacar de aquí?

—Claro. Nada más sencillo. Ahora traigo muchas cosas útiles, y no solamente los anillitos.

Sacó del bolsillo una lima, y le dijo:

—Lima, lima.

Y la lima limó la cadena de Nachito y pronto quedó libre, y luego entraron a la casa vecina, y soltaron a Mariquita.

—Ahora —dijo Nachito— vamos a envenenar a las brujas. Les dejaremos preparado algún plato con veneno...

—No se lo comerían —dijo el duende—, y además yo no puedo matar a nadie. Mejor les haremos otra jugada: vamos a encerrarlas aquí dentro de sus casas.

—¡Ay, qué bonito! ¿Y cómo?

—Les ponemos a todas las puertas y ventanas cerraduras que ellas no puedan abrir. Les dejamos abierta la puerta de la calle, y cuando ellas entren, y la cierran, se quedarán encerradas.

A Nachito y Mariquita les interesó mucho el plan del duende Don Yo de Córdoba, de dejar presas a las brujas dentro de sus propias casas.

—Bueno —le dijo Nachito al duende—, usted dice que no puede matar a nadie...

—Claro, me está prohibido; el día que yo matara me moriría.

—¡Ay, qué raro! —exclamó Mariquita.

—Sí —dijo Nachito—, pero encerrando a las brujas de manera que no puedan salir, se morirán de hambre, y es lo mismo que matarlas.

—No —les respondió el duende—, porque primero vamos a dejarles qué comer. Las vamos a dejar a pan y agua. Y, además, les dejaremos leña para que no se mueran de frío en el invierno, que aquí es fuerte.

Nachito se quedó pensando, y al fin preguntó:

—Bueno, ¿y cuando se acaben las provisiones, no se mueren las brujas?

—No, porque antes de que eso suceda vendrán a sacarlas. Al cabo de unos meses, pasa por aquí cualquiera y abre las puertas.

—Entonces —terció Mariquita—, no tiene mucha gracia dejarlas encerradas. Yo creo que lo bueno hubiera sido matarlas.

—Ya te he dicho que eso no puedo hacerlo ni dejarlo hacer. ¡Qué ganas de matar tienen estas gentes de carne y hueso! Hay otra cosa que no sabían ustedes: hay brujas de diferentes clases, unas que se vuelven brujas de puro viejas; otras que se vuelven brujas de puro malas, y otras que son buenas mujeres encantadas. Una de esas, si se queda mucho tiempo sin salir a volar de noche sobre palos de escoba, empieza a quitársele lo bruja, y si entonces se la encuentra una persona de buenos sentimientos, sobre todo algún príncipe joven, puede salvarla. ¡Qué sabemos si están en esa situación!

—Yo no lo creo —dijo Mariquita—, porque yo las oí pelearse y se decían la una a la otra que habían sido mujeres muy malas; que una de ellas engañaba a su marido y él la mandó matar; y que la otra envenenaba a los hombres.

—Y las que me cogieron a mí también se decían cosas... —agregó Nachito.

—No lo crean; a veces se hacen ilusiones cuando están encantadas. Y sea como fuere, vamos a prepararlo todo, porque se pasa el tiempo y a las brujas puede ocurrírseles venir.

El duende sacó del bolsillo una cesta muy chiquita y le dijo:

—Pan, cesta, pan.

La cesta se hizo grande, y echó a andar sola, ante el mayor asombro de los dos niños. Al poco rato volvía llena de pan, lo descargaba en el comedor de una de las casas, y volvía a salir y regresaba con una nueva carga. Así estuvo haciéndolo mucho rato, hasta dejar medio llenos los dos comedores de las dos casas.

Mientras tanto, el duende se sacó del bolsillo un hacha chiquitica como la cesta y le dijo:

—Corta, hacha, corta.

El hacha se hizo grande, echó a correr sola hacia el bosque, y pronto se oyó que cortaba árboles a toda prisa. El duende se sacó del bolsillo una carretilla chiquitica, y le dijo:

—Leña, carretilla, leña.

La carretilla creció y echó a andar hacia el bosque. Al poco rato regresó con leña y comenzó a llenar las cocinas de las brujas.

Por fin, Don Yo de Córdoba se sacó de los bolsillos muchos trastecitos, y todos comenzaron a trabajar en las puertas y ventanas de las casas poniéndoles cerraduras que no podían abrirse.

Los instrumentos mágicos a quienes el duende Don Yo de Córdoba dio órdenes de que pusieran cerraduras nuevas, que no se pudieran abrir, a todas las puertas de las dos casas donde vivían las brujas, trabajaron con gran rapidez y en menos de una hora estuvo todo hecho.

Terminado el trabajo, el duende recogió sus trastecitos, los hizo volver de tamaño pequeñísimo, y se los guardó en el bolsillo. Entonces él y los niños dejaron las casas de las brujas, y se fueron andando por el bosque.

Mientras andaban, el duende les dijo:

—Si quieren ustedes, podemos esperar por aquí, cerca de las casas, a que lleguen las brujas. Nos esconderemos entre los árboles.

Los niños decidieron esperar, y las brujas regresaron pronto, como a las tres de la mañana, sobre sus palos de escoba. Estaban inquietas por Nachito y Mariquita, y en cuanto oyeron el primer canto del gallo Cantaclaro, lo pusieron como pretexto para dejar a sus amigas en el aquelarre, aunque éstas aseguraban que aquel canto no era el anuncio del día, porque el cielo estaba todavía muy oscuro. Llegaron sorpren-

didias de ver abiertas las casas, se metieron a toda prisa, y las cerraron con fuerza. Al poco rato se oyeron sus voces de azoramiento al ver tanto pan y tanta leña, y Anabolena quiso salir inmediatamente para avisar a las dos vecinas; cuando pretendió abrir la puerta, vio que no podía, llamó a Lucreciaborgia, y al fin se dieron cuenta de que allí habían puesto una cerradura nueva.

Igual pasó en la otra casa: Dubarrina quería salir para contarles a las otras lo que había encontrado y preguntarles si ellas no habían hallado cosa igual en su casa, cuando se dio cuenta de que no podían abrir las puertas. Ensayaron abrir las ventanas, y descubrieron que también era imposible. Trataron de hablarse de una casa a otra con gritos, pero no podían entenderse: la gritería era espantosa.

—Así se estarán —dijo el duende— hasta que haya quien pase por aquí y se le ocurra abrir las puertas a la fuerza, cosa que tendrá que suceder. Vámonos, pues.

Nachito y Mariquita apretaron sus anillos, cerraron los ojos, y al poco rato se encontraron en México, cerca de su casa.

—¿No sería mejor esperar a mañana —dijo Nachito— para volver a casa? Si llegamos ahora, despertamos a papá y a mamá, y ya no volverán a dormirse. Mejor sería dejar que durmieran y llegar mañana temprano.

—Vámonos a pasear a mis jardines —dijo el duendecito—, a menos que quieran dormir.

—No tenemos sueño.

Y el duende los llevó a unos jardines donde había muchas flores raras y hermosas, pero todas pequeñas, como si fueran jardines para muñecas. Mariquita estaba encantada. Nachito preguntaba cómo se había hecho aquello, y el duende le explicó que los seres pequeños como él, y con poder como el suyo, hacían casas y jardines y montañas y de todo, semejantes a aquellos en que vivían los hombres, pero más pequeños. Sólo que, cuando se cansaban, los deshacían, y después se hacían otros nuevos.

En aquellos jardines vieron el amanecer, y Mariquita preguntó si aquel era el sol que ella conocía. El duende le explicó que sí; que sus poderes no llegaban hasta hacer otro sol nuevo.

Entonces, ya de día, el duende los acompañó hasta su casa, y allí les pidió que le devolvieran los dos anillitos de ópalo, porque era mejor

que él los guardara, y les prometió verse con ellos de cuando en cuando. Nachito y Mariquita entraron a su casa, encontraron a su papá ya vistiéndose para salir y a su mamá dirigiendo a la cocinera en la cocina. Fue tanto el gusto que recibieron los papás de volver a verlos, que no los reprendieron; pero la mamá se hizo contar y repetir muchas veces la historia de todo lo que les había pasado, y los obligó a prometer que nunca volverían a irse de paseo con el duende.

CON LAS HORMIGAS Y LA CIGARRA

La Nana Lupe dio por terminada la historia de Nachito y Mariquita cuando regresaron a México, después de haber visitado Jauja y caído en poder de las brujas; pero, como le pedíamos que nos contara otras cosas que les hubiera sucedido, se puso a escarbar en su memoria y recordó cuentos nuevos.

Nachito y Mariquita —nos dijo— se estuvieron en su casa quince días sin atreverse a ver al duende, Don Yo de Córdoba. Doña María les pidió que no volvieran a verlo, y ellos lo prometieron, aunque sabían que les bastaba irse al campo y ponerse a desear que viniera el duende para que él se apareciera entre los nopales. Pero una tarde que buscaban tunas, Mariquita se acordó del duende, y tuvo ganas de que viniera, y aunque no se puso expresamente a desearlo, él se apareció.

—Ay —decía Mariquita—, no sé cómo ha venido...

—Pues tú querías verme —le respondió el duende.

—Sí, quería yo, pero no me puse a llamarlo.

—Llamarme, llamarme no... Pero como supe que querías verme, vine.

—Es que le habíamos prometido a mamá que no lo veríamos nunca más.

—Bueno, pero nada malo ha de pasarles. Yo tendré mucho cuidado de que nunca se vayan demasiado lejos y de que siempre puedan volver.

Se quedaron allí, paseando entre los nopales, buen rato, y el duende les contaba muchas cosas que ellos no sabían de las plantas y de los animales. Nachito preguntó:

—¿Es verdad que hay animales que hablan?

—Las cotorras...

—No, esas repiten palabras nada más, pero no conversan. Yo digo animales que hablan y discuten y explican.

—Pues en el mundo en que viven ustedes no los hay, o, mejor dicho, los hombres no entienden el lenguaje de los animales. Pero en mi

jardín sí puede entenderse.

—Pero nosotros hemos estado en su jardín y no oímos hablar a los animales.

—No, porque estaban durmiendo. Pero si se hubieran fijado habrían entendido lo que cantó el gallo. Si quieren ir allá...

—¿No nos pasa nada?

—No, yo cuidaré de que no pase nada.

El duende les prestó dos anillitos de virtud, y cerrando los ojos, y queriendo llegar, en seguida estuvieron en el jardín. Don Yo los llevó junto a un gran hormiguero: las hormigas, que eran grandes, no se habían contentado con abrir hoyos en la tierra, sino que habían hecho unas como chozas o jacales de dos pisos, sobre el suelo, y en ellas cabía Don Yo. Aquellas hormigas estaban acarreado muchas cosas que arrancaban de las plantas vecinas: granos, y frutitas, y hojas... Una cigarra verde se les acercó y les habló: las hormigas se hablaron entre sí, tocándose unas a otras las cabecitas, y mandaron a una de las más grandes a hablar con la cigarra. La cigarra les dijo que ya empezaba a hacer frío y que estaban secándose las plantas cuyas hojas se comía ella; como veía que ellas guardaban tantas cosas, deseaba que le dieran de comer.

Nachito y Mariquita se quedaron sorprendidos al ver que entendían todo el discurso que decía la cigarra, y les pareció que la hormiga jefe le ofrecería de comer. Pero se sorprendieron más que antes al ver que la hormiga contestaba:

—De ningún modo podemos darte de comer. Lo que guardamos es para nosotros...

—Pero algo les sobraré.

—Eso no sabemos. A veces sobra, a veces falta. ¿Tú por qué no guardas?

—Porque yo no hago casa. Yo me hospedo en árboles verdes, y me ha ido bien todo el verano, mientras hizo calor. Canto, y todos se ponen contentos.

—Pues debías guardar qué comer para el invierno, como nosotros. Debías trabajar. El que no trabaja no come.

—Pero yo trabajo. Hay días que trabajo mucho. Canto de tal manera que me siento muy cansada al llegar la noche.

—No creo que sea trabajo eso de cantar. Nosotros no cantamos.

—Pues sí es trabajo...

—De todos modos, no importa. Ya vas a morirte: tú no puedes resistir los inviernos como nosotros. El verano del año que viene, nacerán tus hijos, y nos vendrán con los mismos cuentos al acabarse el calor. Todos los que no saben pensar en el día de mañana acaban pidiéndonos dinero a los que nos creen ricos. Adiós: que te den de comer los que se pusieron contentos oyéndote cantar, si es que ellos tienen de qué.

La cigarra metió la cabeza en el hueco de una piedra, muy triste, y así se estuvo hasta que sintió que dos hormigas le tiraban de una de las alas.

—Ah, ya quieren hasta comerme —dijo—. Pues no, que todavía no me he muerto. Y mi carne pudiera hacerles daño: tal vez aprenderían a cantar.

Y echó a volar. Mariquita la llamó y se puso a conversar con ella. La cigarra seguía muy triste.

—Creo que sí voy a morirme. Me siento muy débil.

—Pues no —dijo Mariquita—, yo te haré una casa y te pondré comida en ella.

Y con ayuda del duende le arregló un nido caliente de hojas en el hueco de un árbol, y allí le amontonaron hojitas que pudiera comer. La cigarra se quedó ya contenta y cantó hasta que Nachito y Mariquita se volvieron a su casa. No cantaba ahora con tanta fuerza como antes; su voz era más pequeña, pero cantaba con más delicadeza: su canción era una canción de otoño.

CON EL CUERVO Y EL COYOTE

Aquella tarde en que Nachito y Mariquita oyeron en el jardín del duende la conversación entre la cigarra y la hormiga, y la niña le hizo nido y le dio alimento a la pobre cantora, volvieron temprano a su casa. Convencidos de que podían seguir visitando el jardín del duende sin extraviarse ni tardar en volver, a la tarde siguiente se fueron al campo y se pusieron a desear que viniera Don Yo de Córdoba. El duende apareció en seguida, bailando sobre las espinas del nopal sin clavarse, y se los llevó a su jardín.

Mariquita se puso a coger flores, una de cada mata, porque quería que todas fueran distintas, y había muchísimas, como ella sólo había visto allí. Nachito se dedicaba a ver en qué eran diferentes unas de otras.

En eso estaban cuando vieron un cuervo de plumas negras muy brillantes que picoteaba un gran pedazo de queso en el suelo. Poco a poco se le fue acercando un coyote, y cuando ya iba a echársele encima lo vio el cuervo, y voló, llevándose el pedazo de queso en la boca, hasta plantarse en una rama de árbol. El coyote se quedó abajo, mirándolo, y pensó que no lo podía alcanzar.

—Vuela demasiado —decía en voz baja— y no lo he de poder devorar. Pero si pudiera quitarle el queso, que parece del mejor de Holanda... Qué bien se ve lo anaranjado del queso, con lo rojo de la cáscara, junto a las plumas negras del cuervo. Son tan negras las plumas, que azulean. Las últimas palabras las dijo ya en voz alta, y el cuervo comenzó a poner atención. El coyote siguió hablando alto:

—Don Cuervo es un ave muy hermosa.

El cuervo lo miraba con asombro, pero en su expresión se veía que no estaba convencido de que el coyote hablara desinteresadamente.

—Lo engañaré con la verdad —oyeron los niños que decía en voz baja el coyote; y luego, levantando la voz:

—Yo bien sé que la gente dice que el cuervo es feo; pero hay tanta gente de mal gusto... Basta ver los Kewpies y los Bilikens que tienen en

sus casas. ¡Cómo va uno a hacer caso de lo que dicen! Pero luego, cuando quieren elogiar a una mujer de pelo negro dicen que su cabellera es como el ala del cuervo: quiere decir que los poetas sí se han dado cuenta...

Mariquita estaba azorada del largo discurso que echaba el coyote, y no comprendía que elogiara tanto al cuervo cuando poco antes se lo había querido comer.

—Lo negro muy negro es hermosísimo —seguía diciendo el coyote—. Sobre todo, cuando de negro que es se ve azul. Mi pariente el zorro, muy amigo de los cuervos que comen queso, me cuenta que en Grecia, donde él nació, había un dios de cabellos negros y le cantaban himnos diciéndole que tenía los cabellos azules. El zorro dice que eso era porque se embriagaban para cantarle al dios; pero no es verdad: es que aquella gente sí sabía lo que decía, y sabía ver... El zorro es demasiado práctico: no le gustan las cosas bellas; no piensa más que en su provecho. Yo, aunque soy de la familia, soy de otro modo. Como nací en México, sé ver y sé oír.

El cuervo miraba ahora con mucho interés al coyote.

—Y francamente, no sé por qué atacan al cuervo. Dicen que saca los ojos, y que se los saca hasta al que lo cría. Pero yo nunca he sabido que nadie haya visto suceder eso. ¿Por qué no se defenderá el cuervo? Él, que sabe hablar con voz de hombre.

El cuervo no resistió más, y rompió a hablar:

—Calumnias, calumnias...

Al abrir la boca, el queso se le cayó y el coyote se le echó encima. El cuervo, azorado, dejó de hablar; luego, al darse cuenta de lo que le había sucedido, echó a volar furioso detrás del coyote, dándole picotazos en la cabeza. El coyote se detuvo para defenderse y atacar por su parte, pero le era imposible hacerle nada al cuervo. Entretanto, el queso rodaba por el suelo y Nachito se apoderó de él:

—Basta de pelear —les dijo—. Le devuelvo su queso al cuervo, pero le quitaré un pedazo para el coyote, en castigo de haberse dejado engañar.

—Es que todo el queso es mío —gritó el cuervo.

—El queso será de quien lo hizo, y no tuyo: tú se lo robaste a su dueño. Así es que conténtate con lo que te devuelvo.

CON LAS RANAS

Aquella misma tarde, cuando se alejaron el cuervo y el coyote, Nachito y Mariquita siguieron paseándose por los jardines de Don Yo de Córdoba. Llegaron a un estanque, y oyeron cantar muchas ranas:

—Brekekekex, brekekekex, coac coac.

Mariquita y Nachito cogieron piedras y las tiraron al estanque. El coro de ranas siguió croando:

—Brekekekex, brekekekex, coac, coac.

Los niños estaban azorados de ver que no se callaban con las pedradas, pero poco después cuando parecía que estaban más contentas, olvidadas de las piedras, se callaron todas. Así estuvieron unos minutos, y al fin volvieron a croar:

—Brekekekex, brekekekex, coac, coac.

Volvieron a tirarles piedras, y siguieron ellas croando, pero al rato se quedaron en silencio, para volver a empezar después. Nunca parecían hacer caso de las piedras sino después de pasado buen rato.

—Son muy curiosas mis ranas —les dijo el duende—. Nunca quieren confesar de una vez que tienen miedo.

Anduvieron los niños otro poco, y vieron un pozo con brocal bajo, y de él subían grandes ramas de helechos. A la orilla del pozo había dos ranas, solas, conversando.

—Coac, qué bueno que hemos encontrado este pozo. Ya estaba yo muy cansada de tanto saltar. Buen trecho hay desde el estanque que se nos secó hasta aquí.

—Pues no estaba yo menos cansada, coac, coac —dijo la otra—. ¿No será bueno meternos en el pozo?

—Coac... no. Hay que ver bien. ¿No será demasiado hondo? Figúrate: si se seca, ¿cómo salimos después?

—Tienes razón. Habrá que informarse primero.

Nachito, que ya iba tomando la costumbre de conversar con los animales, les habló:

—¡Qué prudentes son las señoras!

—Sí que hay que ser prudentes —le contestó la rana calculadora—. En nuestra familia hemos aprendido con la historia de nuestras antepasadas y el dios Zeus.

—¿Pues cómo fue eso?

—Una vez las ranas de una gran laguna, muy al norte de Grecia, querían rey. No eran enteramente griegas, de manera que no tenían aspiraciones democráticas, como los griegos de verdad, que se gobernaban entre todos; querían rey, como los bárbaros.

—¿Sólo los bárbaros tienen reyes? —preguntó Mariquita.

—Es cuestión de opinión —dijo la rana—. Los griegos así pensaban. Ello es que aquellas ranas, a las que yo no me parezco, le pidieron rey al dios principal en que creían los griegos, a Zeus.

—¿Y por qué no a Dios, como nosotros? —volvió a preguntar Mariquita.

—Pon tú que le llamaran Zeus y que fuera el mismo.

—Pero decías que dios principal... ¿Creían que había muchos?

—Eso dicen, bueno, tú crees que hay Dios y muchos santos; pues así creían ellos que había dioses mayores y menores... Zeus, el mayor de los dioses, les tiró un palo desde arriba. El palo, al caer, hizo mucho ruido, las ranas se asustaron y se escondieron debajo del agua; pero luego, viendo que todo estaba tranquilo, fueron sacando las cabezas, y las más valientes se fueron acercando al palo:

—Señor, coac... Brekekekex, señor... El palo no contestaba; las ranas siguieron acercándosele, y acabaron por subírsele encima... A los pocos días no hacían más que reírse de él, diciendo que no servía para nada, ni mandaba, ni se daba a respetar, y se figuraba que lo iban a tomar por sabio porque no hablaba... Al fin armaron una revolución, y entre todas sacaron de la laguna al palo, que no hizo nada por impedirlo ni se defendió de ninguna manera. Ya triunfantes, se lanzaron todas a la laguna, gritando al cielo: —Brekekekex, brekekekex... Otro rey, otro rey... Las muy bárbaras se parecían a los bárbaros que piden: Otro toro... Zeus, enojado por la injusticia que cometieron con el rey pacífico, les echó ahora un culebrón, que las

devoró a todas, excepto a las pocas que se salvaron huyendo por caminos polvorientos hasta que pudieron encontrar otra laguna. Si no huyen, se habría acabado entonces la especie de las ranas.

Cuando la rana prudente acabó la historia de las imprudentes que pedían rey, Nachito declaró que era muy interesante.

—¿Y desde entonces son prudentes las ranas?

—No crea, hay de todo. Después de aquello del rey que se las comió, sucedió la historia de la que quiso parecerse al buey.

—¿Pues cómo fue eso?

—No sé bien. Unos dicen que la rana era muy vanidosa y quiso competir con el buey en tamaño, otros dicen que estaba contando el cuento muy a lo vivo; ello es que se puso a inflarse, inflarse, inflarse... y cuando ya estaba resultando enorme ¡puf! reventó... Pero tengo mucha sed, voy a beberme las gotas de agua que hay en las hojas de este helecho que sale del brocal del pozo.

—No te vayas —dijo Mariquita— cuéntame otras historias de tu familia.

—Te puedo dar buenos informes —dijo Nachito— si nos dices más. Bebe y vente.

La rana subió a saltos al brocal, bebió y regresó a conversar.

—Pues sí, no se han acabado la imprudencia ni la vanidad entre las ranas. Hubo una que vivía en los charcos de un camino y le aconsejaron que se mudara de allí. —¿Por qué? —contestó—. Aquí he vivido siempre, y nunca me ha sucedido nada. Aquí vivió mi madre, y murió de vieja. Aquí vivió mi abuela... —“Bueno, y tu bisabuela, y tu tatarabuela; pero hay peligro...”

—“Es que tenemos práctica, y cuando se acerca una carreta nos apartamos.”

—“Eso irá bien con las carretas, pero ahora van a pasar por aquí carros nuevos, que van muy aprisa. Se llaman automóviles. Adiós.” —La consejera se apartó del camino, y en ese momento vino corriendo el primer automóvil que pasaba por aquel camino. La rana de los charcos no tuvo tiempo de apartarse, y el automóvil la aplastó.

—¡Qué tontas son las ranas! —dijo Mariquita oyendo las historias que le contaba la rana viajera.

—No creas que sólo las ranas son tontas. ¿Pues y las gentes? Te podía contar yo cada cosa que he sabido de los hombres.

—No, yo no quiero que me cuentes cuentos de nosotros. En mi casa oigo bastantes... Quiero saber de las ranas.

—Pero es bueno que pienses que todo lo que nos sucede a nosotros puede muy bien suceder entre los hombres. Los animales no somos los únicos que tenemos defectos. Así es que todo lo que me oigas contar aplícalo, y verás que te sirve. Tu ocurrencia me hace recordar la historia de una de nosotras con una gallina.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Estaba una vez una rana croando sola: “Brekekekex coac”, cuando oyó un gran escándalo: “Co-co-co-co-co-coriaco, co-co-co-co-co-coriaco”. Como era muy curiosa, quiso saber qué sucedía y a saltos se fue buscando el lugar de donde venía el ruido. Pronto vio que era una gallina, la cual cacareaba rodeada de otras muchas, que la miraban fijamente y de cuando en cuando decían en voz baja y muy despacio: “Creo, creo”. La rana quiso saber más, pero era peligroso acercarse a las gallinas saltando por el suelo, porque la podían picotear, así es que se subió a un arbolito, y desde allí, sintiéndose segura le habló a la gallina escandalosa: “Brekekekex, brekekekex, ¿qué pasa?” La gallina, encantada, se esponjó y le contestó: “Coco-co-ria-co, acabo de poner un huevo”. La rana se echó a reír: “Coac, coac, coac... ¿Y eso es todo?” La gallina, furiosa, quiso volar hasta el arbolito a picotearla, pero no pudo, porque tenía un ala recortada precisamente para que no volara bien; entonces se contentó con responderle a la rana: “Pues sí es todo, pero un huevo sirve de algo... En cambio tú te pasas todo el santo día gritando ¡Brekekekex! y no haces nada de provecho. Antes de ponerle faltas a otro, fíjate si tú no las tienes también”.

La rana que contaba los cuentos, al acabar, dijo que tenía sed, y que además ya era tiempo de darle los buenos informes ofrecidos.

—Otra historia —pidió Mariquita— y te decimos lo que quieres saber.

—Bueno, voy a beber primero.

—Bebe y vente.

La rana fue a saltitos, hasta el brocal del pozo, bebió en los helechos, y volvió a hablar.

—Es verdad que a veces somos vanidosas las ranas. Por eso una de nosotras, que era prudente, le advirtió a una de sus hijas: “¿Ves esa

caña que baja por el río, con aire como de cosa importante? Pues no vale nada: Es hueca y vacía”. Pero ya estoy cansada de tanto hablar y de tanto andar, y todavía no sé dónde voy a vivir.

—Pues síguenos y verás: no tienes que meterte en este pozo, que es hondo; aquí cerca hay un buen estanque.

Echaron los dos niños a andar y las dos ranas a saltar, hasta llegar al estanque, donde había tantas otras. Las dos viajeras se lanzaron al agua muy contentas, y se despidieron de Nachito y Mariquita.

—Muchas gracias. Adiós. Brekekekex, brekekekex.

CON EL LEÓN

Después de su conversación con las ranas viajeras, Nachito y Mariquita regresaron a casa cuando ya iba a ser de noche. Tenían temor de que su mamá supusiera que andaban de paseo con el duende y le contaron que se habían detenido frente a una laguna que descubrieron, tirándoles piedras a las ranas. La mamá les dijo que la ocupación le parecía muy poco interesante y el papá les aconsejó que no se entretuvieran en hacer daño a los animales; pero los niños les aseguraron que sólo tiraban piedras a la laguna por ver cuánto tiempo tardaban las ranas en callarse.

Al día siguiente, volvieron a pasear con Don Yo de Córdoba, pero le dijeron que ya estaban cansados del jardín y que preferirían un bosque, con árboles grandes.

—Pero eso sí, que en el bosque podamos también entender lo que dicen los animales.

—Muy bien, así lo haremos, junto al jardín tengo bosques muy hermosos.

Y el duende se los llevó a un bosque de pinos, y a poco de llegar vieron allí un venado grande, de piel lustrosa y manchada, con gran ramazón de cuernos. El venado estaba mirándose en un gran charco, y Nachito le preguntó.

—¿Qué haces allí?

—Me miro y me admiro.

—¿También los venados son vanidosos? —dijo Mariquita.

—No es vanidad —contestó el venado—. Es que soy realmente hermoso. Mi piel es lustrosa como la seda. Pero fíjense bien: no soy uno de esos venados amarillos, que no se ven mal, pero que resultan vulgares. Mi piel es más oscura y tiene manchas. ¿Y han observado mis cuernos? Son hermosísimos. ¿Nunca han visto los árboles en invierno cuando no tienen hojas? Pues tengo más cuernos que ramas tiene cualquier árbol. Y además ¡qué bien repartidos están! Forman una

corona magnífica.

Mariquita, que a veces le daba por burlarse, le dijo:

—Pero tienes las patas muy flacas.

El venado se disgustó con aquello, pero disimulando dijo:

—Sí, no son muy gruesas. Es lo único que no me agrada por completo...

Nachito le observó:

—Pero así flacas te sirven para correr.

El venado respondió:

—Yo preferiría...

Pero no pudo seguir, porque se acercaban unos cazadores. Echó a correr, y los cuernos se le enredaron entre las ramas de un árbol bajo. Nachito y Mariquita lo miraban con interés, temiendo que no pudiera escapar de los cazadores. Pero el venado pudo desenredar los cuernos de las ramas y volvió a correr como el viento. Los cazadores no pudieron cazarlo.

—Ya ven —les dijo el duende— los cuernos de que estaba tan orgulloso el venado iban a ser la causa de su muerte; en cambio, las patas, que lo avergonzaban, son las que lo han salvado.

Pasaban por allí dos coyotes, y uno de ellos saludó a Nachito:

—Buenas tardes. Supongo que te acordarás de mí. Yo soy el del queso del otro día.

—¿Qué buscabas ahora por aquí?

El coyote, que era franco, le dijo:

—Creí que los cazadores matarían al venado, y quería comerme lo que dejaran. ¡Pobres venados! Se creen la gran cosa, porque tienen grandes cuernos, hermosa piel y buena carne, pero por eso mismo los matan. Y cuando no mueren por los cuernos, mueren por los pies.

—¿Cómo así? —preguntó Nachito.

—Pues que caen en trampas y quedan presos de los pies. Así sucedió con aquél que cogimos cuando íbamos cazando con el león.

—¿Pues cómo fue eso?

—Creí que la cosa era bien conocida. Una vez decidimos tres coyotes cazar en compañía de un león. Como el león muchas veces deja la parte que no le gusta de los animales que mata, y nosotros nos la

comemos, creímos que a todos nos convendría el arreglo, porque nosotros podríamos coger, con nuestra astucia, animales que él no podía matar por sorpresa, como lo hace. Así es que hicimos una trampa, y cayó en ella un venado. Era lo primero que cogíamos desde que nos juntábamos para cazar. El león tenía hambre, porque hacía días que no lograba coger nada, y cuando lo llamamos para que hiciera el reparto del venado, tomando para sí las partes mejores, que le gustan (por ejemplo, los sesos), le dieron ganas de comerse todo el animal, y dijo: “Haremos cuatro partes: ésta, la primera, será para mí; la segunda será para el más valiente, y me toca a mí, porque el más valiente soy yo; la tercera será para el más fuerte, y me toca a mí, porque el más fuerte soy yo; la cuarta será para mí también, porque me llamo león”. Naturalmente allí acabó nuestra sociedad de cazadores.

—¡Qué bandido es el león! —dijo Mariquita, cuando terminó el cuento en que el rey de los animales, como le llaman a veces, se adjudica todas las porciones de la caza.

—¿Crees tú —dijo el coyote que había contado el cuento— que sólo los leones hacen eso? Los hombres fuertes, si son injustos, también...

—Pero el león tiene buena fama —dijo el otro coyote— y muchas veces no la merece. Acuérdate de aquél que se hizo el enfermo.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Una vez un león estaba poniéndose viejo y apenas podía cazar. Comenzó a pasar hambres. A veces tenía que comerse las sobras que dejaban otros animales menos fuertes, lo cual, para uno de sangre real, es una gran humillación. Por supuesto, él esperaba que nadie lo viera; pero los coyotes a veces lo sorprendíamos, y no le decíamos nada para que no se enojara. Viejo y todo, era peligroso andar cerca de él cuando estaba irritado.

—¡Pobre! —dijo Mariquita—. ¿Y nadie lo ayudaba?

—Sí, los chacales, que adulan siempre a los leones; pero no podían conseguirle gran cosa, porque sólo tienen buen olfato para las cosas podridas. Bueno, el león se hizo el enfermo y mandó a los chacales que se lo dijeran a todo el mundo por los bosques, y les rogaran a todos que fueran a visitarlo, porque se sentía muy solo. Además, el león todavía se cree rey, y espera que se le haga homenajes.

—¿Pues ya no es rey el león? —preguntó Nachito.

—Ya no; también entre los animales van acabándose los reyes. Como

hemos visto que los hombres pueden acabar con todos nosotros, ya no le tenemos respeto especial a ninguno. Pero no faltan animales que crean todavía en eso de los reyes y la nobleza y las cortes, y muchos fueron a visitar al león, a veces nada más que por darse tono y contar que tenían amistad con el gran personaje. Yo me encontré a un venado que iba rumbo a la cueva y le dije: “¿Qué es eso? En otro tiempo decías que el león era muy tirano; que los que sabíamos matar debíamos hacer una revolución en contra suya; pero ahora vas a visitarlo”. —“No, enemigo suyo nunca he sido; ya ves que siempre me respetó, aunque hubiera podido matarme, como a muchos parientes míos; en realidad, nos llevábamos bien... Es de buenos sentimientos, y, de todos modos, personaje muy distinguido, de la mejor familia del reino animal. Yo no creo en esas cosas de cortes, pero siempre...” —“Bueno, el tigre... Realmente, es demasiado feroz; pero ¡qué animal tan elegante! ¡Qué piel! ¡Qué movimientos! Feroz y todo, no pierde la distinción”. —“No, claro, mata muy bien. Un zarpazo, y ¡zas! queda partida en dos la víctima. ¿Nunca has visto los de Bengala? Tienen dos metros de largo...” —“¡Qué mal gusto! —interrumpió el venado, tembloroso—. No hables así de cosas tan tremendas”. —“¿Es de mal gusto? Pues y la pantera...” —“Se ve que le tienes mala voluntad a la familia. Adiós”. —“Adiós —le contesté—, déme noticias de Su Felina Majestad al regreso”. Y allá se fue, muy orondo, con los cuernos muy en alto y esponjando la piel para que la admiraran; yo creo que por la piel se figuraba que valía tanto como la familia real. ¡El pobre! Así le fue...

—¿Pues qué le pasó? —dijo Mariquita.

—Ya verás. Yo veía a muchos animales ir a la cueva del león, pero nunca me acerqué. Los chacales vinieron a verme: “¿Qué es eso? Su Majestad está muy sorprendido de ver que no vas a visitarlo, ni tú ni nadie de tu familia”. —“Muchas ocupaciones, amigo mío; cuesta trabajo ganarse la vida. Apenas hay qué comer; hay muchos muertos, con la sequía. Ya ves que el león, con ser quien es, apenas tiene qué llevarse a la boca”. El chacal frunció el entrecejo: “¿Que no tiene qué comer el león? No sé quién andará contando eso. Quieren desacreditar a la familia real. Política, intrigas... Pues ahora que está enfermo, le llevan andando solos los platos ¿verdad?” —“No sé qué quieres decir. No se puede tratar con esta gente, que ha perdido el respeto a la autoridad”. Y se fue el chacal, agitando la cola con furia.

—¿Y qué era eso de los platos que andaban solos? —preguntó Nachito.

—Hijo mío, los animales que entraban allí no volvían a salir. Cuando murió aquel león, porque su vejez ya no tenía remedio, fui a visitar la cueva. Lo primero que me encontré fue la piel de aquel venado presuntuoso que quiso presumir de amigo del león.

—Yo he oído —dijo Nachito—, que el león es una fiera generosa.

—Pues a veces sí —dijo el coyote del queso—. Cuando tiene toda su fuerza hace cosas buenas. Así aquella vez del leopardo y el perro.

—¿Pues cómo fue eso?

—Una vez acababa un león de matar un toro. Estuvo esperándolo subido sobre una roca, hasta que el toro pasó cerca. Entonces saltó sobre él, montándosele en la espalda, y con dos zarpazos le abrió la cabeza. Un leopardo de muchas pretensiones había estado acechando también al toro, desde un árbol y cuando vio que el león lo había matado se acercó a reclamar una parte. —“Yo te doy con gusto una parte para que comas, pero ¿por qué reclamas como si tuvieras derecho a ella?”

—“Porque tengo derecho —contestó el leopardo—; yo he estado acechando al toro”.

—“Pero eso no te da ningún derecho; tienes demasiadas pretensiones, y cualquier día reventas de vanidades; pero te aseguro que no reventarás de comerte a este toro, porque no te tocará ni la pezuña”.

—“Es que...”

—“Nada, acércate si te atreves”.

El leopardo vio que el león estaba irritado y se azotaba a sí mismo con la cola; tuvo miedo, y se fue refunfuñando, gruñendo entre dientes; que si el león era un tirano insoportable, que si abusaba de su fuerza...

—Pues la verdad es que sí abusaba —interrumpió Nachito.

—Eso depende de cómo miremos las cosas. Si quieres decir que el león se le impuso al leopardo porque sabía que su fuerza era superior, es verdad. De todos modos, en seguida demostró generosidad. Andaba por allí un perro salvaje, con mucha hambre y miraba el toro muerto sin atreverse a acercarse. El león lo vio, y, calmado el enojo que tenía contra el leopardo, le invitó a acercarse y a comerse un pedazo del toro. Pero el perro no se atrevía.

—“¿Tienes miedo?” —preguntó el león.

—“Pues la verdad... la verdad es que sí”.

—“Pero no debes tener miedo; acércate”.

—“...Gracias, pero...” Y el perro seguía sin acercarse. Entonces el león partió en dos pedazos al toro, se llevó uno y le dejó el otro al perro salvaje diciéndole:

—“Te dejo ese buen pedazo, y me voy de aquí para que puedas comértelo, en paz y sin temor”.

Acababa el coyote de contar el cuento cuando apareció un león. Mariquita ya estaba asustándose y Nachito lo miraba con asombro, cuando el duende les dijo:

—No tengan miedo. El león no se acercaría sin mi permiso y no se atrevería a hacerles daño. Además, ha comido bien.

—No vengo —dijo el león— sino a conversar. Oí que hablaban de mí y quise venir. Los leones, yo creo, sabemos ser tolerantes con los débiles. Y a veces nos recompensan muy bien. Así me pasó con el ratón del campo.

—¿Pues qué sucedió?

—Una vez estaba yo durmiendo debajo de un árbol, y un ratón hacía ruido corriendo entre las hojas secas y me quitó el sueño. Desperté rugiendo, y el ratón no me hizo caso, seguía removiendo las hojas secas y se escondía entre ellas, jugando conmigo, aunque me veía disgustado. Al fin lo atrapé, y ya lo iba a aplastar de un manotazo cuando me rogó que le perdonara la vida. Así lo hice. Poco después, caí en una trampa de cuerdas, y aquel ratón, oyéndome rugir, acudió a verme, y al darse cuenta de lo que me pasaba royó las cuerdas y me libertó.

—Yo he oído contar —dijo Nachito— que una vez un hombre le sacó una espina de una pata a un león, y que el león no quiso comérselo cuando se lo echaron en el circo para que lo devorara.

—Es posible —dijo el león que visitaba el bosque del duende— aunque la historia no me la habían contado. Lo que sé es que ahora en los circos no nos echan ni conejos qué devorar, cuando menos hombres.

—Eso —terció el duende don Yo— sucedió en el circo romano, hace mucho tiempo: entonces sí se echaban hombres a las fieras. Ahora dicen los hombres que eso estaría muy mal.

—¡Quién sabe! —dijo el león—. Yo creo que si se hiciera iría mucha gente a verlo. Dicen que en Yanquilandia la gente va a ver quemar hombres como si el espectáculo fuera muy divertido.

—Los yanquilandeses dicen que eso no es malo —agregó uno de los coyotes— porque los hombres a quienes queman son negros y no les parecen iguales a ellos. Pero yo los he visto quemar blancos. La costumbre de quemar...

—Francamente —dijo el león— no sé por qué los hombres acusan tanto a las fieras. Los leones no nos matamos unos a otros, ni los lobos; pero el hombre es lobo para el hombre ¡Y vanidosos! Hasta presumen de fuertes. El otro día tuve aquí mismo una discusión con un hombre, a quien Don Yo de Córdoba invitó a cazar (cosa que no debía hacer, porque introduce el desorden en el bosque)...

—Si los leones tienen derecho a cazar en este bosque —dijo el duende— ¿por qué he de prohibírsele a los hombres, cuando son mis amigos?, además que sólo los dejo cazar animales que abundan, como los venados.

—Bueno —continuó el león— el hombre aquel no pretendía atacarme a mí, sino al contrario, conversar, y me aseguraba que yo no era rey de animales ni cosa que lo valiera, porque los hombres eran más fuertes que los leones. Yo le dije que era absurdo decir eso; se comprende que el hombre se declare más inteligente que el león, porque hace más cosas que el león que requieren su inteligencia; construye ciudades, barcos, carros... La verdad es que esas cosas puede hacerlas porque anda en dos pies y tiene manos. Los que sólo tenemos patas no podemos hacer muchas cosas aunque nuestra inteligencia nos diga cómo pudieran hacerse... ¡Pero pretender el hombre llamarse más fuerte que el león! De todos modos, aquel hombre quiso demostrarme la superioridad del hombre, y me llevó a la salida del bosque donde hay una estatua de Hércules venciendo al león de Nemea.

—“¿No ves?” —me dijo—. “Ahí tienes la prueba, ahí tienes al hombre venciendo al león”. —Eso es pintar como querer. Otra cosa sería si la estatua la hubiera hecho un león.

—¿Y es verdad —preguntó Nachito— que hubo un león que se enamoró de una muchacha?

—Eso dicen, pero yo no lo vi. Dicen que se enamoró de la hija de un hombre del campo, y quería casarse con ella; pero el padre tenía miedo

de que la devorara, así es que le dijo que, por ser hija delicada y débil, era necesario que el león se sacara los dientes y se cortara las uñas. El pobre enamorado aceptó, y cuando se presentó sin uñas y sin garras, el campesino agarró una tranca y le partió la cabeza.

A Nachito le divertía mucho conversar con el león, sabiendo que la fiera no le haría nada, y hasta Mariquita encontraba aquello muy interesante. Como era maliciosa, le dijo:

—Pero si los leones son tan justos ¿por qué cuentan aquello de “porque me llamo león”?

—Raum —rugió el león, como si fuera a disgustarse— yo no sé si es verdad, pero no crean que siempre nos asociamos con otros animales que saben portarse bien. Mal me fue con aquel lobo, pariente de estos señores coyotes.

—¿Pues qué pasó? —preguntó Nachito.

—Viajaba yo por los Estados Unidos, y como no conocía bien el terreno me asocié con un lobo. Una vez, ya cayendo la tarde, oímos el “be-eh-eh” de las ovejas. El lobo, conociendo que era caza menor, dijo: “Ésta es la mía; nada más fácil que matar dos o tres ovejas, y me luzco con este personaje extranjero. A él le dejaremos matar toros, búfalos y demás”. Declaró que iba en seguida a buscar la comida del día; que era cosa de pocos minutos; que yo no tenía que molestarme... Se fue, y al rato volvió diciéndome que estaban muy flacas y no valía la pena comérselas. “Bueno —dije yo— pero flacas y todo lo mejor es comérselas. Hasta ahora no hemos cazado nada en el día”. —“Es que de veras, señor, de veras no valen la pena —insistía el lobo—, como son puro hueso van a hacerle daño a los dientes”. —Me como yo los huesos si es preciso. Voy a ver esos animalitos”. Me fui en dirección de donde se oían los balidos, y descubro que las ovejas no estaban solas, sino que las iban llevando a recoger en los rediles sus pastores acompañados de buenos perros. El lobo se había asustado, y no quería confesar la verdad. Estaba como su pariente el zorro con lo de las uvas. —¡Señor! —exclamaron los coyotes—. Hoy toca hablar mal de toda nuestra familia.

—¿Pues cómo fue eso de las uvas? —preguntó Nachito.

—Ya te lo contaré después; pero creí que lo sabrías, porque hasta los cachorritos conocen el cuento. Bueno: vi por qué se había asustado el lobo, y le di la razón, aunque me disgustó su mentira. Era cosa de

arreglárselas para atrapar dos o tres de aquellas ovejas, que no tenían nada de flacas. Me escondí detrás de unas rocas y comencé a rugir: no era cosa de salirle al frente a aquellos pastores, que iban vestidos como los cowboys de cinematógrafo y llevaban pistolotas y rifles. Cuando oyeron rugidos, apretaron el paso; los perros se pusieron a ladrar, y corrían de un lado para otro juntando las ovejas. Yo seguí rugiendo y ellos iban cada vez más aprisa. Al fin echaron a correr, y yo detrás, escondiéndome siempre y rugiendo. Con la prisa dejaron atrás dos ovejas, y yo les eché mano; estaban muy sabrosas. Todavía le di de comer al lobo, porque, al fin y al cabo, en tierra extraña, pensé que me convenía su ayuda. Pero me disgusta la mentira de los lobos y todavía más la de los zorros.

—¿Pues qué hizo aquél de las uvas? —insistió Nachito.

—Pues igual cosa que el de las ovejas. Vio unas uvas que colgaban en racimos sobre una tapia, y estaban diciendo: “Cómeme” digo, a los que comen uvas, porque yo no las pruebo. El zorro creyó que sería fácil alcanzarlas, y se puso a saltar, pero fue inútil, estaban demasiado altas. Después de ensayar muchas veces, se convenció de que no las alcanzaría, y se quedó contemplándolas buen rato. En eso pasó por allí un cuervo, y como los cuervos les tienen mala voluntad a los zorros desde el asunto del queso, le preguntó con burla: —“¿Qué tal? ¿Tenemos ganas de uvas?” —“¡Oh no! —contestó el zorro— no están maduras”. —“Pues para mí, como no están demasiado altas, sí están maduras”.

Nachito y Mariquita estaban divertidísimos con la plática del león (inunca se habían imaginado poder conversar con el rey de los animales!) y se les iba pasando el tiempo, cuando el duende Don Yo de Córdoba les advirtió que debían regresar a su casa, porque se les iba a hacer tarde. Se fueron, pues, y llegaron al anochecer con gran disgusto de la mamá, que decía:

—Yo creo que estos niños ven al tal duende. Mañana voy a buscarlos a la escuela.

—No, mamá —dijo Nachito—, no hay necesidad. Nosotros vendremos temprano.

CON EL CAMELLO

Al otro día Nachito y Mariquita le dijeron al duende que no irían con él, ni tampoco en los días siguientes. Regresaron temprano a su casa aquella tarde, y después cada día regresaban con un poquito más de retraso, pero sin irse con el duende. Entre tanto, Nachito le pedía a su papá que le comprara libros donde hablaran de animales. El papá le trajo de México uno con muchas ilustraciones, que representaban animales de todas clases. Nachito leyó mucho sobre cómo eran esos animales, y cómo vivían, y mil cosas muy curiosas; Mariquita, más perezosa para leer, se contentaba con saber lo que su hermano le refiriera de sus lecturas. Al fin, entusiasmado con todo lo que había aprendido, decidió que volvieran a visitar los bosques del duende, y una tarde lo llamaron y se fueron con él.

Nachito dijo que quería conocer los camellos, y el Don Yo hizo venir uno. Mariquita se lo encontraba gracioso con sus jorobas, y aunque no le dijo nada comprendió el camello por qué ponía ella la cara risueña al mirarlo.

—Yo sé —murmuró al fin el camello— que mi figura les parece ridícula a muchos.

—Pero eres muy útil —le dijo Nachito—. En los desiertos sirves de mucho.

—Claro está, porque sé pasarme semanas enteras sin comer y hasta sin beber. Pero nadie se burlaría de mí si mis antepasados hubieran tenido buen juicio.

—¿Pues qué sucedió?

—Uno de mis antepasados se quejaba con Zeus, el dios griego, cuando repartió sus dones a los animales, de que le habían dado poco. —“¿Crees que te he dado poco?” —le dijo Zeus—. “Te he dado resistencia como a muy pocos animales. Muy pocos tienen la vida asegurada como tú.” —“Pero no tengo con qué atacar a mis enemigos.” —“No te hace falta.” —“Pues yo creo que sí: el león y el tigre tienen

garras, el jabalí tiene colmillos, el toro cuernos...” —“Pero repito que no te hace falta nada de eso.” El animal siguió insistiendo, y Zeus disgustado le dio un golpe en la espalda, y le salió allí una joroba. Inmediatamente a todos los camellos que ya existían les salió allí una joroba en la espalda. Uno de ellos, al verlo, corrió a hablarle a Zeus y a quejarse, pero como iba de mal humor le faltó al respeto y entonces Zeus le hizo salir una segunda joroba. Por eso hay ahora dromedarios con una joroba y camellos con dos.

—Pero ahora los camellos tienen mucha paciencia, ¿verdad? —preguntó Nachito.

—Sí, desde entonces aprendimos, porque todavía otro volvió a quejarse y entonces Zeus le recortó las orejas y a todos se nos quedaron cortas. Comprendemos que lo mejor es acostumbrarnos a la suerte que nos toca y tratar de mejorarla con nuestro trabajo pero no con quejas. Muchos no saben las ventajas de su propia situación hasta que una experiencia se la demuestra. Y si no, aquí está el burro que lo diga.

Un borriquito blanco se acercaba, y terció en la conversación:

—Yo a veces me quejo de que se burlen de mí y me tomen como ejemplo de estupidez, pero me acuerdo de lo que me contó mi padre.

—¿Pues cómo fue eso?

Iban mi padre, con otros burros, llevando a cuestras a unos indios cuando vieron pasar una caballería muy briosa con militares bien vestidos como jinetes. Los burros se pusieron a quejarse de que a ellos nunca les tocaba llevar tan buenos arreos ni darse tanta importancia como aquellos caballos. En eso se encontraron los militares con enemigos y se pusieron a pelear. Al poco rato, muchos de aquellos caballos habían sido heridos o muertos. Entonces mi padre les dijo: “No creo que tengamos nada que envidiar a la suerte de los caballos.”

—¿Estarán todos los animales descontentos de su suerte? —preguntó Nachito al camello.

—No sé; es probable que sí.

—Pues hay unos que parecen satisfechos, como los venados —observó Mariquita—. ¿No te diste cuenta?

—Y es verdad —dijo el borriquito—. Aquí viene el pavo real, que es de los más vanidosos.

Y dirigiéndose al ave:

—¿Tú eres feliz, verdad? Digo, mirando cómo te esponjas para que te vean tus maravillosas plumas.

—Es verdad que mis plumas me gustan mucho y hago que todos las vean. Pero procuro que todos olviden mi voz. Uno de mis antepasados era favorito de la diosa Hera, la esposa de Zeus; oyó cantar al ruiseñor, y tuvo envidia; le pidió a la diosa que le concediera una voz como aquella: “El ruiseñor es un pajarillo insignificante y feo: ¿por qué se le ha concedido tan buena voz?” La diosa, enojada por su envidia y su codicia, le contestó: “Las cosas buenas están repartidas igualmente entre todos los animales. Si el ruiseñor tiene voz, tú tienes plumaje, y eres de buen tamaño. En tu plumaje llevas el resplandor del arco iris, ¿qué más quieres?” Y desde entonces los pavos reales no podemos aspirar a tener buena voz. Pero ya ves, hay quienes nos envidian.

—¿Quién? —preguntó Mariquita.

—Pues el grajo.

—¡Ah! —exclamó Nachito—. Yo he visto ese pájaro en mi libro. Es muy feo.

—Pues el grajo a veces se roba nuestras plumas y se las pone. Durante buen rato se pavonea con ellas, y los otros animales creen que es uno de nosotros, pero al fin se le acercan y ven que tiene otra cabeza, y que todo él es distinto, y empiezan a quitarle las plumas a picotazos, hasta que lo dejan como es, en medio de grandes risotadas.

—Y luego —terció el duende— como dicen: “Cuando falta el pavo real hace la rueda el pavo.” O como le llamaban los aztecas, el guajolote.

—Ahí tienen ustedes al animal vanidoso —dijo el pavo real—. Ese tiene poca cosa de qué estar orgulloso, y sin embargo, se esponja y abre sus plumas como si fueran iguales a las mías.

—Pero es muy bueno para comer —dijo Mariquita—. En mole ífff! es para chuparse los dedos.

—Eso será bueno para los hombres —contestó el pavo real—, pero al guajolote no debiera ponerlo orgulloso.

En el bosque cantaban muchas aves, y se oyó la voz del cuclillo que decía:

—Cucú, cucú.

—Oigan a ese pájaro —dijo el pavo real—. No dice más que su nombre: es el cucú.

—¿Y por qué no dice otra cosa? —preguntó Mariquita—. ¿No sabe decir nada más?

—Sí sabe, y cuando se le habla responde; pero a la hora de cantar no canta más que su propio nombre, como si se anunciara.

Mariquita y Nachito se echaron a reír:

—Entonces es como esos anuncios que repiten y repiten el nombre del sombrero o del jabón que quieren que compre la gente, ¿verdad? ¿Y por qué hace eso el cucú?

—Ya verán. Una vez vino de la ciudad una golondrina, cansada del ruido: contaba que en la casa donde vivía, porque había hecho su nido en el techo, pusieron una fábrica, y que quiso cambiar de casa y no encontró ninguna donde no hubiera fábrica o donde no hubiera una cerca, de manera que el ruido era insoportable. Entonces se vino al bosque, y puso su nido en un agujero que hizo en la piedra floja de una colina cuya pendiente era recia como una pared. El cucú se puso a conversar con ella mientras agujereaba la piedra, y le preguntaba: —“Tú que conoces bien a los hombres, porque vives en sus casas, dime: ¿qué dicen de nuestro canto? ¿Qué piensan del ruiseñor?” —“Dicen primores. Todo el mundo cree que nadie canta como él. ¡Pobre! Por eso lo meten en jaulas.” —“¿Y de la alondra?” —“También la elogian mucho, pero prefieren oírla cantar en el campo, cuando sale el sol y ella echa a volar hacia arriba, siempre hacia arriba, subiendo y cantando.” —“¿Y el mirlo?” —“Pues no tanto; reconocen que sabe cantar, pero dicen que es burlón.” —“Y... bueno, ¿de mí que dicen?” —“De ti, no sé. Nunca los he oído hablar de ti.” El cuclillo se puso furioso y dijo: —“Si no se acuerdan de mí, yo los obligaré a acordarse. Desde ahora me oirán hablar siempre de mí: Cucú, cucú, cucú.”

—Pues no es sólo el grajo el que se roba mis plumas —dijo el pavo real—. Quiero decir que muchos animales se apoderan de cosas ajenas para engañar. Así este señor borriquito.

—¡Yo! —exclamó el burro—. ¿Qué cosa ajena me he cogido yo? Satisfecho, vivo, sobre todo desde que me escapé del poder de los hombres y ando libre en los montes.

—¿Pues quién fue el que se puso la piel del león?

—Ese era pariente mío, pero hace mucho que sucedió el caso.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Una vez un burro se encontró una piel de león, y se la puso encima, y se dedicó a corretear los campos. Todos los animales se asustaban de él, y él estaba encantado de inspirar tanto miedo, cuando antes nadie se lo tenía. Un coyote, astuto como siempre, tuvo sospechas al ver que el falso león no rugía ni devoraba a nadie, y lo siguió a escondidas, hasta que lo oyó rebuznar en el fondo del bosque, pero bajo, para que no lo oyeran, y le vio las grandes orejas, que los demás animales, por huir de él, no le habían notado. El coyote le hubiera arrancado la piel pero temió a las patadas, y prefirió irse a avisar al dueño del burro. El dueño, que lo creía muerto y suponía se lo hubiera comido el león de cuya presencia en aquellos campos todos hablaban, tomó un palo y fue a buscarlo; lo apaleó, lo hizo volver a casa, naturalmente se cogió la piel del león, para ponerla en su sala, contando que era de una fiera que él había matado en una cacería.

—Menos mal que cuentas las debilidades del hombre —dijo el burro—. Pero te olvidas de tu pariente la avutarda.

—No es porque la tenga a menos —replicó el pavo real—. Cada animal es como Zeus lo hizo, decíamos en tiempos de los griegos. Pero no es pariente mía.

—Como apenas puede volar...

—Gracias por la amabilidad. Parientes de poco vuelo tengo bastantes, como mi bien ponderado primo el pavo.

—¿Pues qué ha hecho la avutarda? —preguntó Mariquita—. Yo no la conozco.

—Yo sí la he visto en mi libro. Es gorda y bajita —dijo Nachito—. ¿Qué hace?

—Como quien no dice nada —explicó el burro—, se roba los huevos de los otros pájaros, porque no le gusta que sus hijos sean torpes para volar y de feo plumaje. Así se hace la ilusión de que van a tomarla por ave distinguida, con hijos hermosos. Cuando nacen los polluelos de los huevos ajenos, ella va por todas partes contando que tiene hijos hermosísimos, que volarán tanto como el águila, que cantarán como el ruiseñor... Todos esperan aquella sorpresa, y cuando los pajaritos salen por primera vez a ensayar vuelos, detrás de ella, que poco les puede enseñar, vienen a verla los otros pájaros, y el ruiseñor dice: “¡Anda! Ahí va uno mío; ése nació del huevo que me robaron y no sabía yo

quién; ven para acá, hijo.” El ruiseñor joven, al oír la voz que entiende mejor, deja a la avutarda. Y así van reclamando, uno la alondra y otro el canario, y otro la golondrina, y acaba la avutarda por quedarse con los dos o tres polluelos que nacieron de huevos suyos y no robados. Entonces pretende que esos vuelen y canten: pero todo lo hacen como ella, y al fin se esconde para que no se burlen de sus pretensiones fracasadas.

CON EL PERRO

Nachito y Mariquita se despidieron de aquellos animales, y con el duende Don Yo de Córdoba siguieron andando por el bosque hasta llegar a la orilla de un arroyo ancho y tranquilo. Allí vieron un perro que llevaba un pedazo de carne en la boca y miraba atentamente el agua. De pronto, el perro soltó la carne que tenía en la boca y se echó al agua. Los niños se quedaron sorprendidos, no comprendiendo aquello, y cuando el perro salió nuevamente del arroyo le preguntaron qué era lo que había hecho.

—Vi debajo de mí otro perro que llevaba otro pedazo de carne en la boca y quise quitársela. Pero cuando me eché sobre él desapareció, y, lo que es peor, yo solté el pedazo de carne que era mío y ahora se me ha perdido: se me cayó dentro del agua, que yo no había visto hasta que me sentí dentro del arroyo.

Los niños no comprendían bien aquello, pero el duende les explicó:

—Este perro no se dio cuenta de que estaba frente al arroyo, y vio en él su figura, creyó que era la de otro perro con otro pedazo de carne en la boca. Ya ven: por pretender robar al perro imaginario perdió lo suyo.

—Es que yo tenía mucha hambre —dijo el perro— y quise comerme también el otro pedazo.

—Eres demasiado envidioso —le dijo el duende—. Si ya tenías lo tuyo, no debías de envidiar lo ajeno, que ni siquiera era mejor que lo tuyo. Bien castigado estás.

—El castigo no me quita el hambre —replicó el perro.

—No; el hambre es el castigo —contestó el duende—. Y luego qué tontería: no conocer tu figura.

—¡Qué quieres! Los perros pobres no vivimos en casas con espejos y no se nos ocurre mirarnos en el agua, así es que ni sabemos qué figura tenemos.

—¡Pobre! —dijo Mariquita—. ¿No le pudiéramos encontrar su pedazo

de carne dentro del arroyo? No es hondo...

Se acercaron al arroyo y vieron la carne en el fondo; el perro se echó al agua y la sacó.

—Agradece a esta niña el no haberte quedado con hambre —dijo Don Yo— y para otra vez quítate la envidia y acuérdate de que más vale pájaro en mano que ciento volando.

El perro, que era tonto, respondió:

—Como yo no he de coger pájaros...

—Quiero decir que no abandones lo que ya tienes por coger lo que no tienes. Y vete, que tu compañía nos sirve de poco.

—¿Cómo es eso de más vale pájaro en mano? —preguntó Nachito.

—Se cuenta de muchas maneras. Unos dicen que un gavilán había cogido un ruiseñor y lo iba a matar para comérselo. El ruiseñor suplicaba y le decía que, por ser él tan pequeño, lo alimentaría poco, y que mejor esperara a coger pájaros más grandes, como los que pasaban, volando en aquel momento. Le hablaba además de su canto, que le agradaría. El gavilán contestó que él no entendía de música y que como los pájaros que pasaban volando no los había cogido, y quizás no iba a poder cogerlos, no lo alimentaban, así es que no atendió a los ruegos del ruiseñor y lo devoró diciendo: Más vale un pájaro en la mano que ciento volando.

—¡Qué malo! —exclamó Mariquita.

—Otros dicen que fue una lechuza —pero yo no sé si las lechuzas se comen a los ruiseñores. Otros dicen que fue un cazador. De todos modos, hace ya tanto tiempo de eso, que no se sabe bien lo que pasó.

Al poco rato vieron venir por la orilla del arroyo un corderito corriendo a toda prisa. Al ver a Nachito y Mariquita, corrió hacia ellos, y al preguntarle qué le sucedía les prometió decírselo después de algún rato, porque ahora le era imposible: venía sin aliento.

CON EL CORDERITO

Cuando el corderito se tranquilizó, Nachito y Mariquita le preguntaron qué le sucedía. Él les contó que venía huyendo de un lobo. A Nachito le interesó mucho, porque nunca había visto lobos, aunque a cada rato oía hablar de ellos, y en su libro los tenía pintados.

—Yo estaba bebiendo en el arroyo, cuando vi que se acercaba el lobo, y comencé a alejarme, pero él me vio y me dijo: “¿Por qué me ensucias el agua que voy a beber? Mereces que te devore”. Yo le contesté: “Mal puedo ensuciar el agua que bebas, porque el arroyo corre de allá para acá, y no de acá para allá”. El lobo siguió mirándome con ojos de fuego y dijo: “Pues tú eras el que hablabas mal de mí el año pasado”. Yo me defendí: “No pude ser yo, porque el año pasado yo no había nacido”.

—“Pues entonces fue tu hermano mayor, que se parece mucho a ti”.

—“Yo no tengo hermanos —contesté—, mi madre es muy joven y yo soy su único hijo”. —“Pues entonces fue uno de tus parientes. No pretendas excusarte. Te he de devorar”. Y echó a correr hacia mí, pero yo salí huyendo y he tenido la suerte de llegar hasta aquí. Bien dicen que los tiranos se sirven de cualquier pretexto para hacer el mal.

En eso vieron que el lobo se acercaba, por las orillas del arroyo, andando y bebiendo. Dentro del agua venía, y detrás de él, un cocodrilo. El cocodrilo le hablaba al lobo:

—¿Por qué bebes andando? Hace daño beber así.

El lobo contestó:

—Sí que hará daño, pero más daño me haría beber tranquilo, para que tú llegaras y me tragaras.

—Ya ves —le gritó el duende— tú sabes también lo que es huir de quien nos quiere devorar.

El lobo volvió la cara y vio al corderito con los niños y el duende, y dijo:

—Es que este cordero es muy falso...

—Nada, nada —replicó el duende— a éste no le harás nada.

—¡Ay, qué bueno! —gritó Mariquita—. Yo me lo quiero llevar a casa.

—¿Y si tu mamá sospecha de dónde ha salido?

—Yo le digo que me lo he encontrado en el campo y que no tiene amo.

—Pero tu papá, que es muy honrado, dirá que se lo debe devolver al amo, porque alguno debería tener.

—Bueno —dijo Nachito— le avisamos a todo el mundo que nos hallamos al cordero y que se lo devolveremos a su dueño cuando lo reclame.

—Ah —dijo Don Yo—, mucha gente se presentará a reclamarlo.

—Eso no —contestó Nachito— porque preguntaré señas especiales que tenga el cordero, y como no han de poder decírmelas no se lo entregaremos.

—Veo que eres muy inteligente; vámonos, pues, con el animalito, y volveremos por aquí mañana.

CON EL GALLO Y LAS GALLINAS

Al día siguiente, volvieron Nachito y Mariquita al bosque de Don Yo de Córdoba donde se entendía la charla de los animales, y se encontraron a un gallo que se paseaba rodeado de muchas gallinas. Todos buscaban cosas por el suelo y escarbaban la tierra. Cada vez que encontraban algo de comer, que era a cada momento, murmuraban las gallinas: “Cro, ero, ero”. Pero cuando el gallo encontraba algo lo anunciaba con voz sonora y todas las gallinas corrían a ver y a celebrarlo. Hubo un momento en que el gallo encontró en el suelo un grano rojo, y creyendo que sería un fruto llamó a todas las gallinas a que celebraran su hallazgo.

—¡Co-co-ri-co!

Todas llegaron aleteando y cacareando, y entonces el gallo muy serio, picoteó el grano rojo esperando partirlo. El grano no se partió, y el gallo siguió picoteando inútilmente, ante el gran asombro de las gallinas.

Al fin el duende le dijo:

—¿No ves que eso no se come? Es un rubí.

El gallo, con aire de desprecio, dijo:

—¿Pues si no se come, para qué sirve?

—Para adorno. A los hombres les gusta mucho.

—Pues allá ellos. A mí no me sirve de nada. Como los hombres no tienen nada hermoso en el cuerpo, se adornan con nuestras plumas y nuestras pieles y hasta con piedras. Pero ¿para qué necesito yo piedras rojas, si mi cresta es más roja?

—Pero no echa reflejos de luz como esta piedra —dijo Mariquita—. Yo la quiero. ¿Puedo llevármela?

—No, eso no —dijo el duende—, tus papas se asombrarían y todavía no es tiempo de que te gusten las piedras preciosas. Pero ya ves cómo varía el precio que se hace de las cosas según las personas y según los animales. Por eso se habla de echarles perlas a los cerdos como el mayor disparate.

En aquel momento vieron llegar un coyote, y el gallo y las gallinas que por vivir en el bosque tenían fuerza para volar, se subieron a un arbolito. El coyote se acercó, vio a una de las gallinas en el árbol y se puso a conversar con ella:

—¿Cómo está la señora? Me dijeron que no gozaba de buena salud.

—No me siento muy bien.

—¿Por qué no baja para que vea si tiene fiebre? Ya sabe que tengo algo de médico.

—Aquí estoy bien.

—No lo crea. Subida en el árbol tiene que hacer esfuerzos para sostenerse con las patas. En cambio aquí en el suelo puede estar echada.

—Gracias por el interés, pero no tengo ganas de moverme. Creo que si bajo de aquí me muero.

El coyote entendió la burla, y se puso a darle vueltas al árbol, por si la gallina se bajaba. En eso distinguió al gallo, trepado también allí, por otro lado.

—Hola, Don Cantaclaro de Francia...

—Gracias por el nombre, que es el del personaje más ilustre de la familia.

—Pero ¡cómo te le pareces!

—Demasiado honor... Creo que exageras... —contestaba el gallo burlándose.

—Pero yo debo de haberte conocido en alguna parte. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Pico de Orizaba. Y no creo que nos hayamos visto antes; ya ves, todavía vivo.

—¡Guasón! ¿Por qué no bajas a dar un paseo? Hay muy buenas cosas en este bosque.

—Ya voy —fingió el gallo—. Y desde aquí arriba veo venir a unos hermosos perros de caza, que nos harán compañía.

El coyote, por miedo a los perros, dijo:

—Ahora que me acuerdo... No voy a poder ir al paseo. Mi mujer me dijo que volviera pronto, y como somos recién casados...

—¡Pero coyote! Por unos perros...

—No es por los perros, te aseguro. Adiós, que tengo prisa.

CON EL ZORRO AZUL

Cuando el duende vio que el gallo había hecho huir al coyote con aquella mentira, dijo:

—Este gallo no es como aquel de que hablaba el viejo Don Juan Manuel.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Un gallo era perseguido una vez, como éste por el coyote, por un zorro. El zorro lo instaba a que se bajara, pero el gallo no lo hacía. Entonces el zorro le dijo que para vengarse de su poca confianza iba a hacer caer el árbol, y se puso a roer el tronco. El gallo se asustó y se puso a volar de árbol en árbol, y cada árbol donde se paraba lo roía el zorro; el gallo no pensaba que el zorro tardaría mucho en roer los troncos y que él no tenía por qué agitarse tanto, así es que siguió volando y cambiando de lugar, hasta que en un momento de descuido cayó al suelo y el zorro lo devoró.

—Nunca he visto zorros sino en mi libro —dijo Nachito.

—¿No los hay aquí en el bosque? —preguntó Mariquita.

—Sí, llamaremos uno —contestó el duende.

El duende dio un aullido especial, y al poco rato se apareció un hermoso zorro azul, que saludó a todos muy amable. El gallo y las gallinas, que habían ido bajando del árbol, volvieron a subirse a él, y desde allí participaron de la conversación.

—Sí, sí, ya sé que esta familia no ha querido bajar del árbol a instancias del coyote.

—Tu primo ¿verdad? —le dijo el duende.

—No lo negaré; como precisamente es el pariente pobre, no debemos negarlo. Pero digo que no insistiré con la familia gallinácea para que baje, ya sé que no había de bajar. De todos modos, bien se están arriba, aunque no sea de noche.

—¿Y qué nos cuentas de tu vida? —le preguntó Nachito—. ¿Te ha sucedido cosa notable?

—Contaré un episodio divertido en que por poco pierdo la vida. Una noche me metí al patio de una buena casa y tuve allí un festín. Por respeto a los vecinos del árbol no diré qué cosas buenas había en aquel patio. Estuve muy entretenido, tanto, que no me di cuenta de que ya llegaba el día; ya había luz completa en todas partes cuando me decidí a salir, y en las calles andaba mucha gente. Quise escaparme escurriéndome junto a las paredes, pero en eso pasaba un grupo que no podía dejar de verme, y decidí hacerme el muerto. Me tendía en la acera, y los que pasaron se detuvieron a verme; esta piel azul que es mi orgullo es también mi perdición porque todos quieren matarme para cogérsela y hacerle un abrigo a alguna mujer. Aquellos hombres se detuvieron a mirarme, y uno dijo: —“¡Qué buena piel! Vamos a traer una carretilla para llevarnos a este animal”. Yo pensé: Ésta es la mía. Mientras van por la carretilla me escabullo. Pero uno de ellos dijo: —“Bueno, ve a buscarla, y te esperamos aquí”. Yo seguí haciéndome el muerto hasta ver en qué paraba aquello. Uno dijo: —“Dicen que con los cabellos de la frente se evita el mal de ojo”. Y quiso cortarme cabellos de la frente con una navaja. Pero otro le gritó: —“¡No seas bruto! Echas a perder la piel”. Otro dijo entonces: —“Lo que sí es bueno contra los panadizos es la uña; voy a sacarle una”. Yo me dejé sacar la uña, sin moverme a pesar del dolor. Otro dijo que mis dientes eran buenos contra el dolor de muelas, y me sacó uno. ¡Figúrense lo que me dolería! Pero lo soportaba yo todo tan bien que siguieron creyéndome muerto. Al fin dijo uno que el corazón del zorro era bueno para preservar contra el dolor de corazón y que mientras venían con la carretilla me lo podía sacar. Al oír aquello, decidí arriesgar el todo por el todo, y me levanté y eché a correr. Por suerte, la sorpresa no los dejó a aquellos hombres hacer nada, y aquí me tienen ustedes.

—¿Es verdad —preguntó Nachito al zorro azul— que los zorros son muy inteligentes?

—Tenemos la fama, y no faltan zorros que la propaguen, como aquél que se encontró con el leopardo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El leopardo estaba hablando de su gran hermosura, de las admirables manchas de su piel, de la distinción de su paso, que no se siente.

—Como los del gato —dijo Mariquita.

—Son parientes, pero el gato se ha dejado domesticar, y ya lo ven mal los miembros de la familia. El leopardo, por ejemplo, se creería insultado si se le recordara el parentesco del gato. Aquel leopardo, pues, se elogiaba, delante del zorro, no uno azul como yo, sino de esos vulgares zorros amarillos que no tienen ninguna distinción. Mi pariente lo dejó hablar, y después le dijo:

—No es verdad, no eres tan hermoso, yo lo soy más.

—¿Estás loco? Cómo vas a comparar tu pelaje de lana amarillenta con la seda manchada de mi piel...

—Eres muy vulgar —contestó el zorro—, sólo piensas en la hermosura del cuerpo. Pues soy mejor que tú porque mi hermosura está en la inteligencia, no en la piel—. Y se marchó muy orondo, dejando al leopardo con la boca abierta con aquella respuesta que no esperaba.

—¿Y es verdad que es superior la hermosura de la inteligencia a la del cuerpo? —preguntó Nachito.

—Yo creo que no —dijo Mariquita.

—Pues yo creo que sí —dijo Nachito.

—Es cuestión de opiniones —les dijo el duende—. Pero además —agregó dirigiéndose al zorro azul—, además de la fama de inteligentes, no tiene la especie zorruna fama de muy honrada.

—Eso no lo debo yo juzgar —dijo el zorro azul— pero a veces es demasiada la prevención en contra nuestra, como en el caso del mono y el lobo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El lobo alegaba que el zorro le había robado una buena pieza de carne, la cual el lobo decía haber guardado bien escondida para que nadie la descubriera. Los dos animales discutieron largo rato, hasta que decidieron llamar al mono para que juzgara y decidiera. El mono oyó a las dos partes, hizo como que pensaba y después dijo:

—Es posible dudar de que el lobo haya tenido guardada una pieza de carne; pero no es posible dudar de que el zorro se la haya robado.

—Pero a veces sí hemos demostrado los zorros mucha inteligencia, como cuando cazaba uno de nosotros con un león y un lobo.

—¡Ah! —dijo Nachito. —¿Cuando ocurrió aquello de “porque me llamo león”, en que el león se quedó con todo? Pero entonces no veo en qué estuvo la inteligencia...

—No, no fue entonces, fue después.

—¿Pues cómo fue eso?

—El león, el lobo y el zorro iban cazando juntos; el zorro, con sus pasos que no se oyen, descubrió dónde estaba descansando un venado, y les avisó a los otros dos animales. El león acudió, y con dos zarpazos despachó al venado. El lobo se puso a bailar de gusto, y tenía tantas ganas de comer que cuando el león le dijo que hiciera el reparto se guardó el pedazo más grande.

—¿Y este león querría todo el venado, como la otra vez?

—No, éste ya sabía que no era conveniente cogérselo todo, porque no lo ayudarían a cazar; así es que de buena fe iba a permitir que cada quien se llevara su parte. Pero la torpeza del lobo lo enojó mucho, porque el león reclama siempre las mayores consideraciones, y ya irritado mató de un zarpazo al pobre animal. Entonces le dijo al zorro que repartiera lo que quedaba. El zorro, con toda prudencia, tomó para sí una parte pequeña, y le dejó al león la parte mayor y mejor. El león, complacido con aquello, le preguntó: —¿Quién te enseñó a repartir con tanta habilidad? —¿Quién? —dijo el zorro—. El cadáver del lobo. Mientras el zorro azul contaba esta historia, se acercó una leona, y saludó a todos, que le contestaron con mucha cortesía. El gallo, desde el árbol, le cacareó una marcha de honor. La leona, cuya falta de melena sorprendió a Mariquita, se daba, sin embargo, tanta importancia como si fuera león y llevara coronada de pelo la cabeza.

—El zorro se entretiene, en nuestra ausencia, en hablar mal de los leones —dijo.

—De ningún modo, señores —intervino el duende— el zorro ha contado con toda imparcialidad cuentos de todo el mundo.

—Pues para que se le quite la vanidad, y no crea que todos son como el leopardo, que no supo qué contestar, les referiré la discusión que tuvimos hace poco una zorra y yo. La presuntuosa de la zorra me decía que ella tenía muchos hijos y que por eso la envidiaban otros animales que nunca llegan a tener sino poca familia. “Cada año —me decía—, tengo yo una buena partida de cachorros. Pero otros... Mire al elefante”. —“¿Pretenderás hablar de las leonas también?” La zorra,

envalentonada con su charla, dijo: “Pues al que le venga el saco que se lo ponga”. Indignada le respondí: —“Tus pretensiones son ridículas, porque tus hijos serán muchos, pero ¿qué son? Zorros y nada más. Mis hijos son pocos, pero son leones”. Ella se asustó creyendo que iba yo a hacerle algo, pero le volví la espalda y la dejé allí plantada y escarmentada de su vanidad.

El gallo que oía la conversación desde su árbol, que no tiene buena voluntad a los zorros, como es natural, habló al fin, sin bajar de las ramas, por supuesto:

—Mucho hay que decir, realmente, de las habilidades del zorro y de sus pretensiones. Este gran personaje azul no se acuerda de las veces que ha tenido que huir de mí.

—No sé cómo...

—Pues verán ustedes: cuando yo cacareo, el zorro huye, porque cree que despertarán los hombres y acudirán a perseguirlo. Así ocurrió hasta con aquel zorro que se vistió con piel de lobo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El zorro le decía a su pariente el lobo que estaba descontento de su suerte: —“Tengo siempre que robar por engaño, rondando las viviendas de los hombres para meterme en los gallineros. Y, francamente, la carne de gallina me tiene ya cansado; muy a menudo me tocan gallinas o gallos viejos, porque los más jóvenes, al verme llegar, vuelan y se trepan adonde yo no los alcance. Y luego el gallo comienza a cacarear, y ahí viene el amo con sus mozos armados de palos”. —“Tienes razón, dijo el lobo—; no hay como la vida libre del campo, y la caza del animal salvaje. Es verdad que a fuerza de cazarlos acaba uno con ellos, como sucede ahora, así es que tengo que dedicarme a atacar los ganados de los hombres, y eso no deja de tener peligros”. —“De los peligros me reiría yo —replicó el zorro—, con tal de no comer más carne de gallina. Si me enseñaras tu sistema...” —“Muy bien —dijo el lobo—. Hace poco murió mi hermano mayor, puedes coger su piel y disfrazarte con ella, porque eso te ayudará bastante”. En seguida se puso a enseñarle el arte de la caza mayor, y el zorro estaba encantado, porque aprendía con mucha facilidad. Cuando se consideró bien enseñado, quiso que los dos salieran a cazar, y allá se fueron, el lobo verdadero y el lobo fingido, detrás de un rebaño de ovejas que los pastores llevaban a encerrar. Las dos fieras se pusieron a aullar con

tanta furia que asustaron a los pastores y a los perros, y no se diga a las pobres ovejas. Todos corrían para llegar cuanto antes al redil. Cuando ya iba el zorro a lanzarse sobre las ovejas, oyó mi canto: “Co-co-ri-có”, y salió huyendo olvidándose de su piel de lobo, y de las lecciones, y del maestro. El lobo verdadero sólo tuvo tiempo de atrapar una oveja y llevársela al campo. El zorro lo alcanzó y le pidió que le diera un pedazo; pero el lobo lo despachó con cajas destempladas diciendole: —“Si no tienes el valor de lobo, no pretendas cazar cosa seria. Vuelve a comer carne de gallina vieja”.

Entre tanto llegó un gato montés, que tampoco tenía muchas simpatías por el zorro, y dijo que a él no le faltaban cosas que contar.

—El otro día —refirió—, me encontré con un zorro amarillo...

—Menos mal —dijo el zorro allí presente—, nosotros los de piel azul...

—Sólo falta que digas los de sangre azul. Todos los zorros son iguales para mí.

—No diré yo lo mismo de los gatos —respondió el zorro—. Los hay monteses, que son salvajes, y los hay domésticos, que son bien educados.

—Orden, orden, señores —dijo el duende, poniendo paz.

—Pues aquel zorro amarillo se puso a decirme que él era muy inteligente y que sabía muchos modos de escapar a la persecución. “¿Y tú sabes muchos?” —me preguntó. —“No —contesté—, desgraciadamente, si ahora vinieran a perseguirme, lo único que podría hacer es subirme a este árbol”. —“Es poca cosa... Me das lástima” —contesté yo con paciencia. En aquel momento vimos venir unos perros de caza, con sus amos, y apenas nos olieron se lanzaron furiosos hacia nosotros. Yo inmediatamente trepé al árbol. El zorro amarillo echó a correr, pero los perros corrían más y lo alcanzaron y lo hicieron pedazos.

—Mucho más hay que contar del zorro —dijo el gallo—. ¿Recuerdas lo que le hiciste al pobre mono?

—Yo no le hecho nada —dijo el zorro azul.

—Pues sí debías ser tú, porque era un zorro azul.

—¿Pues qué fue eso? —preguntó Nachito.

—En uno de estos bosques, pero más al norte, había muerto un león que se daba aires de rey de los animales. Al morir él, se reunieron los animales que creían en reyes y noblezas para ver a quién le tocaba el poder. Como no había descendientes del león, decidieron elegir al animal que mostrara mayor nobleza. El zorro pretendió que lo eligieran, no porque él crea en los reyes, pues tiene muy poco respeto a la monarquía y sabe que ya no goza de ningún prestigio, sino por vanidad pura. Pero como allí juzgaban a los candidatos, enumerando sus defectos y sus méritos, imagínense cómo pondrían al zorro; fue tan acerba la crítica, que se retiró indignado. Al día siguiente, supo con gran disgusto la noticia: había sido electo rey el mono. Éste había demostrado que sabía andar con gran solemnidad, dándose aire majestuoso; que tenía toda clase de habilidades; que se parecía mucho al hombre... En fin, hizo tantas monerías, que aquellos animales, capaces de creer en reyes, declararon que todo lo hacía admirablemente y que nadie lo igualaría a la hora de llevar el manto y la corona. Dicen las malas lenguas que aquel mono había trabajado en circo y allí había aprendido tantas habilidades. A los pocos días, los animales democráticos tenían acosados a los aristocráticos con sus burlas, porque el pobre mono hacía muchas tonterías queriendo darse importancia; pero sus partidarios lo excusaban diciendo que eran rarezas. El que no lo podía aguantar era el zorro, y decidió hacerlo caer. Una vez vio a unos hombres preparar una trampa destinada a los animales carniceros, poniendo dentro una carne. En seguida que la vio terminada, corrió a decirle al mono que había visto un gran tesoro y venía a darle aviso para que se apoderara de él. El mono acudió muy confiado, y cuando llegó vio que era simplemente una carne. —“¿Cómo? —dijo—. Esto es carne, y a mí no me sirve de nada”. —“¿Cómo? —exclamó el zorro, fingiendo ignorancia de las costumbres del mono—. ¿Un rey que no come carne?” —“Efectivamente, no la como; ni siquiera tengo buenos dientes para comérmela”. —“Bueno —insistió el zorro—, ya que no te la comes, por lo menos puedes tomarla y obsequiarla a tus mejores cortesanos. Es un magnífico pedazo, y el regalo te dará prestigio”. —“Muy buena idea —declaró el mono—. Voy a coger la carne”. Tendió la mano a coger la carne y quedó cogido en la trampa. Entonces comenzó a quejarse del zorro y a llamarlo traidor. El zorro, descaradamente, le dijo: “¿Eres rey y no sabes conocer una trampa?” Y allí lo dejó, hasta que llegaron los hombres y se lo llevaron; dicen que el

pobre mono volvió a trabajar en el circo. Así acaban a veces los reyes modernos.

—Pues por el estilo se burló del tigre —dijo el gato montés.

—¿Qué le hizo? —preguntó Nachito.

—En un bosque estaban, como de costumbre, muchos animales, cada uno entregado a sus actividades propias. Entre ellos se hallaban un tigre y un zorro. En eso llegaron al bosque unos hombres y todos los animales echaron a huir; pero el zorro y el tigre vieron que no traían armas y que sólo uno de ellos se entretenía en tirar flechas. —“Calculo que no son de peligro —dijo el tigre—, no vienen armados”. —¿Crees? —dijo el zorro con sorna—. “Sí” —contestó el tigre enojado por la burla, y se puso a lanzar grandes rugidos avisando a los demás animales que no tuvieran miedo, porque él iba a atacar a los enemigos. El zorro se escondió a ver lo que iba a suceder. El tigre salió al frente, y apenas lo divisó el arquero le disparó una flecha que le fue a dar directamente al corazón. —“¿Conque calculabas que no era de peligro?” —dijo el zorro con nueva burla. El tigre, con gran seriedad se limitó a contestarle: —“Calculé mal” —y murió.

CON LA CIGÜEÑA

Como aquella conversación se prolongaba demasiado, y cada vez llegaban nuevos animales a conversar, con la despreocupación que reina en el bosque cuando se sabe que no hay peligros, el duende Don Yo de Córdoba dijo a Nachito y Mariquita que se fueran a su casa y que volvieran al siguiente día, porque se les hacía tarde.

—Pero quiero que esté el zorro aquí cuando volvamos —dijo Mariquita.

—Muy bien —dijo el zorro—, aunque sea para que todos me caigan encima. Pero no será la primera vez.

A la tarde siguiente, en efecto, allí estuvo el zorro azul, y acudieron otros animales a hacer tertulia. Los niños se interesaron mucho al ver llegar a la cigüeña, a la cual sólo conocían pintada, con sus patas larguísimas y su pico no menos largo.

La cigüeña dijo que una vez había hecho paz con el zorro, el cual le aseguró que no le haría daño, ni trataría de comérsela; antes al contrario, la invitó a comer.

—Imagínense ustedes que cuando llego encuentro una gran comida, y en seguida siento gran apetito. Pero al querer tomar la sopa me encuentro con que está servida en platos como los que usan los hombres, y yo, que por lo largo de mi pico tengo que comer y beber en platos y vasos en forma alargada, apenas pude sorber unas cuantas gotas. El zorro, entonces, se apoderó de mi plato diciendo: —“Ya veo que no te gusta mucho la sopa. Me la tomaré para que no se pierda.” —“No es la sopa, es que con esos platos no puedo tomarla.” —“¡Qué lástima! Pues a mí me parece tan buena, que voy hasta a lamer el plato.” Yo rabiaba de hambre y de envidia, porque la sopa estaba buena. Luego vino el arroz, en plato llano, y con gran trabajo, a fuerza de picotear, llegué a comer algo de él. Esperaba yo que después viniera un pescado, pero el zorro me dijo con aire compungido: “¡Cuánto lo siento! Pero como yo no como pescado...” ¡Y yo que esperaba tragarme dos o tres

pescaditos, o dos o tres buenos trozos de pescado grande, como acostumbro! Entonces vinieron los platos de carne y, aunque no la como, me puse a picotearla para no quedarme enteramente con hambre. El zorro, al ver que yo no podía tragármela, se la comió, a pesar de estar picoteada por mí, por el gusto de causarme envidia. Y así fue todo. Hasta los vinos los sirvió en copas anchas, y me daba mucho trabajo beber. En fin, que salí de allí con hambre y con sed, y tuve que irme a desquitar en el río, atrapando pescaditos y bebiendo agua buena.

—Es que te habías burlado mucho de mí —dijo el zorro azul—. Cada vez que me pillabas descuidado me dabas de picotazos, y ¡con ese pico tuyo!

—Pero tú bien que me hubieras devorado una vez, si no hubiera estado allí toda mi familia para hacerte huir a picotazos. Pero ya verán —continuó la cigüeña—, yo decidí que el zorro me las pagara, y allí mismo, aquel mismo día, lo invité a una comida que daría yo. Esta comida la serví toda en vasos largos, como los que usamos las cigüeñas para meter el pico hasta el fondo, y en ellos puse todas las cosas que más le gustaran al zorro. Él, naturalmente, sólo podía comer o beber lo que hubiera muy arriba de los vasos, y le daba mucha rabia, sobre todo, no poder comer más de un picadillo de carne de carnero, que sabía yo era cosa que le gustaría mucho. Pronto comprendió de qué se trataba, y hay que decir que en eso sí se portó bien. Al despedirse me dijo:

—“Estamos a mano. Yo no creí que las cigüeñas tuvieran tanta chispa como yo, pero me gusta reconocer el talento, y no me enoja de la burla. El que gasta una broma debe saber tomar con buen humor la broma que le den.”

El león que había estado conversando en ocasión anterior con los niños y los animales en el bosque del duende Don Yo de Córdoba, regresó aquella tarde y tomó la palabra contra el zorro.

—No han de saber ustedes la jugada que nos hizo este mañoso animal al tigre y a mí.

—No. Es mucho atrevimiento —dijo Nachito—. ¿Cómo fue eso?

—Pues una vez que había mucha hambre, porque la sequía había hecho morir a muchos animales y apenas se encontraba caza, andábamos los carniceros hambrientos por el bosque, cuando vimos a unos cazadores perseguir un venado, dispararle y matarlo. Tenía yo tanta hambre, que

decidí apoderarme de aquel venado, aunque me pusiera en peligro con los cazadores, y avancé rugiendo. Oí, al mismo tiempo, rugidos de tigre. Tantos rugidos asustaron a los cazadores y huyeron dejando el venado. El tigre y yo llegamos al mismo tiempo al lugar donde estaba la víctima y como cada uno pretendía apoderarse de ella, y los dos teníamos mucha hambre, peleamos por ella. Peleamos largo rato, y como los dos éramos muy fuertes nos hicimos muchas heridas, hasta que caímos al suelo sin poder movernos. Más nos hubiera valido repartirnos aquel venado, pero el hambre nos había hecho ciegos. Cuando estábamos allí caídos los dos, respirando fuerte y rugiendo de cuando en cuando, se acercó este zorro azul, se aseguró de que no podíamos movernos, y se llevó el venado dando aullidos de burla.

—Ea —dijo el zorro—, tantos cuentos sobre mí, aunque sean contra mí, indican que les parezco importante. Pero yo he de referir una historia a favor mío, ya que entre ustedes no hay imparcialidad.

—¿Contra quién será? —preguntó la cigüeña.

—Contra el hombre, de quien tenemos derecho de hablar mal todos los animales. Una vez me perseguían unos cazadores y yo no sabía ya dónde podía esconderme, porque entre los hombres y los perros no me dejaban lugar donde no me encontrarán. En eso me encontré con un campesino que cortaba leña, y, confiado por esta vez, le rogué que me dijera dónde podía esconderme. Me señaló su cabaña, que estaba allí cerca, y me metí en ella. Cuando me creía más seguro, llegaron por allí los cazadores, y le preguntaron al leñador dónde estaría yo. Como él sabía que yo estaba oyendo todo, porque la cabaña estaba muy cerca y además me interesaba oír, les contestó: “¡Quién sabe!” Pero además yo estaba mirando por la puerta entreabierta y vi que con la mano les hacía seña indicándoles la cabaña. Los cazadores, sin embargo, no entendieron aquello, y se fueron, cuando yo ya me preparaba a huir por el lado contrario. Entonces esperé a que se alejaran y salí de la cabaña para volverme a mi madriguera. —“Oye —me gritó el leñador—. No seas mal agradecido. Ni siquiera das las gracias por el asilo que te di.” —“Te las daría —le dije—, si tu mano fuera tan honrada como tu lengua.”

Una cabra que llegó por allí dijo que también tenía que quejarse del zorro.

—¿Pues qué te ha hecho? —preguntó Nachito.

—Una vez íbamos paseando, lo cual les parecerá extraño, porque en general el zorro prefiere devorarme a pasear conmigo, pero en aquella ocasión vi que acababa de comer bien, y comprendí que no me haría nada. Acepté ir de paseo, por ver si algo aprendía yo de su famosa sabiduría, pero después comprendí que él quería ver si yo lo ayudaba a encontrar agua para beber después de su gran comida. No había agua en aquellos campos, y los dos teníamos sed. Después de mucho buscar algún arroyo, no encontramos otra cosa que un pozo, y el zorro declaró que aquello era excelente para beber. No era muy hondo, y pudimos bajar, con cierta prudencia. Bebimos a nuestro gusto... Cuando acabamos, quisimos salir y descubrimos que si el pozo no era muy hondo para bajar a él, sí era muy hondo para subir y volver a salir. —“¿Qué haremos? —interrogué yo—. Si yo tuviera tu inteligencia... Pero tú serás capaz de descubrir el modo de que salgamos de aquí.” El zorro se quedó pensando, y al fin dijo: —“Mira; pégate bien a la pared del pozo, levanta tus patas, y alárgate todo lo que puedas. Subiendo por encima de tu cuerpo, y después por tus cuernos, llegaré yo afuera. Cuando esté afuera, te ayudaré a salir.” Dicho y hecho; me levanté sobre las patas de atrás, apoyé las de delante, y el zorro echó una carrera sobre mí y saltó desde la punta de mis cuernos al campo. Como no vi que se volviera atrás para sacarme, le grité: —“Eh, oye, te olvidas de mí.” —“No me olvido, pero no puedo sacarte. Ten paciencia. Debiste comenzar por no bajar al pozo.” —“¿Entonces tú sabías que no podríamos salir de aquí?” —“Yo sabía que tú no ibas a poder salir, pero yo sí.” —“Pues si para eso sirve la inteligencia, maldita sea” —le contesté yo, como despedida.

—¿Y cómo saliste de allí? —preguntó Mariquita.

—Pues me puse a hacer: “Me—eh—eh” cada media hora, esperando que me sintieran.

—Pero, ¿y si te sentía una fiera?

—Eso no lo pensé. Tenía tantas ganas de salir de allí, que no pensé en otra cosa.

—No revelas mucha inteligencia —dijo el zorro.

—Tal vez no, pero me salió bien. Pasaron por allí unos hombres, me vieron dentro del pozo, buscaron unas cuerdas, me lazaron los cuernos y me sacaron. Creyeron que yo me iba a quedar con ellos, pero en cuanto me soltaron los cuernos les di dos topes y eché a correr. Ellos

me gritaron “¡Mal agradecida!”, pero yo les dije que la esclavitud no puede ser el pago de ningún favor.

—Vamos —dijo el zorro azul—, ya que todos se ponen en contra mía, contaré la historia de uno de mis parientes. Iba el zorro —era uno de esos amarillos pardos— corriendo a escape porque detrás le venían unos cazadores con muy buenos perros. Sucedió esto en Inglaterra, donde los hombres se entretienen en cazarnos; lo consideran gran diversión. Corriendo, corriendo, llegó hasta una cerca, y pensó que podría saltarla y esconderse dentro de una zarza que adentro veía. Le pareció que los perros no podrían saltar tanto como él... En efecto, saltó y se escondió dentro de la zarza; entretanto, los perros, no sabiendo dónde se había metido, dejaron de perseguirlo. Pero la zarza, que es planta muy espinosa, arañó todo el cuerpo del zorro, y él, mientras se lamía las heridas, se puso a quejarse:

—“¿Es justo que a un pobre perseguido se le reciba así? Realmente, eso es no tener idea de la hospitalidad; no, ni de la caridad.”

—“Bueno está eso —dijo la zarza—, vienes a meterte dentro de mis ramas con tanta furia que me destrozas dos o tres; no te fijas en cómo me tratas, y pretendes que yo te trate mejor. Pero por lo menos te doy este consejo: nunca pretendas agarrarte de quien tiene por costumbre agarrarse de los demás.”

En aquel momento pasaba volando un águila sobre el bosque, y los niños, que la vieron, le dijeron al duende que la llamara. El águila vino al llamado, y preguntó de qué se trataba en aquel grupo.

—Pues de mí; ¿de qué quieres que se hable? —dijo el zorro.

—¡Vaya con la vanidad! —exclamó el ave.

—No es vanidad; ojalá fuera, porque la verdad es que hablan de mí, pero no para bien.

—¿No te reconocen inteligencia?

—Es lo único, pero honradez me niegan. Y yo creo que si se viera bien la conducta de todos, no dirían que soy menos honrado que los demás animales.

—Quizás tengas razón... Yo, por lo menos, puedo contar que he visto a los zorros defender enérgicamente a sus hijos. Una vez pude comprobarlo con la hermana del señor aquí presente...

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Mariquita.

—Una vez que estaba yo muy preocupada, porque tenía aguiluchos nuevos y no había mucho de qué comer, vi en la llanura a la zorra que sacaba a pasear a sus cachorritos. Olvidándome de que entre nosotros existía entonces, y existe todavía, una tregua, la tregua que conciertan entre sí, con mucha frecuencia, los animales que comen carne, me lancé sobre ellos, y me llevé uno de los cachorritos. Llegué rápidamente al árbol donde tenía el nido de mis aguiluchos, pero hasta allí me llegaban los gritos de la zorra. Pensé bien en el asunto y ya me decidía a devolver el cachorro cuando vi que la zorra se había robado un tronco ardiendo de una hoguera encendida por unos hombres y venía con él a pegarle fuego al árbol donde estaba mi nido. Tanta inteligencia y tanta audacia me dejaron sorprendida. Afortunadamente, tuve tiempo de devolver el cachorro antes de que el árbol comenzara a arder, y quedamos en paz.

Los monos tienen muchas quejas de los zorros, como habían visto Nachito y Mariquita, por lo que se les había contado, así es que el mono que llegó a aquel lugar del bosque mientras hablaba el águila, dijo cuando ella acabó:

—Pues a mí no me falta qué contar.

—Hable, amigo —dijo el zorro azul—, que tengo mucha paciencia para oír lo que se dice de mí.

—Uno de estos amigos fue cogido una vez en una trampa, pero lo que la trampa le alcanzó fue la cola. Viendo que podía escapar si se arrancaba la cola, decidió cortársela con los dientes.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Mariquita—. Lo que le habrá dolido.

—Dirá este mono que no somos valientes. A fe que si era el mono el que caía en una trampa, los berridos se oirían por todo el bosque.

—No presumimos los monos de tener mucha sangre fría. Concedo que los zorros la tengan, y es verdad que cuando se ven en un peligro y se pueden salvar cortándose una parte del cuerpo lo hacen...

—Bueno: concedido que tenemos siquiera esa cualidad, sigue adelante.

—Pues el zorro aquél quedó sin cola y se puso a pensar que sus compañeros se iban a burlar de él, porque los zorros son muy burlones. ¿Dirá el amigo que ésa es una de sus buenas cualidades?

—No digo nada —respondió el zorro azul.

—Bueno: aquel zorro sabía que iba a sufrir la burla de todos los demás,

y discurrió lo que podía hacer para evitarla. Pensó entonces que engañaría a los demás zorros hablándoles de una nueva moda.

—¿Y cuál había de ser aquella nueva moda?

—Nada menos que la de no usar cola. Aquel día se celebraba una gran asamblea de zorros, y éste se presentó dándose mucha importancia y echó un largo discurso sobre los viajes que había hecho y las cosas que había visto. Aseguró que en Francia había animales que no usaban cola, y que en los Estados Unidos iban muchos a seguir la moda; habló de los perros a quienes les cortan la cola sus amos, considerando que así se ven mejor, de los caballos a quienes también se les recorta; de que hasta a los gatos se les cercena... Los zorros oían aquello con muy poco interés, y uno dijo: —“Hay que ver que esos animales no están sin cola por su gusto. Se la cortan a la fuerza. No veo por qué hemos de adoptar nosotros esa moda.” Otro habló después: —“Esas modas que hacen padecer debemos dejárselas a los hombres. Dicen que las hembras del género humano sí se martirizan por la moda, pero nosotros no tenemos que imitarle nada al odioso enemigo de todos.” El zorro sin cola contestaba a todos los discursos, y la opinión parecía estar dividida. Al fin uno de los zorros viejos dijo: —“Yo aceptaría la proposición del compañero si la creyera desinteresada; quiero decir si él tuviera cola. Pero como la ha perdido, me parece muy sospechosa. Quizá si yo la hubiera perdido pensaría como él. Pero, no siendo así, prefiero quedarme con mi cola y creo que mis compañeros pensarán como yo.” Naturalmente, después de este discurso nadie pensó en cortarse la cola.

—Déjenme hablar en contra de los hombres —dijo al fin el zorro azul—, creo que contra ellos todos podemos hablar.

—¿No creen que hay que guardarles consideraciones a los presentes?

—dijo el duende Don Yo, refiriéndose a Nachito y Mariquita.

—Son muy niños —dijo el zorro.

—¿No se les respeta por chicos? —insistió el duende—. “Gran reverencia se le debe al niño...”

—No es eso; quiero decir —contestó el zorro, que era gran diplomático—, que como ellos son muy jóvenes no tienen todavía el orgullo de sus mayores, y no les molesta oír hablar contra su especie; creo, además, que les convendrá oír las hazañas de los nombres contra nosotros, a ver si así se corrigen y aprenden a tratarnos mejor.

—No crean —dijo Mariquita—, en casa oímos hablar bastante mal de las gentes, pero siempre es gracioso saber cómo nos ven los animales.

—Pues les contaré —dijo el zorro—. Allá por el Norte había unas viñas muy buenas, y uno de mis compañeros acostumbraba ir a comer uvas. Éstas no estaban verdes... como las del cuento que se cuenta contra nosotros; al contrario, muy maduras y muy fáciles de alcanzar, así es que cada noche se daban de banquetes dos o tres compañeros que vivían allí cerca. Pero un día el dueño de las viñas encontró al del cuento, y le echó mano, pero no lo mató inmediatamente, sino que quiso hacerlo sufrir antes de morir.

—¡Qué malo! —exclamó Mariquita—. ¿Y qué le hizo?

—Le empapó la cola en aguardiente y le prendió fuego.

—¡Qué horror!

—El zorro salió huyendo asustado, y viendo un campo de maíz, se lanzó a él, pensando que, si azotaba la cola entre las plantas, podría apagar el fuego de la cola y salvarse de que se le comunicara a todo el cuerpo. Así fue: a fuerza de correr entre el maíz, la cola fue dejando atrás los pedazos encendidos y el zorro pudo salvarse, pero el maíz estaba reseco, y cogió fuego. ¿Y de quién creen ustedes que era el campo de maíz?

—¡Del mismo dueño de las viñas! —dijo Nachito.

—Del mismo, que al ver lo que le sucedía se arrancaba los cabellos pensando que mejor hubiera sido no querer castigar con tanta crueldad al zorro.

El duende terció entonces y dijo:

—Amiguitos, esta vez hemos conversado ya mucho. Don Pelón y doña Chachalaca deben regresar a su casa.

—¿Yo? —dijo la chachalaca verdadera a quien nadie había visto, pero que estaba por allí cerca—. Bien me estoy aquí.

—Vaya —dijo el duende—, doña Chachalaca no eres tú, ni nadie estaba pensando en ti, sino en la señorita María.

—Ahora entiendo. Pero me parece ridícula la costumbre de robarnos nuestros nombres para ponérselos de motes a las gentes.

Al día siguiente Mariquita dijo que ya le cansaba conversar siempre con el zorro y que quería ver animales distintos, sobre todo aves con grandes plumas. Así pues, por la tarde, cuando volvieron al bosque del

duende Don Yo de Córdoba, pidió que invitaran a muchas aves y el duende hizo que vinieran unas cinco o seis que sorprendieron mucho a la niña; la mayor parte eran aves del paraíso con colas fantásticas; había también un quetzal de Guatemala, con su larga pluma de colores que baja, y un ave lira, con las plumas de la cola levantadas en forma de lira. Pero allí estaban también el zorro azul, invitado desde la tarde anterior a volver a reunirse en aquel punto, y diez o doce animales distintos, de los que acostumbraban acudir en las tardes.

El zorro venía acompañado de un jabalí, grande y lustroso, que produjo impresión a Nachito y Mariquita; si no hubieran estado bien acompañados, les habrían tenido miedo a sus formidables colmillos.

—¿Le son muy útiles esos colmillos? —preguntó Nachito.

—Mucho, pero sobre todo para asustar: pocas veces tengo que usarlos realmente. Pero, ¿qué te figuras que me decía el zorro poco antes de venir para acá?

—No me lo figuro.

—Pues me encontró afilando los colmillos en el tronco de un árbol y me dijo: —“¿Por qué te afilas los colmillos, cuando no hay enemigo que te amenace? Creo que, como dicen los hombres, ves moros con tranchetes.” —“Te equivocas —le contesté—, cuando no hay enemigo al frente es cuando debe uno prepararse. Cuando ya el enemigo está a la vista, otra cosa me toca hacer, y no afilar los colmillos.”

En eso llegaba un gran lobo, y habló:

—No creo que fuera de buena fe la pregunta del zorro. Nunca habla de buena fe...

—Primo...

—No hay primo que valga. Acabo de saber lo que hiciste, contra mi hermano.

—¿Yo? Hace mucho que no veo a nadie de tu familia.

—Entonces fue otro como tú, hermano tuyo...

—¿Pues qué ha sucedido? —preguntó Nachito.

—Imagínense que hace poco rato me encontré a un león cubierto con la piel de mi pobre hermano. Me figuré que estaba loco, porque yo comprendo que haya quien se ponga la piel del león, como hizo el burro, pero no entiendo cómo el león puede querer disfrazarse de otro animal, y sobre todo animal carnicero como él. Todavía si se disfrazara

de cordero...

—¿Le hablaste? —preguntó el zorro.

—No, no me pareció prudente. Pero me fui a ver al chacal que sirve al león, y me dijo que su rey (el chacal cree siempre que el león es rey) había estado enfermo y había echado de menos la visita de los zorros. El lobo, mi hermano, al irlo a visitar le dijo que los zorros no querían visitarlo y que hablaban mal de él.

—¿Muy buenas muestras de amistad?

—Yo no decía más que la verdad. Ello es que el chacal se echó a buscar a los zorros y se encontró con uno, al que convenció de que fuera a ver al rey, pero procurando disipar la mala impresión que tenía por lo que le había contado el lobo. El zorro llegó con muchas zalamerías, diciendo que sólo sus muchas ocupaciones y su poca salud habían impedido hacer aquella visita, pero que le traía una buena receta. —“¿Y cuál es?” —preguntó el león—. —“Pues cubrirte con una piel de lobo.” Naturalmente, apenas el lobo, que había estado muy atento con el león, llegó de visita, la gran fiera lo deshizo de un zarpazo, y por eso anda ahora con la piel de mi hermano. No cabe duda de que está trastornado.

—Por lo que oigo contar —dijo Mariquita—, los chacales no son muy estimados entre los animales.

—No —dijo el oso, que había llegado poco antes—. Son aduladores, ladrones. Y sobre todo, comen carne muerta. Yo respeto mucho los cadáveres; nunca los toco... Especialmente los de los hombres, a quienes respeto mucho.

Nachito y Mariquita comenzaban a ver con simpatía al oso pensando que una fiera grande y poderosa como él respetaba a la especie humana; pero en eso dijo el zorro azul:

—Me convencerías de respetar a los hombres si les tuvieras igual consideración cuando los ves vivos que cuando los ves muertos.

—¿Pues cómo es eso? —preguntó Nachito.

—El oso, es verdad, no se comería nunca un cadáver. Pero si está hambriento y ve a un hombre vivo, sí se lo come.

—Siempre gracioso este zorro —dijo un puercoespín— ¿No saben lo que me dijo el otro día?

—No sabemos.

—Pues ya supondrán ustedes que el zorro y yo somos buenos amigos. Yo no me como a nadie, como él, pero a mí nadie me puede comer, porque las púas de mi cuerpo lo impiden.

—¿Y no te pueden matar? —preguntó Nachito.

—Matar sí pueden. ¿Pero quién me ha de matar si no me ha de comer? Eso de matar a quien no nos hemos de comer, no lo hacemos los animales: ésas son cosas de los hombres.

—Veo que no tenemos buena reputación entre ustedes —dijo Nachito.

—No; ya lo has podido advertir muchas veces. Pues como les decía: somos amigos el zorro y yo. El otro día, este zorro se cayó al río y en la parte honda, y empezó a nadar como desesperado contra la corriente que se lo llevaba. Después de mucho luchar, pudo salir a tierra, entre unos pantanos llenos de moscas y mosquitos. Andaba yo por aquí cerca, y cuando lo vi salir del río me acerqué a ver si necesitaba algo. Lo encontré tirado en el suelo, sin poderse mover del cansancio. Y lo peor era que las moscas y mosquitos se entretenían en molestarlo y chuparle toda la sangre que podían. Entonces me ofrecí a espantarle los insectos que tanto lo hacían sufrir, pero él me dijo con mucho tino: “Déjalos. Estos que tengo encima ya se van cansando; si me los espantas, vendrán otros que no me han picado, y éstos sí acabarían conmigo.”

—Nada, nada —intervino el lobo—, aquí se habla demasiado bien del zorro...

—¿Conque se habla demasiado bien? —dijo el zorro azul—. Les he de contar cómo es el lobo.

—¿Pues qué te ha hecho?

—Ya verás. Un día me caí en un pozo y no sucedió como en la historia de la cabra, que me fue posible salir de allí, aunque dejando a la compañera; allí estaba yo quejándome, cuando llegó este primo mío, y viéndome allí se puso a preguntarme: —“¿Cómo es posible que te hayas caído? ¿Cómo sucedió eso? ¿Hace mucho rato? ¿No tienes frío dentro del agua?” Así estuvo haciéndome preguntas que yo le contestaba como podía, pero de mala gana, hasta que le dije: —“Mejor es que me busques una sogá y me la echas. Déjate de hacerme preguntas y dame ayuda.” Entonces parece que tuvo vergüenza y se fue.

—Tal vez me burlaba yo de ti —dijo el lobo—. Bastante mal nos has hecho. Recuerda lo del león.

—Ya lo he sabido —dijo Nachito.

—Recuerda lo que le hiciste a mi hermano cuando le pedías de comer.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Mi hermano vivía en una buena madriguera, y una vez hizo una gran cacería, y tenía tanto qué comer, que durante varios días no salió a cazar, y se mantenía de sus provisiones. Este zorro azul se dio cuenta de su ausencia, y se puso a averiguar lo que sucedía. Llegó a la madriguera, y preguntó por el lobo. Mi hermano le dijo que no estaba bien de salud y que no podía salir. El zorro insistió en visitarle, metió la cabeza en la madriguera, y vio las provisiones que el lobo tenía. —“¿No me invitas? —le dijo—. Hace días que como mal. La situación está difícil.” —“No puedo darte nada —contestó mi hermano disgustado—. Como estoy enfermo, si se me acaba esto no tendré qué comer, y no puedo salir a buscar más.”

—Pero no era verdad. El lobo estaba bueno y sano —dijo el zorro azul.

—Bueno, pero no quería regalar lo que le había costado trabajo conseguir.

—Pues eso debía castigársele —insistió el zorro—.

En todo caso, no como tú lo hiciste. ¿Qué crees que hizo este animal perverso? Se fue a ver a unos pastores, y les contó dónde estaba mi hermano, y los llevó a la madriguera armados de palos y ellos sacaron al lobo y lo mataron. Todavía tuvo este zorro el valor de comerse las provisiones de mi hermano.

—¿Y tú no te has vengado? —preguntó Nachito.

—No —respondió el lobo—. Los animales nos vengamos muy pocas veces. La venganza es fea, y sólo los hombres la practican sistemáticamente.

CON EL BURRO

—Si quieren ustedes conocer otra historia de nuestros astutos amigos —dijo el mono, disgustado con los zorros, como ya se sabe—, aquí está el burro que la cuente.

—¿Pues qué fue eso? —preguntó Nachito.

—Pues que un día me escapé de los establos de mi amo —dijo el burro— para salir a pasear. Cada vez que puedo lo hago, como ahora... Pero mi amo no se asusta, porque sabe que yo regreso. Es más seguro comer en el establo que en el campo: a veces hay sequía. Bueno: me encontré con un zorro amarillo, que iba muy contento porque acababa de tener un gran banquete de gallinas, y se había puesto muy amistoso, como siempre que comen bien ellos. El zorro me contaba cosas de los animales a quienes persigue y yo le contaba cómo son las yerbas que me como, y discutíamos cómo sería aquel año, si bueno o malo, si llovería mucho o no, si se morirían muchos animales. Las cosas no iban muy bien en aquel momento, y muchos tenían hambre. Así conversando, vimos llegar a un gran león hambriento que apenas nos ve exclama: —“Al fin tendré qué comer y por partida doble.” Yo me eché a temblar, que por poco me caigo al suelo. Yo no creía que hubiera por allí fieras peligrosas: todavía no sabía yo escoger los lugares para pasear, que ahora sí sé por dónde no andan leones. El zorro me dice en voz baja: —“No te muevas, y te salvaré la vida. Déjame ir a decirle dos palabras al león.” Yo le creía, y me quedé allí plantado, esperando mi salvación. El zorro amarillo se dirigió hacia el león, haciéndole muchas reverencias, y no acercándose mucho por temor a los zarpazos. Habló con tanta zalamería, haciéndole tantas promesas, que el león consintió en oír lo que quería decirle antes de comernos. Obtenida la promesa del león, el zorro se le acercó y le habló en voz baja. Yo no me figuré qué cosas le diría, pero después lo supe.

—¿Pues qué fue? —preguntó Mariquita.

—Le dijo al león —nada menos— que él, el zorro, me pondría en lugar seguro para que me devorara, con tal de que le perdonara a él la vida; que en cambio, si no consentía, podía escaparse uno de los dos.

—¡Qué maldad! —dijo Mariquita.

—Después volvió a mi lado, y me dijo que lo acompañara, porque el león nos perdonaba la vida con tal de que le señaláramos un lugar donde encontraría mejor caza, y que teníamos que ir hasta un sitio muy bueno, y el león nos seguiría hasta que se lo indicáramos. Echamos a andar, y el perverso animal amarillo me hizo caer en una trampa que había descubierto, puesta contra él precisamente. Entonces le dijo al león: —“Aquí está el burro con una pata cogida en la trampa y bien asegurado. Yo me despido.” Pero el león le echó un zarpazo y lo mató, y el león me dijo: —“A ti te tengo seguro en la trampa y te puedo devorar mañana. Al zorro me lo como ahora, y tengo dos comidas aseguradas. Los tiempos están muy malos.” Así fue castigada la maldad del zorro.

—¿Y tú cómo escapaste? —preguntó Mariquita.

—De casualidad, la trampa aquella la había puesto mi amo, porque las fieras le molestaban mucho a sus animales y pasó por allí aquel mismo día a ver si había caído alguno, me vio y me llevó al establo. Suerte fue porque el zorro ya me había condenado a muerte.

El gallo terció y dijo:

—Seguramente nadie tiene con los zorros tantas relaciones como mi familia. Ellos nos tienen afecto especial. O por lo menos, eso nos dicen cuando nos encuentran. ¿Recuerdan ustedes lo del otro día? Nos quieren tanto, que si nos acercamos mucho a ellos acabamos por formar parte de su cuerpo: vamos a parar a su estómago. Pues no hace mucho me contó uno de mis parientes, a quien voy a visitar a un buen gallinero, lo que le había ocurrido con uno de ellos. Yo nunca me dejaría meter en un gallinero, pero mi pariente está contento allí: le dan muy bien de comer, y muchas gallinas lo rodean... Pues un día el amo de mi pariente puso una buena trampa, porque los zorros le hacían demasiados estragos en el gallinero; ya no sabían cómo impedirselos; unas veces se colaban por la puerta, y había habido que ponerle candado; otras veces roían la cerca, que era de madera, y fue necesario rodearla de red de alambre; después acabaron por treparse por la red, metiendo las uñas en los huecos... Entonces el amo decidió

poner una trampa en el gallinero y dentro de ella una gallina, pero no una gallina real, viva, sino una figura que habían fabricado, en forma de gallina, y a la que le pusieron plumas; estaba muy bien hecha, y hasta el gallo le pasaba cerca haciéndole la rueda. Sólo después que vio que se quedaba inmóvil comprendió que no era “de verdad”. Por la noche vino un zorro, y viendo aquella gallina en el suelo, cuando las demás se habían trepado en árboles y palos para dormir, dijo: “Ésta es la mía.” Y fue a cogerla, y la trampa le atrapó una pata. El gallo vio lo que sucedía, y no pudo menos que dejar escapar un grito de alegría, acordándose de las muchas veces que la llegada de los zorros lo obligaba a subirse a toda prisa a los árboles y dar gritos de alarma a todas sus gallinas para que se treparan lo más alto que pudieran, lo cual no impedía que siempre cayera una, la más torpe para volar, en manos del enemigo. El zorro oyó aquel grito del gallo, y discurrió el modo de salvarse con ayuda de su propia víctima. —“¡Mi querido amigo! —le dijo—. ¡Cuánto me agrada oír tu voz! Hasta aquí vine nada más que por el gusto de saber cómo estabas. ¿Estás bien?” —“Muy bien —contestó el gallo—. ¿Pero desde cuándo te interesas tanto por mi salud? Generalmente, cuando vienes por aquí, te llevas a una de mis esposas.” —“Pero a ti nunca te he hecho nada. No puedes decir que soy enemigo tuyo. A tus esposas sí, pero son tantas, y te molestan a veces de tal manera con sus exigencias, que yo creo que te hago favor llevándome a las más tontas, ¿verdad?” —“Veo que eres muy inteligente, como siempre.” —“Gracias, amigo mío. Y ya que tienes buena opinión de mí, ¿por qué no me ayudas? Si me trajeras un palo, lo metería dentro de la trampa, y haciendo palanca la abriría y podría escaparme.” —“Voy a ver si traigo el palo” —dijo el gallo—. “Pues ve pronto, porque esta trampa me aprieta mucho la pata, y está cogida de tal manera que difícilmente podría arrancármela.” El gallo bajó de su árbol, y fue hasta la puerta de la casa del amo, y se puso a cacarear con tanta fuerza que el amo despertó y vino al gallinero; apenas vio al zorro, cogió un palo y con él mató al zorro, mientras el gallo le decía: “¿Ya ves? Ahí tienes el palo que querías.”

—Francamente —dijo Nachito—, yo creo que se juzga al zorro con mucha injusticia. Ya ven ustedes que no es vengativo...

—Los animales no lo somos —dijo el mono—. Pero acuérdate de que iba a quemarle el nido al águila, y eso es venganza.

—No —dijo el zorro azul—, eso fue para salvarle la vida al cachorro; para que el águila lo devolviera.

—Eso dices ahora —insistió el mono—, porque así resultó; pero quién sabe.

—Bueno —terció Mariquita—, dicen que a los hijos debe defendérseles de cualquier modo.

—Y, sobre todo —agregó Nachito—, me gusta el zorro porque no cree en los reyes.

—Buena te va —le dijo el zorro al mono—, a ti que sueñas con ser rey. A propósito: mi padre me contó que cuando él era joven se le tenía a los reyes más respeto que ahora. El león, por lo tanto, era famoso. El zorro que fue mi padre, cuando era cachorro, oía hablar de él con gran asombro. Al fin un día lo vio, y, como él era chico, y el león grande y con gran melena, se asustó mucho y salió huyendo. Pero muchos días después volvió a verlo, y ya no le huyó, sino que se quedó mirándolo para conocerlo bien. Entre tanto, los chacales, que andan siempre haciéndole propaganda al león, le contaron que era muy bueno, y que sólo hacía daño cuando estaba disgustado o tenía hambre. A la tercera vez, el zorro se acercó al león y le habló de tú. No le sucedió nada. Lo que pasa —continuó diciendo el zorro—, es que los animales más tontos que yo tienen envidia de mí, como lo he dicho siempre. Por eso no me quiere el lobo. Es más tonto que yo y es más malo.

—Insultos, no —dijo el duende Don Yo—. Recuerden que aquí estamos todos en paz, aunque se discutan los méritos de los diferentes animales. Al decir que el lobo es más malo, das a entender que tú no eres bueno.

—No quise decir eso, sino que él es malo y yo no.

—La primera palabra vale más. Me haces recordar a una familia de cuatro hermanos, todos con aspiraciones políticas, en un país muy turbulento. El hermano que se llamaba Apolinar quería ser personaje importante, pero no lo conseguía; sus otros hermanos sí. Y cuentan que decía:

“No sé por qué no llego yo a ser personaje en este país, cuando mis tres hermanos lo son, cada uno con diferentes elementos, y yo soy tan sabio como mi hermano Emilio, tan valiente como mi hermano Luis y tan malo como mi hermano Manuel.”

—Pues la diferencia entre el lobo y yo la verán ustedes en lo que nos sucedió con el caballo —dijo el zorro.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

Ya verán. Éramos muy jóvenes, apenas acabábamos de salir de cachorros el lobo y yo, cuando vimos por primera vez al caballo. El lobo lo vio antes que yo, y vino a contármelo:

He visto una hermosa bestia en el campo; alta, gruesa, de pelaje rojizo con crines.

“¿Qué será?” —dije yo—. “¿Crees que podríamos comérsola?”

“Tal vez sí, atacándola entre los dos. Pero tengo gran curiosidad de saber cómo se llama.”

—¿Es peligrosa?

“No, no lo parece; no le vi nada con que pudiera atacar, y es muy pacífica.”

“Pues vamos allá a verla.”

Fuimos a donde el lobo había visto al caballo, y nos acercamos a él muy humildes, para ver bien cómo era el animal y por dónde podría ser atacado, pero como también queríamos satisfacer nuestra curiosidad, que era muy grande, le preguntamos:

“Ilustre animal, a quien nunca habíamos visto, te admiramos mucho y quisiéramos saber tu nombre.”

Entre tanto, yo me daba cuenta de que sería muy difícil que nosotros matáramos al caballo, que es demasiado grande y tiene la piel muy gruesa: me pareció que matarlo era tarea para el león, pero superior a nuestras fuerzas.

El caballo, que tenía buen humor, nos contestó:

“Mucho me honro en saber que me admiran ustedes. Yo sí conozco sus nombres, don Lobo y don Zorro, y sé todo lo que valen. Conozco a toda su familia. Mi nombre... Bueno, les diré, me han prohibido que lo diga; pero puede leerse en la punta de mis patas de atrás.

El lobo encontró aquello muy interesante; pero yo sospeché algo malo, y dije:

“Siento mucho que sólo leyendo en tus patas se pueda conocer tu nombre. Mis padres son pobres y no me enseñaron a leer.”

“Nadie lo diría” —contestó el caballo—. “Hablas bien.”

“Ya ves. Parece que aun sin saber leer se puede tener inteligencia. Adiós.”

Pero el tonto del lobo dijo:

“Yo si sé leer y quiero saber tu nombre.”

Se acercó al caballo, y la gran bestia levantó la pata y le dio al lobo una tremenda patada en la cabeza que lo dejó tendido buen rato.

CON EL BURRO Y EL RATÓN

—Aunque es costumbre hablar bien del león, tanto como mal de los zorros —dijo el zorro azul— yo les quiero contar hazañas del llamado rey de los animales, para que vean que no siempre es justo.

Una vez, estaba enfermo uno de los leones de tierras al norte, donde andaba yo de visita. A los leones les gusta que los vayan a visitar cuando están enfermos, y ya saben ustedes cómo se aprovechan de estas visitas muchas veces. Los zorros tenemos mucha prudencia en tales casos, y no nos acercamos a la cueva del león en estas ocasiones, no sea que entremos y no salgamos. Pero esta vez me aseguraron que el león no haría nada, porque los chacales le llevaban buena comida y no pasaba hambre. Fui, pues, acompañado de un oso negro y de un mono gris, porque yendo en compañía disminuía el peligro aún más.

Llegados allí, preguntamos cortésmente al león por su salud. El mono se deshacía en caravanas. Yo procuraba conducirme discretamente. Pero el oso, que a veces es muy tonto, se puso inquieto y se veía que no estaba a gusto.

—¿Qué te pasa? —preguntó el león irritado.

—Pues no está nada agradable esta cueva. Se ve que no la limpian tus chacales...

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí me importa, porque los olores no son nada agradables.

El león se encendió en furia, entonces, y de un zarpazo lo tendió muerto en el suelo, diciéndole:

—Toma olores agradables.

El mono, al ver aquello, comenzó a dar de chillidos:

—¡Qué absurdo! ¡Qué ofensa para el rey! ¡Oso estúpido!

—No chilles, le gritó el león.

—Es que no puedo tolerar la conducta del oso. ¡Ponerse a censurar la mansión real, que sólo huele a perfumes de Arabia!

—No es verdad: el oso tenía razón en lo que decía, y mis chacales son

muy sucios, no entienden cómo debe tenerse una casa distinguida, y me van a obligar a llamar a los gatos para que la limpien. Pero lo que me molesta fue el aire grosero con que habló el oso.

—Pues a mí, de todos modos, me huele aquí a perfumes de Arabia...

El león, a quien le subía de punto el enojo, acabó por darle otro zarpazo al mono y tenderlo también muerto, en el suelo, con esta frase:

—Toma perfumes de Arabia.

Yo lamentaba haber accedido a aquella visita. Mis dos compañeros yacían muertos, y yo no veía el modo de salir de allí.

El león me dijo entonces:

—¿Y a ti cómo te huele?

—¿A mí? —le dije—. No me huele a nada. Tengo catarro.

—Ya me cansan los cuentos del zorro —dijo Mariquita—. No se habla aquí sino de zorros y zorros. Vámonos para casa.

—No —dijo Nachito—. Que nos cuenten todavía otra historia.

—Bueno, una más. Pero mañana ya no volvamos a ver a los animales... El duende bien podría inventar otra cosa para nosotros.

—Muy bien, hijos míos, ya veremos qué otra cosa les gusta...

—Pues verás —dijo el ratoncito—. Tengo amigos en las poblaciones y a veces los invito a visitarme y a comer conmigo. Cuando vienen les obsequio granos de cereales, que es lo que comemos en el campo. Pero uno de ellos, gran ratón de ciudad, me dijo un día:

“Es pobre tu comida. ¡Si vieras qué bien se come en la ciudad!”

“No ha de ser tanto —contesté yo—. Dicen que tienen ustedes que comer papel”.

“¡Oh no! Eso sólo les ocurre a los ratones que viven en las casas de los escritores honrados.”

“¿Y por qué en las casas de los escritores honrados? ¿No hay papel en las casas de los escritores que no son honrados?”

“Sí hay papel, aunque no mucho que digamos. Pero como los escritores deshonestos tienen muchas cosas buenas de comer en la despensa, a nadie se le ocurre ir a roer el papel”.

“¿Entonces los escritores honrados no tienen buena despensa?”

“No. Se mantienen con muy poca cosa. Viven al día... Así es que a los

ratones que viven en esas casas no les queda otro recurso que comerse el papel. Pero no son muchas esas cosas, no creas, así es que la historia de que los ratones de ciudad nos alimentamos de papel es falsa, es una de tantas consejas que corren en el campo. Vamos: te invito a que comas conmigo en la casa de uno de esos señores ricos...”

Y dicho y hecho. Aquel mismo día fuimos a la ciudad, cuando iba anocheciendo, y llegamos hasta la casa donde se alojaba mi amigo.

“Espera a que cenen los dueños —me dijo.”

Esperamos, y cuando se levantaron de la mesa los dueños, y las criadas se pusieron a lavar platos, nos metimos en la despensa. Lo malo era que había que atravesar buen trecho de la habitación, desde el agujero abierto en el piso hasta el agujero abierto en la despensa. A mí me pareció peligroso aquello, pero llegamos a la despensa, y comenzamos a disfrutar de un gran banquete; excelentes bizcochos, quesos de varias clases, frutas secas, dulces... Cuando estábamos royendo un magnífico queso de Gruyère, oímos ruido: una criada venía a abrir la despensa para guardar un bote de dulce. Salimos huyendo a toda prisa, pero la criada nos vio, y agarró un palo para pegarnos, y un gato corrió detrás de nosotros, que yo no sé cómo no nos alcanzaron antes de llegar al agujero del piso. Pudimos escapar, sin embargo, pero yo le dije a mi amigo el de la ciudad:

“Será muy buena la despensa del escritor rico, pero yo prefiero comer maíz en el campo a comer queso y dulces con tanta intranquilidad...”

Entonces Mariquita quiso despedirse, y ella y Nachito se fueron, acompañados por el duende Don Yo de Córdoba, saludando a todos los animales: “Adiós, don Zorro; adiós todos”.

TRADUCCIONES

LA MARIPOSA¹
(del catalán Pau Bunyegas)²

Valiente soy, —la mariposa dice—,
en el peligro poso,
y que él me da, parece,
más vida y alas más, pues en él gozo.

De roja luz la peligrosa llama
la ocasión le presenta
de sentirse gozosa,
y de valiente así la plaza sienta.

Vueltas y vueltas da a la llama en torno,
del peligro prendada,
y al cabo de un instante
cae al pie de la luz, muerta, quemada.

Santo Domingo, marzo 1897.

¹ En la edición de *Versos* de Néstor E. Rodríguez, este poema lleva la indicación de que fue “Traducido por Camila”. Se trata de un error, pues Camila tenía en 1897 sólo tres años.

² Pau Bunyegas, (Barcelona, 1841-1928), seudónimo del dramaturgo y periodista catalán Conrad Roure i Bofill, famoso por haber realizado la primera traducción de *La Ilíada* al catalán.

AQUÍ ABAJO³
(Del francés Sully Prud'homme⁴)

Según abajo las lilas todas mueren,
los cantos de las aves cortos son;
yo con estíos que perduran siempre
soñando voy.

Aquí abajo los labios todos queman,
mas no dejan sentir su suavidad;
y yo sueño con besos que no sean
cruels jamás.

Aquí abajo los hombres todos lloran
sus perdidos amores y amistad;
yo sueño con amantes que se adoran
eternamente con pasión igual!

Cabo Haitiano, Haití, Octubre 1897.

► *Letras y Ciencias*, 1 febrero de 1898.

³ Versión original: *Ici-bas tous les lilas meurent*

Ici-bas tous les lilas meurent, / Tous les chants des oiseaux sont courts, /
Je rêve aux étés qui demeurent / Toujours... / Ici-bas les lèvres effleurent /
Sans rien laisser de leur velours, / Je rêve aux baisers qui demeurent /
Toujours... / Ici-bas, tous les hommes pleurent / Leurs amitiés ou leurs
amours; / Je rêve aux couples qui demeurent / Toujours...

⁴ René-François Sully Prudhomme (1839-1907), aclamado poeta francés, obtuvo el Premio Nóbel de Literatura en 1901.

EL MUNDO DE LAS ALMAS⁵
 (Del francés Sully Prud'homme)

La materia atrae a la materia en razón directa de las masas e
 inversa del cuadrado de las distancias –

Newton⁶

Newton, al ver caer una manzana,
 las leyes concibió de la materia.
 ¿Cuándo un Newton habrá para las almas
 que descubra sus leyes y sus reglas?

Como en el infinito azul existe
 un centro donde equilibranse los pesos,
 así todas las almas de los hombres
 van buscando su Dios, su único centro.

Y así como atrayéndose voltean
 las ardientes esferas inflamadas,
 su himno eterno entonando armonioso
 hace Amor gravitar todas las almas.

⁵ *Le monde des âmes.* / À R. Albaret. / Newton, voyant tomber la pomme, /
 Conçut la matière et ses lois: / Oh! surgira-t-il une fois / Un Newton pour
 l'âme de l'homme? / Comme il est dans l'infini bleu/ Un centre où les poids
 se suspendent, / Ainsi toutes les âmes tendent/ À leur centre unique, à leur
 Dieu. / Et comme les sphères de flammes/ Tournent en s'appelant toujours,
 /Ainsi d'harmonieux amours/ Font graviter toutes les âmes. / Mais le baiser
 n'est pas permis/ Aux sphères à jamais lancées; / Les lèvres, les regards amis/
 Joignent les âmes fiancées! / Qui sondera cet univers/ Et l'attrait puissant qui
 le mène? / Viens, ô Newton de l'âme humaine, / Et tous les cieux seront
 ouverts! /

⁶ Epígrafe que aparece en el manuscrito de este poema, depositado en el
 Archivo Pedro Henríquez Ureña, del Colegio de México.

Pero el beso no ha sido permitido
a las esferas que el espacio pueblan,
en tanto que los labios y los ojos
siempre podrán unir almas gemelas.

¿Quién podrá regular la poderosa
atracción que gobierna ese universo?
¡Newton del alma humana, presto surge!
¡Todos los cielos te serán abiertos!

Cap Haitien, 29 de julio 1899.

EL IDEAL⁷
(*De Sully Prud'homme*)

Claro y lleno de astros está el cielo
y en el zenit la luna brilla entera.
En el aire del mundo flota el alma.
Yo pienso en tanto en la suprema estrella,

la que nadie jamás ha divisado,
mas cuya lumbre, celestial viajera,
habrá de descender hasta este mundo
a encantar las edades venideras.

Cuando veáis lucir esa alba estrella,
esa, la más hermosa y más lejana,
decidle que ella fue mi amor, mi sueño,
¡oh los postreros de la raza humana!

Cabo Haitiano, Haití, agosto 1899.

⁷ *L'Idéal*: La lune est grande, le ciel clair / Et plein d'astres, la terre est blême,
/ Et l'âme du monde est dans l'air. / Je rêve à l'étoile suprême. / À celle qu'on
n'aperçoit pas, / Mais dont la lumière voyage / Et doit venir jusqu'ici-bas/
Enchanter les yeux d'un autre âge. / Quand luira cette étoile un jour, / La
plus belle et la plus lointaine, / Dites-lui qu'elle eût mon amour, / Ô derniers
de la race humaine!

LA BELLEZA⁸*(Paráfrasis de un soneto de Charles Baudelaire)**Para Andrejullo R. Aibar*

Cual soñada escultura soy hermosa;
 mi seno vencedor, que ahoga y mata,
 enciende en el poeta amor eterno
 y mudo cual el mármol de la estatua.

Mi reino es el azul; soy una esfinge
 de helado corazón, cual cisne blanca;
 odio el gesto que rompe la armonía;
 mi faz ni el llanto ni la risa exaltan.

Ante mis soberanas actitudes,
 imperativos, de desdén supremo,
 consumirán su vida los poetas
 esclavos del poder de dos espejos
 en que solo refléjase lo hermoso:
 mis grandes ojos de fulgor eterno!

Santo Domingo, República Dominicana, enero 1901.

► *Nuevas Páginas*, Santo Domingo., Núm. 8, 15 enero de 1901.

⁸ LA BEAUTÉ / Je suis belle, ô mortels! comme un rêve de pierre, / Et mon sein, où chacun s'est meurtri tour à tour, / Est fait pour inspirer au poète un amour/ Eternel et muet ainsi que la matière. / Je trône dans l'azur comme un sphinx incompris; / J'unis un coeur de neige à la blancheur des cygnes; / Je hais le mouvement qui déplace les lignes, / Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris. / Les poètes, devant mes grandes attitudes, / Que j'ai l'air d'emprunter aux plus fiers monuments, / Consumeront leurs jours en d'austères études; / Car j'ai, pour fasciner ces dociles amants, / De purs miroirs qui font toutes choses plus belles: / Mes yeux, mes larges yeux aux clartés éternelles!

FIEZ-VOUS⁹
 (Del poeta haitiano Oswald Durand)
Traducción imitada
en el corte de los versos franceses.

Confiad en la mordida
 de sierpe en los blancos dientes
 del león; en la zarpada
 del tigre de ojos ardientes;
 confiad en la onda amarga;
 en la mujer misma, más
 pérfida —¡la vanidosa!—
 que los reflejos del mar;
 ¡oh! confiad en la fiebre
 amarilla, que traidora
 mata al posar en el labio
 si caricia abrasadora;
 en la peste, aún cuando nadie
 espera de ella piedad;
 —en el toque de agonía
 ¡y jamás en la amistad!

Santo Domingo, octubre 1900.

► *Nuevas Páginas*, Santo Domingo, núm. 2, 15 de octubre de 1900.

⁹ “Fiez-vous à la morsure / Du serpent; aux blanches dents / Du lion; à la blessure / Des tigres aux yeux ardents; / Fiez-vous à l’onde amère; / A la femme même, plus / Perfide encor —l’éphémère— / Que la mer et ses reflux; / Oh! fiez-vous à la fièvre / Jaune, qui, traîtreusement /Vient vous donner sur la lèvre / Son cruel embrassement; / la peste, dont personne / Ne peut attendre pitié; / —Fiez-vous au glas qui sonne, / Et jamais à l’amitié.”
 Oswald Durand, *Rires et Pleurs. Poesie. Première partie. Poemes – Élègies – Satires – Odelettes*. Corbeil: Ed. Créte, 1896, p. 184.

ANTE EL MAR

(Paráfrasis de un trozo de la oda "To the Sea" de la poetisa norteamericana Amelie Rives¹⁰)

Mi corazón, ¡oh mar! tiene olas,
 sus furores, sus calmas, sus tormentas,
 sus glaciales regiones desoladas
 donde la nieve immaculada impera,¹¹
 hondas grutas, pobladas de cantares
 falaces cual la voz de la sirena,
 naufragios espantosos, torreones
 de altos castillos, de blancura argétea,
 que alzan la ilusión en sus delirios
 a ser mansiones de la dicha excelsa,
 y cambió el tiempo en tumbas resonantes
 do yacen hoy las esperanzas muertas.

Todo cual tú posees¹²; mas tu altivo
 desdén jocundo de la suerte fiera
 ¡oh perpetuo inconstante!
 ansiara yo imitar.

Ante tu altar de rocas implacables
 que enguinalda la espuma iridiscente,
 mecido por el choque clamoroso
 de olas votivas mil, cuando Selene
 repose en la armadura de tu pecho

¹⁰ Amélie Rives (1863–1945), novelista, dramaturga y poeta norteamericana. Ezra Pound la menciona en sus *Cantos*, tal vez por la afición de ambos al tenis.

¹¹ ERD: 40, "donde la nieve impenetrable reina".

¹² "Todo lo cual tú poseo", evidente error de gramatical. En su lugar, y ajustándonos al poema original de Rives, *A Hymn to the Sea*, preferimos "tú posees".

la joya nacarada de tu frente,
mientras avanzan cual radiante coro¹³
de vestales cantoras de rompientes,
y la mística estrella de la tarde
en el azul purísimo aparece,
te ofrendaré mis muertas alegrías,
mis tristezas profundas y perennes,
mis sonrisas ya mustias en su aurora,
mis ensueños que en nieblas desfallecen.
Tú, escucha mi plegaria,
¡oh mar, soberbio mar!

Habana, octubre 1904.

► *Cuna de América*, núm. 80, 8 de enero, 1905; *El Álbum*, Santiago de los Caballeros, febrero, 1905; *Cuba Literaria*, 10 de mayo, 1905; *El Dictamen*, 3-4 de febrero, 1906.

¹³ ERD: 41, “cual luciente coro”

SUEÑOS,
de Olive Schreiner¹⁴

LOS DONES DE LA VIDA

Vi a una mujer que soñaba. En su sueño vio a la Vida ante ella, trayendo en cada mano un don —en la una el Amor, en la otra la Libertad. Y dijo a la mujer: ¡Escoge!

La mujer calló largo rato; y al fin dijo: ¡Libertad!

Y la Vida le dijo: Has escogido bien; si hubieras dicho “Amor”, te habría dado lo que pedías; y habría huido de ti, para no volver más. Pero ahora te anuncio que volveré algún día. Ese día traeré ambos dones en una misma mano.

VIII. LIFE'S GIFTS.¹⁵

I saw a woman sleeping. In her sleep she dreamt Life stood before her, and held in each hand a gift—in the one Love, in the other Freedom. And she said to the woman, “Choose!”

And the woman waited long: and she said, “Freedom!”

And Life said, “Thou hast well chosen. If thou hadst said, ‘Love,’ I would have given thee that thou didst ask for; and I would have gone from thee, and returned to thee no more. Now, the day will come when I shall return. In that day I shall bear both gifts in one hand.”

I heard the woman laugh in her sleep.

London.

¹⁴ Olive Schreiner (1855-1920), poeta y feminista sudafricana.

¹⁵ Poema recogido en *Dreams*, Boston: Roberts Brother, 1891, pp. 115-116.

SOÑÉ QUE ESTABA

I

Soñé que estaba en el cielo, ante el trono de Dios; y Dios me preguntó a qué había ido allí. Le dije que iba a acusar a mi hermano el Hombre.

Dios dijo: ¿Qué ha hecho?

Y yo dije: Se ha apoderado de mi hermana la Mujer, y la ha humillado, y la ha herido, y la ha lanzado al arroyo; y ella está allí agonizante. Él tiene las manos llenas de sangre. Yo vengo a acusarle; que se le arranque el poder, y me sea dado a mí. Mis manos están puras. Y las mostré.

Dios dijo: Tus manos están puras. Levanta la orla de tu traje.

La levanté. Mis pies estaban rojos, color de sangre, como si hubieran marchado sobre vino.

Dios dijo: ¿Qué es esto?

Y yo dije: Señor: las vías de la tierra están llenas de lodo; si marchara sobre ellas, mis vestiduras se mancharían; y ya veis cuán blancas están. Tuve que hacerme camino.

Dios dijo: ¿Por sobre qué?

Callé, y dejé caer mi vestidura; envolví mi cabeza en el manto, y salí sin hacer ruido. Temía que los ángeles me vieran.

II

De nuevo me hallé a las puertas del cielo. Otra me acompañaba. Nos sosteníamos mutuamente; estábamos muy fatigadas. Nuestras vestiduras estaban manchadas de lodo.

Llegamos a las grandes puertas; las abrieron los ángeles, y entramos. Atravesamos las marmóreas salas y nos detuvimos ante el trono. Allí los ángeles nos dividieron; a mi compañera la hicieron sentar en el más alto escalón; a mí en el último. Y dijeron: La última vez que esta mujer estuvo aquí, dejó en el piso las huellas rojas de sus pies; tuvimos que lavarlas con nuestras lágrimas. Que no ascienda.

Pero mi compañera miró hacia atrás y me tendió su mano; y yo ascendí hasta ella. A nuestro alrededor, los ángeles, los refulgentes que nunca pecaron y nunca sufrieron, se movían en todas direcciones; si no hubiésemos estado juntas, nos habríamos sentido aisladas, porque los ángeles eran todos de luz.

Dios me preguntó qué quería, y le mostré a mi hermana.

Dios dijo: ¿Cómo es que ahora venís juntas?

Y yo dije: Mi hermana yacía sobre el arroyo, y sobre ella pasaba la multitud; yo me acerqué, me incliné sobre su cuerpo y ella anudó sus brazos alrededor de mi cuello, y así ascendimos las dos.

Dios dijo: ¿A quién venís a acusar ahora?

Y yo dije: No venimos a acusar a ningún hombre.

Mi hermana me tendió su mano, para que yo hablara por ambas.

Yo dije: Venimos a pedirnos que habléis al Hombre, nuestro hermano, y nos deis un mensaje para él, que pueda comprenderlo, que pueda...

Dios dijo: Id, llevadle el mensaje.

Yo interrogué: ¿Pero cuál es el mensaje?

Dios dijo: En vuestros corazones está escrito; llevádselo.

Y nos levantamos para descender... Los ángeles nos acompañaban hasta la puerta, y nos miraban.

Y uno dijo: ¡Qué hermosas son sus vestiduras!

Y otro: Creí, cuando entraron, que traían lodo en ellas; pero ved: es oro.

Y otro: Es por la luz que llevan en la faz.

Y descendimos hacia él.

► *Revista Moderna de México*, julio, 1908.

X. "I THOUGHT I STOOD."¹⁶

I thought I stood in Heaven before God's throne, and God asked me what I had come for. I said I had come to arraign my brother, Man.

God said, "What has he done?"

I said, "He has taken my sister, Woman, and has stricken her, and wounded her, and thrust her out into the streets; she lies there prostrate. His hands are red with blood. I am here to arraign him; that the kingdom be taken from him, because he is not worthy, and given unto me. My hands are pure."

I showed them.

God said, "Thy hands are pure.—Lift up thy robe."

I raised it; my feet were red, blood-red, as if I had trodden in wine.

God said, "How is this?"

I said, "Dear Lord, the streets on earth are full of mire. If I should walk straight on in them my outer robe might be bespotted, you see how white it is! Therefore I pick my way."

God said, "*On what?*"

I was silent, and I let my robe fall. I wrapped my mantle about my head.

I went out softly. I was afraid that the angels would see me.

II.

Once more I stood at the gate of Heaven, I and another. We held fast by one another; we were very tired. We looked up at the great gates; the angels opened them, and we went in. The mud was on our garments. We walked across the marble floor, and up to the great throne. Then the angels divided us. Her, they set upon the top step, but me, upon the bottom; for, they said, "Last time this woman came here she left red footmarks on the floor; we had to wash them out with our tears. Let her not go up."

Then she, with whom I came, looked back, and stretched out her hand to me; and I went and stood beside her. And the angels, they, the shining ones who never sinned and never suffered, walked by us to and fro and up and down; I think we should have felt a little lonely there if it had not been for one another, the angels were so bright.

God asked me what I had come for; and I drew my sister forward a little that he might see her.

God said, "How is it you are here together today?"

¹⁶ Poema recogido en *Dreams*, Roberts Brother, Boston, 1891, pp. 125-129.

I said, "She was upon the ground in the street, and they passed over her; I lay down by her, and she put her arms around my neck, and so I lifted her, and we two rose together."

God said, "Whom are you now come to accuse before me?"

I said, "We are come to accuse no man."

And God bent, and said, "My children—what is it that ye seek?"

And she beside me drew my hand that I should speak for both.

I said, "We have come to ask that thou shouldst speak to Man, our brother, and give us a message for him that he might understand, and that he might—"

God said, "Go, take the message down to him!"

I said, "But what is the message?"

God said, "Upon your hearts it is written; take it down to him."

And we turned to go; the angels went with us to the door. They looked at us.

And one said—"Ai! but their dresses are beautiful!"

And the other said, "I thought it was mire when they came in, but see, it is all golden!"

But another said, "Hush, it is the light from their faces!"

And we went down to him.

Alassio, Italy.

LA NAVE
De Gabriel D'Annunzio.
Fragmento del episodio I.¹⁷

El monje Traba, a Marco Grático, señalando a Basiliola:

¡Mírale! ¿La ves?
Ha lanzado ante sí el encantamiento
de Hécate. Tras ella está la fosa,
fosa infernal que tus celos de toro
han colmado de víctimas, la falsa
Gehena donde hierve la materia
lujuriosa, con mil ojos humanos
tal como un solo monstruo. Lleva un nimbo
en la cabeza. ¿La ves? ¿La ves cómo
se irgue en pie? Diríase que huella
el mundo con talones de metal.
Cierto: hay en ella alguna cosa eterna,
por cima de la suerte y de la muerte,
y que no podrá nunca ser domada
por hombres. ¡Tú imaginas que has herido
su linaje! Mas ella es de otro bloque.
Ella habitó entre los montes herbosos,
las mansiones pobladas de panteras,
y con la maldecida mano, daba
a los huéspedes tazas humeantes
de filtros, en pocilgas sumergiendo
sus transformadas víctimas. Fue Biblis,
que corre con furor tras el hermano:
Mirra, que concibió del propio padre;
Pasifae, del buey amante; Helena,
la adúltera de Grecia, que arrasó

¹⁷ Nótase en este pasaje una reminiscencia de la prosa de Walter Pater, sobre la Gioconda de Leonardo de Vinci. [Nota de PHU].

torres y destruyó naves potentes
por diez años; Dalila, que la fuerza
del melenudo en sus rodillas corta;
Iezabel, que desnuda se bañó
en sangre del profeta; Hogla, sumisa
bajo el macho cabrío. Ella conoce
todo incesto y unión pecaminosa,
las lujurias que rugen y deliran,
fraudes que hacen el germen infecundo,
espasmos que hacen gritar a los huesos.
Se ha vendido en las plazas y en las calles
a lo largo del muelle y bajo el pórtico,
en la taberna y en el campamento.
Los homicidas conocen su almohada.
Los salteadores conocen su lecho.
Los mercenarios conocen su abrazo,
¿De dónde vino a ti? ¿No has percibido
en sus cabellos olor de barbarie?
El Húngaro y el Moro de Numidia,
el Huno de Istro, el Sárмата del Tánais,
¿no dejaron en ella sus vestigios?
¿De dónde tomó el oro? Sí, ¿de dónde
la púrpura, el jacinto, los aromas
con que te envanece, oh marinero rudo?
¿De do la multitud de vestimentas,
y sus cofres de cedros, y los anillos,
de sus pies, cuyo claro tintinar
te estremece? ¿De dónde los venenos
con que se baña, el minio, que las uñas
le enciende en viva sangre, el antimonio
que agiganta, el abismo de sus ojos?
Porta en el pecho el ónix, donde impreso
está el impuro verbo de Basílida;
y la gema abraxea, signo claro
de su comercio con los heresiarcas
y de su juramento a los idólatras!

► *La Nave* (De Gabriel D'annunzio). Versos. Fragmento del episodio I, *Revista Moderna de México*, febrero, pp. 364-367; *Osiris*, núm. 23, Santo Domingo, 1 de diciembre de 1910, p. 3.

Nota del editor: Presentamos la versión original de este texto, tomada de *La Nave. Tragedia di Gabriele D'Annunzio*, Milan: Presso i Frateli, Treves Editori, 1908, pp. 129-130, probablemente la edición utilizada por Henríquez Ureña para su traducción.

Guàrdala! La vedi?

Ha fatto innanzi a sé l'incantazione
di Ecàte. Ha dietro a sé la fossa inferna
che la tua rossa gelosìa di toro
ha rempiuto di vittime, la falsa
geenna dove cuoce la materia
libidinosa occhiuta d'occhi umani
come un sol mostro. E sopra il capo ha il nembo.
La vedi tu? la vedi tu com'ella
sta in piedi? Par che possa calpestare
il mondo con calcagna di metallo.
Alcuna cosa è in lei, certo, eternale
e fuori della sorte e della morte
e da non poter essere domata
da uomo. Tu ti credi aver percosso
il sao legnaggio! Ell'è d'un altro ceppo.
Ella abitò su i monti pieni d'erbe,
nelle magioni piene di pantère;
e con la maledetta mano dava
agli ospiti le tazze fumiganti
di sughi e rinchiudeva nella stìa
dei porci i trasmutati. Ella fu Bibli
che corse furibunda dietro il suo
fratello; Mirra fu, che piena uscì
dal letto del suo padre; fu Pasife
che s'ebbe il bue, l'adultera di Grecia
che arrossò torri e navi per dieci anni,
Dèlila che tronco su' suoi ginocchi
la forza del chiomato, Iezabèl
che voltolò le sue vergogne nude
nel sangue dei profeti, Hogla che prona

sostenne il capro. Ella conobbe tutti
gli incesti e i giugnimenti belluini,
le lussurie che muggiano e che bélano,
le frodi che traviano la semenza,
gli spasmi contro cui gridano l'ossa.
Ovunque pubblicò le giaciture.
Mise il giaciglio su la piazza e in capo
di strada, lungo il molo e sotto il portico,
nella taverna e nell'accampamento.
Seppero gli omicidi il suo guanciale.
Seppero i rubatori la sua coltre.
Seppero i mercenarii le sue schiume.
Dov'è venuta a te? Non hai fiutato
ne' suoi capegli odore di barbarie?
L'Ungaro giallo e il Mauro di Numidia
l'Unno dell'Istro e il Sarmato del Tanai
non lasciarono in lei le lor vestigia?
Dov'ella prese l'oro? dove prese
il giacinto e la porpora e gli aròmati,
o marinaio rude, onde t'ha vinto?
dove la moltitudine de' suoi
vestimenti, i suoi còfani di cedro,
gli anelli de' suoi piedi al cui tintinno
tremi, e i veleni ond'è f ti cata, il minio
che le insanguina f unghie, l'antimònio
che ingrandisce l'abisso de' suoi occhi?
Guarda. Sul petto ha l'ònice dov'è
inciso il verbo impuro di Basilide,
ha la gemina abraxèa che ti palesa
il suo commercio con gli eresiarchi,
il giuramento suo con gli idolatri.

CENIZAS DE VIDA

Para ubicar en el panorama literario de Estados Unidos a la insigne poetisa Edna St. Vincent Millay¹⁸ —cuya es la poesía que transcribimos— recordaremos la clasificación de la literatura norteamericana propuesta por Edmund Wilson en un artículo aparecido en *The New Republic*, de Nueva York (1928). Edmund Wilson señala cinco “partidos” en la literatura norteamericana, cinco grupos fuertes con orientaciones y métodos definidos; 1) Mencken, con su satélite Nathan, su discípulo Sinclair Lewis, su taller literario *The American Mercury*; 2) T. S. Eliot, residente en Inglaterra pero con poderoso influjo en su patria nativa a través de su revista *Criterion*; 3) el grupo, poco organizado, de los que cabría llamar “neoromántico”, cuyos jefes actuales son Edna St. Vincent Millay y Scott Fitzgerald y cuyos precursores son, entre otros, el novelista Hergesheimer, Sara Teasdale, poetisa de emoción delicada, quizá Cabell; 4) el partido, bien unificado, de la Revolución social: Lawson, John Dos Passos, Michael Gold..., con su revista *The New Masses* y su Teatro de los Dramaturgos; 5) la escuela, más que partido, de la crítica social: Van Wick Brooks, Lewis Mumford, Joseph Wood Krutch... Quedan muchos solitarios: tales como Eugene O’Neill y Sherwood Anderson.

P.H.U.

¹⁸ Edna Saint Vincent Millay (1892-1950). Poeta y dramaturga norteamericana, célebre por ser la primera mujer en conquistar el Premio Pulitzer de Poesía (1923), con *The Harp-Weaver and Other Poems*. Dentro de su voluminosa producción, se destaca el poemario *A Few Figs from Thistles* (1920), y la obra de teatro *The Lamp and the Bell* (1921), donde se trata temas eróticos y bisexuales.

CENIZAS DE VIDA¹⁹
Edna St. Vincent Millay

Me dejó el amor... Se fue... Quedan los días iguales,
inmóviles!... Vivo, duermo... Oh, si la noche viniera.
Pero no... Con lento paso escucho avanzar las horas.
Si de nuevo fuese el día! Y otra vez anocheciera!

Me dejó el amor... Se fue... Y no sé qué hacer de mí...
Y si mi labor emprendo, inconclusa la abandono.
Para qué el afán? Inquieta, torpe, enmaraño y revuelvo
los hilos del tiempo inútil que en mis dedos aprisiono.

¹⁹ Nota del editor: Presentamos la versión original del poema, de su primer libro, *Renascence and Other Poems* (1917):

ASHES OF LIFE

LOVE has gone and left me and the days are all alike;
 Eat I must, and sleep I will,—and would that night were here!
But ah!—to lie awake and hear the slow hours strike!
 Would that it were day again!—with twilight near!

Love has gone and left me and I don't know what to do;
 This or that or what you will is all the same to me;
But all the things that I begin I leave before I'm through,—
 There's little use in anything as far as I can see.

Love has gone and left me,—and the neighbors knock and borrow,
 And life goes on forever like the gnawing of a mouse,—
And to-morrow and to-morrow and to-morrow and to-morrow
 There's this little street and this little house.

Me dejó el amor... Se fue... Quedan los días iguales..
Y como ayer, los vecinos vendrán, llamando a mi puerta...
Y mañana, y mañana, y mañana, y mañana
esta casa sin rumores en esta calle desierta...

► *Cenizas de vida*. (Poema de Edna St. Vincent Millay, introducción y versión de P.H.U.). *Baboruco*, núm. 215, Santo Domingo, 6 de octubre, 1934, p. 9.

DANZA DE LOS RAYOS DE SOL

Bliss Carman²⁰

Alta en las lomas brilla la mañana
desciende al río, a la llanura en flor;
y la brisa despierta a los danzantes
que se visten de sol.

Saltan, uno tras otro;
abandonan sus lechos de placer,
y con alegre impulso y fresca risa
agitan ya los titilantes pies.

Sobre el campo de azur leí medio día,
adonde lleva el viento su clamor
prestos acuden, y en perpetua danza
riegan diamantes de la luz del sol.

Mas si agita en los cielos
sus alas de dragón la tempestad,
al toque de la sombra
vacilan, huyen, y a esconderse van.

Y cuando las legiones de las nubes
al sol impelen hacia tumba gris,
sepúltanse en la gloria del ocaso
con banderas de fuego carmesí.

²⁰ Bliss Carman (1861–1929) poeta canadiense, que desarrolló su vida mayormente en los Estados Unidos. Transcribimos la versión mecanografiada, que se encuentra en su Archivo de PHU. Aunque al pie de página se establece que fue publicado en “*Vida moderna*, México, 16 de agosto de 1916”, no hemos podido confirmar el dato.

DANCE OF THE SUNBEAMS
Bliss Carman

When morning is high o'er the hilltops,
On river and stream and lake,
Wherever a young breeze whispers,
The sun-clad dancers wake.

One after one up-springing,
They flash from their dim retreat.
Merry as running laughter
Is the news of their twinkling feet.

Over the floors of azure
Wherever the wind-flaws run,
Sparkling, leaping, and racing,
Their antics scatter the sun.

As long as water ripples
And weather is clear and glad,
Day after day they are dancing,
Never a moment sad.

But when through the field of heaven
The wings of storm take flight,
At a touch of the flying shadows
They falter and slip from sight.

Until at the gray day's ending,
As the squadrons of cloud retire,
They pass in the triumph of sunset
With banners of crimson fire.

EL VERDADERO IBSEN

(Del inglés)

Ibsen, más que ningún otro escritor, antiguo o moderno, ha sido mal comprendido, dice Mr. William Archer. Esto —cree él— se debe en gran parte a que Ibsen escribe en la lengua de las “pequeñas naciones” y a que sus mejores dramas, *Brand*, *Peer Gynt*, están en verso y son intraducibles. Mr. Archer, —el primero que introdujo a Ibsen en el mundo de los lectores ingleses, y ha traducido *Peer Gynt*—, añade que aún los dramas en prosa de Ibsen son “increíblemente difíciles de traducir con fidelidad”. Su idioma, el danés-noruego, sólo lo hablan cuatro millones y medio de personas—apenas más en número que la mitad de la población, del estado de New York— y —hace notar Mr. Archer — Jorge Brandes es el único de los críticos de reputación europea que lee a Ibsen en su propia lengua. Así pues, es muy difícil para los lectores ingleses, ver algo del verdadero Ibsen.

Mr. Archer examina cinco errores populares respecto de él:

- 1° Que Ibsen carece de estilo, de forma literaria.
- 2° Que es poco conocedor de los resortes del teatro.
- 3° Que es un pesimista.
- 4° Que no tiene *humor*.
- 5° Que es “provincial” o “sub-urbano”.

El primero de esos errores —dice Mr. Archer—“proviene no solamente de las deficiencias de la traducción, sino en cierto modo de un limitado ideal que el crítico se ha formado de lo que debe ser el estilo dramático”. “Desde la época de la Restauración hasta nuestros días, el ingenio, el epigrama, cierta corteza elegante, eminentemente artificial, se han considerado tradicionalmente como necesarios en toda prosa dramática que aspire a la dignidad de la literatura. Etherege implantó la *fashion*, Congreve la perfeccionó, Sheridan la popularizó, y en éstos últimos años las ‘epigramáticas’ imbecilidades de la escuela *taza y platillo* la han llevado al ridículo.” Ibsen, de ello estamos seguros, pone la

verdadera palabra en el lugar preciso, con la misma seguridad que Congreve, solo que, buscando otra clase de efectos, necesariamente juzga la *precisión* con criterio muy distinto. “Su estilo es terso, conciso, lleno de color y de carácter. Donde hay lugar a elocuencia, es elocuente; donde hay lugar para la belleza, es bello. y como inventor de expresiones picantes y de frases cadenciosas no tiene rival en el drama moderno.”

Mr. Archer afirma igualmente el dominio que tiene Ibsen de la técnica del teatro. Escribe: “Si se me preguntara cual era la mejor muestra de talento *técnico* en el drama moderno, creo que señalaría *Rosmersholm*.”

¿Es Ibsen pesimista? Mr. Archer piensa que no, y da para ello las razones siguientes: “El pesimismo es la doctrina que juzga la vida como fundamental e irremediable desgracia, el placer como un sueño fugaz, el dolor como perpetua realidad, y todos los esfuerzos por el mejoramiento de las condiciones humanas como simples alimentos de la ilusión que la Naturaleza implantó en nosotros para apoyar sus inescrutables y siniestros fines.” Uno de los más grandes y consistentes pesimistas, ha resumido su credo en esta sentencia: “Los hombres son miserables por necesidad, y constantes en creerse miserables por accidentes”. Pero nadie cree esto último tan resueltamente como Ibsen. Él no dice con Leopardi; “la vida es mala cuando parece mejor”; sino que dice, “la vida es mala porque muchos hombres son pícaros y tontos; corrijamos la maldad y la necedad humanas, y la vida será realmente digna de vivirse.” Tal vez es esta una exageración de sus ideas. Sería muy difícil ceñir sus doctrinas a una aserción positiva del valor neto de la vida. Pero por lo menos tiene fundadas esperanzas para no dudar que vale la pena el tratar de corregir muchos males que son enteramente corregibles. El Dr. Brandes definió hace tiempo la actitud de Ibsen respecto de la vida: es una indignación pesimista. Él, se indigna de la vileza que predomina en los caracteres humanos. Es siempre y esencialmente un satírico. Pero el pesimismo, en el verdadero sentido de la palabra, no deja lugar a la sátira ni a la indignación. ¿Si la vida en el fondo es un mal, a qué desesperar por los pequeños males de la superficie? Todo lo que parece progreso en la condición humana abre simplemente la puerta a una nueva vida —nueva miseria, nuevos dolores— Esta, es idea de los pesimistas; y esta es enteramente extraña a Ibsen”.

El cargo de que Ibsen es un escritor imprudente y grosero no tiene visos de verdad. “Cuando Ibsen discute firme, franca y atrevidamente

las cuestiones morales que provienen de las relaciones de los sexos, no hay escritor que pueda hallarse más exento que él de ningún asomo de complacencia en detenerse en los asuntos escabrosos, que estimulan a una imaginación sensual o sirven de algún modo a los deseos impuros.” Sobre la falta de *humor* de Ibsen, no hay crítico —dice Mr. Archer— que pueda hacer semejante aserción después de haber leído *Un enemigo del pueblo*. Muchos de los rasgos más sutiles de Ibsen se oscurecen en la traducción. Nosotros mismos podríamos difícilmente comprender a *Falstaff* francés. Ibsen ha sido llamado además “provincial” y “parroquial”; pero, dice Mr. Archer, esta impresión se debe al hecho de que nosotros miramos nuestra propia *parroquia* como el eje del universo, y a que Noruega, país pequeño y lejano, nos es poco familiar. En conclusión, Mr. Archer dice:

“Un poeta maestro, he ahí el término aplicable al verdadero Ibsen. Es un gran creador de hombres y mujeres, un gran explorador del corazón humano, un narrador de historias, un gran inventor y manipulador de esas situaciones”; esas coyunturas y crisis en las cuales la naturaleza humana se sale de las trabas convencionales y se revela en su más alto poder. Es un observador más que un pensador. Tiene rasgos que revelan profundo saber en los fundamentos de las cosas; pero no es de él el cimentarse en un ordenado, simétrico, incommoviblemente armado edificio de pensamiento. La verdad, para él está en muchas partes, y si hoy mira a un lado, mañana mira al otro. Los que quieren construir un ‘evangelio’, un consistente cuerpo de doctrina, con sus obras, hilan cuerdas de arena. Él es “todo por tiempos y nada mucho tiempo.” No es individualista ni socialista, ni aristócrata ni demócrata, ni optimista ni pesimista. Es simplemente dramaturgo que mira con penetrantes ojos en el mundo de los hombres, y traslada a la poesía algunos episodios del interminable panorama.”

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Habana, 1904.

► *Cuna de América*, año II, Santo Domingo, 4 septiembre 1904, núm. 62.

JUAN GABRIEL BORKMAN
DRAMA DE HENRIK IBSEN

Nota.—*Juan Gabriel Borkman* es el último drama de Ibsen, y fue publicado hace tres años, en 1897. Los críticos no vacilaron en colocarlo entre las mejores obras del ilustre noruego, que las tiene tan notables como *Rosmersholm*, *Los aparecidos*, *Hedda Gabler*, *El pato silvestre*, y de cierto que en ella valen mucho, tanto como en esas ya famosas, la psicología de los personajes, el vigor de las situaciones, la lucha pasional que toca a lo trágico, y *lo otro*, lo superior, lo característico de Ibsen. *Borkman* y las hermanas gemelas *Ella* y *Gunhilda* son figuras de hermoso relieve, poderosas, y se imponen. “*Ella*, —dice Mr. Prozor, traductor francés de Ibsen—, es la encarnación de la piedad, y *Gunhilda* de la justicia: no de la justicia del corazón, de esa justicia eterna que percibe las causas y los pensamientos secretos, sino de la justicia de la razón, de la justicia humana, que no ve más que los resultados y los actos patentes.” Lombroso, en un artículo sobre *Los locos del teatro moderno*, describe el desequilibrio de *Borkman*. Dice:

“Es el verdadero delincuente bancario: no asesina, no viola; pero se apropia del dinero depositado en su banco, con la ilusión de poder realizar ganancias tan grandes como para llevar a cabo obras maravillosas que le aseguren en única satisfacción el poder y como para restituir la suma con intereses dobles. —En un caso que se ve muy a menudo y muestra en él la ausencia completa de afectividad y de sentido moral. —Renuncia a la mujer que ama (*Ella*) para favorecer los deseos de un cómplice. —Tiene un amigo fiel, a quien despoja y que continúa viendo de día a día para darle el bálsamo de la admiración cuando todos lo desprecian, y lo rechaza cuando no llega hasta absorberlo y a creer que podrá reconquistar el poder; y en otra parte añade que ha estudiado su propio caso, que se ha estudiado bajo todos los aspectos, y que ha acabado por darse la completa absolución.

“Y todo eso ¿por qué? —Porque ha usado el dinero ajeno, para fines grandiosos, para unir los mares, para arrancar a la tierra los millones que guarda en su seno bajo la forma de minerales que gritan que quieren salir a luz. —Aquí están juntos el genio y el delirio de los megalómanos: el personaje escucha el canto de los navíos que quieren libertarse. —Conciencia, deber, probidad, no existen para él. Cree que su cualidad de hombre de talento se lo permite todo, hasta sacrificar a sus quimeras los seres que más lo amaban, y no comprende que está envejecido, deshonorado, que tiene una enfermedad mortal, y sueña con volver al poder y con ver aún a los hombres pidiendo la limosna de sus consejos, y no habla con nadie porque sólo le queda su culpa. —Por fin, quiere lanzarse al torbellino de la vida, y muere de un síncope, en la tormenta de la montaña, mientras su hijo, tan egoísta como él, olvida a su madre, que lo adora, para acompañar al sur a una rica aventurera.”

Así es este hombre. “Pero eso es hermoso” exclama Prozor. Es que *Borkman* a pesar de haber cometido delitos comunes, atrae y aún subyuga por su ideal, loco, imposible, pero ideal.

El drama tiene cuatro actos y ocho personajes, y pasa en una noche de invierno. La escena que va a continuación, segunda del tercer acto, ha sido traducida de la versión francesa. A los lectores de *Nuevas Páginas* placará sin duda leer algo de la admirable obra del primer dramaturgo contemporáneo.— P. N. H. U.

SALA DE LA SRA. BORKMAN.—*Gunhilda de Borkman* es una señora de edad, de aspecto noble pero frío. Está de pie.

Entra ELLA RENTHEIM, seguida de JUAN GABRIEL BORKMAN. (ELLA se parece a su hermana, pero su semblante indica más sufrimiento que dureza. —BORKMAN es un hombre de sesenta años; su mirada es penetrante—.) Un corto silencio.

LA SEÑORA BORKMAN, que se ha dominado, volviéndose hacia *Ella*. —¿Qué viene a hacer él aquí... en mis habitaciones?

ELLA RENTHEIM. —Quería entenderse contigo, Gunhilda.

SRA. BORKMAN. —Jamás ha intentado un arreglo.

ELLA. —Viene a ensayarlo esta noche.

SRA. BORKMAN. —La última vez que nos encontramos frente a frente fue en el tribunal ... delante de los jueces que me pedían explicaciones.

BORKMAN. —Yo soy quien viene a darlas hoy.

SRA. BORKMAN. —¡Tú!

BORKMAN. —No se trata de lo que he hecho. Todo el mundo lo sabe.

SRA. BORKMAN, con un amargo suspiro. —Tienes razón: todo el mundo lo sabe.

BORKMAN. —Lo que se ignora es los motivos que me han hecho obrar... que me han forzado a cometer ciertos actos. El mundo no comprende que yo me vi obligado a obrar como lo hice, y esto porque yo soy Juan Gabriel Borkman... no otro. He aquí lo que tengo que explicarte.

SRA. BORKMAN, sacudiendo la cabeza. —Es inútil. Nadie queda absuelto por haber obrado por impulsión.

BORKMAN. —Eso nos absuelve a nuestros propios ojos.

SRA. BORKMAN, con un gesto. —¡Basta de excusas de este género!... He reflexionado profundamente sobre estas tristes cuestiones.

BORKMAN. —Yo también. He tenido tiempo de hacerlo durante mis cinco años de prisión celular, y más aún, durante los ocho años pasados allá arriba, en la gran sala. He hecho de nuevo la instrucción y el proceso... para mí solo. ¡He sido mi propio acusador, mi propio defensor, mi propio juez! Un juez imparcial... me atrevo a decirlo. Allá arriba, mientras me paseaba en la sala, volvía y revolvía cada una de mis acciones. Las he examinado por todos sus lados, y bajo todos los aspectos, sin miramiento ni piedad, como el abogado de un adversario. y todos esos debates contradictorios terminaban invariablemente en el mismo juicio... un juicio que no me reconoce como culpable sino respecto de mí mismo.

SEÑORA BORKMAN. —¿Y conmigo y con tu hijo?

BORKMAN. —Cuando digo *yo mismo*, estáis comprendidos el uno y la otra.

SEÑORA BORKMAN. —¿Los cientos de personas que, según se dice, has arruinado?

BORKMAN. —¡Yo podía! y yo obedecía a una sugestión interior de poder irresistible. Desde todos los lugares del país, desde el corazón de las rocas y desde el seno de las montañas, me llamaban los millones

cautivos, implorando la libertad! Nadie oía su llamamiento... excepto yo.

SRA. BORKMAN. —Sí, para vergüenza del nombre de Borkman.

BORKMAN. —Quisiera saber cómo habrían obrado los otros, si hubieran podido.

SRA. BORKMAN. —Nadie hubiera hecho lo que tú hiciste.

BORKMAN. —Quizás. Es que nadie poseía mis facultades, y los mismos que hubieran obrado como yo lo habrían hecho con otro fin. El acto no sería el mismo... En fin, yo he pronunciado mi propia absolución.

ELLA RENTHEIM, dulcemente, con una oración en la voz. —¡Oh! Borkman, ¿estás bien seguro de lo que afirmas?

BORKMAN, con un movimiento de cabeza. —Sí, yo me he absuelto en esta cuestión. Pero siento pesar sobre mí otra acusación, terrible²¹ y abrumadora.

SRA. BORKMAN. —¿Cuál?

BORKMAN. —Ocho años preciosos de mi existencia han sido desperdiciados allá arriba, sin ningún provecho. El mismo día de mi liberación debí haberme vuelto hacia la realidad, una realidad fría y sin sueños, abandonarme a su mano de hierro, recomenzar la vida por abajo y subir una segunda vez a la cima... para elevarme más alto que nunca... a pesar del pasado.

SRA. BORKMAN. —¡Ah! ¡Tú no harías más que revivir la misma existencia. ¡Puedes estar seguro!

BORKMAN, moviendo la cabeza y midiéndola con la mirada, en tono doctrinario. —Nada nuevo sucede en el mundo y sin embargo, nada se repite. Porque nuestra visión cambia y modifica el sentido de nuestros actos. Un acto mismo se transfigura cuando nuestros ojos regenerados se abren a una visión nueva... [Interrumpiéndose.] Pero tú no comprendes eso.

SRA. BORKMAN. —No, yo no comprendo.

BORKMAN. —¡Ah! ¡Este es justamente mi destino maldito! Ni un alma que me haya comprendido nunca!

²¹ En el recorte de este artículo en el Archivo de PHU, se tachó “pesada” y se substituyó por “terrible”.

ELLA RENTHEIM, mirándole. —¿Ni una, Borkman?

BORKMAN. —Una sola... quizás... hace muchos, muchos años. Era en una época en que yo no creía tener necesidad de ser comprendido por los otros. ¡Después, nadie! No ha habido para mí compañero vigilante, de pie al amanecer y tocando la campana matinal para que yo vuelva al trabajo, con el espíritu libre y atrevido—, nadie para confirmarme en la idea de que no he cometido nada irreparable.

SRA. BORKMAN. —¡Ah! ¿Tienes necesidad de una confirmación que venga de fuera?

BORKMAN, en un arranque de cólera. —¡Eh! cuando todos al unísono me soplan en el oído que estoy perdido sin remedio, puede haber momentos en que llegue a creerlo yo mismo. (Sacudiendo la cabeza.) ¡Pero mi conciencia está ahí!, ¡ella se levanta triunfante y me absuelve!

SRA. BORKMAN, con una mirada dura. — ¿Por qué nunca viniste a pedirme, a mí, *que te comprendiera*, como dices?

BORKMAN. —¿De qué me hubiera servido... venir donde ti?

SRA. BORKMAN, con un signo de mano.—Tú no has amado nunca sino a ti mismo... he ahí el fondo de todo.

BORKMAN, fieramente. —Yo he amado el poder...

SRA. BORKMAN. —¡Sí, el poder!

BORKMAN. —¡El poder de crear la dicha en todo mi alrededor!

SRA. BORKMAN. —Tuviste el poder de hacerme feliz. ¿Qué hiciste?

BORKMAN, sin mirarla. —No hay naufragio sin víctima.

SRA. BORKMAN. —¿Y tu propio hijo? ¿Tu poder le ha servido nunca?... ¿Has vivido tú un solo día para hacerle feliz, a él?

BORKMAN. —¿Mi hijo? Yo no lo conozco.

SRA. BORKMAN. —No, dices bien; ni aún lo conoces.

BORKMAN, duramente. —Tú has velado por que así sea, tú, su madre.

SRA. BORKMAN, mirándole con aire de superioridad. — ¡Bah! tú no sabes de qué me he cuidado.

BORKMAN. —¿Tú?

SRA. BORKMAN. —Sí, yo, y he sido la única en hacerlo.

BORKMAN. —¡Y bien!, dime lo que es.

SRA. BORKMAN. —He velado por tu memoria. He aquí mi obra.

BORKMAN, con risa seca. —¡Por mi memoria! De veras se diría que estoy muerto.

SRA. BORKMAN, con tono firme. —Lo estás.

BORKMAN, lentamente²². — Quizás tienes razón (Saltando.) ¡Pero no! ¡No! ¡Todavía no! Yo he estado cerca, muy cerca. Pero he vuelto. Heme aquí de pie. Aún tengo la vida delante de mí. Veo brillar una vida nueva; ella espera... Tú verás, tú también...

SRA. BORKMAN, levantando la mano. —¡No sueñes más nunca en vivir! ¡Quédate tendido donde estas!

ELLA RENTHEIM, indignada. — ¡Gunhilda Gunhilda! ¿cómo puedes...

SRA. BORKMAN, sin oír a Ella. —Yo elevaré un monumento sobre tu tumba.

BORKMAN. —¿Una picota, sin duda?

SRA. BORKMAN, con exaltación creciente. —¡Oh! ¡No! No será un monumento de madera, de piedra o de metal. y nadie se atreverá a grabar en él inscripción infamante. Alrededor, árboles y matorrales espesos formarán un seto viviente que ocultará las faltas del pasado. El olvido lo cubrirá todo, y no aparecerá nada de lo que fue Juan Gabriel Borkman.

BORKMAN, con voz ronca. —Es esa la obra de caridad que quieres cumplir.

SRA. BORKMAN. —No con mis propias fuerzas; no me atrevo a contar con ellas. Pero he educado al que me ayudará consagrando su vida a este objeto único. ¡Él vivirá en pureza, en altura, en luz, de tal suerte que tu vida de tinieblas desaparecerá sin dejar huellas tras de sí!

BORKMAN, sombrío y amenazante. —Si es de Erhart que se trata, dilo en seguida.

SRA. BORKMAN (Lo mira firmemente en los ojos). —Sí, es de Erhart... de mi hijo del que quieres convertir en víctima expiatoria de tus pecados.

BORKMAN, mirando a ELLA. —Del más negro de mis crímenes.

SRA. BORKMAN, irguiéndose. —¿De un crimen para con *otra*? ¡Piensa en tu crimen respecto de mí! (Midiéndoles con mirada triunfante.)

²² En el original se lee "lamentando", pero PHU lo tacha y escribe "lentamente".

¡Pero él no os escuchará! ¡Cuando lo llame en medio de mi angustia, vendrá! ¡Es junto a mí sola donde él quiere estar! [De pronto tiende el oído] ¡Lo siento!... ¡Es él... es él, Erhart!

(*Erhart Borkman* abre violentamente la puerta del vestíbulo y se precipita en la sala.)

► *Nuevas páginas*, año I, núm. 6, Santo Domingo, 15 de diciembre de 1900; firmado Pedro N. Henríquez Ureña. Traducción de la versión francesa de Prozor. *Jean Gabriel Borkman: Drame En Quatre Actes*, de Maurice Prozor.

CUANDO DESPERTEMOS²³
DRAMA DE HENRIK IBSEN

Después de *Juan Gabriel Borkman*, que data de 1897, Ibsen ha publicado en 1900 un nuevo drama, *Cuando nos despertemos de entre los muertos*, que ha dado mucho que hablar a la crítica no sólo por su mérito sino por el subtítulo de epílogo dramático que el autor le puso. Pero Ibsen ha dicho que quizás vuelva a escribir. A continuación va la escena final del drama, traducida expresamente para la *Revista Ilustrada*. La noticia de que Ibsen acaba de salir de una grave enfermedad da mayor actualidad a su publicación.

Vasta meseta en lo alto de una montaña, cercada por precipicios y desfiladeros. A la derecha, se ven cumbres heladas. A la izquierda, una cabaña ruinoso. La del alba. Ulfheim y Maia, esposa de Rubek. Por el fondo aparecen el profesor Arnaldo Rubek, escultor, e Irene. Él lleva sobre los hombros una capa escocesa; ella, un manto de pieles que cubre negligentemente su traje blanco, y en la cabeza una toca.

RUBEK, apareciendo a medias detrás de la roca. —¡Oh, Maia! Nos hablamos de encontrar otra vez.

MAIA, con aplomo forzado. —Servidora. Subid, pues.

(Rubek sube a la meseta y tiende la mano a Irene, quien sube a su vez.)

RUBEK, fríamente, a MAIA. —¿De modo que has pasado la noche en la montaña... como nosotros?

MAIA. —Si, estuve cazando. ¿No habías dado permiso?

²³ La versión que aparece en el Archivo de PHU está mecanografiada, con una nota manuscrita al final: "Publicado en la 'REVISTA LITERARIA' de Santo Domingo, República Dominicana, 1901". No hemos podido localizar la versión impresa, de ahí que no podamos precisar la fecha precisa de edición. N.d.e.

ULFHEIM, señalando los precipicios. —¿Vino usted por ese camino?

RUBEK. —Ya lo ve usted.

ULFHEIM, por Irene. —¿Y esta señora también?

RUBEK. —Desde luego. (Mirando a MAIA) Esta señora y yo seguimos ahora un mismo camino.

ULFHEIM. —¿No sabe usted que ese camino es mortalmente peligroso?

RUBEK. —Sin embargo, inos arriesgamos! Y al principio no parecía tan peligroso.

ULFHEIM. —No, nada parece peligroso al principio. Pero de pronto se encuentra uno en situación de no poder avanzar ni retroceder. ¡Queda uno clavado allí, señor profesor! Transformado en roca, como decimos los cazadores.

RUBEK, con una sonrisa. —¿Hace usted máximas, señor Ulfheim?

ULFHEIM. —¡Dios me libre de hablar por máximas! (Con tono persuasivo, señalando las cimas) Pero ¿no ve usted la tempestad sobre nuestras cabezas? ¿Oye usted las ráfagas?

RUBEK, escuchando. —Se diría el preludeo del día de la resurrección.

ULFHEIM. —Es la tempestad desencadenada allá arriba, infeliz. ¿Ve usted esas nubes que se agrupan y bajan?, pronto nos envolverán como un sudario.

IRENE, estremeciéndose. —Yo conozco eso.

MAIA, tirando de la manga a Ulfheim. —Apresurémonos a bajar.

ULFHEIM a RUBEK. —No puedo ayudar al mismo tiempo sino a una persona. Refugiaos en la cabaña hasta que pase la tempestad. Mandaré gentes a buscaros en seguida.

IRENE, aterrorizada. —¡A buscarnos! ¡No, no!

ULFHEIM, con tono brusco. —A llevaros a la fuerza, si es preciso. Es cuestión de vida o muerte, oye usted—. (A MAIA) Vamos. Fíese usted al camarada.

MAIA, uniéndose a ULFHEIM. —¡Oh! He de lanzar mi canto a los aires, si llego abajo sana y salva.

ULFHEIM, empezando a bajar, grita a los otros. —Esperad en la cabaña hasta que vengan a buscaros hombres con cuerdas.

ULFHEIM, llevando a MAIA en los brazos, baja rápidamente pero con precaución, y desaparecen.)

IRENE, por un momento mira a RUBEK con ojos extraviados y llenos de terror. —¿Oíste, Arnoldo? Los hombres vendrán a llevarme. Vendrán muchos.

RUBEK. —No te asustes, Irene.

IRENE, con terror creciente. —Y la vestida de negro... vendrá también, porque ya debe haber notado mi ausencia. Y me sujetará, Arnoldo. Y me pondrá la camisola. Sí, la tiene en su baúl. La he visto....

RUBEK. —Nadie se atreverá a tocarte.

IRENE, con sonrisa salvaje. —¡Oh no! Tengo un medio de evitarlo.

RUBEK. —¿Qué medio?

IRENE, sacando de su corpiño un estilete. —Míralo.

RUBEK, tendiendo la mano para cogerlo. —¡Un estilete!

IRENE. —Lo llevo conmigo día y noche.

RUBEK. —Dame ese cuchillo. Irene. (Irene lo guarda)

IRENE. —No lo tendrás. Sabré servirme de él yo misma.

RUBEK. —¿Servirte de él? Para qué?

IRENE, mirándolo fijamente. — Era para ti, Arnoldo.

RUBEK. —¿Para mí?

IRENE. —Una noche, sentados delante de la casita...

RUBEK. —¿Delante de la casita?

IRENE. —...a orillas del lago de Taunitz, jugábamos con los cisnes y los nenúfares....

RUBEK. — ¿Y bien? ¿Y bien?

IRENE. —...y me dijiste, con frialdad de muerte, que yo no había sido sino un episodio en tu vida...

RUBEK. —Pero yo nunca dije tal cosa, Irene. Tú fuiste.

IRENE, continuando. —... yo saqué mi estilete para clavártelo en el pecho.

RUBEK, sombríamente. —¿Por qué no lo hiciste?

IRENE. —Porque en seguida con espanto percibí que estabas muerto... hacía largo tiempo.

RUBEK. —¿Muerto?

IRENE. —¡Muerto! Muerto como yo. Éramos dos cadáveres fríos que nos sentábamos a jugar a orillas del lago de Taunitz.

RUBEK. —Yo no llamo a eso estar muerto. Pero tú no me comprendes.

IRENE. —¿Dónde está, pues, ese deseo abrasador que combatías cuando me veías ante ti, como modelo de tu “Día de la Resurrección”?

RUBEK. —Nuestro amor no está muerto, Irene.

IRENE. —El amor, fruto de la vida terrestre—, de la vida terrestre formada de bellezas, de maravillas, de misterio... ese amor está muerto en nosotros.

RUBEK, con pasión. —¿Sabes que ese mismo amor me abrasa hoy más que nunca?

IRENE. —¿Y yo? ¿Olvidas quien soy ahora?

RUBEK. —¿Que me importa? Eres para mí la mujer que crearon mis sueños.

IRENE.— He aparecido desnuda... en un escenario... delante de cientos de hombre...

RUBEK. —Yo te empujé a ese escenario... ciego como he sido, creí que la arcilla inanimada valía más que la vida, que la felicidad, que el amor.

IRENE, con los ojos bajos. —¡Ya es tarde! ¡Ya es tarde!

RUBEK. —Tu pasado no te rebaja a mis ojos.

IRENE, irguiendo la cabeza.— Ni a los míos.

RUBEK. —Entonces, ¡somos libres! Aún tenemos tiempo de vivir la vida, Irene.

IRENE, con una mirada llena de tristeza. —El deseo de vivir está muerto en mí, Arnoldo. Heme resucitada. Te busco. Te encuentro. Y veo que tú y la vida... no sois sino cadáveres enterrados... como lo fui yo misma.

RUBEK. —¡Oh! ¡Qué error el tuyo! La vida hierve y fermenta a nuestro alrededor, como antes.

IRENE, sonriendo y moviendo la cabeza. —La joven de tu “Día de la Resurrección” ve que toda la vida yace en un alud.

RUBEK, tomándola violentamente en sus brazos. —¿Quieres que vivamos por una vez toda la vida, antes de volver a nuestras tumbas?

IRENE, gritando. —¡Arnoldo!

RUBEK. —Pero no aquí, en esta oscuridad, en este húmedo sudario que nos envuelve.

IRENE, en un transporte de pasión. —No, no... en el esplendor luminoso de las cumbres, sobre la cima del olvido.

RUBEK. —Irene adorada... allá celebraremos nuestra fiesta de nupcias.

IRENE, orgullosa. —El sol puede contemplarnos.

RUBEK. —Todos los poderes de la luz pueden contemplarnos. Y todos los poderes da las tinieblas. (La toma de la mano) ¿Quieres seguirme, mi novia ideal?

IRENE, como transfigurada. —Te seguiré voluntariamente y regocijada, mi dueño y señor.

RUBEK, llevándola. —Cruzaremos primero las nieblas, Irene, y luego....

IRENE.— Si, cruzaremos las nieblas, e iremos hacia las cumbres, a donde brilla el sol naciente. (Las nubes descienden y se espesan. Rubek e Irene, de mano, van hacia la derecha, hacia las nieves, y desaparecen entre las brumas. Ruido estridente de ráfagas.)

LA DIACONIZA acompañante de Irene aparece por la izquierda. Se detiene y mira indagando a su alrededor.

MAIA, cuya voz sube desde lejos, alegremente:

¡Libre soy! ¡Libre soy! ¡Libre soy! ¡No más vida en prisión desde hoy!
¡Libre ya como un pájaro soy! (De pronto, se oye un ruido como de trueno) (A lo lejos, se percibe a Rubek e Irene arrastrados por la avalancha. El abismo se los traga)

LA DIACONIZA tiende los brazos y grita. —¡Irene! (Queda silenciosa por un instante, luego hace sobre el abismo un signo de cruz, y dice:) —¡La paz sea con vosotros!

(Se oye siempre, viniendo de abajo y cada vez más lejos, el canto de MAIA.)

LA ESPAÑA NEGRA. LOS HERMANOS DE LA PENITENCIA

René Maizeroy²⁴

En el horizonte, montañas rocallosas de aristas agudas, de flancos cubiertos de ceniza, sobre los cuales tiemblan sombras violáceas y montones de lodo reseco, llanos monótonos, donde se ven en largas rayas innumerables viñas, estriadas a trechos por campos de trigo de un verde vivo, como retazos arlequinescos cosidos en un sayón de ermitaño. En este paisaje de tristeza, casi sin un solo árbol, corre el Ebro como larga culebra gris, mugiendo contra los dos arcos en ojiva de un puente milenario; luego, sobre una colina escarpada, una Iglesia que tiene aspecto de fortaleza y el mismo color de la tierra y del río, se levanta, maciza, almenada, entre murallas rotas y viejas casas que parecen arrodillarse a sus pies.

Es en San Vicente de Soutierre, en la Rioja.

Las buenas mulas del señor Don Enrique Patermina de Haro, bajan con rapidez la pendiente que conduce a la puerta de la villa, y entran en la estrecha calle de la Fortaleza.

He aquí la venta notoria, donde flota, siniestra, inquietante, la bandera negra de los afiliados a la “Santa Penitencia.” Frente al albergue, aparece, medio en ruinas, lleno de lagartos, el palacio abandonado de uno de los atrevidos aventureros, que conquistaron el Nuevo Mundo. Entre los orgullosos blasones que decoran la fachada, y en los cuales, a la derecha, un héroe rompe en un ímpetu furioso un haz de picas, y a la izquierda, un águila sostiene el sol en sus garras, crecen violetas en profusión.

Una higuera ha atravesado los huecos del balcón y abraza con sus ramas vigorosas la balaustrada de hierro forjado. En las ventanas vacilan-

²⁴ René de Maizeroy (Barón René Jules Jean Toussaint, 1856-1918), narrador y teatrista francés. Fue amigo del poeta francés de origen cubano José María de Heredia.

tes, en los ángulos de las vigas, hay nidos. Junto a la veleta, formada por una Cruz de Calatrava, unida una cigüeña.

La venta está abierta. Subimos, apoyándonos en las paredes, la escalera de madera podrida, donde flota un olor de vino y de bálsamo. Sobre el descanso, dos campesinos, con ojos de asombro feroz, de caras lampiñas, arrugadas y secas por los trabajos de la gleba, se hallaban sentados junto a una mesa cubierta con un paño altar, y en la cual cuatro cirios iluminan una bandeja de limosnas llena de dinero menudo. Deposito una peseta, y se nos permite entrar en la sala blanqueada de cal, en donde varios penitentes vacían jarras de clarete, y en el oratorio, donde otros, ya revestidos con la cogulla y la túnica blancas, cuya escotadura amplia deja ver los hombros y los lomos, se dan golpes de pecho, recitan los salmos de agonía, con la mirada fija en un Cristo siniestro que sangra y se estremece.

El jefe de la cofradía, el padrino, un viejo seco y de cara roja, que hace pensar en los torturadores del Santo Oficio, prepara los instrumentos de penitencia, delgadas y sutiles trenzas de cáñamo, como colas de caballo, y la “esponja,” que se compone de una bola de cera endurecida, erizada de pedazos de vidrio.

—Ayer eran nueve solamente, ¡ahora serán diecisiete nazarenos los que sufrirán la picadura! —gritó en voz alta, con inflexiones de reto—; veréis, señor caballero, ¡si no son machos entra los machos, y si no merecen las dichas del cielo!

—¡Amén!—respondieron los disciplinantes.

Mientras tanto se oyen letanías de dolor que gritan, como en demencia, las mujeres y los niños, entrecortados por sollozos de campanas y redobles fúnebres de tambores que resuenan abajo, del lado de la iglesia. La procesión ha salido, baja a la explanada por los caminos de ronda, camina por las callejuelas tortuosas donde se tocan los techos. A la izquierda del portaestandarte que preceda al cortejo, un joven muletero rechoncho, de músculos nudosos como los de un buey de trabajo, el cuerpo rígido en un esfuerzo sobrehumano, la frente vendada con un pañuelo escarlata, la cara fatigada y llena de sudor, el pecho inflado como un fuelle, de fragua, lleva, tocándola mal que bien, la campana obesa y pesada de Santo Domingo, que sólo él en la aldea puede levantar y manejar. Las muchachas le sonrían, lo excitan con sus miradas

comprometedoras. Detrás de estos dos hombres, avanzan en desorden, agitando crucifijos y gimiendo con acento desgarrador fragmentos de salmodias, los escolares, después, los viñadores, envueltos en amplias vestiduras de lana abigarrada. Una enorme cruz, en la cual va atado un sudario, domina esta baraúnda. Los fieles que la rodean llevan cadenas en la cintura, bonetes puntiagudos de nigromantes en la cabeza, y en la mano gruesos cirios, cuya llama oscila a impulsos del viento. Detrás de ellos, y escoltada por beatos disciplinarios, niños del coro y sacerdotes en trajes de funeral, los cargadores inclinan su poderosa espina dorsal bajo las andas que sostienen el sepulcro de cristal, en donde, trágico, con las narices y los párpados cerrados, los labios pesados a las encías, esparcidos los cabellos rojos, las costillas arqueadas hasta romperse, reposa el cadáver de madera pintado del divino mártir. Las luces rojas y verdes de las linternas, irradian sobre el cuerpo rígido, como petrificado, que sufre extrañas convulsiones. Más lejos, rígida, las manos unidas en un gesto de angustia, coronada con una gran diadema, cubierta con un amplio y suntuoso manto de terciopelo, con el corazón de plata, sobre el pecho atravesado por una espada, aparece la Virgen de los Siete Dolores. En los halcones, las señoras, con guantes blancos y mantillas negras, están silenciosas, como pájaros al descender la noche, se prosternan y bajan la cabeza, como en el acto de la Elevación.

De pronto, el cortejo se detiene, oscila ante un empuje brutal, refluye contra los “pasos,” se cuelga de las rejas de las ventanas, se trepa sobre los bancos de piedra, se estrecha contra las paredes, deja de cantar y vocifera:

—Los disciplinantes... Picao... Picao...

Con los pies enlodados, la cara velada, la espalda desnuda, los Hermanos de la Penitencia separan a fuerza de puños a los procesionales, se lanzan hacia el Santo Sepulcro y hacia la Virgen, se arrodillan, besan el polvo. La salmodia recomienza, más lúgubre aún. Los niños del coro agitan sin cesar sus incensarios. Y, entre el humo fragante que los envuelve, que los embriaga, los “nazarenos” se flagelan la espalda. La piel se tumifica, se cubre de cardenales rojos, de heridas, se despedaza, y bien pronto se convierte en una llaga horrible. Pero esto no les basta. (Se hacen pedazos como condenados que esperan el golpe de gracia. Y

el padrino, sacrificador cruel, se inclina, introduce lentamente en esta carne que se ofrece al martirio, las puntas asesinas de la “esponja.” La sangre salta, corre, mancha las túnicas de lino, corre en canales a lo largo de las espinas dorsales. Los heridos juran, blasfeman, invocan e injurian a los santos y al Cristo. Exhalan lamentos roncós, vacilan, tropiezan, enlodan los pies de la Virgen, el sepulcro de cristal del Cristo. Arrancan a los devotos, con bravata suprema, los cirios a medio consumir y hacen caer sobre sus llagas la cera derretida.

La cigüeña, amedrentada, ha huido, vuela sobre el cielo de oro, de donde cae poco a poco el crepúsculo.

Un oficiante, grueso, grasoso, de dientes amarillos por los cigarros, sonrío, alarga el cuello para ver mejor, como si el espectáculo lo apasionara al igual que una corrida de toros.

La procesión pasa, se aleja.

Sostenidos por sus camaradas, sin fuerzas, los ojos turbios, vuelven los heridos a la venta, donde unas viejas, que conocen las virtudes secretas de las hierbas, los atienden, los lavan y curan, murmurando ciertas oraciones, ciertas frases de sortilegio.

Y a pesar de la fiebre que los consume, del sufrimiento que los atenace, felices por haber ganado el Paraíso, los más fuertes van a sentarse a la mesa a llenarse de vino, de aguardiente y de carnero asado en parrilla, hasta que ruedan unos sobre otros, borrachos, inconscientes.

Traducción hecha por P.H.U. como redactor de *El Imparcial* de México.²⁵

► *El Imparcial*, México, 1906.

²⁵ Nota manuscrita en el ejemplar del autor en su Archivo.

LA GIOCONDA
(FRAGMENTO DE UN ESTUDIO SOBRE LEONARDO DA VINCI).
Walter Pater²⁶

La Gioconda es, en el verdadero sentido, la obra maestra de Leonardo, el ejemplo revelador de sus modos de pensamiento y trabajo. En poder de sugestión, sólo la *Melancolía*, de Durero, le es comparable; y ningún simbolismo crudo turba el efecto de su misterio atenuado y lleno de gracia. Todos conocemos la faz y las manos de la figura, colocada en su sitio de mármol, en el círculo de rocas fantásticas, como bajo tenue luz submarina. Tal vez, entre todas las pinturas antiguas, es la que el tiempo ha desvanecido menos. (Sin embargo, según Vasari, había un encanto mayor de carmesí en los labios y mejillas, perdido ya para nosotros). Como a menudo sucede en las obras en donde la invención parece tocar sus límites, hay en ella un elemento que fue dado al pintor, no inventado por él.

Había ciertos estudios de Verocchio, caras de espléndida belleza, que Leonardo en su infancia copió muchas veces. Es difícil no unir estos dibujos del viejo maestro, como principio germinal, a la impenetrable sonrisa, de sugestión siempre vagamente siniestra, que flota sobre toda la obra de Leonardo. Además, este cuadro es un retrato. Desde la infancia vemos esta imagen definiéndose en la fábrica de sus sueños; y si no fuera por los testimonios históricos expresos, podríamos imaginar que esta no fue sino su dama ideal, encarnada y visible al fin. ¿Qué relación había entre una florentina viva y esta criatura de su espíritu? ¿Por medio de qué extrañas afinidades se habían desarrollado así, lejos una de otro, la persona real y el ensueño, tan cercanos, sin embargo, en esencia? Presente en su origen, incorpóreamente, en el espíritu de Leo-

²⁶ Walter Pater (1839-1894), crítico y narrador inglés, que relanzó los estudios de la clasicidad griega. PHU tradujo sus *Estudios griegos*, uno de los libros fundamentales para los ateneístas de México.

nardo, vagamente trazada en los dibujos de Verocchio, él la encuentra por fin en la casa del *Gioconda*.

Cuánto hay de mero retrato en la obra, lo prueba la leyenda que narra cómo, por medios artificiales, la presencia de mimos y flautistas, se obtuvo la singular expresión del rostro. Pero ¿fue en cuatro años, con labor constantemente renovada y nunca realmente acabada, o en cuatro meses, y como por toque de magia, como se realizó la imagen?

La presencia que tan extrañamente surgió así junto a las aguas, expresa lo que en el curso de mil años los hombres habían llegado a desear. He aquí la cabeza sobre la cual *se han realizado los fines del mundo*; y así los párpados están ligeramente fatigados. Es una belleza compuesta para irradiar desde adentro sobre la carne —depósito, célula por célula, de extraños pensamientos y fantásticos sueños y pasiones exquisitas. Colocadla por un momento junto a una de las blancas diosas griegas, o de las mujeres hermosas de la antigüedad y las verías turbarse ante esta belleza, en la cual se ha encarnado el alma con todos sus males. Todos los pensamientos y la experiencia del mundo se han dibujado y modelado allí, en el poder que conllevan de refinar y hacer expresiva la forma exterior—, el animalismo de Grecia, la lujuria de Roma, los ensueños de la Edad Media con su ambición espiritual y sus amores imaginativos, el retorno del mundo pagano, los pecados de los Borgias. Ella es más antigua que las rocas entre las cuales se sienta; como el vampiro, ha estado muerta muchas veces y conoce los secretos de la tumba; ha descendido a mares profundos, y de ellos conserva, a su alrededor, el ambiente de marchita luz; y ha traficado, por tejidos raros, con mercaderes orientales; y, como Leda, fue la madre de Elena de Troya; y, como Santa Ana, fue la madre de María; pero todo esto no ha sido para ella sino como el son de liras y flautas, y vive tan sólo en la delicadeza con que ha modelado las cambiantes líneas y ha teñido los párpados y las manos. La idea de una vida perpetua, condensadora de mil experiencias, es antigua; el espíritu moderno ha concebido la noción de humanidad como tejido y resumen de todos los modos de vida y pensamiento. Ciertamente, Dama Lisa puede estimarse como la encarnación de la vieja fantasía, el símbolo de la concepción moderna.

► Traducción de Pedro Henríquez Ureña. Nuestra versión se basa en la publicada en *Blanco y Negro*, núm. 14, Santo Domingo, 28 de mayo de 1911, pp. 1-2. Al pie de la primera página de este ejemplar, depositado en el Archivo P.H.U. del Colegio de México, su autor apunta de manera manuscrita: “Reproducido en la *Ilustración Semanal*, de México, 17 de Febrero de 1914”. En la segunda página, también al pie de página, aparece una segunda nota manuscrita: “Publicado anteriormente, sin la firma del traductor, en la *Revista Moderna de México*, 1909”.

DE LA BELLEZA Y LA GRACIA²⁷
Giacomo Leopardi²⁸

Montesquieu (*Essai sur le goût: Du je ne sais quoi*) hace consistir la gracia y el no sé qué, ante todo, en la sorpresa, tan abstrusa en la teoría de las artes como la de la gracia divina en la teología. Anotaré:

I. El efecto de la gracia no es sublimar el alma o llenarla o dejarla atónita como lo hace la belleza, sino sacudirla, como las cosquillas sacuden el cuerpo, y no fuertemente como la chispa eléctrica. Antes bien, poco a poco puede producir en el alma una conmoción y un incendio vastísimo, pero no todo de golpe. Esto es más bien efecto de la belleza que se muestra toda de una vez y no tiene sucesión de partes. Y quizás también por este motivo ocurre lo que dice Montesquieu, que las grandes pasiones rara vez se despiertan con las grandes bellezas, pero sí comúnmente con la gracia, porque el efecto de la belleza se cumple todo en un momento, y al alma, después de satisfecha de aquella vista, no le queda otra cosa que desear ni esperar en caso de que la belleza no esté acompañada de espíritu, virtud, gracia sin sucesión. De aquí que, vista una parte, queda el deseo y la esperanza de las otras.

II. Por consiguiente, la gracia consiste en el movimiento: y diremos así, que la belleza está en el instante y la gracia en el tiempo. Por movimiento entiendo también todo aquello que concierne a la palabra.

III. Pero realmente no es gracia todo lo que es sorpresa. Ya se sabe cuántas sorpresas no tienen nada que ver con la gracia, sino que, también en punto de mujeres y de belleza, la sorpresa no siempre es gracia. Pongamos una bellísima mujer con careta, o con la cara cubierta, y supongamos no conocerla, y que ella de repente descubra la cara y que esta belleza nos resulte completamente inesperada. Ésta es una bella y agradable sorpresa, pero no es gracia. Y, para estar a lo que dice Mon-

²⁷ Tomado de *Del Zibaldone di Pensieri*.

²⁸ Giacomo Leopardi (1798-1837), poeta y ensayista italiano, uno de los máximos representantes del Romanticismo. Entre sus libros, cabe mencionar *Canzoni* (1824), *Canti* (1831) y *Opúsculos morales* (1827).

tesquieu, que la gracia deriva precisamente de que “nous sommes touchés de ce qu’une personne nous plait plus qu’elle ne nous a paru d’abord devoir nous plaire et nous sommes agréablement surpris de ce qu’elle a su vaincre des défauts que nos yeux nous montrent et que le coeur ne croit plus”. Supongamos ver a una mujer o a un joven de persona disforme, y, de repente, mirándolo a la cara, encontrarlo bellísimo: ésta también es sorpresa, pero no gracia. Parece que la gracia consiste, en cierta manera, en la naturaleza y que no pueda existir sin ella. Sin embargo, así como la naturaleza, según la observa también Montesquieu, es ahora más difícil de seguir, y mucho más rara que el arte, así debemos advertir que aquellas gracias que consisten en pura naturaleza no se dan ordinariamente sin sorpresa. Si sientes o ves un niño que habla, o —mejor— actúa, sus palabras y sus acciones y movimientos te resultan siempre como extraordinarios, tiene un no sé qué de nuevo y de inesperado que te hiere y te maravilla y despierta tu curiosidad. Así cualquier otro objeto de *naïveté*. En segundo lugar, hay también cosas no naturales que sin embargo tienen gracias bien naturales, pero graciosas no por ser naturales. Por ejemplo: algunos defectillos en una cara gustan mucho y a muchos les parecen gracias. Quién se enamora de una nariz roma (como aquel sultán de Marmontel), quién de un ojo un poco bizco, etc... Un hablar ceceante, a muchos les hace gracia. Y se ven todos los días amores nacidos justamente de extrañezas o defectos de la persona amada. Así en el espíritu y como en lo moral. El primer amor de Alfieri fue una joven de “cierta protervia”, que me hacía, dice, muchísima fuerza. Y de este género se podrían enumerar infinidad de cosas que parecen muy graciosas y que despiertan amor en éste o en aquél, pero a otros les parecerán todo lo contrario. Así, una cara de aquel género que llaman picante, es decir, imperfecta e irregular, tiene ordinariamente más fortuna que una cara regular y perfecta. Parece cosa reconocida que la gracia pertenezca, más bien a lo pequeño que a lo grande, y que, si a lo grande le convienen la majestad, la belleza, la fuerza, etcétera, la gracia y la vivacidad no pueden convenirle. Así en cualquier cosa, y abstractamente hablando, hombres, estatuas, manufacturas, poesías, etc., etc., etc. “Un pequeñuelo se mete con gracia en todo”, dice Frugoni. Y es cosa común llamar graciosa a una persona pequeña, y muchas veces como si la pequeñez fuera sinónimo de gracia. De estas cosas deducid, en conclusión, que la definición de la gracia no se puede dar, y Montesquieu no la ha dado,

aunque parece creerlo, y necesita siempre recurrir al no sé qué. Porque; 1, si la sorpresa es muchas veces compañera de la gracia, es cierto que ésta es bien distinta de la sorpresa, quiero decir que para que una cosa sea graciosa no basta que sorprenda, necesita que sea de tal género: ¿y este género qué es? 2. No la sola naturaleza, como hemos visto; no lo perfecto, más bien a menudo lo defectuoso, lo irregular y lo extraordinario; no todo lo imperfecto, lo irregular y lo extraordinario, según es manifiesto: ¿qué cosa, pues? 3. Concedo que muchas veces el sentimiento de la gracia contiene sorpresa, pero no es gracioso porque sorprende (de modo que todo lo sorprendente sería gracioso), sino por cierto *no sé qué*. 4. La manera en que Montesquieu explica este *no sé qué*, en las palabras citadas arriba, no subsiste sino en algunos casos. Una cara picante e irregular *nous plait* verdaderamente *d'abord* y sin más, y aquí no entra el haber sabido vencer el defecto, etc. Se ve que eso mismo contiene propiamente en sí una calidad agradable diferente de todo lo demás. Es verdad que una cara irregular gusta con cierta sorpresa, pero lo que gusta no es solamente ni principalmente la sorpresa; de otro modo, una cara monstruosa gustaría más. Aplicad estas consideraciones a los otros ejemplos citados antes, en todos los cuales no tiene nada que ver el dar más de lo que se promete, o no es la razón principal e íntima de aquel placer, sino más bien extrínseca y accidental. 5. Lo gracioso es relativo como lo bello: es decir, para uno sí, para otro no, etc. La experiencia lo demuestra: que como no hay un tipo solo de belleza, así tampoco lo hay de la gracia. Y aunque parezca que la idea de la naturaleza ha de ser universal, todavía no lo es, y para nosotros pasan por naturales una infinidad de cosas que no lo son, y a los campesinos parecerán naturales y graciosas cien maneras que a *nosotros* nos parecerán groseras, etc. Así, según las diversas naciones, costumbres, hábitos, opiniones, etc. No que la naturaleza no tenga sus maneras propias, ciertas y determinadas, pero aquí sucede como con lo bello. Un caballo sin cola, un perro con las orejas cortadas, son contra la naturaleza; una mujer con aros en las orejas, un hombre afeitado, etc., sin embargo, gustan. Mucho más divergen los gustos sobre la gracia independiente de la naturaleza. 6. Aunque este no sé qué no pueda definirse, pueden anotarse algunas calidades: 1° Muy a menudo la sencillez es fuente o propiedad de la gracia. 2° Aunque la gracia muy comúnmente consiste en la acción, sin embargo puede existir alguna vez sin ella, como justamente muchas gracias procedentes de la sencillez,

por ejemplo, en las obras de bellas artes, en el traje de una pastorcilla, citado también por Montesquieu como gracioso, tanto como en las pinturas de Rafael y Correggio. También una cara picante pero no bella puede decirse que contiene este no sé qué, y nos hiere sin necesidad de acción, como por ejemplo vista en un retrato, aunque ordinariamente adquiere relieve en el movimiento. 3° La naturaleza no es la sola fuente de la gracia, y sin embargo no hay gracia donde hay afectación.

El hecho es que, aunque una cosa no sea graciosa por ser natural, tampoco puede ser graciosa si no es o no parece natural, y el menor signo de esfuerzo o de voluntad, etc., etc., basta para apagar toda gracia. Digo, si no parece, porque la gracia de la poesía, del discurso, de las artes, etc., por lo común parecen naturales y no lo son. 4° La pequeñez hemos visto cómo tiene que ver con la gracia. 5° Lo esbelto, lo leve, igualmente tienen que ver con la gracia. Y advertid que los movimientos blandos y ligeros de una persona de talla esbelta son graciosos sin sorpresa, ya que no es extraño que los movimientos de semejante persona sean fáciles y ligeros. Ciertamente que despiertan cierta maravilla y admiración, distintas de la sorpresa, la cual nace de lo inesperado o de esperar lo contrario. Así, la maravilla producida por las bellas artes, a pesar de que pertenece a lo bello, no tiene que ver con la gracia. 6° El efecto de la gracia ordinariamente es lo que he dicho: sacudir, cosquillear, herir, herida que muchas veces llega directamente al corazón, como si vemos dos ojos pícaros de una mujer dirigidos hacia nosotros, caso en que la sacudida pueda compararse con la eléctrica. Pero en la gracia que tiene relación, por ejemplo, con la sencillez, parece que, si el efecto es cosquillear, no es herir y tal vez puede hacerse, a propósito de esta consideración, una distinción de dos gracias, la una picante, la otra blanda, sinuosa, dulcemente *glisante* en el espíritu. Y tal vez la primera se llame más propiamente el no sé qué. 7° La vivacidad tiene que ver con la primera especie de gracia. Con todo eso, la vivacidad no es gracia. 8° En las comidas también existe cierta gracia, ya de la primera, ya de la segunda especie. Los que llaman *ragouts* pertenecen a la primera. Y aquí también divergen los gustos infinitamente. En suma: no sé qué decir. Se podría concluir que la gracia consiste en cierta irritación en las cosas que tienen relación con lo bello y con el placer. Así se vendría a excluir una cara monstruosa, etc., y por otra parte el placer demasiado vivo y vulgar, como el de la belleza, de los gozos corporales, del deseo satisfecho; puede la gracia llamarse, entonces, más bien

estimulante que satisfacción del apetito.

► “De la belleza y la gracia”, de Giacomo Leopardi, Buenos Aires, *De Mar a Mar*, año II, núm. 4, marzo, pp. 8-11.

Esta es la primera edición del tomo 1,
de las *OBRAS COMPLETAS* DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA,
compiladas y editadas por Miguel D. Mena.
En su composición se utilizaron tipos Baramond: 16:11:10.
Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2013
en los talleres gráficos de la Editora Búho,
Santo Domingo, D. N., República Dominicana.